ANNIE BESANT, D. L. y
REV. C. W. LEADBEATER

PLATICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

Comentarios sobre "A Los Pies del Maestro", "La Voz del Silencio" y "Luz en el Sendero".

Tomo III

"LUZ EN EL SENDERO"

Contenido

Introducción

Los Cuatro Aforismos Preliminares

La Primera Regla
Reglas de La 2 a La 4
Reglas de La 5 a La 8
Reglas de La 9 a La 12

Reglas de La 13 a La 16

Reglas de La 17 a La 19

Regla 20

Comentario Preliminar

Reglas de La 1 a La 4 - Segunda Parte

Reglas de La 5 a La 8 - Segunda Parte

Reglas de La 9 a La 12 - Segunda Parte

Regla 13 - Segunda Parte

Reglas de La 14 a La 21 - Segunda Parte

Introducción

A.B.— Luz en el Sendero forma parte de una serie de tratados de ocultismo conservados por los grandes Instructores y de los cuales se sirven para formar los discípulos. Es un fragmento del Libro de los Preceptos de Oro en el que se encuentran reunidos numerosos tratados escritos en diferentes épocas de nuestra historia mundial, pero que presentan una característica común, que es la de contener la verdad oculta: por consiguiente, tienen que estudiarse de manera distinta a los tratados ordinarios. Depende de la capacidad de cada lector la manera como sean comprendidos. Cuando uno de ellos es revelado al mundo, su interpretación literal no permite más que una apreciación inexacta de su doctrina.

Destinada claramente a apresurar la evolución de los hombres comprometidos en el Sendero, esta obra presenta un tipo de ideal que la gente de este siglo raramente está preparada para aceptar. Para ser capaces de comprenderlo hace falta poder y querer aplicar las enseñanzas en nuestra vida; de otro modo las páginas permanecerán selladas. Si el lector se esfuerza para conformar su vida a ellas, la luz vendrá; si sigue siendo indolente, no sólo no conseguirá más que una ventaja mínima de su lectura, sino que se desencantará del libro y lo juzgará inútil.

Este tratado presenta algunas divisiones naturales. Fue dado al mundo por el Maestro Hilarión, uno de los grandes Instructores miembros de la Logia Blanca -un Maestro que desempeñó un papel muy importante en los movimientos gnóstico y neoplatónico, uno de los grandes personajes que trataron de mantener vivo el cristianismo. Sus encarnaciones han tenido lugar principalmente en Grecia y en Roma. Se interesa especialmente en el cuidado de la evolución humana en el mundo occidental. Obtuvo el libro, tal como lo tenemos, y sin las notas del Maestro Veneciano, uno de los grandes Instructores llamados por H.P.B., los Chohans.

Quince de las breves reglas contenidas en la primera parte y quince en la segunda se remontan a la época más antigua; estaban redactadas

en un sánscrito muy antiguo. A estas cortas sentencias que sirven de base para la instrucción del discípulo, el Chohan añadió otras que, actualmente, forman parte de la obra y tienen que leerse siempre con las primeras, a fin de añadir ideas complementarias sin las cuales el lector podría desorientarse. Todas las reglas contenidas en las dos partes del libro, salvo los treinta breves aforismos, fueron escritas por el Chohan y fueron entregadas por Él al Maestro Hilarión. La tabla siguiente expone las quince reglas breves de la primera parte tal como se encuentran en el manuscrito antiguo; el número inicial de cada una es el número original, pero el número siguiente es el número que se da en el libro moderno.

I	Mata la ambición.	1
II	Mata el deseo de vivir.	2
III	Mata el deseo de bienestar.	3
IV	Mata todo sentimiento de separatividad.	5
V	Mata el deseo de sensación.	6
VI	Mata la sed de crecimiento.	7
VII	Desea únicamente lo que está en tí.	9
VIII	Desea únicamente lo que está más allá de ti.	10
IX	Desea únicamente lo que es inalcanzable.	11
X	Desea ardientemente el poder.	13
XI	Desea ardientemente la paz.	14
XII	Desea las posesiones por encima de todo.	15
XIII	Busca la senda.	17
XIV	Busca el camino retirándote hacia lo interno.	18
XV	Busca el camino avanzando decididamente hacia lo externo.	19

En la tabla precedente (que sólo se refiere a la primera parte de la obra), se observará la ausencia en la lista de las reglas 4, 8, 12, 16, 20 y 21. La razón de esto es que éstas no pertenecen a la parte más antigua de la obra. Estas reglas, así como los comentarios preliminares y finales, representan la parte añadida por el Personaje superior que la remitió al Maestro. Si bien hay algunas notas escritas por el mismo Maestro Hilarión. En la última edición (1885), la obra comprendía estas tres partes: los aforismos del antiguo manuscrito, los añadidos del Chohan y las notas del Maestro Hilarión. Todo eso fue transcrito por Mabel Collins quien para eso sirvió de instrumento físico y desempeñó el papel de escritora. El mismo Maestro tradujo la obra y la hizo pasar a la Conciencia cerebral de la intermediaria; pero la mano que sostenía la pluma era la Suya. Posteriormente, aparecieron en Lucifer con el título de "Comentarios" algunos artículos escritos por Mabel Collins bajo la influencia del Maestro; son de infinito valor y merecen ser leídos y estudiados.

Abriendo ahora el libro encontramos en primer lugar esta declaración:

> *"Estas reglas han sido escritas para todos los discípulos: síguelas."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)

Aquí se establece una distinción entre el mundo y los discípulos: este libro no está destinado al mundo en general. La palabra discípulo implica dos sentidos —el no iniciado y el iniciado. Una lectura atenta de la obra permite reconocer las dos enseñanzas distintas dadas en los mismos términos. Cada frase tiene dos sentidos, uno para los más avanzados, otro para aquellos que lo están menos. Trataremos de despejarlas cuando lleguemos a las declaraciones preliminares. La segunda parte del tratado parece estar destinada únicamente al discípulo iniciado, pero en la primera, la dualidad en cuestión existe.

Muchas personas, lejos aún de ser discípulos, no comprenden nada de estas reglas; a menudo las critican y les reprochan ofrecer un ideal donde no se ofrece ni dulzura ni compasión. Siempre ocurre así cuando el lector se ve abocado a un ideal, demasiado elevado paira él. Nadie puede beneficiarse de un idead, aunque sea elevado, si este idead no lo atrae. En nuestras relaciones con los seres humanos

observamos este principio de orden práctico: presentarles únicamente ideales que les atraigan. Por lo que respecta a las obras de este tipo, lo que el lector consigue equivale a lo que él mismo aporta; comprenderá si es capaz de responder a los pensamientos expresados. Los mismos objetos materiales no existen para nosotros a menos que hayamos desarrollado los órganos susceptibles de reaccionar a su influencia; en este mismo momento estamos rodeados de cientos de vibraciones que somos incapaces de percibir. Un día, Sir William Crooks proporcionó un ejemplo muy bueno; trataba de hacer comprender cuán rudimentario era nuestro conocimiento de la electricidad y, por consiguiente, cuán grande era la posibilidad de nuevos progresos en la ciencia eléctrica. Cuán enorme diferencia para nosotros, dijo, qué verdadera revolución en nuestras ideas si, en lugar de tener ojos sensibles a las vibraciones luminosas poseyéramos órganos que respondieran a las vibraciones eléctricas. En una atmósfera seca no seríamos conscientes de nada, porque el aire seco no es buen conductor de la electricidad. Una casa de cristal sería opaca, pero una casa ordinaria sería transparente. Un hilo plateado parecería un agujero, un túnel en el aire. Lo que nosotros conocemos del mundo depende, pues, de la manera en que respondemos a sus vibraciones. De la misma manera, si no respondemos a una verdad, es que no es una verdad para nosotros. Más todavía, si se trata de obras escritas por ocultistas, es nuestro propio grado de adelanto espiritual el único que nos permite penetrar su pensamiento. Toda parte de su pensamiento demasiado sutil o demasiado elevada nos sobrepasa, es como si no existiera.

Este libro compensa mucho más por la meditación que una lectura superficial; su valor principal es el de proporcionar una dirección a nuestra meditación. Escoged una sola frase y meditad sobre ella; interrumpid las actividades de la mente inferior; despertad la conciencia interna que entra en contacto directo con el pensamiento. Liberándose así de las imágenes de la mente concreta se puede percibir directamente la verdad. La meditación permite de este modo llevar al cerebro una gran parte de la conciencia de la verdad adquirida por el ego en su propio terreno. Sin embargo, un hombre que medita

pero que no lee ni sigue tampoco las lecciones de un instructor, puede estar seguro de progresar en el plano espiritual, pero no lo hará sino muy lentamente. Con la ventaja adicional de leer y escuchar adelantaría mucho más rápido. Las conferencias o la reflexión pueden disponer al cerebro para instruirse mejor por la meditación. Pero para el hombre que se limita a escuchar o a leer, sin meditar, el adelanto es casi imposible y los progresos son de una lentitud extrema. Hace falta combinar las dos cosas. Mucha meditación, añadida a un poco de lecciones orales y lecturas pueden llevar muy lejos.

C.W.L.— El título de la primera edición de Luz en el Sendero, publicada en 1885, lleva esta indicación: "Tratado escrito para el uso personal de aquellos que desconocen la Sabiduría oriental y que desean profundizar en su influencia". Sin embargo, la obra en sí empieza por declarar que estas reglas han sido escritas para todos los discípulos. La segunda definición es con toda seguridad la más exacta, como lo demuestra la historia de este tratado.

Tal como lo poseemos, este tratado fue dictado por el Maestro Hilarión, por intermedio de Mabel Collins, una dama muy conocida en los círculos teosóficos, y que participó con Madame Blavatsky en la edición de Lucifer. El mismo Maestro Hilarión lo había recibido de Su propio Instructor, el Gran Personaje llamado a veces por los estudiantes de teosofía, el Veneciano, pero Éste, a su vez, sólo había escrito una parte del texto. La obra ha pasado, pues, por tres fases, las cuales vamos a examinar sucesivamente.

Incluso ahora, se trata de un pequeño volumen, pero en su primitiva forma, que nosotros hemos visto, todavía es más pequeño. Es un manuscrito sobre hojas de palma, de una antigüedad imposible de determinar, tan antiguo que antes de la época de Cristo los hombres ya habían olvidado su fecha y el nombre del autor y consideraban su origen como perdido en las brumas de la antigüedad prehistórica. Se compone de diez hojas conteniendo cada una de ellas sólo tres líneas, porque en los manuscritos en hojas de palma, las líneas están trazadas en sentido longitudinal y no a lo ancho, como ocurre entre nosotros. Cada línea forma un conjunto, un breve aforismo; la lengua utilizada es una forma arcaica del sánscrito.

El Maestro Veneciano tradujo al griego estos aforismos sánscritos para el uso de Sus discípulos de Alejandría, entre los cuales se encontraba el Maestro Hilarión, en su encarnación como Jámblico. No se limitó a traducir los aforismos, sino que añadió algunas explicaciones que haremos bien en añadir al texto original. Por ejemplo: si tomamos los tres primeros aforismos veremos que el párrafo señalado con el número 4, que les sigue, es evidentemente el comentario; hay que leer pues: *"Mata la ambición, pero trabaja como aquellos que son ambiciosos. Mata el deseo de vivir, pero respeta la vida como aquellos que la desean. Mata el deseo de bienestar, pero sé feliz como lo son aquellos que viven para la felicidad"*.

Igualmente, las reglas 5, 6 y 7 forman un grupo, seguido de la regla 8, que es un comentario hecho por el Chohan —y así sucesivamente, durante muchas páginas. Estos grupos de tres no se exponen de este modo por una mera coincidencia; se presentan así a propósito. Al examinarlos constatamos siempre, entre las tres reglas, cierta relación. Así, las tres reglas antes citadas se refieren a la pureza del corazón y a la aplicación espiritual; podría decirse que indican lo que el hombre debe desear llegar a ser y los deberes que le incumben con el fin de prepararse para el trabajo.

El segundo grupo de tres aforismos (números 5 a 8) declara que tenemos que matar todo sentimiento de separatividad; todo deseo de sensación; toda ansia de crecimiento; enuncia los deberes del hombre, desde el punto de vista social, hacia su entorno. El hombre tiene que darse cuenta de que es uno con sus semejantes; tiene que renunciar voluntariamente a los placeres egoístas y separados; tiene que matar todo deseo de crecimiento personal y trabajar en el crecimiento de todos.

En el grupo de tres que viene a continuación (números 9 a 12), aprendemos lo que hay que desear, es decir, lo que está en nosotros, más allá de nosotros, y fuera del alcance: este es, evidentemente, nuestro deber hacia el Yo Superior. Siguen los aforismos (13 a 16) sobre el deseo del poder, de la paz y de las posesiones. Estos deseos contribuyen todos a prepararnos para el trabajo del Sendero. El grupo siguiente (reglas 17 a 18) dicen al aspirante que busque el camino.

Las reglas numeradas ahora 4, 8, 12, etc., son explicaciones y ampliaciones debidas al Maestro Veneciano; unidas a los aforismos primitivos, formaron la obra tal como se publicó primeramente en 1885, porque el Maestro Hilarión la tradujo del griego al inglés y la entregó de esta manera. Apenas terminada la impresión, Él añadió al texto una serie de notas muy precisas, redactadas por Él mismo. Para esta primera edición, estas notas fueron impresas en páginas separadas cuyos bordes engomados podían añadirse al principio y al final del pequeño volumen que acababa de aparecer. En las ediciones siguientes, estas notas han sido insertas en su lugar correspondiente.

El corto y bello ensayo sobre el Karma, colocado al final del volumen, es igualmente obra del Maestro Veneciano; ha formado parte del libro desde la primera edición.

El manuscrito arcaico sánscrito que ha servido de base a Luz en el Sendero fue traducido igualmente al dialecto egipcio; además, muchas de las explicaciones debidas al Maestro Veneciano recuerdan más la doctrina egipcia que la india. El estudiante que esté un poco familiarizado con el espíritu de esta antigua civilización será capaz de comprender mejor la presente obra. Las condiciones de existencia en el antiguo Egipto eran radicalmente distintas de las actuales, si bien casi resulta imposible poder dar ahora una idea de ello. Sin embargo, si pudiéramos recuperar la actitud mental de esos remotos tiempos, comprenderíamos muchas cosas que, me temo, se nos escapan. Actualmente, somos dados a exagerar la importancia del intelecto y nos gusta vanagloriarnos del adelanto que hemos conseguido sobre las civilizaciones antiguas. Sin duda que hemos ido más allá en algunas cuestiones, pero en otras, no estamos en absoluto a su altura. Por lo demás, la comparación tal vez no sea justa, porque nuestra civilización todavía es muy joven. Retrocedamos tres siglos en la historia de Europa, particularmente la que se refiere a Inglaterra, y constataremos una situación de las menos civilizadas. Comparando estos tres siglos, comprendidos los ciento cincuenta años de progreso científico cuyo papel ha sido tan importante en nuestro período civilizado, a los cuatro mil años durante los cuales floreció, casi sin cambio la civilización egipcia, reconocemos de inmediato que la nuestra es bien

poca cosa. Toda civilización vieja de cuatro mil años ha tenido ocasión de probar experiencias de todo tipo y de conseguir resultados que todavía nos faltan; no es pues justo compararnos, a nosotros que empezamos, con ninguna de las grandes civilizaciones que ya llegaron a su cénit.

Nuestra quinta sub-raza está lejos de haber alcanzado el punto máximo de su mayor gloria; cuando lo alcance, habrá hecho un adelanto señalado sobre todas las demás civilizaciones, sobre todo en ciertos aspectos; tendrá sus propias características, algunas de las cuales podrán gustarnos menos que las de las civilizaciones precedentes, pero, en resumen, habrá progresado, porque las razas sucesivas se parecen a las olas de la marea ascendente. Cada una llega, después retrocede, y la siguiente avanza un poco más. Todas las razas nacen, alcanzan su punto culminante y luego llega la decadencia. Para nosotros, todavía se trata de la marea ascendente; en algunos sentidos, todavía no hemos llegado al orden estable que representaron algunas civilizaciones antiguas. Por desgracia estamos todavía muy lejos del altruismo y de la convicción de que es la comunidad, en su conjunto, la que importa y no el individuo. En algunas de las civilizaciones desaparecidas, se había llegado ya a un punto que nos parecería una especie de utopía, pero, por el contrario, vamos a entrar en posesión de facultades que no poseían estos pueblos antiguos. Al principio de la historia romana hubo un corto período de tiempo donde, según la expresión de Macaulay, *"nadie estaba por el partido, sino todos por el estado"*. Pitágoras dirigiéndose a la gente en Taormina, les dijo que el estado representaba más que el padre y la madre, más incluso que la esposa y el hijo, y que todo hombre tenía que estar constantemente dispuesto a subordinar sus pensamientos, sus sentimientos y sus deseos a la unidad, a la res publica (sentido original de la palabra "república"), para el bien de todos; cada uno tenía que sacrificar voluntariamente sus intereses personales para el bien general. En Inglaterra, igualmente, en tiempos de la reina Isabel, hubo un período en que reinaron los sentimientos, en una actividad realmente patriótica.

No quiero decir que en Egipto y en la Grecia antigua, no menos que

en cualquier otro país, todo el mundo fuera altruista; lejos de eso, pero toda la gente de esmerada educación consideraban la existencia desde un punto de vista mucho más amplio de lo que lo hacemos nosotros; pensaban mucho más en el estado, mucho menos en su propio bienestar o en su progreso personal. A nosotros nos llegará la vez cuando llegue el momento. Tendríamos que comprender estas ideas mejor incluso de lo que las comprendían ninguna de las antiguas razas, y también tendríamos que encontrar aplicaciones ignoradas por nuestros antecesores.

Así pues, si pudiéramos recuperar esta antigua mentalidad egipcia, comprenderíamos mucho mejor Luz en el Sendero. Escrutando esas páginas, el estudiante hará bien en adquirir tanto como sea posible la actitud en cuestión; le ayudará a ponerse en lugar de aquellos que, en los tiempos más antiguos, se dedicaron al mismo trabajo.

Ante esto, no hay dificultad para aquellos de nosotros que han practicado los ejercicios que nos han permitido recordar nuestras vidas pasadas. De mi última encarnación en Grecia, yo he guardado el recuerdo en que tomé parte en los misterios de Eleusis; como también de otra existencia mucho más anterior, en una época en que los grandes Misterios egipcios de los cuales subsisten algunos restos en la francmasonería, representaron un papel importante. Estos recuerdos me permiten obtener más provecho de lecturas similares del que podría obtener sin ellos. Simples impresiones o reminiscencias, dada la sensación de la atmósfera, son una gran ayuda. Que este tratado sea egipcio o hindú, no existe en nuestra literatura teosófica una joya más preciosa, ningún libro que recompense mejor un estudio atento y muy detallado.

Ya lo hemos explicado: Luz en el Sendero es el primero de los tres tratados que ocupan en nuestra literatura teosófica un lugar único, porque encierra las instrucciones dadas por Aquellos que han seguido el Sendero, a aquellos que desean seguirlo. Me acuerdo de las palabras de Swami T. Subba Rao diciéndonos un día que estos preceptos ofrecen diferentes facetas superpuestas, que podían servir varias veces, a niveles diferentes. En primer lugar, son útiles a los aspirantes —a aquellos que siguen el sendero de probación. A continuación, se

dan de nuevo a un grado más elevado, a las personas que, por el portal de la primera Gran Iniciación, se han adentrado en el Sendero propiamente dicho. Finalmente, cuando el discípulo se convierte en Adepto, se nos dice que, de nuevo, y en un sentido más elevado, estos mismos preceptos pueden servir para dirigir a aquel que quiere ir más lejos y más alto. Así que, para el lector que sabe comprenderlo, en su sentido místico total, este manual nos conduce más lejos que cualquier otro.

Estos libros escritos especialmente para apresurar la evolución de aquellos que han entrado en el Sendero, nos ofrecen ideales que, en general, la gente del mundo no está dispuesta a aceptar. Puede que incluso, entre los mismos estudiantes se encuentren personas para quienes la forma en que se da la enseñanza les deje perplejos. La única manera de comprenderla es admitirla y tratar de adaptar a ella nuestra vida. En A los Pies del Maestro se nos previene que no basta con decir que estas palabras son verdaderas y bellas: el hombre que quiere triunfar tiene que hacer exactamente lo que prescribe el Maestro, estar atento a la menor palabra, a la menor insinuación. Esto es igualmente cierto por lo que se refiere a la presente obra. El hombre que no trata de adaptar su vida a esta enseñanza se encontrará incesantemente confundido ante puntos desconcertantes, en realidad imposibles de aceptar; si, por el contrario, trata de aplicarla a su vida, el verdadero sentido de la enseñanza podrá empezar a revelarse. Todo esfuerzo sincero para realizar esta aplicación tiene como resultado clarificar el texto y ésta es la única manera de poder apreciar esta perla inestimable.

Las obras de este género encierran muchas otras facetas además del sentido literal. Es por esto que cada uno capta lo que él mismo ha aportado, es decir, la facultad de asimilar cierta parte del mensaje, y no obtiene más que esta parte. Apresurarse a leer estos libros e incluso estudiarlos no basta; es necesario también hacer de ellos el tema de la meditación. Tomad los pasajes aparentemente difíciles —las frases crípticas, místicas o paradójicas— sometedlas a vuestra reflexión y a vuestra meditación, y captaréis mucho más, aunque a menudo apenas si podréis expresarlo.

Mientras trato de hacer comprender la manera en que yo considero estos diversos puntos y lo que ellos han representado para mí, tengo la sensación de que no llego a expresarme de una manera completa. Muy a menudo, lo sé, no puedo encontrar palabras que traduzcan totalmente mi pensamiento; expresado en palabras, éste se convierte en trivial, y sin embargo, cuántos no son los significados superiores que yo mismo percibo, tal vez con mi cuerpo mental. Lo mismo ocurre en cada nivel. A todo lo que podemos captar con el cuerpo mental se le añade todavía mucho más: todo lo que no se puede comprender más que por el cuerpo causal y por la intuición. Sea lo que sea lo que expresemos, siempre quedará algo más profundo que continuará en nosotros para producir sus capullos y sus flores. El hombre no es sino una expresión de lo Eterno, y fuera de lo Eterno nada puede ayudarnos: es una realidad y es la verdad sobre la cual insisten constantemente los autores de esta obra.

Los Cuatro Aforismos Preliminares

"Antes de que los ojos puedan ver deben, ser incapaces de llorar."– (Aforismo del antiguo manuscrito)

A.B. —Es el primero de los cuatro aforismos que definen las cuatro cualidades a desarrollar antes de entrar en el sendero propiamente dicho, las facultades de ver, de oír, de hablar, y por último la de mantenerse en pie ante la presencia del Maestro, que permiten servir eficazmente a la humanidad bajo Su dirección.

Este aforismo y los tres siguientes conciernen a dos categorías de discípulos. A la primera pertenecen aquellos que siguiendo el sendero de probación aprenden a desprenderse de todo lo que nosotros entendemos por personalidad; estas instrucciones preliminares están destinadas a enseñarles que ante todo tienen que eliminar el yo inferior. A la segunda categoría pertenecen los discípulos ya iniciados. De éstos se exige más: tienen que desprenderse de su individualidad o ego sometido a la reencarnación, a fin de que al final del Sendero su vida esté totalmente bajo la dirección de la Mónada. También constataremos que cada uno de estos cuatro aforismos puede aplicarse tanto a la personalidad como a la individualidad. La manera como el estudiante los traduzca en su vida, dependerá del punto de vista en que pueda comprenderlos.

Vale la pena señalar y recordar que estos aforismos pueden interpretarse también desde dos puntos de vista completamente diferentes. Si bien estas enseñanzas nos son dadas por los Maestros de la Logia Blanca, declaraciones idénticas son enunciadas por aquellos que se entregan a la magia negra, propia del lado tenebroso de la vida, y a los que llamamos a veces los Hermanos de la Sombra o de las Tinieblas. Los ojos pueden hacerse inaccesibles a las lágrimas de dos maneras. El motivo que impulsa al aspirante determina el camino que va a seguir. Uno de estos caminos es el del hombre que, queriendo convertirse en discípulo del lado negro, interpretará el aforismo como una invitación a practicar una indiferencia completa al placer lo mismo que al dolor, indiferencia alcanzada endureciendo el corazón y

evitando toda comprensión. Toda persona que busque hacer inaccesibles sus ojos a las lágrimas matando toda sensibilidad se acerca al sendero de la oscuridad. Por el contrario, el hombre que sigue la otra vía no se vuelve incapaz de llorar más que por lo que respecta a sus sufrimientos personales. No es su naturaleza inferior la que le mueve, sino que tiene muy en cuenta los sentimientos de los demás. Es imposible, sin peligro, mantenerse indiferentes ante los sufrimientos de nuestros semejantes.

La siguiente tabla muestra el contraste entre los dos caminos.

SENDERO NEGRO	SENDERO BLANCO
1. Se cierra a todo sentimiento de tristeza.	1. Desarrolla tan bien la facultad de sentir que responde a todas las vibraciones de los demás.
2. Eleva una muralla a su alrededor para preservarse de todo dolor.	2. Derriba toda muralla o barrera de separación que nos impida sentir los sufrimientos de los demás.
3. Limita profundamente su vida.	3. Ensancha su vida. El hombre busca volcarse en las vidas de sus semejantes.
4. Conduce a la muerte, a la destrucción, al Avichi.	4. Conduce a la vida, a la inmortalidad, al Nirvana.

Diferencia esencial entre los dos métodos: la primera es que no deja de encaminarse hacia la separación y termina con un estado de aislamiento absoluto; la segunda, al contrario, tiene como constante objetivo la unión y desemboca en un estado de unidad perfecta.

En el Sendero blanco, el aspirante tiene que ir eliminando gradualmente todo lo que, bajo el impacto del mundo exterior, se traduciría para él mismo en un sufrimiento personal y le sacudiría vertiendo sobre su personalidad tota tristeza o inquietud que le

agobien como yo personal. Tiene que esperar el momento en que toda tristeza relativa a su propio interés separado se convertirá en imposible para él. En realidad, tiene que mirar de hacer de su envoltura kármica exclusivamente un vehículo del Yo Superior, renunciando a toda vida personal independiente. Dicho de otro modo: ni atracciones ni repulsiones, ni deseos ni anhelos, ni esperanzas ni temores; todo eso tiene que ser eliminado. No os engañéis: no se trata de destruir la envoltura: ésta tiene que dejar de responder por su propia cuenta a las impresiones llegadas del mundo exterior. Sólo tiene que desaparecer la vida separada; el vehículo tiene que conservarse, tiene que ser puesto al servicio de la humanidad.

La constitución de la envoltura indica con claridad las modificaciones que el discípulo tiene que hacer sufrir a su propio carácter. En el discípulo común, la envoltura cambia constantemente de color, pero, cuando está purificada y toda la vida separada ha sido eliminada, es un vehículo incoloro que irradia, únicamente afectado por los reflejos de la vida interna; ya no tiene color propio sino solamente el color que le comunica el Yo Superior; se parece entonces al claro de luna sobre el agua, con un brillo nacarado presentando una determinada vibración que apenas si puede llamarse color. Esta modificación se cumple muy gradualmente en el cuerpo astral del discípulo, a medida que éste se aplica a la difícil tarea de hacerse sensible a todas las tristezas de sus semejantes, pero cada vez más indiferente a todo lo que le afecta particularmente. Sin dificultad podría reprimir todo sentimiento; pero volverse cada vez más sensible a los sentimientos de los otros y, al mismo tiempo, no permitir la intervención de ningún sentimiento personal —esa es la tarea más difícil impuesta al aspirante. Sin embargo, a medida que se entrega a ella constata que las emociones egoístas se desvanecen: se han transformado en emociones altruistas.

El discípulo tiene una manera de comprobar la calidad y la autenticidad de su compasión, y es la de ver si la experimenta cuando los sufrimientos de los otros no son sometidos a su atención. Encontráis una persona que sufre; sois testigos de un acto de brutalidad; sin duda sufrís por ello, pero ¿sentís el mismo sufrimiento

cuando esta persona no se encuentra ante vosotros? Nuestra compasión es muy poca cosa si, para despertarla, necesitamos el espectáculo del sufrimiento. Enviad una persona a una gran ciudad como Londres, y puede suceder que los sufrimientos de los que se verá rodeada le causen una gran emoción. Proporcionadle otro lugar de residencia y esta persona olvidará muy pronto las miserias de las que ha sido testigo y se sentirá perfectamente feliz. El discípulo tiene que aprender a vivir como si la totalidad de estos sufrimientos estuviera siempre ante él; aligerarlos debe ser el motivo que le impulse al trabajo.

Nadie alcanza el estado en que le conmueve el gran grito de sufrimiento del que habla La Voz del Silencio, a menos que el móvil de su vida sea el de ayudar a la humanidad, tanto si los sufrimientos humanos están ante sus ojos como no, porque ése es el verdadero móvil del discípulo. La mejor manera de librarse de la personalidad, de volverse indiferente ante las alegrías y ante las tristezas personales, inaccesible a las lágrimas, es la de dejar que la mente reflexione sobre el sufrimiento del mundo y sobre los métodos a seguir para atenuarlo; esto permite ver al yo personal en su verdadera magnitud, al lado del yo más amplio representado por la inmensa humanidad huérfana.

Cuando el discípulo, habiendo recibido la Iniciación, empieza a tener conciencia búddhica, en otro sentido se convierte en inaccesible a las lágrimas. Entonces, empieza a comprender la palabra evolución, a darse cuenta de que en el hombre esta palabra significa el desarrollo de la triada superior; empieza a reconocer el valor y el objeto de todo sufrimiento y de todo dolor; poco a poco se hace inaccesible a las lágrimas porque comprende la ventaja conferida por el sufrimiento a aquellos que lo padecen, y constata que el sufrimiento que le llega a una persona es de absoluta necesidad para el desarrollo superior de su alma. Teóricamente, el hombre hubiera evitado sin duda este sufrimiento si antes hubiera actuado con sabiduría, porque, si no es resultado de sus extravíos actuales, es el resultado de su karma anterior pero, desde el punto de vista práctico, el hombre se ha conducido de un modo insensato; a las lecciones de la sabiduría ha preferido las que le ocasionaron las actuales pruebas, porque no

siempre ha escogido el camino que sabía que era el mejor; ahora también sufre, y el dolor, al permitirle adquirir la sabiduría, acelera su evolución.

Cuando el discípulo ha comprendido todo esto llega a una condición en que puede decirse que en él se une una compasión perfecta a la ausencia de toda pena. El sentimiento de pena sólo es posible cuando la vida búddhica no ha iluminado todavía la conciencia. Cuando nace la conciencia búddhica, la compasión del discípulo aumenta considerablemente, pero sus penas desaparecen: al elevarse todavía más, y al ver como se amplía el horizonte, se vuelve inaccesible a las lágrimas, porque en presencia de los sufrimientos más crueles, que él aprende a reproducir y a sentir en sí mismo, percibe al mismo tiempo el objeto y el fin. Llega a compartir completamente el dolor, pero sin experimentar el más débil deseo de que sea modificado para nada. Para no experimentar ningún deseo de librarse del sufrimiento antes de que éste no haya aportado su fruto, hace falta que la conciencia haya recibido la iluminación búddhica. Esa es la condición que ha sido llamada el estado crístico. La ley es sabia: la voluntad Suprema es perfecta y el sufrimiento prepara un fin perfecto; también el discípulo está absolutamente contento y satisfecho; experimenta el sufrimiento, pero sin ninguna pena, sin ninguna tristeza.

Cuando el discípulo ha llegado a este grado, su conciencia se ha convertido en un elemento de la vida del mundo. Si al pensar en sí mismo dice “yo”, es como parte de un “Yo” que encierra a todos los otros. A partir de ese momento para él no existe nadie que esté separado o aparte de él; se identifica con esta gran vida única, sea cual sea el estado, cada vez que esta vida necesita ayuda; pierde totalmente la sensación, tan esparcida en el mundo, de que algunas personas están fuera; él está en todos y con todos.

El hecho de haber comprendido la unión influye extremadamente en la ayuda que el hombre puede prestar al mundo. Al ayudar a alguien, experimenta las penas como las suyas propias, no como las dificultades de otro del que estuviera separado. Las ve justamente como las ve esta persona y esto es así porque en lugar de ayudar desde fuera, la ayuda desde dentro. Entre estas dos maneras de ayudar la

diferencia es inmensa; la primera es una ayuda temporal y accidental; la segunda representa en la vida del hombre un acrecentamiento de poder.

Este estado, el discípulo sólo puede alcanzarlo porque ha cultivado la compasión, ha aprendido a identificarse con las alegrías y las penas de los demás, ha hecho de su propia vida una vida común para todos. De otro modo, esta ausencia de separatividad sería inaccesible. La imposibilidad de llorar, para el discípulo, no debe tener más que un sentido: y es que esta ausencia de separatividad se traduce en indiferencia a las cosas que corresponden al yo personal, pero no anula para nada la aguda sensibilidad hacia todo lo que afecta a las demás almas.

C.W.L.— Nuestra Presidenta os ha dicho, respecto a los cuatro primeros aforismos de este tratado, empezando por; *"Antes de que los ojos puedan ver, deben ser incapaces de llorar"*, que pueden ser mal interpretados y, por consiguiente, aceptados por el mago negro igual que por nosotros. El sentido que el mago negro le da es éste: matar toda sensibilidad, rodearse de una concha y dejar fuera las tristezas y las miserias del mundo. Ahora bien, ahí radica precisamente lo contrario de la enseñanza que se da al discípulo comprometido en el sendero blanco; este discípulo aprende a desarrollar su sensibilidad hasta el punto de que compartirá de un modo absoluto los sufrimientos de sus semejantes.

Se habla mucho de los magos negros, pero yo imagino que pocas personas saben mucho al respecto. Al haber encontrado muchos representantes de esta clase, tengo el derecho de decir que su carácter y sus métodos no son desconocidos para mí. Algunos son personas muy interesantes, pero muy poco recomendables. El título de mago negro se da a los tipos más diversos. Por ejemplo, los negros de Africa del Sur y de las Antillas, probablemente también los aborígenes de Australia, son muy dados a pequeñas prácticas de magia negra. Esto es bastante inocuo y estos mismos negros admiten que no tienen ningún efecto sobre los blancos. En algunos casos, han conseguido hacer excesivamente desagradable la existencia de personas de raza blanca, pero hay que añadir que el género de vida que llevan estas personas ha

hecho posible esta influencia.

Para conseguir éxito, esta magia se aprovecha sobre todo del miedo experimentado por las personas sometidas a sus encantamientos; su resultado es débil pero, sin embargo, bastante real. Estos hombres primitivos poseen algunas drogas; saben hipnotizar; en fin, ejercen algún poder sobre entidades astrales terrestres y sobre otras de categoría parecida. Encuentran el medio de hacer enfermar a un hombre o a su familia, o a los animales de su rebaño; de esterilizar jardines y campos y de impedir toda cosecha. Sin embargo, en este último caso, no siempre desdeñan añadir a su magia el empleo del salitre.

Otra categoría un poco más señalada, busca los poderes ocultos para su provecho personal. Estos individuos han adquirido algunos conocimientos de ocultismo y a veces incluso los han llevado bastante lejos, pero guardan para ellos mismos el poder que consiguen; a menudo tienen éxito, gracias a él, para enriquecerse y crearse posiciones a fin de conservar hasta su muerte las ventajas obtenidas. Después de su muerte, algunas veces tratan de reemprender las mismas prácticas generales, pero sin mucho éxito y sus planes no se realizan; más pronto o más tarde, fracasan y se hunden en una condición de máxima angustia.

Hay una clase de mago negro, diferente y más avanzado, que no desea nada para él mismo; no busca ni el dinero, ni el poder, ni influencia, ni nada parecido, lo cual le confiere de inmediato un poder mucho mayor; lleva una vida pura y disciplinada, igual que sucede entre nosotros, pero él ha escogido como meta la separatividad; pretende seguir su existencia en los planos superiores evitando ser absorbido en el Logos; mira con horror lo que para nosotros es la mayor felicidad; quiere seguir siendo exactamente lo que es y pretende además conseguirlo, pudiendo la voluntad humana, hasta cierto punto, resistirse a la voluntad cósmica.

Yo me he encontrado con personas así, y nuestra Presidenta, siempre deseosa de salvar las almas que menos parecen prestarse a ello, ha intentado una o dos veces convertir a personas comprometidas en esta vía y atraerlas hacia nuestras ideas, pero, sin mucho éxito, me

temo. A veces les dice: “Ya sabe usted cómo terminará esto. Conoce lo suficiente las leyes de la Naturaleza y es usted lo suficientemente inteligente para ver a donde conduce el camino que usted sigue. Le espera la ruina final; esto es absolutamente cierto. Cuando llegará el fin de este manvántara, cuando esta cadena planetaria habrá cumplido su tiempo, será absorbido, tanto si lo quiere como no, en el Logos, a niveles superiores, y entonces, ¿cuál será su condición?”

“En el fondo, usted no sabe nada”, esta ha sido la respuesta. “Nosotros admitimos que, según toda apariencia, esto es lo que llegará, pero, francamente, nos da igual. Nos sentimos satisfechos de nuestra posición actual; somos capaces de mantener nuestra individualidad contra toda acción que nos conduciría a sumergirnos en el Logos, y eso durante mucho tiempo, incluso hasta el fin del manvántara. Si saldremos de esto a continuación, no lo sabemos y no nos importa. Tanto si somos capaces como no de conseguirlo, habremos tenido la existencia que hemos escogido”.

Todo esto es discutible y el hombre que adopta este punto de vista, sin ser exactamente un valiente, no es necesariamente perverso en el sentido ordinario de la palabra. De entrada, demuestra un gran orgullo satánico, pero respecto a los demás, no siente ni rencor, ni malevolencia. En cambio, ignora todo escrúpulo. Si cualquier persona se opusiera a sus designios, la barrería con muchas menos dudas de lo que lo haría con un mosquito. Sin embargo, podría sostener relaciones amistosas con un hombre que no se oponga a sus intenciones; en su carácter no hay nada de maldad activa. No es un monstruo de perversidad, sino un hombre que ha escogido una determinada dirección y la sigue, sacrificando por ello todo lo que para nosotros significa el progreso. Estamos convencidos de que le aguarda un gran desastre; él está menos seguro que nosotros de ello y, en todo caso, acepta correr el riesgo.

En general, estas personas se bastan a sí mismas; no sienten hacia los otros más que desconfianza y desprecio. Esta es siempre la característica de una persona que sigue el sendero negro: ella tiene razón; todos los demás están equivocados; todos los demás son inferiores a él. Algunas veces se habla de la fraternidad negra. No

existe nada parecido. Entre ellos no puede reinar ninguna fraternidad verdadera pero, ocasionalmente, se reúnen para resistir ante un peligro inminente o cuando uno de sus planes se ve amenazado. Sin embargo, se trata de una alianza muy débil; si es formidable es únicamente por el gran poder que poseen algunos de ellos. Sucede que, de vez en cuando, la obra emprendida para la humanidad por parte de nuestros Maestros contrarresta sus intenciones; entonces se convierten en temibles enemigos. Sobre nuestros Maestros, no pueden nada —pienso que esto les debe enfadar mucho— pero actúan a veces sobre uno de Sus discípulos y así causan a nuestros Maestros un poco de pena o de contrariedad, suponiendo que un Maestro pueda sentir nada parecido.

Los numerosos consejos de ser precavidos que se nos dan tienen su razón de ser: estas personas tratan a veces de inducirnos al error. Madame Blavatsky sabía mucho sobre esto y demostraba un sano respeto en esta cuestión; más bien parecía ver en ellos demonios tentadores disfrutando con el mal, sin otro motivo que el placer de cometerlo. Esto no es así más que para los de clase inferior; los más poderosos encuentran poco digno complacerse en lo que sea; pero sus empresas, siempre totalmente egoístas, pueden tener para algunas personas consecuencias muy desastrosas. También son tranquilos, dueños de sí mismos, desnudos de pasiones como cualquier discípulo del Maestro; incluso lo están más porque han sofocado intencionadamente toda sensibilidad. No perjudicarán a ningún hombre simplemente por el placer de causarle mal, pero si, como ya he dicho, su existencia estorba a sus fines particulares, no dudarán en suprimirlo. Las personas cuya tarea es la ayuda astral se encuentran a menudo con sus víctimas y, en este caso, el ayudante se atrae frecuentemente la franca oposición del mago negro.

Volvamos a nuestro tema principal. Es muy difícil aprender a responder a los sentimientos prohibiendo a la personalidad la más débil manifestación —sentir una perfecta comprensión hacia los sentimientos de los demás sin tener sentimientos para nosotros. Muchas personas se sienten conmovidas por los sufrimientos de los demás, pero los olvidan si no los tienen ante sus ojos. En una ciudad

como Londres, por ejemplo, mucha gente rica a los que se les muestran la espantosa miseria de los barrios miserables, se sienten conmovidos y hacen inmediatamente todo lo posible para aliviar los apuros particulares de los que son testimonio. Ahora bien, estas mismas personas, se dedican a continuación a la caza, a la pesca y a otros placeres y se olvidan absolutamente de la existencia de la miseria. En este caso, su aflicción no es causada enteramente por el sufrimiento de los demás; es, sobre todo, un dolor personal resultante de lo que la visión de esos sufrimientos les ha causado. Este género de compasión no tiene mucho valor; no se trata de la verdadera compasión.

Dándonos plena cuenta del sufrimiento humano, perdemos poco a poco de vista el nuestro. Nos olvidamos de nuestros sufrimientos personales al ver la inmensidad de los que sufre la humanidad; comprendemos que el lote que nos ha tocado, después de todo, no es más que una parte del fardo común. El hombre al que le es posible alcanzar esta mentalidad se ha elevado ya mucho por encima de su personalidad; todavía se aflige por la humanidad, pero no por él; él se ha vuelto inaccesible a las lágrimas por lo que respecta a sus propias alegrías y sufrimientos personales.

Darse cuenta con precisión de los sufrimientos de los demás no es fácil. La Presidenta y yo, hace algunos años que hemos estudiado el tema de la influencia ejercida por el dolor en diferentes personas soportando lo que sería, visto desde el exterior, un mismo sufrimiento físico. Hemos constatado que, en un caso extremo, una persona sufría tal vez mil veces más que otra, y que en la vida ordinaria a menudo le era posible sentir el dolor cien veces más que otra persona. Si uno muestra signos de sufrimiento y otro no muestra ninguno, guardémonos de dictaminar que el segundo tiene necesariamente más valor o más filosofía; puede que no se trate de eso. Hemos examinado el grado de dolor infligido a diferentes personas por las ignominias de la prisión. Para unas, no contaban; para otras, indicaban grandes sufrimientos mentales y emocionales. Es inútil decir: “Yo no siento esto o aquello, de modo que los demás tampoco deben sentirlo”. No se sabe hasta qué punto o en qué proporción son sensibles los demás. He

descubierto que muchas cosas que para mí carecen de importancia, sin embargo podían hacer sufrir mucho a mis semejantes y, a la inversa, los ruidos desagradables por ejemplo, frecuentemente son causa de vivos sufrimientos para las personas en las que se están desarrollando los sentidos sutiles. He visto a nuestra Presidenta vivamente torturada cuando algún gran vagón de municiones pasaba traqueteando ante la casa en que vivíamos, en Road Avenue, en Londres. Eso no significa que ella no controlara sus nervios. Como ella misma ha explicado a menudo, si el discípulo tiene que desarrollar su sensibilidad, al mismo tiempo tiene que dominar su sistema nervioso, de manera que pueda soportar sin tropiezo un dolor o un sinsabor cualquiera.

> *"Antes de que el oído pueda oír, tiene que haber perdido su sensibilidad."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)

A.B. —El discípulo tiene que llegar a ser completamente indiferente a las opiniones de los demás por lo que a él respecta, y por lo que se refiere a sus propios sentimientos. Si se piensa o se habla bien de él no influye en su orgullo; si se habla mal, no se aflige. Pero, al mismo tiempo, no tiene que ser indiferente a las opiniones de los demás, porque éstas reaccionan sobre las personas que las expresan. De modo que no tiene que considerar sin importancia las impresiones que da de sí mismo a los otros porque, si por su manera de ser las repele, pierde la facultad de ayudarles.

El discípulo, a medida que progresa, va adquiriendo facultades psíquicas y es consciente de lo que piensan los demás de él; vive entonces en un mundo donde puede entender todo lo que se dice de él y puede ver toda crítica emitida por la mente de los otros. Llega a esto cuando está por encima de toda crítica y ya no se ve afectado por las opiniones ajenas. Algunas personas desean vivamente adquirir la clarividencia antes de haber alcanzado esta etapa, pero si conocieran el hecho que acabo de mencionar, la conciencia astral, objeto de todos sus deseos, no les tentaría.

C.W.L. —Una persona desarrollada que escuche las observaciones poco atentas sobre ella es perfectamente insensible a las mismas; no penséis que llega a eso cerrándose enérgicamente a todo sentimiento de irritación y diciendo: "Todo eso es realmente terrible, pero me

niego a inquietarme por ello; no le voy a prestar ninguna atención". Evidentemente, pasa por una etapa parecida, pero llega muy rápido al punto en que su indiferencia es absoluta y total, en que las conversaciones en cuestión se asemejan al gorjeo de los pájaros o al canto de las cigarras; pueden ser molestos, pero nada más. Si esta persona no escoge una cigarra en particular para no escuchar más que a ésta, deja de buscar, entre las tonterías que escucha, tal o cual pensamiento o tal o cual palabra en especial.

Todos hemos de tratar de alcanzar esa etapa. Hablamos de ella constantemente, porque es la actitud de nuestros Maestros en el "Mundo" de los cuales tratamos de entrar. Pero, se dirá, "¿Cómo se espera que lleguemos a esta actitud de estos Grandes Seres?" Sin duda, nadie llega a ello en seguida, pero hay que tomarla como objetivo y esforzarnos por acercarnos a ella el máximo posible, y una de las maneras de lograrlo —realmente resulta muy fácil— consiste en no dar la menor importancia a lo que se dice de vosotros.

Llegados ahí, el paso siguiente consiste en reflexionar sobre el Karma negativo que generan estas personas pensando o hablando mal de nosotros. Entonces podemos sentirlo por ellas y es por eso que haremos bien en proporcionar las menos ocasiones posibles para las observaciones inconsideradas y desatentas —en modo alguno porque nos sintamos afectados, sino porque coadyuvan a un mal Karma para las personas que se entregan a ello.

> *"Antes de que la voz pueda hablar en presencia de los maestros, debe haber perdido la capacidad de herir."* – (Aforismo del antiguo manuscrito)

A.B. —El discípulo tiene que prescindir de todo lo que pueda ser causa de aflicción para sus semejantes. En las primeras etapas, tiene que aprender a eliminar de su lenguaje todo lo que pueda herir, no solamente la crítica acerba o las expresiones poco amistosas, sino también toda expresión que ofenda a otra persona, sea denigrándola, sea atrayendo la atención sobre alguno de sus defectos. Algunas personas, es verdad, por su misma posición, tienen el deber ocasional de exponer a los otros las faltas cometidas, pero se equivocarían al suponer que en el cumplimiento de su deber tuvieran el derecho de ser

motivo de aflicción. Cuando la falta se expone de una manera perfectamente amistosa, no existe motivo de aflicción. La palabra sólo es ofensiva si el deber no se cumple bien. Si el ayudante benévolo no se identifica con su interlocutor sus consejos sólo llegan desde lo externo; son, pues, mal recibidos. Si el ayudante, al identificarse con la otra persona, hubiera tratado de ayudarla compartiendo sus sentimientos hubiera despertado la simpatía en sus emociones. Consciente de esta simpatía, el otro hubiera ganado el despertar de las mejores y más generosas facetas de su carácter y la advertencia recibida no hubiera tenido nada de ofensiva. Si tenéis por costumbre criticar a otra persona y si su crítica le parece ofensiva, buscad en vosotros mismos la imperfección causa de la ofensa. Si queremos perder el poder de ofender, tiene que desaparecer la personalidad separada. Cuando somos conscientes de que la vida de todas las cosas es una, nos resulta imposible infligir sufrimiento a nada, porque todo forma parte de nosotros mismos. Para alcanzar este grado de evolución hay que empezar por corregir progresivamente nuestro lenguaje, corrigiendo primeramente nuestros defectos más remarcables.

C.W.L. —Todo aquel que desee acercarse al Maestro tiene que haber renunciado ya al deseo de herir a los demás con palabras. Existe la posibilidad de herir sin querer e inconscientemente, por falta de sensibilidad. Adelantando y elevando nuestra conciencia a un nivel superior, comprenderemos cada vez mejor cómo reaccionan los demás. Las personas que han practicado la meditación durante muchos años, se dan cuenta de que se han vuelto más sensibles, que, en cierta medida, han progresado hacia la unidad; esto es porque comprenden su entorno un poco mejor de lo que lo hacen las personas que no han hecho los mismos esfuerzos. Alguien, en nuestra presencia, hace una observación que juzgamos desafortunada; la hace de buena fe, sin pensar que sus manifestaciones no son irreprochables y que han herido a alguien. Nosotros, que por reflexión, por el estudio y por los esfuerzos que hacemos para vivir una vida superior, hemos refinado ligeramente nuestros sentidos, nos sentimos instintivamente cómo la tercera persona va tomar esta observación. Constatamos que ésta se siente desgraciada y quisiéramos que la expresión hubiera sido

distinta.

Es imposible que un Maestro diga jamás una sola palabra susceptible de herir. Puede suceder que juzgue que es necesaria una reprimenda, pero entonces Él se expresa de modo tal, que la persona amonestada no se siente ofendida. Un discípulo a veces tiene el deber de reaccionar con severidad. Su misma facultad de comprensión le impulsa entonces a declinar la tarea; pero si el Yo Superior afirma su imperio, si esto es absolutamente necesario, el discípulo se expresará no solamente con severidad, sino también con la calma de un juez, y sin indignación.

> *"Antes de que el alma pueda hallarse en presencia de los maestros, sus pies deben haberse lavado en la sangre del corazón."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)

A.B. —Esta sentencia tiene tras ella una tradición oculta muy antigua, y se ha dado a los hombres de muchas maneras distintas; Se refiere a la doctrina del sacrificio que se encuentra todavía en varias religiones bajo formas diversas, aunque en general su sentido se haya perdido. La expresión empleada aquí se refiere a lo que algunas veces se denomina el sacrificio de la sangre de la alianza, de la sangre cuyos rasgos más extraños subsisten en medio de las tribus descendientes de las razas más antiguas.

Remontándonos en el curso de existencias pasadas, hemos observado un incidente que podrá hacer comprender la idea que se encierra en el sacrificio y la alianza de la sangre. Hace muchísimo tiempo, Aquel que ahora es el Maestro

Morya, era un gran rey. Su único hijo (que era H.E.B.), todavía adolescente, fue confiado al capitán de los guardias (que era el coronel Olcott). Un día, el muchacho, estando solo con el capitán, dos conspiradores que querían asesinar al primero corrieron hacia él y lo hubieran matado si el capitán no se hubiera interpuesto entre ellos y no hubiera salvado al príncipe a costa de su propia vida. El príncipe sólo perdió el conocimiento, pero el capitán, moribundo, yacía encima de él y, como la sangre manaba de la fatal herida, mojó su dedo en ella y la puso a los pies del rey. El rey le pregunta: "¿Qué puedo hacer por ti

que has dado tu vida por mí y por mi hijo?" El capitán, a punto de morir, responde: "Concededme que vuestro hijo y yo podamos, en otras existencias, serviros siempre." El monarca dice entonces: "A causa de la sangre que se ha derramado por mí y por los míos, la alianza que nos une jamás se romperá". Llegó un tiempo en que el rey se convirtió en Maestro: la alianza subsiste: toma la forma de lazo que une el Maestro al discípulo y nunca tendrá fin. Al sacrificar su vida corporal el capitán había creado un lazo que le confirió la vida real, aquella que un discípulo recibe del Maestro.

Si os he relatado esto es porque encierra una gran verdad: cuanto más tenemos la fuerza de sacrificar todo lo que para nosotros representa la vida, y de depositar a los pies del Yo Superior la sangre del yo inferior, más en realidad nuestra vida, en lugar de disminuir aumenta. Toda la evolución de la joven humanidad se hace por el sacrificio voluntario de la vida inferior a la vida superior. Cuando este sacrificio es completo, el hombre descubre que en lugar de perder la vida se ha convertido en inmortal. El signo exterior del sacrificio permite comprender mejor el principio; atrae la atención sobre esta verdad fundamental: la vida inferior no logra la verdadera meta de su evolución más que por su sacrificio a la vida superior. Esta verdad, originalmente, estaba simbolizada por los sacrificios al uso en muchas religiones. El lazo de sangre se deriva del mismo principio. La vida inferior se sacrifica a la vida superior y ésta eleva a la primera por el lazo que jamás se rompe.

El discípulo tiene que lavar sus pies en la sangre del corazón. Tiene que ofrecer íntegramente todo lo que ama y aprecia, todo aquello que le parece que constituye su misma existencia; pero al perderlo, triunfa en la vida superior. En general, la sangre no se derrama literalmente, si bien algunas veces tiene que serlo en realidad. Simbólicamente siempre hay efusión de sangre, pero solamente por lo que concierne al discípulo en ese momento; porque la pérdida sufrida es sensible para él. Sacrifica literalmente lo que para él constituye la existencia, y le parece que la ofrece sin posibilidad alguna de recuperarla jamás. Una gran prueba determina si el sacrificio del discípulo es completo; permite ver si el alma tiene la fuerza de lanzarse voluntariamente en la

nada, de prodigar toda la sangre de su corazón sin esperanza de recompensa. Si el discípulo es incapaz de ello es que todavía no puede hallarse en presencia del Maestro. Por el contrario, si llega a rechazar todo lo que ha tomado hasta aquí para la vida, entonces el testimonio del pasado y la verdad de la ley declaran que recuperará esta existencia en una vida más poderosa y más elevada que aquella de la que se ha privado. Es necesario que este sacrificio haya tenido lugar antes de que el discípulo, al pasar a la vida superior, se encuentre en presencia de los Maestros. Ha sido, pues, fuerte en razón directa de la firmeza de la que ha dado prueba al cumplir el sacrificio.

C.W.L. —Esta frase tiene como sentido: el hombre que desea estar de pie en presencia de los Maestros tiene que haber sacrificado el yo inferior al Yo Superior. Los pies del alma, su personalidad terrestre, tienen que ser lavados en la sangre del corazón o de las emociones, antes de que la vida superior pueda llegar a ser accesible.

En la vida, esta es una ley general. El niño pequeño disfruta mucho con sus juguetes, pero luego crece, sus juegos infantiles ya no son para su edad, los abandona a fin de sobresalir en los ejercicios más serios. En la facultad, el adolescente, para aplicarse al estudio renuncia a menudo a solazarse, lo cual le gustaría mucho más; o bien renuncia al atractivo de una lectura para absorberse bien en los verbos griegos, bien en otros estudios que le parecen de poco interés y poco útiles. Si se entrena para una carrera de atletismo, o para el remo, renuncia a las buenas comidas y, hasta después de la carrera, se impone un régimen frugal y severo.

En el sendero del ocultismo uno se da cuenta de que muchos de los placeres considerados como tales en el mundo exterior, no representan más que una pérdida de tiempo. Hay casos en que hace falta un verdadero esfuerzo para separarse de ellos; a la llamada de la vida superior, el aspirante responde, pero a expensas de su naturaleza inferior; para alcanzar la vida superior tiene entonces que rechazar la inferior, pero más tarde, ésta perderá todo atractivo. Desde el momento en que el hombre ha comprendido plenamente la vida superior, la inferior deja absolutamente de existir para él, pero en muchos casos se ve obligado a rechazar la segunda antes de entrar

realmente en la gloria y en el gozo de la vida espiritual.

He conocido a muchas personas que, ante ocasiones favorables y en ese momento preciso, se han vuelto atrás; han fracasado al no estar preparadas para sacrificar todo aquello de lo que hasta entonces habían disfrutado, sin, aparentemente, recibir nada a cambio. A menudo, un hombre, temiendo prescindir de una cosa antes de poder conseguir otra, se aterra a la menos elevada, pero no se siente satisfecho porque ha entrevisto la más elevada. ¡Sacrificarlo todo a la llamada del Maestro! Uno se pregunta si esto será posible; ha pensado muy a menudo, y ha esperado que cuando llegue el momento lo hará, pero, ¿será posible para vosotros hacerlo a conciencia y sin pena? ¡Cuántos hay que han trabajado durante años y años, que se extrañan de no haber llegado, de no estar entre el número de aquellos a los que el Maestro puede llamar muy cerca de Él! La razón es siempre la misma: es la personalidad bajo una forma u otra la que les impide avanzar. Este sacrificio total no se cumple tergiversando siempre, hoy dando, mañana buscando guardar, ni con orgullo tomando la afectada actitud de "quien lo ha dado todo". Esta actitud no vale nada. Hay que llevar a cabo el sacrificio como una cosa totalmente natural y con serenidad. La persona a la cual le aguarda el éxito se dice que el único partido a tomar es decidirse, cuando llegue el momento, a la gran renunciación.

La Primera Regla

Mata...

A.B. —Es con la expresión “mata” que empieza cada una de las reglas breves. Importa comprenderlo bien. Hay dos maneras de eliminar o de matar un mal pensamiento, una mala costumbre, una mala acción. Veamos primero el pensamiento, porque al haber suprimido el pensamiento, el resto resulta muy sencillo. Suponed que un mal pensamiento nace en la mente de un hombre: éste constata que tiene una tendencia a repetirse; su primer movimiento, en general, es luchar contra él, oponérsele con toda su energía y expulsarlo violentamente, tal como se haría con un enemigo físico; decidido a hacerlo salir de la mente, lo sacude por los hombros y lo hecha fuera.

Este método no es el mejor; prescinde de la gran ley presente en toda la naturaleza: la acción y la reacción son iguales y opuestas. Lanzad una pelota contra una pared; rebotará y volverá a golpearos suavemente si la habéis lanzado suavemente, pero lo hará con una gran fuerza si la habéis lanzado violentamente. El mismo principio rige para todo.

Suponiendo que expulsáis enérgicamente un pensamiento de vuestra mente, se produce de inmediato una reacción. El retroceso os hace experimentar una verdadera sensación de abatimiento y el pensamiento puede volver sobre vosotros con una fuerza acrecentada. La energía que habéis puesto en juego se incorpora a un pensamiento; vuelve a vosotros y tenéis que volver a empezar la lucha. En estas condiciones, un hombre puede luchar algunas veces durante semanas, meses, o incluso durante años, sin obtener beneficio. Sin embargo, con el tiempo, es posible destruir de ese modo un mal pensamiento, pero destruyendo al mismo tiempo una gran parte de vuestra propia fuerza y de vuestra energía, de vuestro poder mental, de modo que la lucha habrá tenido como consecuencia cierto endurecimiento, cierta atonía de una parte del cuerpo mental.

La otra manera de destruir consiste en reemplazar el mal

pensamiento por un buen pensamiento de naturaleza exactamente opuesta. Empezad por estudiar bien la cuestión y decidid qué es exactamente lo contrario, la antítesis del mal pensamiento. Cread mentalmente y con calma el nuevo pensamiento; después, en el momento en que surge el mal pensamiento, substituidlo por el buen pensamiento contrario, de ese modo podríais substituir; al orgullo por la bondad, a la cólera por el afecto, al temor por la admiración, a los bajos deseos materiales por pensamientos puros, dignos, honorables y otros parecidos; también podríais fijar un pensamiento devoto sobre el Maestro en quien esta cualidad está presente y olvidaros de vosotros mismos pensando en Él.

La mente humana, al no poder concentrarse simultáneamente en dos objetos distintos, si la fijáis en un buen pensamiento, el malo se encontrará expulsado sin que vosotros tengáis que realizar ningún esfuerzo. Nada de energía mental desperdiciada; nada de vitalidad perdida. El buen pensamiento muy pronto se irá fortaleciendo; la mente se cierra ante los ataques del mal pensamiento y deja de responder a los pensamientos de esta índole; en resumen, habéis destruido el mal intensificando y revitalizando el bien, que es lo opuesto. Parece que al haber arrebatado su vida al mal pensamiento, ésta se haya convertido en un simple cascarón. Esta desvitalización es muy eficaz en la destrucción de los malos pensamientos.

Así pues, tenemos dos medios para destruir: el primero por la muerte, el segundo por el desarrollo. Uno es utilizado sobre todo por las personas que se han incorporado al sendero de la izquierda, opuesto a la Voluntad divina; el otro es la evolución de acuerdo al plan divino. Las dos vías están abiertas ante nosotros; somos libres para elegir. En este mundo todo evoluciona, todo sigue una u otra vía.

Las áreas de su sistema en las cuales Ishvara desarrolla Su imagen poseen un determinado libre albedrío, es decir, que pueden actuar conforme a la Voluntad divina o pueden hacerlo independientemente de ésta como individuos separados. Aquellos que trabajan con Ishvara terminan por comprometerse con el sendero de la derecha, pero aquellos que, con un propósito deliberado, eligen el yo separado se preparan para seguir el sendero de la izquierda. Generalizando, todo lo

que conduce al aislamiento sitúa al hombre a la izquierda; todo lo que tiende hacia la unidad lo encamina hacia la derecha. Las personas del sendero de la izquierda matan la comprensión, el afecto, y el amor, porque se dan cuenta de que estas cualidades son causa de sufrimiento y que, además, impiden la adquisición de poder. El método destructivo es, pues, generalmente, el preferido por aquellos que buscan el poder y las demás ventajas que consideran deseables en la vida presente, y esto para afirmar y satisfacer el yo separado, sin dedicar un pensamiento al bien colectivo, absorbidos en su propio progreso en sus ganancias personales. Destruyen violentamente en su propia naturaleza todo aquello que podría cerrarles las vías del poder. Destruyen también el afecto, porque esto conduce al dolor y porque es mucho más fácil llegar a la indiferencia destruyendo el afecto que no desarrollando cada vez más la sensibilidad...

El método que se nos ha enseñado es el de la unión; es el sendero en el cual el discípulo responde a todas las llamadas de sufrimiento, tal como lo enseña con tanta energía La Voz del Silencio. El discípulo no tiene que reducir sino intensificar su vida; tiene que someterse a la ley, y no luchar contra ella. Entonces, naturalmente, la ley estará de su lado. Su método recuerda la lucha tal como se enseña en el Japón, y en la cual se logra el éxito cediendo ante el adversario. El luchador cede y va cediendo, pero en el momento crítico, hace un movimiento que obliga a su rival a emplear su fuerza contra sí mismo. Este es el principio del yoga del Sendero de la derecha; Shri Krishna dice en el Gitâ:

"En esto no existe ni esfuerzo ni transgresión"– (Bhagavad Gitâ 2:40)

C.W.L. —Muchas personas, a las que se les pide que supriman un deseo, puede decirse que empiezan por atacarlo violentamente y, en su deseo de destruir esa cualidad negativa se vuelven contra ella con gran vigor, casi con cólera. Es por eso que el resultado que provocan en todas las fuerzas antagonistas, interiores o exteriores, es la más áspera de las resistencias y desembocan en una lucha seria. Dotado de la voluntad suficiente, un hombre termina por vencer pero, muy a menudo, al prodigar su propia fuerza, su vigor y su energía mental, se queda muy empobrecido y agotado.

Puedo certificar que el método de substitución es mucho más eficaz. Yo he ensayado los dos. Es una especie de jiujitsu moral que consiste en tomar como auxiliar la fuerza del adversario. Atacáis menos al enemigo de lo que concentráis toda vuestra atención en la virtud opuesta. Si, por ejemplo, un hombre se deja llevar por la cólera, no tiene que combatir esta inclinación frontalmente, sino que, sobre todo, tiene que fijar constantemente su pensamiento en la calma, la paz y la filosofía. Este pensamiento no tardará en afirmarse, ayudado por la costumbre, y constatará que su antigua agitación y su falta de calma han desaparecido sin oponer una resistencia desesperada. Si se rodea de formas de pensamiento como por ejemplo, "no seas irritable", etc. su color es siempre el de la irritabilidad y reaccionan inoportunamente en él. Pero si piensa con fuerza: "Ten calma, sé benévolo, pacífico", despierta vibraciones que favorecen y hacen nacer de por sí la paz y la armonía. No queremos combatir un vicio con otro; queremos ignorarlos todos y desarrollar la virtud opuesta: el efecto será también bueno y lo conseguiremos con mucho menos sufrimiento.

Decimos: "Mata el deseo", pero no decimos: "Mata la emoción". Las emociones superiores siempre tienen que ser estimuladas: cuanto más fuertes sean, mejor será, sobre todo si se trata del amor verdadero y de la devoción, que hay que cultivar metódicamente. Cuando una persona se siente invadida por una emoción de este tipo, su aura se dilata; su cuerpo astral adquiere un volumen tal vez diez veces superior al normal en el caso de una persona corriente, y mucho más cuando la persona sabe utilizar sus vehículos superiores. Cuando el paroxismo de la emoción ha terminado, el aura vuelve a recogerse en sí misma, pero ya no vuelve a ser la que era antes; gracias a su reciente expansión, ahora es un poco más grande. La expansión tiene como primer efecto la rarificación del cuerpo astral, pero muy pronto atrae hacia él materia astral para llenar el espacio adquirido y recuperar al poco tiempo su densidad normal.

El cuerpo astral es muy necesario; permite simpatizar con los demás; además, sirve de espejo para el cuerpo búddhico. En una persona desarrollada los únicos colores visibles en el cuerpo astral son los reflejos de los planos superiores; este cuerpo no refleja y no

presenta más que las tonalidades más delicadas.

El Yo Superior se relaciona de tres maneras con la personalidad. La mente superior se refleja en la mente inferior. El buddhi o intuición se refleja en el plano inmediatamente inferior, en el cuerpo astral. También hay una posibilidad de relación entre el atma y el cerebro físico. Este último contacto es el más difícil de comprender; se traduce por un formidable poder de voluntad que se ejerce sin preocuparse por los medios para alcanzar la meta. Es el método del primer rayo, el de la Dra. Besant. Ella posee la gran cualidad de tomar una decisión sin detenerse en el examen de los medios para llevarla a cabo; sólo piensa en ello después. Los límites de la voluntad humana son desconocidos para nosotros. La fe mueve montañas, se dice, y las echa al mar. Ignoro la ventaja especial que esto representaría pero, ciertamente, he visto resultados realmente sorprendentes debidos a la voluntad humana, de la que ignoro los límites. La voluntad determina por sí misma, sobre todo en los planos superiores, resultados increíbles. Por ejemplo, cuando emprendí el estudio de las materializaciones, y según el método que seguía, tuve que aprender exactamente la manera cómo se hacen —trabajo bastante complicado que necesita un conocimiento preciso de las diferentes substancias a reunir, y del mejor modo de disponerlas. Ahora bien, una persona que conocí, absolutamente ignorante de todo esto, pero dotada de una fuerza de voluntad extraordinaria, emprendió de golpe una materialización y la consiguió sin reunir todos los elementos muy diversos de los que tenía necesidad, y sin saber para nada sobre el método a seguir. Una voluntad como esa representa una de las facultades latentes en cada uno de nosotros, pero son muy pocas las personas en las que se manifiesta y produce un resultado semejante, sin estudios prolongados y cuidadosos.

Yo creo que, en general, la manera más fácil de ponerse en contacto con el Yo Superior es unir la mente superior a la mente inferior, pasando del pensamiento concreto al pensamiento abstracto, o del análisis a la síntesis. Sin embargo, he visto casos donde la conciencia búddhica se obtuvo sin perturbar para nada las relaciones normales entre los cuerpos mental y causal. Sé, de una alta autoridad, que esta

unificación de los cuerpos búddhico y astral es el camino más corto, pero para ser capaz de llevarlo a cabo tiene que haberse sufrido mucho en las vidas precedentes. Las personas a quienes esto les resulta posible, se elevan a fuerza de amor y de devoción, hasta el vehículo búddhico y se unen a él; sin embargo, su mente inferior está lejos de haber adquirido un desarrollo que le permita colaborar con la mente superior; el cuerpo causal mismo no está desarrollado. No hay que decir que estos dos cuerpos tienen que estarlo; no hay que descuidarlos. Desde el cuerpo astral, el aspirante actuará sobre la mente inferior; la desarrollará y aprenderá todo lo que ésta tiene que aprender mediante su amor y su devoción. El discípulo siente por su Maestro un amor tan profundo que, para servirle, adquirirá los conocimientos requeridos y de ese modo desarrollará su inteligencia tanto como haga falta. Actúa igualmente desde lo alto sobre el cuerpo causal; le hace llegar la idea búddhica y le impone la expresión en la medida en que el cuerpo causal es capaz a su modo.

"1. Mata la ambición."– (Aforismo del antiguo manuscrito)

A.B. —Pasamos ahora a la primera regla relacionada especialmente con la ambición. El hombre no desarrollado está en estrecha dependencia con las atracciones de los sentidos; desea el bienestar físico y los placeres del cuerpo. No experimenta la ambición o el deseo de poder, antes de que la mente esté muy desarrollada y que las facultades intelectuales no se hayan fortalecido. La característica personal es la misma que la del intelecto; proporciona al hombre la sensación de sentirse separado de los demás, lo que, inevitablemente, le conduce a querer ejercer el poder, afirmando el alma individual mediante este deseo su propia existencia. Se siente superior a todo lo que le rodea, y esto se traduce por el deseo de dominación física, de donde nace la tentación de buscar y ejercer el poderío político y social. En la esfera política y social, la ambición es la gran fuerza motriz, porque el hombre que, gracias a su inteligencia, consigue influir en sus semejantes, aparece como un líder; y eso es como un incienso que sube hasta las narices del hombre orgulloso y altanero.

Como consecuencia, el hombre empieza a despreciar el poder exterior que ejerce en los cuerpos de sus semejantes; concibe la idea de

una clase de poder más sutil y busca adquirirlo. Ya no quiere imponer las leyes en medio del dominio físico; su ambición es más sutil: quiere dominar y gobernar las inteligencias -ambición intelectual- deseo de ser un líder intelectual. Para ser susceptible a una ambición de este tipo hace falta estar intelectualmente muy desarrollado.

Más adelante todavía, cuando este deseo se ha tomado su tiempo, la ambición reaparece en una forma todavía más sutil, en el momento en que el hombre pasa a la vida espiritual.

Considera su progreso espiritual como realizado por él mismo y para sí mismo; es él quien quiere crecer, comprender y avanzar. En el fondo, la antigua ambición le sigue poseyendo siempre, convertida en mucho más peligrosa puesto que es más elevada y más sutil. He aquí porque, en la nota añadida al aforismo, el Maestro añade esta remarcable declaración:

> *"El artista virtuoso que trabaja por amor a su obra está algunas veces más firmemente asentado en el verdadero camino que el ocultista que se imagina haber erradicado de sí el interés propio, pero que, en realidad, sólo ha ampliado los límites de la experiencia y del deseo, y ha transferido su interés a cosas que atañen a una envergadura más amplia de su vida"* – (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Si el ocultista no se limita más que a las ambiciones de su presente encarnación, muy bien puede suceder que su ambición haya sobrevivido. No quiere ser ni un legislador, ni un rey, ni siquiera un árbitro en el campo intelectual, sino que quiere asegurarse una posición elevada en el mundo espiritual. Constata que sus vidas sucesivas no serán más que una sola y su ambición abarca toda la duración de esta existencia prolongada. Su deseo sigue siendo ser el primero, estar separado, ser aquello que los demás no son. Este deseo, también tiene que vencerse.

Lo primero a recomendar a aquellos que desean compartir la vida universal es la de destruir el elemento separativo. Sin embargo, no representaría ninguna ventaja situar un ideal semejante ante los ojos del hombre ordinario; éste es incapaz de lanzarse de inmediato desde

la vida de este mundo a una vida espiritual donde estará plenamente activo, pero sin llevar nada a cabo que tenga que ver con el yo personal o individual. Si a un hombre ordinario le decís que mate la ambición y, admitiendo que lo haga, esto no será ninguna ventaja; quedará aletargado y permanecerá inactivo.

Supongamos que un hombre está más adelantado que eso y que sigue el sendero de probación. ¿Cómo va, él, a interpretar esta regla relativa a la ambición? Con toda sensatez, aplicará la palabra matar a la forma inferior de la ambición; de hecho, tiene que considerarla como sinónima de transmutar. Mientras de ambicionar las cosas de aquí abajo, tiene que fijarse una meta superior, digna de su ambición: esta sería el deseo de instruirse y de crecer espiritualmente. En esta etapa, el hombre no se despoja totalmente de la ambición; pasa a una etapa intermedia y realizará grandes progresos si su objetivo es adquirir la sabiduría espiritual, encontrar al Maestro y, finalmente, convertirse él mismo en un Maestro. En el fondo, todos estos deseos siguen siendo ambiciosos, pero ayudarán al postulante a rechazar muchos de los obstáculos que paralizan la personalidad.

Esta ambición que el discípulo está llamado a destruir no ha resultado inútil para él en su evolución anterior; gracias a ella, su individualidad se ha afianzado y se ha asentado. En las primeras etapas, el hombre se ha desarrollado aisladamente; la evolución de los cuerpos físico y mental exigió la competición y la lucha; todas estas etapas de lucha y rivalidad tuvieron, pues, su utilidad para constituir al individuo y para proporcionarle la fuerza necesaria para el mantenimiento de su propio centro; le hacía falta también las ventajas mundanas refrendadas por la ambición; lo mismo que para construir una casa hace falta un andamiaje. Para empezar, la ambición ha servido para muchas cosas; para construir los muros y hacerlos más sólidos, para fortalecer la voluntad, para ayudar al hombre, paso a paso, en su marcha ascendente. El hombre en quien predomina la ambición sofoca también los deseos sexuales y otros, porque son un obstáculo para su crecimiento espiritual y la adquisición de poder; domina así sus pasiones inferiores.

No le diréis al hombre mundano: “Mata la ambición”, porque la

ambición lo estimula y pone al día sus cualidades. Pero cuando se convierte en discípulo, el hombre tiene que alcanzar la vida espiritual, tiene que desembarazarse de los muros de los que se ha rodeado en las etapas anteriores. La casa construida, tiene que retirar los andamiajes. Igualmente, la evolución humana ulterior consiste en hacer que los muros sean translúcidos, con el fin de que toda vida pueda atravesarlos. Estas reglas son, pues, para los discípulos y no para la gente mundana.

C.W.L. —En el hombre no desarrollado, la ambición se manifiesta, por ejemplo, como el deseo de riqueza, con el fin de satisfacer la pasión del bienestar y de los placeres físicos. Más adelante, al desarrollar el intelecto, el hombre ambiciona el poder. Entonces, al igual que el hombre se ha elevado por encima de la ambición y de las atracciones de este mundo, y que trabaja desinteresadamente por la humanidad, muy a menudo conserva una ambición, la de constatar el resultado de sus esfuerzos.

Mucha gente dedican voluntariamente y muy seriamente su tiempo para hacer el bien, pero esperando que los demás se enteren de ello y digan: "¡Qué desinteresados y serviciales son!" Esto, todavía es ambición, sin duda mucho más atenuada que otras, pero ambición personal: ahora bien, todo lo que es personal retrasa la marcha del discípulo. El yo inferior tiene que ser completamente eliminado. Tarea muy difícil porque las raíces son muy profundas; cuando son arrancadas, el hombre sangra y le parece que su mismo corazón le haya sido arrancado.

Después de haber eliminado el deseo de ver el resultado de nuestro trabajo, todavía conservamos el de verlo recompensado de una manera más elevada. Puede que ambicionemos todavía el amor; que deseemos la popularidad. Está bien, y es útil ser popular, y hacerse querer de sus semejantes, puesto que, al mismo tiempo, el poder del que el hombre dispone se acrecienta; esto le permite hacer más de lo que haría de otro modo, y también le rodea de una atmósfera agradable que facilita toda serie de trabajos. Pero, si el deseo de popularidad tiene un carácter ambicioso, hay que evitarlo. Podemos disfrutar legalmente de nuestra felicidad si el amor nos llega: es bueno y es justo, es un karma

bueno; pero si el amor se aleja, no lo retengamos. No podemos apropiarnos de alguien y decirle: “os conmino a que me améis; os conmino para que me apreciéis”. Si el interlocutor está dispuesto a ello, lo hará; de otro modo, no podrá hacerlo y nada será peor que pretender lo contrario.

Al elevarnos por encima de todos estos estados de ambición que existen todavía en el mundo ordinario, hemos de dar por el placer de dar, tanto si se trata de nuestro trabajo, de nuestras limosnas, de nuestro amor o de nuestra entrega, dar siempre con largueza y de corazón, sin esperar jamás una recompensa. He aquí el único amor verdadero; no es aquel que no deja de preguntarse: “¿Hasta qué punto me ama éste?” Por el contrario, hay que decir: “¿Cómo depositar a los pies de aquel a quien amo la entrega total de mí mismo? ¿Cómo serle útil? ¿Qué puedo hacer por él? “ Este sentimiento es el único que merece un nombre tan bello. Todo esto lo sabemos perfectamente, pero hay que ponerlo en práctica. A veces esto parece difícil, porque todavía queda por eliminar un resto del yo inferior.

Para el hombre ordinario, puede que incluso para aquel que se acerca al Sendero, pienso que sería bueno especificar hasta cierto punto y decirle: “Mata las ambiciones inferiores”. No es apropiado presentar a un principiante un modelo de conducta al cual no puede esperar acercarse más que después de años de esfuerzo. Un hombre que esté movido por ambiciones terrenales, ¿cómo puede esperarse que las abandone todas sin tener nada con que reemplazarlas? Además, si se lo propusiera, nada demuestra que un cambio tan brusco sea bueno para él. Primero tiene que dedicarse a la transmutación de sus ambiciones; por propia voluntad puede desear vivamente instruirse, avanzar en ocultismo, progresar en altruismo; por último, puede desear acercarse al Maestro y ser aceptado como discípulo.

Casi todos nosotros tenemos deseos parecidos, pero los llamamos aspiraciones; el cambio de nombre parece inferir un cambio total en nuestra actitud, pero que quede claro que siempre son deseos. Alcanzaremos una etapa en que esos mismos deseos desaparecerán, porque entonces estaremos absolutamente seguros de que nuestro

progreso depende exclusivamente de nuestros esfuerzos; a partir de ahí ya no quedará nada por desear. unEl Maestro dijo día:

> *"No deseéis nada; el deseo es débil; ¡hay que querer!"*– (Vol. 1 Parte 5 del libro: Liberación, Nirvana y Moksha)

No digáis nunca pensando en una cualidad que buscáis desarrollar: "Quisiera poseerla". Decid más bien: "Quiero tenerla" y después haced lo que haga falta para alcanzarla. Es la única manera de proceder porque somos absolutamente libres de realizar o no el esfuerzo necesario. Podemos escoger.

En primer lugar, se trata de una cuestión de transmutación. El deseo de crecimiento espiritual es uno de aquellos que las personas que se acercan al Sendero no tienen que alentar en sí mismas, pero en la etapa intermedia es natural. Como estudiantes, deberíamos situarnos en la etapa en la cual, considerando nuestro progreso espiritual como sobre entendido, pongamos en juego todas nuestras energías para ayudar a nuestros semejantes. Para empezar, es necesario un motivo personal; consecuentemente, poco a poco, el hombre llega a olvidarse de sí mismo; es por el Maestro y con el fin de complacerle que desea avanzar; finalmente aprende que él es un canal útil, sin preocuparse para nada del resultado. Pone, pues, toda su atención para que nada en él le impida expresar la vida divina y expresarla tan fielmente como sea posible. Y esto no perturba en absoluto su calma; no desea que su fuerza se utilice de una manera más bien que de otra, él es un simple instrumento en las manos de Dios y que Dios empleará cómo y dónde Le plazca.

Naturalmente, esta actitud sólo es posible alcanzarla gradualmente, pero hay que considerarla como la disposición mental a adquirir. Hay que empezar por olvidarnos del yo, por desarraigarlo cuidadosamente. ¿Es que no obtenemos el adelanto que nos parece debido después de tantos años consagrados a la reflexión y al estudio? Las personas a las que ayudamos, ¿no demuestran ningún reconocimiento, como ocurre generalmente? Todo eso importa poco. Olvidémonos de nosotros mismos; trabajemos y que toda recompensa nos deje indiferentes. El Karma cuidará de todo; no tengamos ningún temor. Las grandes leyes del universo no perderán su inmutabilidad a fin de perjudicar

injustamente a ninguno de nosotros; tengamos la plena seguridad; estas leyes tienen los platillos equilibrados y su acción es infalible, aunque tarde. Dejad de pensar en vosotros mismos; ese es el primero y ese es el último consejo sobre el Sendero del ocultismo: No existe otro medio. La tarea puede parecer muy dura, pero hay que cumplirla y cumplirla perfectamente.

He aquí que hemos llegado a la primera nota del Maestro Hilarión añadida a la primera regla. Voy a estudiarla en detalle. Empieza con estas palabras:

> *"La ambición es la primera maldición; la gran tentadora del hombre que se eleva por encima de sus compañeros. Es la forma más sencilla de buscar recompensa."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Expresado en términos curiosos, esta idea es indudablemente cierta. La primera tentación que sufre un hombre que se sitúa, en cierto sentido, por encima de sus semejantes, es el considerarse como un personaje, lo cual le incita a elevarse más todavía, con el fin de hallar en su orgullo un gozo acrecentado.

> *"Es la que desvía continuamente a los hombres inteligentes y capacitados de sus posibilidades."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Hay que poseer la facultad de la clarividencia para saber hasta qué punto estas palabras son ciertas. Los discípulos de los Maestros, yo creo, han tomado obligatoriamente la costumbre de considerar a todas las personas con las que se cruzan desde el punto de vista de su capacidad para convertirse en discípulos. He aquí un hombre que, en ciertos aspectos es evidentemente bueno; el primer pensamiento que despierta en nosotros es éste: "¿A qué distancia está todavía del momento en que podrá convertirse en discípulo del Maestro?" Para nosotros, la mayor recompensa, el adelanto más precioso que se le puede conceder a una persona es que ésta alcance la etapa en la que merecerá ser tomada de la mano por uno de estos Grandes Seres para que su futura evolución pueda ser asegurada. A partir de ahí, el éxito sólo es cuestión de tiempo y, naturalmente, también de perseverancia y de trabajo duro.

Para todo ser humano, el progreso no es sin duda más que una cuestión de tiempo, pero para muchos de los seres humanos se trata de un tiempo tan prolongado que, por así decirlo, pueden ser tomados en bloc tratados en masa.

Desde que el hombre se acerca a la etapa donde se concibe que un Maestro pueda tomarle de la mano, los discípulos del Maestro se interesan en extremo en él y su deseo siempre es el de ayudarle a llegar hasta el punto en que el contacto será posible. No olvidéis nunca: no se trata de lo que el hombre haya merecido: no existe ningún favoritismo. Desde el momento en que, para el Maestro, vale la pena dedicar a este hombre la instrucción y la energía necesarias, el Maestro lo llevará a cabo, pero a condición de que, merced a este discípulo, Él pueda obtener un resultado superior al que produciría la misma energía aplicada a una tarea distinta.

Nos encontramos con muchas personas que no parecen estar muy alejadas de este punto; son tan excelentes en uno u otro sentido, algunas dan tantas esperanzas en todos los sentidos que, a nuestro parecer, encauzando con un poco más de precisión sus energías en una buena dirección, deberían estar preparadas para convertirse en discípulos; y después nos damos cuenta con desencanto de que todo eso no ha ocurrido y que pasan su existencia de manera ordinaria. Lo he observado particularmente con los niños de ambos sexos, entre los cuales me he tomado el trabajo de descubrir sujetos esperanzadores. Muchos niños están muy cerca del punto en que, si sus energías estuvieran dirigidas hacia el camino recto, serían muy capaces de realizar esos progresos, y sin embargo no aprovechan la ocasión. Comprometidos en las competiciones de la vida escolar habitual, pasan a un mundo donde reina el pensamiento inferior; no es que este pensamiento sea malo —no quiero decir eso, si bien alguna vez pueda serlo— sino que son atraídos a una especie de torbellino constituido por pensamientos relativamente a ras de tierra. La meta que generalmente se les propone consiste en el éxito de orden material: convertirse en grandes ingenieros o grandes juristas, o bien dirigir con éxito una empresa comercial.

No sólo sus padres esperan verles seguir una carrera en el mundo,

sino que la tendencia general de la opinión pública les predispone a ello; ahora bien, es muy difícil escapar a los efectos de la opinión pública; ésta no deja de actuar sobre nosotros en todos los sentidos, y ese es el motivo de por qué niños, que parecen reunir tantas de las aptitudes necesarias, raramente alcanzan la meta superior; prefieren una carrera interesante y útil, pero he aquí que ésta no es la meta superior. Yo he seguido y he estudiado algunos casos que me parecía que presentaban unas esperanzas especiales y he constatado que este mismo hecho se había presentado para los egos durante una serie de encarnaciones. Durante doce o veinte encarnaciones, casi reunieron las características deseadas, un poco más e iban a dar el gran paso, pero cada vez daban la vuelta y, en resumen, siempre es la ambición de las cosas de aquí abajo que les hace perder las posibilidades de lo superior.

Al decir que hombres inteligentes y capacitados son constantemente desviados de sus fines más elevados, me parece que el Maestro Hilarión debió pensar en algunos ejemplos parecidos a los precedentes, porque los hombres a los que se les abren las posibilidades superiores deben ser necesariamente hombres de inteligencia y capacitados y no gente ordinaria. Él no dice que la ambición arruine sus existencias, sino únicamente que existen posibilidades superiores que se ofrecen a aquellos a quienes la ambición desvía. Ciertamente, no es malo que un muchacho quiera convertirse en un gran ingeniero, un gran jurista, un gran médico; son hermosas profesiones, pero otros fines son todavía más útiles y si pudiera discernir y escoger entre éstos, verdaderamente no encontrarían otros de mejores. No podemos decir que las actividades de este mundo sean malas, sino solamente que las hay mejores; se puede sentir preferencia por estas últimas sin ignorar las profesiones en cuestión ni el valor que representan aquí abajo. Entiendo que la mayoría de las personas educadas, dotadas de una capacidad media, podrían dedicarse a ello y triunfar más o menos, mientras que únicamente los hombres que, desde el punto de vista oculto, tienen un pasado, pueden seguir con éxito el estrecho y arduo sendero de la disciplina oculta. Aquellos que lo siguen pueden hacer más bien

incluso que los representantes más distinguidos de cualquier profesión; si un niño desea incorporarse a ello y si todo hace pensar que es capaz de ello, nadie debería oponerse.

> *"Y sin embargo, es un instructor necesario. Sus resultados se convierten en polvo y ceniza a la hora de la verdad. Como la muerte y el alejamiento, finalmente demuestra al hombre que trabajar para sí es trabajar para el desengaño."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El hombre que desea alcanzar aquello que durante largo tiempo y tan vivamente ha deseado, se encuentra a menudo que en realidad no es todo lo que había esperado. Aquellos que apuntan al poder y a una elevada posición, se dan cuenta de que el poder es mayormente una quimera, que choca por todos lados con obstáculos. Este fue el caso de Lord Beaconsfield, citado ya anteriormente. Tal vez este estadista hubiera hecho mejor aplicándose con toda su energía a estudiar y a expandir el ocultismo. Sus obras se leen poco en nuestros días, pero dejan entrever sus conocimientos ocultos, como es el caso de su extraordinaria novela titulada Alroyd.

> *"Pero, aun cuando esta primera regla parezca tan fácil y sencilla, no la paséis de largo con ligereza. Porque estos vicios del hombre ordinario sufren una transformación sutil y reaparecen bajo otro aspecto en el corazón del discípulo."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El discípulo es acosado por tentaciones, por dificultades especiales. El hombre ordinario puede mostrarse orgulloso de cualquier resultado conseguido. El discípulo del Maestro sabe muy bien que ningún progreso que consiga no le da derecho a enorgullecerse. Además, conociendo a los Maestros, el orgullo le resultaría difícil, porque toda vanidad abandona al hombre que realmente Los conoce. Tal vez incluso está en condiciones de hacer bien cosas de las que los demás no son capaces pero, por otra parte y por la fuerza de las circunstancias, se encuentra constantemente en presencia de uno o de numerosos mayores que pueden hacer infinitamente muchas más cosas que él; de modo que el orgullo -hay que reconocerlo- se encuentra muy raramente entre los discípulos de los Maestros. Al

mismo tiempo, todo esto es de lo más sutil. El discípulo, si no está alerta, comprobará que está orgulloso de su carencia de orgullo; orgulloso de ser humilde, a pesar de todo lo que puede hacer, pensar y decir de asombroso. O aún más, puede tratar de abrirse camino a empellones hasta la primera fila entre los servidores de los Maestros, porque, en su orgullo, imagina que el trabajo será mejor hecho si lo hace él y que su presencia en la directiva es necesaria. Pero, como ha dicho Madame Blavatsky en Primeros pasos en Ocultismo: "Nadie puede decir: Yo valgo más o soy más del agrado del Maestro que mis camaradas, y seguir siendo discípulo del Maestro". Por su parte, la Dra. Besant dijo un día: *"Para un ocultista, una de las primeras reglas es la de pasar lo más desapercibido posible, a fin de que su personalidad atraiga la atención también lo menos posible"*.

Las personas que, al estudiar ocultismo, no son todavía discípulos pueden caer más fácilmente en la trampa del orgullo y esta es una gran dificultad para aquellas que adquieren facultades psíquicas. Estas personas constatan que pueden ver tantas cosas invisibles para los demás, adquirir tantos conocimiento desconocidos por los otros, que empiezan a sentirse superiores a sus semejantes y a menudo las consecuencias son desastrosas. Cuando nos encontramos con psíquicos muy vanidosos yo creo que podemos estar seguros de que no se encuentran todavía en un rango superior y que, si bien sus facultades superiores se desarrollan, todavía no han entrado en contacto con el Maestro, porque la ausencia de orgullo caracteriza absolutamente a aquel que aprende su lección como es debido.

> *"Es fácil decir: 'No seré ambicioso'. No lo es tanto decir: Cuando el Maestro lea en mi corazón lo encontrará limpio de toda mancha".*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Esto es muy distinto. ¡Nos persuadimos tan fácilmente de que no somos ambiciosos, de que nunca somos egoístas, ni irritables! Nos persuadimos de muchas cosas, pero el Maestro, con una visión infalible, descubre los hechos, no el barniz engañoso con el que los recubrimos cuando nos examinamos a nosotros mismos.

> *"El artista virtuoso que trabaja por amor a su obra, está algunas veces más firmemente asentado en el verdadero*

camino que el ocultista, que se imagina haber erradicado de sí el interés propio pero que, en realidad, sólo ha ampliado los límites de la experiencia y del deseo y ha transferido su interés a cosas que atañen a una envergadura más amplia de su vida."– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Un cínico diría que el verdadero artista así entendido, es desconocido. Esto no es cierto. Personalmente, he tenido muchos contactos con los medios artísticos de Inglaterra y de Francia. Los artistas muy a menudo se dejan llevar por los celos y por apreciaciones faltas de objetividad, pero he conocido a más de uno de ellos que vivían y trabajaban por amor al arte y no para enriquecerse; esta manera de trabajar les hacía rechazar a menudo ocasiones de situarse en el mundo, con el pensamiento de que no podrían obtener provecho de ello sin ser infieles a su arte. El hombre que, por amor a su arte, consiente en sacrificios semejantes ya se ha desprendido en cierta medida del yo inferior; aunque una forma superior de ambición personal subsista en él, por lo menos ha extirpado en gran parte el simple yo inferior cuando ha dejado de ambicionar la fortuna y el éxito.

Hay una etapa en la que el ocultista ha superado completamente todos los deseos que se refieren a la personalidad, en la que se ha elevado por encima de las ambiciones humanas ordinarias, pero en que todavía sigue siendo ambicioso para su individualidad separada o Ego cuyos progresos le interesan más que el bien que podría hacer a otros. Entonces, muy bien puede ser que un artista que haya sacrificado todo pensamiento egoísta, incluso desconociendo totalmente el ocultismo, avance por el recto camino con un paso más firme que un ocultista como el que hemos mencionado.

"El mismo principio se aplica a las otras dos reglas, en apariencia tan sencillas; medita sobre ellas y no te dejes engañar fácilmente por tu propio corazón."– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El Maestro habla aquí de las Reglas 2 y 3 de las que nos ocuparemos en el próximo capítulo y que nos prescriben matar el deseo de vivir y el deseo de bienestar; nos pone en guardia contra los tres géneros de

deseo, porque la mente muestra una destreza extraordinaria e incluso diabólica para encontrarnos excusas y mil razones para actuar como se nos antoje. Es posible que no nos consideremos especialmente dotados intelectualmente, pero si pasamos revista a las excusas que nos inventamos para hacer lo que queremos, estamos obligados a reconocer -en general- que sobre este punto hemos demostrado unas capacidades asombrosas.

> *"Pues ahora, en el umbral, un error puede corregirse. Pero si lo arrastras contigo, crecerá y fructificará, o bien tendrás que sufrir amargamente al destruirlo."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Aquí termina la larga nota añadida por el Maestro Hilarión a la Regla 1. Cuanto más se avanza en el sendero del desarrollo oculto, más profundamente queda engullido cada defecto no extirpado. Supongamos que se trata del egoísmo, el más grave de todos los defectos y el más común, puesto que es el origen de tantos otros. La persona que ha suprimido toda manifestación externa de egoísmo, puede creerse totalmente liberada, aunque el defecto en sí puede que no haya sido superado todavía; cuanto más vaya avanzando en el Sendero, más este defecto se disimulará. Mientras tanto, la persona fortalece gradualmente las vibraciones de sus vehículos, si bien todas sus cualidades, buenas o malas, se irán intensificando enormemente. Si persiste una mala cualidad, tal vez invisible para la persona en sí y para sus amigos, cada vez se irá haciendo más y más fuerte; y llegará un día en que, inevitablemente, irrumpirá y se manifestará. Entonces, por el mismo hecho de los grandes progresos realizados, será determinante de un desastre mucho más serio de lo que lo hubiera sido en una etapa anterior y su destrucción, sin duda, producirá algunas veces mucho sufrimiento.

A.B. —En el Sendero, el trabajo tiene que hacerse a fondo. En el umbral, los errores son fáciles de corregir pero, a menos que el discípulo deje absolutamente de desear el poder desde las etapas iniciales de su noviciado espiritual, este deseo no dejará de ir aumentando en fuerza; si, al no haberlo anulado allí donde tiene por base los planos físicos, astral y mental, esto le permite instalarse en el

plano espiritual del Ego y será mucho más difícil extirparlo. Establecida de este modo en el mundo causal, la ambición sigue al hombre de existencia en existencia. Los cuerpos físicos, astral y mental mueren y el hombre recibe otros nuevos, pero el cuerpo causal no muere más que al fin del Kalpa. El discípulo tiene, pues, que esmerarse en no permitir que la ambición espiritual alcance el cuerpo causal e introduzca en él elementos de separatividad que vayan aherrojando cada vez más la vida.

> *"Trabaja como aquellos que son ambiciosos."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)

A.B. —Aunque esta frase esté situada en el libro al principio de la Regla 4, quiero examinarla aquí, donde encuentra su aplicación especial. Se trata del comentario de la Regla 1, dado por el Chohan. Tomaremos simultáneamente la regla y el comentario explicativo del Chohan; su aproximación nos proporciona el sentido. Leamos pues:

> *"1. Mata la ambición, pero trabaja como trabajan los que son ambiciosos.*
>
> *2. Mata el deseo de vivir, pero respeta la vida como aquellos que la desean.*
>
> *3. Mata el deseo de bienestar, pero sé feliz como lo son los que viven para la felicidad."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Desear el poder, la vida y la felicidad, he aquí lo que empuja aquí abajo a los hombres a la acción. Estos son los premios ofrecidos a todos por Ishvara; de ello resulta que la evolución progresa. Todos los esfuerzos que uno se impone para conseguirlos hace que nazcan las cualidades y favorecen la evolución. Si todo esto desapareciera de súbito, el hombre perdería toda ambición, todo deseo de vivir y de ser feliz. Esta es una etapa por la que pasamos antes de que se despierte completamente en nosotros el deseo intenso de la vida espiritual —etapa a la que se le da el nombre de vairagya y que nace de la saciedad. El hombre ha saboreado el poder y no ha encontrado la felicidad en él; ha trabajado para conseguirlo y lo ha logrado, pero ha constatado que para el yo interno, el poder no es más que un desengaño, no es lo que se había imaginado, no proporciona ninguna satisfacción. Tomemos por ejemplo el caso del último emperador de Rusia: situado en la cima

del poderío humano, se sentía profundamente cansado y deseaba vivamente liberarse de ello. No es raro encontrar en la historia a un hombre investido del poder absoluto y, embargado por un acceso de vairagya, firmar su abdicación.

Resultado: un derrumbamiento, un debilitamiento de todos los motivos que hasta ese momento impelían al hombre a actuar; En su postración dice: "Para qué nuevos esfuerzos? Yo no deseo el poder, no hay motivo, pues, para trabajar. No deseo la vida, ¿por qué continuar viviendo? No deseo el bienestar, ello no me satisface, ¿por qué molestarme para alcanzarlo?"

Ante nosotros se presenta la siguiente pregunta: ¿Cómo animar a este hombre para que recupere su actividad a fin de continuar su desarrollo y llegar al término de su evolución? ¿Cómo sacarlo de su abatimiento? El único medio es despertar en él la actividad de la vida divina, esta vida que crece dando y no tomando. Él ha llegado al punto crítico de su carrera; permanece apegado al yo separado, sus existencias futuras no serán más que cansancio y hastío. Puede despertarse en él el deseo de la vida real que consiste en expandirse alrededor a fin de servir, y no en pertrecharse en un egoísmo inerte?

En su estado actual, este hombre representa en el mundo un elemento inútil; inútil para sí mismo, inútil para todos. Antes de llegar a esto, era una fuerza que ayudaba a la evolución general del mundo, porque estaba influido por las cosas que atraen a las personas normales y les permiten evolucionar. En el estado de desmoronamiento y de inutilidad en el que se ha sumergido por la pérdida de motivaciones de acción ordinarias e inferiores, se le hace una llamada especial —una llamada que se dirige a los tres aspectos de su ser que han perdido sus razones para actuar.

Se le dirige la orden de: "Trabaja como trabajan los que son ambiciosos", frase unida a la primera regla: "Mata la ambición" que, por sí sola, conduciría al letargo. El yo separado destruido, y el hombre sin tener una razón para trabajar, recibe esta llamada: "Trabaja como trabajan los ambiciosos". Después viene la orden siguiente: "Respeta la vida como aquellos que la desean", y la tercera: "Sé feliz como lo son los que viven para la felicidad". Estas son las tres órdenes nuevas,

punto de partida de una vida nueva, los tres nuevos motivos reemplazando a los tres antiguos. Veamos al hombre yacente; parece muerto. La vida de la forma, evidentemente, ha desaparecido. Ahora es la vida de la conciencia la que él tiene que despertar; estas tres llamadas van a permitírselo. El hombre tiene que volver a empezar a trabajar, pero ahora es el hombre espiritual el que debe vivir y actuar, mientras que la personalidad funcionará como una máquina. El hombre vivirá más de lo que nunca lo haya hecho, por más que todo deseo de vida, de felicidad y de poder se hayan extinguido en él. Esta es la respuesta a su pregunta: "¿Por qué trabajar?"

La persona que no encuentra respuesta permanece inerte y su desarrollo se detiene. Este es el punto conocido en mecánica con el nombre de punto muerto, estado de equilibrio en el que deja de haber impulso; las fuerzas superiores se han equilibrado con las fuerzas inferiores y han destruido el egoísmo y la ambición de antaño, pero todavía no son capaces de impulsar al hombre hacia adelante, dispuesto a desplegar por ellas su energía y su voluntad. Este equilibrio no es la meta de la evolución. ¿Qué nuevos motivos hay que presentar al hombre para despertarlo y para hacer que actúe? Sólo uno, actuando desde lo interno, puede hacer reaccionar al alma; y esto consiste en identificarse con la vida de Ishvara en el mundo y actuar como parte de esta vida en lugar de hacerlo con el deseo de remuneración.

Ningún comentario mejor a esta frase que un pasaje contenido en el tercer diálogo del Bhagavad Gita, donde se dan las razones por las que hay que trabajar después de haber perdido los motivos ordinarios, el deseo por los frutos de la acción:

> *"Pero aquel que encuentra su alegría en el mundo del Ser, satisfecho del Ser y contento solamente por el Ser, éste, en verdad, no tiene nada que hacer aquí abajo; Ni la acción, ni la inacción le conciernen ya aquí abajo, ya no depende de ningún ser en el mundo. Por consiguiente, sé desprendido y lleva a cabo la acción que es deber tuyo, porque, acometiéndola sin apego, el hombre alcanza lo Supremo. Janaka y otros han alcanzado en verdad por la acción la*

perfección. Trata de actuar recordando que tu objetivo es el servicio del mundo."– (Bhagavad Gitâ 3:17-20)

Lo que ahí se describe es una etapa más elevada que la del hombre del que estamos hablando en este momento. Sólo hemos tenido en cuenta el principio del Sendero que conduce a la plena realización del Yo. Por lo tanto, el motivo plasmado en el Gita se aplica a este hombre que, habiendo constatado que el no-yo no contiene nada, está preparado para responder a la llamada del Yo único; está dispuesto a trabajar tomando por motivo el bien del mundo. Un hombre así puede soñar ahora en la adquisición del conocimiento espiritual, no para convertirse en sabio e importante el mismo, sino con el fin de ayudar al mundo; este es el objetivo que adopta poco a poco, objetivo situado más allá de su propio yo individual.

Finalmente, abandonará este motivo, este deseo superior; a partir de entonces sólo le guiará un sólo deseo, el de poder ser un instrumento de aquello que le trasciende y de cumplir la voluntad de Ishvara. Aprenderá que no tiene que desear ni siquiera el conocimiento espiritual, ni tampoco querer convertirse en un Maestro, sino únicamente ser un instrumento de la Vida superior. Convertido así en un ser activo como aquellos que son ambiciosos, pero con el objetivo de servir de canal a la Vida superior, el hombre eliminará los últimos restos de ambición. Llegado a este punto, su energía está ahora inmersa en la Voluntad del Logos: he aquí el motivo que le impulsa al trabajo.

En los versículos del Gita citados anteriormente, Shri Krishna explica cómo hay que trabajar para alcanzar lo Supremo, para comprender la presencia y el poder de lo Divino. A continuación, enseña que el hecho de haberlo alcanzado y comprendido conduce a una actividad de Ishvara quien sostiene todas las cosas:

"No hay nada en los tres mundos, ¡oh Partha!, que me quede por hacer o por alcanzar y, sin embargo, tomo parte en la acción. Porque si yo no tomara una parte constante en la acción, ¡oh Partha!, todos los hombres seguirían Mis pasos. Estos mundos serían destruidos, si yo no llevara a cabo la acción."– (Bhagavad Gitâ 3:22-24)

Él trabaja para el bien del mundo, para mantener en movimiento la rueda del universo. Su actividad sólo tiene un objetivo: permitir que el mundo crezca y se desarrolle hasta el final del ciclo.

Shri Krishna señala a continuación la meta que hemos de marcarnos para nuestra tarea: y que es la de servir y sostener al mundo y a la humanidad. Dejando de identificarse con las formas separadas con el fin de conducirlas a la perfección. Identificándose así con la Vida el hombre tiene que consagrar todo su trabajo al bien, al servicio de su prójimo y del mundo entero, a fin de que todos los seres, animados o inanimados, puedan alcanzar el fin que les está destinado, puedan convertirse en lo que Ishvara quiso que se convirtieran, por más que en la vida manifestada todavía no hayan llegado a ese punto. Todo el universo de Ishvara existe, perfecto, en su pensamiento: gradualmente, y en el transcurso de numerosas fases, Él plasma este pensamiento en la materia. No se puede reconocer en ella una parte de Su vida sin trabajar, como Él mismo lo hace, en la manifestación integral de este pensamiento, es decir, haciendo girar la rueda de la vida hasta el término prescrito.

De esto no se deduce necesariamente que el hombre animado de este motivo justo y espiritual crea en Dios o se preocupe de Él; en todo caso, siente la Vida divina en el mundo, responde a ella y la sirve con una devoción absoluta. Este fue el caso, por ejemplo, de mi viejo amigo Charles Bradlaugh quien, a pesar de que no creía en Dios, tal como se entendía en su época, siempre estaba dispuesto a soportar sufrimientos y peligros, a llenar con su cuerpo el vacío y proporcionar así a los demás un medio de acceder, como por un puente, a una vida superior.

Sin embargo, aquellos que han sentido la Voluntad de Ishvara hasta el punto de hacer de esto el motivo central de su vida, tienen que procurar no ser causa de desconcierto para todos los demás que todavía son incapaces de pensar como ellos y que todavía actúan bajo la influencia de sus deseos. Shri Krishna dice a continuación:

> *"De la misma manera que el ignorante actúa por apego a la acción, ¡oh Bhârata!, así el sabio tiene que actuar sin apego a ella, con la única finalidad de ayudar al mundo. El sabio no*

tiene que turbar la mente de los ignorantes apegados a la acción; pero, actuando en unión Conmigo, tiene que hacer que toda acción sea atractiva."– (Bhagavad Gitâ 3:25-26)

El hombre espiritual tiene que consagrarse al trabajo de este mundo y dar ejemplo, porque el modo en que los sabios comprenden este trabajo, otros lo adoptarán. Un hombre que sea el punto de mira de las masas populares proporciona un modelo que otros imitarán en sus actividades; si permanece indiferente a la acción, sus inferiores también lo harán; su indiferencia tal vez obedezca a una razón superior, pero esta razón los otros la ignoran y, como es natural, creerán en un motivo diferente. En ellos la indiferencia sería de naturaleza tamásica y su evolución saldría perjudicada.

Una persona así podría decir; "Yo no me atengo a los resultados ni aquí ni en el Swarga; además, ¿por qué ayudar a mis semejantes a seguir el camino que conduce a estas satisfacciones? ¿Por qué impulsarlos a la actividad hacia objetivos que yo juzgo inútiles, hacia ventajas ilusorias? ¿Por qué esforzarme en proporcionar lo que es indeseable?" La respuesta no deja ninguna duda. Estos frutos de la acción son absolutamente necesarios para la mayoría de las personas; a menos que éstas no deseen estos placeres terrenales, esta felicidad, estas ambiciones, estos objetivos que los impulsan a la acción, su evolución se detendrá. Si los hombres no persiguen las satisfacciones de aquí abajo, tal vez Swarga sea su meta. De todas formas, hace falta que se les anime a avanzar, a crecer, a evolucionar. Si les persuadís de que todo eso es inútil, no progresarán.

Es, pues, importante para la evolución humana que se de ejemplo, el ejemplo de un trabajo completo y perfectamente realizado. La perfección siempre resulta imposible mientras el trabajo esté inspirado por el deseo; si bien en este caso el hombre puede dar un ejemplo admirable de energía y de perseverancia, su tarea presentará una sospecha de egoísmo que impedirá que su ejemplo sea perfecto; podrá trabajar con una gran precisión, pero esto será por él mismo; en el fondo no hace todo lo posible, su pensamiento no está enteramente entregado al trabajo, sino que se apega parcialmente a un resultado personal.

El Señor trabaja en la perfección a fin de asegurar el progreso en el mundo; así pues, trabajemos con el mismo espíritu. Nosotros hemos de trabajar mejor que la gente de aquí abajo más capacitada, porque tenemos como motivación el servicio debido a Dios y al hombre y no nuestro beneficio personal. Queremos trabajar por la causa de la humanidad. Nos negamos a buscar en todas partes actividades por el simple placer de estar activos. Muchas personas trabajan así para disfrutar de su actividad, porque si no están ocupadas se mueren de aburrimiento; una disposición que no tiene nada de común con la del hombre que se contenta en el Yo. Jamás se aburre; jamás busca el medio de satisfacer su necesidad de actividad. Trabaja porque es su deber y allí donde ningún deber le incumbe, él no desea la actividad. En el cuarto diálogo del Gita, Shri Krishna se expresa en estos términos respecto a la acción, a la acción mala y a la inacción:

> *"¿Qué es la acción? ¿Qué es la inacción? Incluso los sabios se sienten conturbados. Es por esto que voy a decirte qué es la acción; sabiéndolo te sentirás liberado del mal. Es necesario aprender a conocer la acción y a discernir lo que es la acción injusta y lo que es la inacción. El camino de la acción es misterioso. Aquel que puede ver la inacción en la acción y la acción en la inacción, ése es sabio entre los hombres; permanece en armonía incluso cuando ha realizado la acción."* — (Bhagavad Gitâ 4:16-18)

Los mismos sabios, se dice, no conocen muy bien los límites de todo eso. La acción buena es para el hombre el deber; es expresar la vida de Ishvara, mientras se mantiene en su lugar; tiene que servir así de canal o de agente y trabajar con el conocimiento, la precisión y el cuidado que demuestra el hombre sin ambición. Comparad su tarea a la del ambicioso; la encontraréis tan bien hecha e incluso mejor, porque se ha llevado a cabo con un espíritu de abnegación absoluta y de equilibrio perfecto.

Si encontráis un hombre que no trabaje así y que, sin desear el fruto de la acción, muestre sin embargo menos actividad de la que debería tener, que trabaje con menos energía, interés y puntualidad porque no tiene motivos personales —tenéis ante vosotros a un hombre que,

antes de entregarse a la inacción no ha aprendido el deber de actuar. Se me ha dicho de algunas personas: “Estos hombres empiezan a estar inactivos incluso antes de haber actuado, porque han reconocido intelectualmente la vanidad del fruto de la acción antes de haber llegado al punto en el que podrían trabajar de una manera desinteresada. En el mundo son unos inútiles, no hacen nada en él; tampoco son hombres espirituales que consagren su energía a la evolución humana”.

El hombre que ha llegado al punto en que el fruto de la acción deja de interesarle, puede escoger entre dos tipos de existencia: puede retirarse a la jungla y vivir en solitario, o bien puede compartir activamente las ocupaciones humanas. Si está lo bastante desarrollado para trabajar con energía en el plano mental o en el plano espiritual, esta existencia de inacción física puede ser para él la mejor; se convierte en mucho más útil para los demás de lo que lo sería rodeado de toda la agitación de este mundo. Y sin embargo, a este hombre el Maestro lo vuelve a enviar de nuevo al mundo a menudo para que pase allí su última existencia, en la cual, dando aquí abajo el ejemplo de la verdadera acción, llevará una vida perfectamente activa y hará gala de toda la energía que caracteriza al hombre más ambicioso.

Cuando un hombre vive en el mundo la vida espiritual, generalmente no es posible determinar por los signos externos si está maduro para el deseo o para el deber, pero hay una prueba infalible que permite siempre comprobar nuestro propio motivo. ¿Qué sentís cuando el fruto de la acción está ante vuestros ojos? Si la ambición ha desempeñado el menor papel en vuestro trabajo os mostraréis contrariados si no resulta, alegres si es un éxito. Si este contratiempo no os causa ningún sufrimiento, es que no se ha mezclado ningún elemento personal en vuestra tarea; habéis trabajado para que Ishvara mismo trabaje para el bien de la humanidad, reconoceréis que el éxito no es el de Ishvara, sino que forma parte de Su plan. Desde el punto de vista de Ishvara, el fracaso es imposible, pero en la vida humana es tan necesario para el éxito final como el éxito es necesario para el éxito final. El papel de los hijos de Ishvara es a veces el de sufrir el fracaso, a fin de que se hagan más fuertes y comprendan que no hay fracaso sin

el éxito correspondiente.

El hombre, ¿trabaja realmente como una parte de la vida de Ishvara? Esto es lo que demostrará su contentamiento perfecto, tanto si triunfa como si no; si su contentamiento es perfecto, sin sombra de pesar, su trabajo ha tenido como meta exclusiva la ayuda a la humanidad, y no ata ya a su autor que, en la misma acción, ha solucionado el problema de la inacción, ha aprendido también a utilizar los vehículos y las gunas sin identificarse con ellas. En los casos ordinarios las gunas conducen al hombre, pero en el Sendero es el hombre el que conduce las gunas. La mayoría de los hombres son movidos por las energías de la naturaleza, cuya actividad les incita al trabajo, pero el hombre comprometido con el Sendero emplea estas energías como instrumentos de trabajo y, desligado de ellas, las utiliza. El hombre ambicioso es juguete de las gunas cuando cree trabajar, pero el que las domina las hace seguir el camino de la evolución trazado por Ishvara y no se identifica con ellas. El Gita nos lo enseña como sigue:

> *"Aquel que, abandonando todo apego o fruto de la acción, está siempre satisfecho y no busca apoyo en parte alguna, éste, no actúa, ni siquiera cuando realiza una acción. Sin deseo, dueño de su mente y de sí mismo, habiendo abandonado toda codicia, sólo ha llevado a cabo la acción físicamente y no comete pecado. Satisfecho de todo lo que obtiene naturalmente, libre de los pares de opuestos, lo mismo en el éxito que en el fracaso, no está atado, ni siquiera cuando actúa. Para el mukti que no siente apego, cuya mente mora en la sabiduría y para quien toda acción significa sacrificio, el karma se disuelve totalmente."*– (Bhagavad Gitâ 4:20-23)

El hombre situado en punto muerto, el de la indiferencia, tiene que hallar el medio de reforzar en sí mismo las influencias superiores, a fin de que bajo su incentivo adopte la vida de acción espiritual. Tiene que practicar la meditación; tiene que sacar partido de todas las emociones de que dispone; tiene que aprovechar con cuidado toda ocasión de servir; tiene que superar, incluso sin desearlo, el deseo de mantenerse inerte; Tiene que moverse indefectiblemente. Si llega a conocer a una

persona a la que reverencia y cuyo ejemplo lo estimula a la actividad, cruzará mucho más rápido esta etapa intermedia, o bien de otro modo su evolución podría sufrir una interrupción. Si experimenta el deseo de complacer a una persona a la que admira, puede utilizar este deseo como estímulo, hasta el momento en que sentirá el impulso de la vida divina; el deseo en cuestión le hará salir por entero de su estado de abatimiento.

C.W.L. —Al haber repudiado la ambición personal, el hombre recibe el mandato de trabajar como trabajan los ambiciosos. Generalmente se suceden tres etapas: primera, el trabajo por los resultados a obtener aquí abajo; después llega la etapa en que el hombre continúa trabajando todavía por un resultado, pero por un resultado celestial. Las diferentes iglesias lo afirman con insistencia: hay que renunciar a este mundo para vivir eternamente en el cielo; seremos los más cercanos al trono de Dios, y así por el estilo. Casi todo el mundo pasa por estas dos etapas —el trabajo para un objetivo terrestre, luego el trabajo para un objetivo celestial. Algunos, llevándolo más allá, trabajan para complacer a su Divinidad. Muchos cristianos por ejemplo, trabajan por amor a Jesús, lo cual es admirable porque no existe absolutamente ningún egoísmo; esta es una etapa superior a aquella en que se trabaja por un resultado personal, incluso celestial.

Hay una etapa todavía más elevada; en ella se trabaja por amor al trabajo; esto es raramente comprendido; muchos artistas lo entienden; algunos de ellos trabajan por amor al arte, independientemente de cual sea la rama que cultiven. Un gran poeta ha dicho: *"Si canto, es porque no puedo dejar de hacerlo"*, queriendo decir que estaba obligado a expresar lo que por él se transmitía como un mensaje al mundo. Otro, experimentando el mismo sentimiento, decía que él estimaba sus poemas no por el hecho de ser el autor de los mismos, sino al contrario, porque no eran suyos. También hay incluso personas que trabajan por amor al arte —no para ellos mismos ni para su reputación, no para complacer a los demás, ni siquiera para complacer a Dios en el sentido en que generalmente se entiende esta idea— sino porque se sienten portadoras de un mensaje del que deben desprenderse. Es muy bonito llegar a este extremo.

Finalmente, llega la etapa más elevada de todas: el hombre trabaja sabiendo que él es un fragmento divino y, como a tal, desea que se cumpla el plan de Dios. Las personas se hacen a veces ilusiones suponiendo que ahí es donde radica su meta, aun cuando la atmósfera de las ideas inferiores no ha dejado de rodearlas. A este respecto siempre podemos ponernos a prueba, tal vez con ventaja cuando fracasamos, lo cual de vez en cuando nos ocurre a todos. Como nos ha dicho a menudo nuestra gran Presidenta, si trabajamos sinceramente y conscientemente como partes de la Divinidad, como partes del conjunto, ningún fracaso puede causarnos el menor desasosiego, porque sabemos que Dios es infalible. Si, momentáneamente, tal o cual actitud nos parece un fracaso, éste ya estaba previsto en el plan; es, pues, necesario y, en concreto, no es realmente un fracaso. Desde el punto de vista de lo divino, ningún esfuerzo puede ser inútil; no hemos pues de sentir ninguna inquietud. Sólo queda un punto a examinar: ¿es culpa nuestra? Sin embargo, si hemos hecho lo mejor posible, aunque la empresa no alcance el éxito, sabemos que todo va bien.

Sin embargo, semejantes consideraciones no tienen que volvernos descuidados o indiferentes en el transcurso del tiempo. Entre nuestros deberes se encuentra el de hacer abandonar a nuestros semejantes la doctrina de la inercia y encaminarles hacia el Sendero del servicio; un solo éxito de este tipo implica para el mundo una ventaja segura. Con toda certeza, todo es para mejor, pero sólo si hemos hecho lo posible por nuestra parte. Si el hombre, en la parte de trabajo que le corresponde, no lo ha hecho lo mejor posible, entonces el resultado queda por debajo de lo que debería haber sido, porque habría podido ser mejor. Cuando por nuestra parte hemos hecho todo lo mejor posible, solamente entonces, tenemos el derecho de refugiarnos en este pensamiento: “He hecho todo lo que he podido: si a pesar de todo fracaso, me inclino ante un poder superior al mío.” Estoy segurísimo de que aquello que se ha llevado a cabo no está realmente perdido y que, a fin de cuentas, cada uno ha hecho lo más conveniente.

No importa que obtengáis un resultado hoy o en un millón de años; si esta idea altamente filosófica es una simple ilusión, se trata de una ilusión muy poderosa. Sintiendo que ella tiene valor para mí, pienso

que debe tenerlo para otros, y si pudiéramos hacer que se decidieran a aprovechar la primera oportunidad de progresar, les haríamos un gran servicio. ¿Qué diferencia hay, a la larga, para el Logos en quien todo se mueve? Lo ignoro, pero Su voluntad es sin duda que nosotros progresemos y, si se comprende así, Él debe querer también que nuestra evolución se lleve a cabo lo más rápidamente posible. Evidentemente, acatamos Su voluntad caminando rápidos en el Sendero que conduce a la unión con Él y ayudando a otras personas a caminar con nosotros; yo no veo, pues, cómo podría ser indiferente el hecho de que uno entre en la corriente en el presente período terrestre o en el curso de la cadena actual, o bien que se espere a la próxima; yo haré todo lo posible para ayudar a mis semejantes a entrar en la corriente desde ahora ya.

Otra prueba tal vez podría consistir en determinar si consentimos en emprender un trabajo cualquiera formando parte del Suyo; si consentimos en ayudar igualmente a los que ocupan posiciones más elevadas y a los más humildes. Para Él nada es superior o inferior en cuestión de progreso; tanto que en este progreso una parte del plan pueda haber alcanzado un punto superior y aquella otra parte un punto inferior. Esto se parece mucho a una rueda que gira: en movimiento, una parte de la rueda se acerca al ápice, pero, en la rotación, el conjunto de la rueda avanza. Nuestra tarea es la de ayudar al movimiento hacia adelante y a impulsar cualquier parte de la rueda. La vida a todos los niveles es la vida divina; en algunas etapas está más desarrollada que en otras —más desarrollada en el hombre que en el animal, en el animal que en el vegetal, en el vegetal que en el mineral— pero en todas partes la vida es la vida divina, y si ayudamos al progreso de una de sus partes, apresuraremos el cumplimiento del plan divino. Lo que es más elevado o más inferior es la forma que sirve de molde a la vida; la forma permite un desarrollo más o menos grande, pero la vida es una. La visión del Logos, tan diferente de la nuestra, tiene que implicar verdaderamente algo de esta idea —que toda vida es en realidad la misma; desde este punto de vista, nada es superior ni nada es inferior, porque el conjunto está en movimiento. Esto no impide que algunos, cuya vida está más desarrollada, sean

más capaces de ayudar, y que otros no puedan prestar más que un tipo inferior de ayuda. Tomad buena nota: las personas que constatan que su trabajo más exitoso está considerado normalmente como un trabajo inferior, no tienen que desanimarse en absoluto; también ellas empujan la misma rueda y contribuyen al desarrollo de la misma vida divina.

Reglas de La 2 a La 4

"2. Mata el deseo de vivir."– (Aforismo del antiguo manuscrito)

"Respeta la vida como lo hacen los que la desean."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

A.B. —Las observaciones precedentes se refieren, hasta cierto punto, a este aforismo y al siguiente. Los mismos principios generales que se aplican a la destrucción de la ambición (excepto las actividades de los que trabajan como si fueran ambiciosos) se aplican también a estas dos sentencias. El discípulo tiene que eliminar el deseo de la vida personal —todo lo que acrecienta la energía del yo personal y halaga sus deseos personales. El placer de expansionar su vida haciendo entrar en ella incesantemente más elementos exteriores no debe ser suficiente para su felicidad.

En todas las partes del mundo se encuentran personas que buscan con ardor una vida más amplia; se apoderan de ella manifestando la codicia más diversa; luchan, para adquirir y acumular incesantemente los objetos que atraen su imaginación febril e indisciplinada —causa de múltiples contratiempos desde el punto de vista personal y social. El discípulo tiene que suprimir este deseo de aumentar y expansionar su vida individual y separada; tiene que entrar en la Vida superior y no tener más que un deseo, el de encontrarse en todo punto del universo donde su presencia pueda servir de expresión a la vida una. En este universo, hay mucho trabajo por hacer. Una vez que todo deseo de existencia individual y separada ha sido eliminado, todas las preferencias personales se desvanecen y las necesidades de su época determinan la elección hecha por el hombre espiritual. El alma liberada trabaja en todas partes donde la ayuda sea necesaria y aspira únicamente a servir de instrumento en cualquier lugar en que esto pueda suceder: su vida no tiene valor ni utilidad más que en virtud de la Vida Universal de la que forma parte.

El hombre que ha perdido el deseo de vivir corre desde ese momento un peligro: el peligro de considerar la vida como sin valor para todo el mundo; y esto, por el hecho de que él prescinde totalmente de los

bienes que ella ofrece; puede adquirir una actitud desdeñosa hacia el mundo y hacia su prójimo: convencido de su superioridad, puede despreciar a los demás, juzgarles insensatos, hablar de ellos en términos severos y, finalmente, considerar sus motivos como lastimosos. Su actitud respecto a ellos es muy natural, pero está llena de peligros y es fundamentalmente negativa; demuestra que, si bien puede haber entendido el no-yo como tal, no ha comprendido el Yo. Si una vida cualquiera, incluso no desarrollada, le inspira desprecio, se olvida de que esta manifestación forma parte de Ishvara; para él es, pues, necesario y urgente este mensaje: *"Respeta la vida como aquellos que la desean"*.

Si esta persona nos pregunta por qué tiene que considerar la vida con respeto, nosotros le respondemos: "porque es divina". Es una fase del trabajo de Ishvara, la cual, para Ishvara es tan importante como la fase superior que es actualmente la de esta persona. Al utilizar los términos inferior y superior, nos situamos en el punto de vista de la evolución y del tiempo —de la sucesión de cambios que constituyen el tiempo. No es así como Ishvara considera a Su mundo: para Él nada es grande ni pequeño, ni despreciable ni querido. Todo ha llegado a una distancia determinada en la ruta que siguen todos los hombres para alcanzar la misma meta. Una forma humilde es tan necesaria al plan de la evolución como la forma llamada generalmente superior. El discípulo tiene, pues, que evitar el error de despreciar ninguna vida y de negarle la menor importancia, con el pretexto de que representa una etapa inferior de evolución. Todo, en su fase particular, es bueno y útil. Reconocer esta verdad fundamental implica el deber de amar a nuestro prójimo, y esto es así porque este prójimo forma parte de la Vida Universal en curso evolutivo.

En la etapa inferior, el hombre está sin duda privado de buen sentido, es sensual, perezoso, tan poco atrayente como se pueda imaginar; su falta de atractivo depende de la forma y no de la Vida. La forma nos ciega. Por el hecho de que juzgamos desde lo alto a otra persona, de que nos apartamos de ella -signo de nuestra superioridad- se produce un sentimiento de superioridad que genera el desprecio. En realidad, si somos superiores a ella es únicamente por el grado de

evolución de la forma. La esencia es la misma; las posibilidades ofrecidas a nuestro prójimo equivalen a las nuestras y, visto desde el centro, esta persona es lo que somos nosotros. El hombre que sigue el Sendero trata de ver las cosas lo mismo desde el centro que desde la circunferencia: por consiguiente, tiene que respetar la Vida y tiene que darse cuenta de que la Vida de Ishvara es la Vida única. La forma es la que Ishvara juzga buena para manifestarse durante un tiempo determinado y, si es lo bastante buena para Ishvara, también es buena para nosotros.

El universo tiene que presentar las formas en todos los grados de desarrollo; ninguna forma es superior o inferior; todas son iguales. Existe una diferencia cuando se prosigue nuestra propia evolución; desaparece cuando nuestra evolución ha terminado. Hemos de renunciar a interesarnos por la forma dejando de lado todo lo que se refiere a la forma y al fruto de la acción, antes de poder respetar la Vida en todas sus manifestaciones. El hombre cuya evolución es todavía parcial, cautivo de las formas, consiente en ayudar a las personas más cercanas a él y que merecen la pena; no está dispuesto a ayudar a los más humildes. Contrariamente, el hombre que presta su ayuda situándose en el punto de vista de Ishvara ayuda a todo el mundo; su deber es el de hacerlo sin distinción alguna; su actividad tiene que ser la de Ishvara; ayuda a los que se encuentra, sean elevados o no; en cada uno respeta la Vida; prodiga su ayuda allí donde es necesaria. No se deja perturbar por el hecho de que la Vida no está presente por entero en el hombre. Sabiendo que el objetivo de la obra de Ishvara es animar la vida, se aplica a secundar la manifestación. No piensa ni por un momento: “Formo parte del Yo; el resto no importa”. Trabaja para la manifestación, respeta y ama la Vida y, de esa manera no se arriesga a mostrarse despreciativo, error que, de otra manera, creando un yo separador, impediría que la Vida se desarrollara en él.

Existe una enorme diferencia entre el modo en que, por un lado, la Vida es considerada por parte del hombre ordinario, y por otro, por parte de un hombre que vive en lo Eterno. El segundo ve la Vida acompañada de todas sus posibilidades, posibilidades que él percibe hoy, si bien todavía no han sido desarrolladas; porque vive en lo

Eterno, y cuando la vida se considera desde ese punto de vista, se la ve en todo el esplendor de su perfección realizada. Considerándola desde más abajo, no la vemos más que como una etapa particular, en el tiempo y no en la Eternidad; de modo que no la respetamos como tendríamos que hacerlo. El alma liberada que vive en lo Eterno percibe la vida tal como es; teniendo en cuenta la etapa presente en el momento especial en que se encuentra la vida, no puede sentir ningún rechazo, sabiendo que esta etapa es perfectamente normal.

Por consiguiente, cuanto más arriba ha llegado un hombre más tolerante se muestra hacia toda Vida y mayor es su compasión por todos, porque esta Vida aproxima la compasión del mismo Logos. Aniquilando en uno mismo el deseo de vivir, es decir, el deseo del yo separado, respetando la Vida como los que la desean, el hombre empieza a adquirir ese sentido de la Eternidad que le permite respetar la vida sea cual sea la manera en que se manifieste; todo desprecio por los seres situados por debajo de él, le resulta imposible; ve a cada uno en su lugar como una expresión de la Vida Perfecta.

C.W.L. —Aquí, como para la regla precedente, la doctrina se aplica a dos niveles diferentes. Sin duda alguna, corresponde empezando por matar el deseo de vivir de tal manera externa más que de tal otra, si ésta es un obstáculo para el trabajo que hay que realizar. El hombre que se ha convertido en discípulo de un Maestro tiene que aceptar absolutamente el llevar a cabo cualquier tarea que se presente en su camino, estar en un lugar o en otro, a abandonar esto o aquello, sin sentir ninguna contrariedad. Si dijera: “Yo hago esta clase de trabajo; lo hago bien y no deseo otro”, su vanidad podría ser causa de su fracaso. Supongamos que se le ha apartado de una tarea para la que se siente capacitado y que se le destina otra que es nueva para él: tiene que aceptarla con perfecta serenidad. Este cambio puede obedecer a dos razones: o bien la nueva tarea es más necesaria, o bien el discípulo, al haber aprendido este trabajo en particular, es bueno que aprenda otro.

Independientemente por completo de la disciplina particular del discípulo, encontramos frecuentemente que las fuerzas evolutivas proceden de este modo. A cada uno le gusta hacer aquello que siente

que hace bien, pero las fuerzas de la evolución quieren desarrollar integralmente al hombre y, muy a menudo, le quitan la tarea que está desempeñando bien y le dan otra a la que todavía no está acostumbrado porque quieren despertar en él una nueva facultad. Si empieza sin éxito, tiene que perseverar hasta que lo consiga. He aquí como actúa la evolución en general, y el mismo principio se aplica a la formación de discípulos por parte del Maestro. Si cumplen bien una tarea, puede que ésta todavía se les permita durante algún tiempo, pero luego, súbitamente, pueden ser enviados en otra dirección, y este nuevo trabajo tienen que emprenderlo con tanta voluntad como iniciaron el antiguo.

A nivel superior, esto sigue siendo verdad respecto a la vida del ego. Echando una ojeada sobre sus encarnaciones anteriores, el discípulo sabe que su ego ha seguido determinadas líneas, que ha desarrollado determinadas cualidades y que, desde el punto de vista de la individualidad, todavía puede triunfar si las sigue. Sin embargo, aún puede desviarse. La individualidad, el ego, tiene que aceptar lo que le suceda en el curso de su instrucción, y aquí todavía hemos de rechazar todo sentimiento de que ese trabajo, o esa vía sea preferible a aquella otra. Nos apercibimos de ello cuando encontramos personas de un rayo o de un tipo diferente al nuestro. Tenemos la impresión de que nuestro rayo o nuestro tipo es el mejor. En teoría admitimos que los otros valen lo mismo que el nuestro, pero muy pocos de entre nosotros llegan a considerarlos con una simpatía realmente cordial.

Así, por ejemplo, una persona que se ha dedicado a los trabajos filosóficos o científicos puede encontrar bastante incómoda la obligación de servir en la línea artística o ceremonial. Es difícil desviar nuestras simpatías y darles vía libre en otra dirección; sin embargo, esta es una de las cosas que hemos de aprender a hacer si la necesidad nos obliga a ello.

A partir del momento en que un hombre adquiere el sentimiento de la unidad, adquiere un juicio imparcial. Para él todas las clases de trabajo son efectivamente las mismas; no es que pueda emprenderlos todos con la misma facilidad, pero se da cuenta de que todos llevan al mismo sitio. El hombre no desarrollado nunca comprende esto;

siempre piensa que el hombre situado en el punto de mira superior es frío, duro, y nada simpático. He aquí la razón: el hombre menos desarrollado piensa en él y desea toda suerte de satisfacciones personales, mientras que el otro, el hombre desarrollado, no sueña más que en el trabajo a realizar y pone en él todo su esfuerzo. Desde que el Plan de acción del Logos empieza a despuntar, como el sol por encima del horizonte, el hombre sólo lo ve a él, le consagra todas sus energías y se esfuerza por llevar a cabo aquello que mejor se adapta, a ese Plan, hasta los menores detalles de la vida diaria.

Engancha su carro a una estrella; profesa ideales muy elevados ajenos por completo a la inteligencia ordinaria; ¿cómo, entonces, podría ser comprendido por las personas que todavía consideran las cosas desde el punto de vista personal? Si sufre por no ser comprendido —ese sentimiento que todavía revela un rasgo de la personalidad— tiene que renunciar incluso a eso. Tiene que dejar de esperar que sus esfuerzos sean reconocidos; tanto si lo son como si no, debe comprender bien que esto carece de importancia. Sólo importa una cosa: el trabajo a realizar. ¿Que no se hace justicia a nuestra obra? No importa; hay que llevarla a cabo con toda la perfección posible. El Maestro sabrá reconocerla —pero incluso ése no tiene que ser nuestro incentivo. Actuamos porque se trata del trabajo de Dios; como nosotros estamos en Él, Su voluntad es la nuestra; nuestro gozo, nuestro privilegio supremo, es realizar lo mejor que podamos lo que Él quiere que se cumpla.

Al haber comprendido que toda Vida es Divina, respetaremos de un modo natural todas las manifestaciones. Nosotros, que sólo vemos a medias, no siempre respetamos la vida bajo todas sus formas y en todas sus manifestaciones; constatando que muchas de ellas serían para nosotros en extremo indeseables, nos sentimos inclinados a menospreciar estas manifestaciones particulares. Esto siempre constituye un error. Vemos a nuestro alrededor muchas cosas que, desde nuestro punto de vista, van muy mal, lo que a menudo es cierto. Evidentemente, todas las expresiones de egoísmo, de codicia y de pasión desenfrenada visibles en el mundo son malas, en el sentido de que todo iría mucho mejor si fueran diferentes. Pensando así, en

realidad no nos equivocamos; pero, cuando nos permitimos menospreciar a las personas que se encuentran en esta etapa, traspasamos el límite permitido; su grado de desarrollo explica estas manifestaciones; a menudo ellas representan el único modo de expresión posible por su parte en su etapa actual y es precisamente gracias a ellas que aprenderán.

Cuando vemos a un hombre que se muestra egoísta, ávido y sin control sobre sí mismo, decimos: "¡Qué lástima!" Es una lástima, pero sólo en el sentido en que lamentaríamos que un niño de cuatro años no haya alcanzado la edad madura. Si dejáramos que nuestras inclinaciones nos dominaran, si nos mostráramos ávidos y egoístas, nos sería fácil experimentar cierto desprecio por nosotros mismos, porque sabemos a qué atenemos, pero este sentimiento experimentado por cualquier otra persona sería malo. Si esta persona parece capaz de hacerlo mejor; sin duda ha descuidado las ocasiones favorables; lamentémoslo por ella; tratemos, si es posible, de ayudarla a tomar el buen camino, a reconocer las posibilidades superiores; pero no nos apartemos de ella, esta sería la mayor de las equivocaciones, aun cuando no siempre podamos superar, con relación a sus actos, un sentimiento de disgusto. Un hombre se embriaga; esta es su etapa actual; alma todavía joven, cede a las tentaciones de este tipo en lugar de resistirse a ellas como debiera. Es posible que a menudo lo haya intentado, pero todavía sin éxito. Toda nuestra capacidad de ayuda tiene que ser puesta, absoluta y completamente, a su servicio, pero no debe inspirarnos repugnancia. Es la antigua idea del cristianismo: podemos odiar el pecado, pero debemos compadecernos del pecador; de otro modo, nuestra conducta es peor que la suya, porque perdemos el sentimiento de fraternidad y, al mismo tiempo, nuestra facultad de ayuda.

La Vida una está en el fondo de todos y tenemos que respetarla incluso en las manifestaciones que nos desagradan y que consideramos indeseables. Es divina, no lo olvidemos nunca; es por esto que a veces resulta difícil cuando los actos cometidos tienen un carácter tan impío; sin embargo, hay que tratar de hacerlo. Sigue siendo la antigua idea de la Vida oculta, aprendida por nosotros hace

miles de años en los misterios egipcios. La Vida oculta, se nos dijo, mora en cada uno de nosotros; profundamente sepultada, casi invisible; recordad siempre que está presente aun cuando no la percibamos. La luz oculta en nosotros no puede iluminar a otro hombre y despertar de inmediato aquello que se oculta en él, pero con suficiente paciencia y energía este hombre reaccionará, a su tiempo y a su modo. Actualmente, esta enseñanza se da en términos un poco diferentes, pero la verdad que ello Implica no ha variado.

El hombre que vive en lo Eterno percibe el futuro como el presente; por consiguiente, en presencia de una manifestación eminentemente indeseable de la Vida, dice: "Sí; por el momento y desde el punto de vista de la permanencia, está bien lo que yo veo en ella; una manifestación de orden inferior e indigna; pero la Vida divina inmanente se manifestará un día". Muchas personas no comprenden hasta qué punto el presente es ilusorio. Apenas hemos pensado en el presente que éste ya ha desaparecido. Decimos: "Esa cosa existe en el momento actual", y no bien estas palabras han sido pronunciadas, cuando ya este momento presente se ha convertido en pasado. En realidad, el presente no existe; es el filo de una navaja que separa el pasado del futuro; es una manera práctica de expresarlo, pero a cada segundo que pasa, el filo se va desplazando. Hay que leer el futuro en el presente y constatar lo que éste será. Sólo con que pudiéramos escapar algunos instantes de estos cuerpos y de estos cerebros y pasar a una existencia francamente superior, podríamos ver desde una posición más elevada esta cuestión, y la comprenderíamos perfectamente. Descubriríamos que al pensar en ese futuro lo hacemos desde ahora más accesible. Si al ver a un hombre cometiendo un pecado, pensamos en ese pecado, comprometemos más estrechamente al pecador; pero, si mirando a este hombre soñamos en el futuro, en el momento en que quedará libre de su pecado, le abrimos el camino de este futuro que de este modo se encuentra menos alejado.

> *"3. Mata el deseo de bienestar."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Sé feliz como lo son los que viven para la felicidad."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

A.B. —En las primeras etapas de su desarrollo, el hombre pone en

juego toda su energía mental y física para adquirir los medios de asegurar su bienestar. El deseo de bienestar: he aquí lo que impulsa a la mayoría de los hombres. Es un estímulo muy útil para hacer que se manifiesten ciertas cualidades: con el fin de que contribuyan al bienestar que él pretende disfrutar.

El deseo de bienestar desaparece a medida que se elevan los objetivos. El hombre puede eliminar el deseo de bienestar y de satisfacciones físicas transfiriendo su interés, por ejemplo, a la vida mental; al principio experimenta una sensación de esfuerzo, de sufrimiento y de pérdida, pero prefiere los placeres mentales a los placeres físicos, sabiendo que durarán más tiempo; luego, si pone en práctica la renunciación, se da cuenta de que la sensación de pérdida se atenúa y de que los gozos intelectuales tienen para él un atractivo creciente; finalmente, los deseos inferiores pierden todo su encanto.

Al principio, y en cada etapa, hay una renuncia voluntaria; a continuación, el objetivo físico deseado pierde su atractivo. Más tarde, se produce un cambio parecido por lo que respecta a los gozos intelectuales. Cuando el hombre aspira a la vida espiritual, su pasión por la actividad intelectual disminuye gradualmente; la satisfacción de una viva energía intelectual le seduce cada vez menos; rechaza las alegrías del intelecto y busca las del espíritu; se aleja del intelecto y fija su conciencia en el nivel superior.

Suprimir el deseo de bienestar tiene sus peligros —el tercer gran peligro. El primero fue la inercia, el segundo el desdén; el tercero es la tendencia a no sentirse ni felices ni desgraciados.

¿Qué hacer para ser felices? Nosotros respondemos: llegando a comprender que el Yo es beatitud. Se dice en los Brahma Sutras que Brahmán es Beatitud, que Brahmán es Ananda. El hombre tiene ahora que convencerse de ello. Ni el placer ni el dolor tienen ya dominio sobre él; no lo atraen; habían nacido del contacto entre las formas. Ahora, conseguido el equilibrio, el hombre se siente inclinado a abandonarse, a no ser ni feliz ni desgraciado; sin embargo, tiene que aprender a ser feliz como los que viven para la felicidad.

Es la beatitud de la que disfruta el Yo, esta profunda e inalterable

beatitud, característica esencial de la vida espiritual, la que nuestra conciencia a duras penas puede concebir. Un rasgo característico de los grandes Místicos y Salvadores del mundo es que el sufrimiento ha desempeñado un gran papel en sus vidas. Jesús fue un hombre de dolor; Gautama, el Buddha, abandonó sus palacios suntuosos, sus jardines, sus amigos fieles, para buscar remedio al sufrimiento de la humanidad. Lo mismo descubrimos si examinamos las vidas de todos los grandes conductores de hombres; el sufrimiento repercutió en ellos profundamente, pero han sabido soportarlo; en esos hombres predominaba un gozo constante y el hombre que les juzga desde el exterior exagera infinitamente sus sufrimientos. Como sea que la pesadumbre les agobia y la inquietud, las preocupaciones, las desventuras y las miserias llueven sobre ellos por todas partes, de ello se infiere, naturalmente, son seres tristes. No necesariamente; no se ven agitados ni atormentados ni angustiados por estos sufrimientos, a pesar de toda la atención que les dedican, y son capaces de cumplir todo lo que pueda exigir de ellos el bien de la humanidad. En el fondo de sí mismos, reina la paz. Es por eso que siempre les oís repetir: "Mi paz perdura".

El discípulo comparte todo el dolor de aquí abajo; es inevitable; el dolor proyecta una sombra sobre él, una sombra de la que no puede huir. El sufrimiento humano, todo el sufrimiento, tiene que encontrar eco en él. Se aflige, se apiada por los ignorantes, por aquellos que sufren, por sus rebeliones, por sus sublevaciones. En la etapa en cuestión, corre un peligro, el de perder su sensibilidad; cuanto más se debilita ésta, menos susceptible es él para ser de utilidad. Los Grandes Seres experimentan una impotente piedad por el hombre todavía sujeto al karma, y esto porque Ellos mismos se encuentran ante la imposibilidad de ayudar. Sí, existen casos en que Su ayuda es imposible, en que el hombre tiene que afrontar solo sus experiencias. Conociendo la absoluta necesidad de estar de acuerdo con la Ley, sin embargo, se mantienen al lado y siguen vigilando la acción. Un elemento de dolor y de comprensión subsiste, pues, en Ellos —su piedad, que implica un determinado grado de tristeza.

Y esto persistirá siempre, como una sombra. Al perder la cualidad de

la comprensión, el hombre pierde la facultad de ayudar. En la medida en que su vida se comunica con el ignorante, experimenta la alegría y el dolor del ignorante a quien aligera la pena compartiéndola.

Al discípulo, siempre consciente de estas imperiosas verdades, es necesario recordarle que el Yo es beatitud. El discípulo tiene que mantenerse alegre en el fondo, y cultivar metódicamente el espíritu de contentamiento y serenidad. Para eso puede meditar sobre la beatitud divina —beatitud profunda, intensa, que nada aquí abajo puede igualar, porque ella es la esencia y la misma naturaleza del Yo. Este aspecto no puede desarrollarse más que de una sola manera: cultivando metódicamente el contento y la satisfacción; estudiando el mundo, comprobando que el mal es Avidya o la ausencia de sabiduría. Rodeado de tristezas, el discípulo tiene que ser feliz; tiene que llegar a la convicción de que el sufrimiento es pertinente al vehículo, pero que la vida siempre es gozo.

C.W.L. —Esta regla no significa que el bienestar esté prohibido, interpretación que a menudo se hace de ello. Los yoguis, los ermitaños, los monjes, han sacado de los textos conclusiones parecidas; son absolutamente falsas e irrazonables. En la Edad Media, algunos monjes llevaban cilicios. Algunos yoguis toman como asiento puntas de acero y, en la estación más calurosas duermen en la noche rodeados de fuego —todo eso para evitar el bienestar. He aquí a donde se llega basándose en un texto y llevando la conclusión al extremo. El Bhagavad Gita 17:6 dice expresamente que los hombres que torturan el cuerpo torturan a la Divinidad que reside en ese cuerpo y que sus prácticas son contrarias al progreso. Esta regla no significa, pues, que nos esté prohibido el bienestar sino, simplemente, que no debemos permitir jamás que nuestro deseo de bienestar nos impida realizar el trabajo que nos corresponda. Si el cumplimiento de nuestro deber tiene que aportamos serios disgustos, esto no es una razón para descuidar nuestro deber.

Privándonos sin razón del bienestar, nos creamos simplemente dificultades. Se habla mucho de la eficacia del sufrimiento y de todos los progresos que esto nos aporta, pero examinando las cosas más de cerca, observamos que el progreso llega cuando el sufrimiento

termina. No es el sufrimiento en sí el que hace avanzar, sino que, en muchos casos, este sufrimiento atrae la atención del hombre sobre condiciones que, sin él no hubieran sido suficientemente remarcadas. A veces el sufrimiento suprime en el hombre cualidades que impiden su progreso, pero éste no se realiza más que cuando él deja de sufrir; solamente entonces su estado de espíritu le permite observar desde más arriba.

No creamos que sea ningún mérito buscar la incomodidad. Al contrario, cuando el cuerpo físico está cómodo, nos resulta más fácil pensar en la vida superior. Sin embargo, he conocido personas que persisten en este error. He aquí un ejemplo. En la India, donde mejor se comprende la meditación, nos encontramos que la costumbre es sentarse con las piernas cruzadas. He conocido cantidad de occidentales que se agotan e incluso se imponen sufrimiento durante la meditación, tratando de acomodarse a la costumbre india, sin comprender que esto tan sólo es una cuestión de detalle externo, y que el indio adopta esta posición, simplemente, porque la ha practicado desde niño. Las personas que, no estando acostumbradas a esta posición incómoda para ellos, quieren adoptarla, pierden absolutamente el tiempo. Patanjali aconseja una posición "cómoda y agradable".

Hay que considerar dos puntos con relación a nuestra actitud durante la meditación. En primer lugar, el cuerpo tiene que estar suficientemente cómodo para que se le pueda olvidar con facilidad, porque esto es lo que se pretende. En segundo lugar, la posición tiene que ser tal que, si abandonamos nuestro cuerpo durante la meditación (esto siempre puede pasar) no le alcance ningún contratiempo. En ese caso, la impresión física será la de un síncope. El indio, sentado en el suelo, cae hacia atrás sin ningún percance. Al meditar, haremos bien pues, en sentamos en un sillón cualquiera, a fin de evitar una caída si el cuerpo pierde el conocimiento. La posición horizontal no es buena si favorece el sueño.

Las emociones y la mente tienen sus alegrías, y muchas personas que rechazan la idea de que su bienestar físico tenga alguna importancia para ellas, son extremadamente desgraciadas si su

bienestar emocional no está asegurado; es decir, cuando ellas se imaginan que no reciben la respuesta merecida por sus emociones. Muchas personas penosamente sentimentales, esperan que todo el mundo lo sea también y se sienten muy defraudadas al constatar lo contrario. Prodigan lo que ellas llaman afecto, pero este sentimiento está a menudo teñido de egoísmo. Son causa de toda serie de contratiempos, actúan incluso de modo que hieren a las personas que dicen amar —todo esto por una sola razón: pretenden que su afecto sea correspondido. No comprenden que existen diferentes clases de afecto y que a las personas en cuestión puede resultarles absolutamente imposible corresponder al suyo como ellas quisieran. La dificultad estriba en su persistente deseo de bienestar emocional, cuya intervención en nuestro progreso personal o en el de las personas que nos son queridas no debería permitirse jamás.

También existe un bienestar intelectual: el hombre quiere encontrar exactamente en los demás sus propias ideas, y asegurarse así la satisfacción y la tranquilidad mental. Constantemente chocamos con esta dificultad. Supongamos, por ejemplo, que una persona joven y prometedora se interesa profundamente en la Teosofía, y desea ingresar en la Sociedad; sus padres se oponen enérgicamente; para ellos no hay satisfacción intelectual si su hijo o su hija adopta ideas que ellos no podrán compartir; están convencidos de tener razón y de que aparte de sus opiniones particulares no puede haber nada que sea razonable; si un hijo o una hija tienen otras ideas distintas a las suyas, lo sienten como una afrenta; olvidan que si un ego ha nacido en su familia esto no es una razón para que comparta el temperamento de su padre y de su madre.

Cada ego tiene, a su modo, su cualidad particular de apreciar la verdad: la línea particular del ego es la única siguiendo a la cual puede percibirla; otras personas se engañarían queriendo imponérsela a su manera; esto sería provocar la revolución de todo el Ser interno. Ha pasado cientos de veces que hijos sometidos a esta presión intelectual han abandonado por completo las creencias de sus padres. ¡Cuántas veces, por ejemplo, el hijo de un clérigo se ha convertido en ateo porque sus padres han cometido la equivocación de imponerle sus

propias ideas! Su deseo de satisfacción intelectual ha sido el causante de todo el mal. El discípulo tiene que velar siempre para que su deseo de bienestar emocional o intelectual no le lleve a lesionar los derechos de los demás y para no dejar que este deseo sea un obstáculo al deber que podría cumplir o a la ayuda que podría prestar.

Es esencial que seamos felices, como nos dice aquí el Chohan, si bien indudablemente no vivimos para la felicidad. El deber de ser felices yo creo que se olvida a menudo. No se lo considera como un deber, y sin embargo, es un deber, con toda la fuerza que el término implica: es un elemento necesario para nuestro progreso. Una persona siempre triste y deprimida bajo la influencia de los acontecimientos, no progresa; es bueno que ella lo entienda. Repito: es necesario para nosotros que adquiramos una sensitividad en aumento, porque de otro modo no podemos responder al instante a la más leve indicación del Maestro. La dificultad de ser a la vez muy sensitivo y estar radiante de felicidad es incontestable; sin embargo, hay que lograrlo. ¡Cuántas cosas no exigen nuestra comprensión más profunda! Ahora bien, es difícil simpatizar con los que sufren sin sentirse afligido al mismo tiempo. Sin embargo, como ya he dicho, el Maestro, dotado de una comprensión infinitamente superior a la nuestra, no siente realmente la tristeza como tristeza.

Habría mucho menos sufrimiento, mucha menos aflicción si la gente que los padecen actualmente hubieran llevado una vida completamente diferente en el curso de otras existencias, tal vez hace miles de años; pero como sea que han vivido así, nada puede favorecer más su progreso que lo que les está pasando ahora. No podemos evitar ver con tristeza su condición actual, pero nuestra pena no es por su pruebas actuales, sino por las antiguas causas que las hicieron necesarias. La idea puede parecer marcada por cierta frialdad, pero cuando comprendemos hasta qué punto el resultado forma parte de la causa, podemos constatar que el presente está relacionado absolutamente con las causas generadas hace muchísimo tiempo por estas personas y que no puede ser de otra manera por el imperio de la ley divina de la causalidad.

Hoy, todo este sufrimiento no puede ser modificado más que por la

intervención de nuevas fuerzas. Algunas veces nos resulta posible paliar, hasta cierto punto, el dolor y el sufrimiento. Cuando lo hacemos no es nunca y en absoluto que impidamos el cumplimiento de la ley, no se trata de ninguna manera que la conciliación con la ley sea para nada perturbada, sino que ponemos en juego una nueva fuerza que, en sí, también está sometida a la ley y atenúa en gran parte los efectos del pasado. A pesar de la posibilidad de aliviar y de ayudar algunas veces, muchos de nosotros, como ya he explicado, tienen mucha dificultad para demostrar una perfecta comprensión y aceptar al mismo tiempo la necesidad del sufrimiento; sin embargo, en determinadas circunstancias, lo conseguimos satisfactoriamente. Supongamos que uno de nuestros amigos más queridos tiene que sufrir una operación quirúrgica. Lo sentimos, desde luego, pero no se nos ocurrirá decir que la operación es mala: reconocemos las ventajas que representa, y esperamos una mejoría en el estado de salud de nuestro amigo. Sean cuales fueren, pues, nuestros sentimientos de pesar, consideramos la operación como una triste y lamentable necesidad. Todas las aflicciones, todos los sufrimientos, no son más que eso —otras tantas operaciones destinadas a suprimir las vegetaciones peligrosas.

Aquí abajo, podrían evitarse muchas pesadumbres, porque una gran parte de ellas no vienen precisamente del pasado; son el resultado de los fallos cometidos en el presente. Los hombres enfocan las cosas por su peor lado. De ese modo, a menudo, nos sentimos ofendidos y nos atormentamos. El Karma no tiene nada que ver en esto. En muchos casos, siete octavas partes de las preocupaciones no llegan en modo alguno del exterior, sino que se deben enteramente a la manera en cómo las personas soportan sus experiencias. El Karma que nos llega del exterior se reduce a muy poca cosa, pero nosotros lo aumentamos mucho: esta es nuestra equivocación actual; pero tiene remedio.

La mayoría de las personas cuyo objetivo en la vida es la felicidad, la buscan de maneras diversas: asociándose con personas cuya compañía les resulta agradable, yendo a lugares donde piensan que van a encontrar el placer, y así por el estilo. El discípulo no tiene que seguir su ejemplo porque tendrá que ser capaz de encontrar en él la felicidad sin hacerla depender de ninguna condición externa en particular. Para

nosotros esto es difícil, porque durante numerosas vidas hemos sido más o menos juguete de las circunstancias. Observando a nuestros semejantes nos damos cuenta de que la mayoría todavía se encuentra en esa etapa. La mayor parte de los seres humanos aquí abajo, se preocupan muy poco por modificar las condiciones en las que se encuentran situados. Si se sienten deprimidos, inclinados a sentirse ofendidos y, por consiguiente, desgraciados; les correspondería cambiar todo eso: pero no, responden a la ofensa lamentándose y declaran imposible entenderse con semejantes personas. Sin embargo, éstas probablemente no difieren mucho del resto de la humanidad; nuestra felicidad depende de la manera como sabemos aceptarlos y de cómo nuestra actitud responde a la suya. Si hemos obtenido algún provecho de nuestros estudios de ocultismo, diremos: "No le doy importancia a sus reacciones; es cosa suya y no mía; por mi parte, no tengo que ceder ni a la susceptibilidad, ni a la inquietud, a fin de mantenerme en calma, no importa lo que hagan o digan los demás".

Puede que se diga: esto es muy difícil cuando se nos ataca y se nos insulta. Pero, ¿no es evidente que los efectos de una actitud insultante y agresiva dependen de la manera en que se las recibe? Si nos dejamos afectar por ellas el resultado es muy emocional y, como consecuencia, demostramos por nuestra parte sentimientos bastante parecidos y, a los ojos de un observador, la agresión podría parecer, en parte, justificada. Si, por el contrario, mantenemos una perfecta calma, la persona que nos insulta se da cuenta de su sinrazón y el observador puede constatar que a nosotros no nos falta. Desde luego, no es necesario permanecer calmados en la intención con la idea de demostrar que no nos equivocamos, nuestra actitud tiene que ser filosófica porque estos ataques y las intervenciones de que somos objeto nos dejan insensibles; así, podemos sentirnos felices.

Felicidad bastante negativa aparentemente, y dirigida a evitar penas y sufrimientos. Podemos hacer mucho más. Nosotros, como estudiantes de la vida interna que tratamos de adaptar nuestra vida a los preceptos del ocultismo, tenemos que participar en el trabajo del mundo. Afirmémoslo: nadie puede ver el Plan del Logos o el trabajo que implica su realización sin tratar de secundarlo con todas sus

fuerzas; el solo hecho de consagrarse a este trabajo mantiene ocupado al hombre y le hace feliz. No deberíamos disponer de tiempo para ofrecer resistencia, ni para deprimimos, ni para inquietamos, en presencia de estas cosas externas. Si no damos tregua para enviar buenos pensamientos, dirigir deseos estimulantes, corrientes poderosas de buena voluntad a todo nuestro entorno, estaremos muy ocupados y nuestro trabajo será nuestra alegría.

Cómo escuchar sin tristeza a la gente que nos rodea, hablar incesantemente de lo que hacen "para pasar el rato": si hacen esto o aquello, es para crearse una ocupación. Espectáculo a la vez risible y lamentable, porque este mundo presenta mil ocasiones para actuar con bondad y nobleza, y estas personas ni siquiera las buscan: Se limitan a fabricarse diversiones, pasatiempos; y ésta, de todas las actitudes, es la más pasmosa.

El estudiante de ocultismo anda faltado de tiempo para hacer todo lo que quisiera. Todos aquellos que realmente quieren trabajar están agobiados de trabajo; la necesidad desborda siempre sus fuerzas. La Dra. Besant trabaja incansablemente y sin darse reposo, desde primera hora de la mañana hasta una hora muy avanzada de la noche; la idea que ella tiene del trabajo se parece muy poco a la que tiene una persona ordinaria. En el mundo de los negocios algunas personas, indudablemente, están constantemente sumergidas en un trabajo que las absorbe pero, en general, el hecho de trabajar se entiende de esta manera —un poco de trabajo seguido de descanso, después se reemprende durante un corto tiempo; y a esto se le llama aplicarse seriamente a la tarea. Este no es el modo de hacer de la Dra. Besant. Mientras presta oído a lo que le decís, y sin perder una sola palabra, continúa escribiendo; cuando vuestra historia acaba, su ayuda o sus consejos ya están a punto. No pierde un solo instante. Si, en una estación se ve obligada a esperar, siempre lleva consigo una pequeña escribanía y se pone de inmediato a escribir cartas o artículos. No todo el mundo tiene disposición para esto —no olvidemos la edad que ahora tiene su cuerpo. Además, en general, su trabajo sobre numerosas y diversas cuestiones es muy minucioso y exige una decisión rápida. Las personas cuyo trabajo está remunerado no se lo toman así. Ella, es

capaz de trabajar tanto precisamente porque todo su trabajo es puramente benévolo; realmente encuentra placer en ello; siempre tiene una amable sonrisa para las personas con las que se cruza; para todos aquellos que se relacionan con ella es una verdadera fuente de inspiración. Haríamos bien en seguir sus pasos tan allá como sea posible y de no olvidar nunca el deber de ser felices; si no lo somos, es que no hacemos lo bastante —prueba cierta de que perdemos el tiempo. Pongamos manos a la obra, emprendamos algo y dejaremos de sentirnos melancólicos porque no habrá lugar para el ocio. Nuestra tarea presenta un interés tan vivo, es tan amplia que, imbuidos de esta verdad, no tendremos un solo pensamiento para dedicar a la melancolía ni a nada que se le parezca.

> *"4. Busca en el corazón la raíz del mal y arráncala. Esta raíz vive y fructifica en el corazón del discípulo devoto lo mismo que en del hombre de deseos. Sólo el fuerte puede destruirla. El débil tiene que esperar su crecimiento, su fructificación y su muerte. Y esta es una planta que vive y se desarrolla a través de las edades. Florece cuando el hombre ha acumulado en sí innumerables existencias. El que quiera entrar en el Sendero del poder tiene que extirpar esto de su corazón. Y entonces el corazón sangrará, y toda la vida del hombre parecerá desvanecerse por completo. Hay que pasar esta prueba; puede que se presente en el primer peldaño de la peligrosa escala que conduce al sendero de vida; puede que no llegue hasta el final. Pero recuerda, ¡oh discípulo! que tienes que pasar por esta prueba, y que las energías de tu alma tienen que afirmarse en esta empresa. No vivas ni en el presente ni en el futuro, sino en lo Eterno. Esta cizaña gigantesca no puede florecer allí; esta mancha de la existencia la borra la misma atmósfera del Pensamiento eterno."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Así termina la Regla 4, comentario del Chohan añadida a las tres primeras. La cizaña gigantesca es la herejía de la separatividad -la idea del yo separado- que es, verdaderamente, la raíz del mal. Se nos pide que la maternos gradualmente. Primero hay que unir al yo

inferior con el Yo superior, fundir nuestra personalidad en la individualidad. En la mayoría de nosotros, el yo personal todavía está tan próximo que tiende a ocultarnos las cosas superiores; hay que ir más allá de él y, poco a poco, trascenderlo, con el fin de desnudarnos de todo egoísmo. Después de lo cual, haremos lo mismo con la individualidad.

La individualidad, o ego, es una cosa admirable —compleja, de una extrema belleza, maravillosamente adaptada a su medio, un ser glorioso en verdad. Llegará un momento, sin embargo, en que tendremos que d^^os cuenta de que ésta es un simple instrumento creado por nosotros en el curso de las edades para asegurar el progreso de la Mónada. Por el hecho de que hemos necesitado desarrollar la idea del yo separado en las primeras etapas de nuestra evolución, la cizaña gigantesca o su simiente se encuentra en el corazón de cada uno. Esta cizaña, más pronto o más tarde, tiene que ser destruida, pero sólo los fuertes son capaces de extirparla desde el principio de su desarrollo. Los débiles tienen que esperar y dejarla crecer esperando adquirir suficiente vigor para destruirla. Para ellos esto es lamentable, porque, cuanto más se le permite prolongar su existencia, más se agarra a la naturaleza del hombre. Las personas suficientemente valientes para arrancarla ya a partir de ahora, harán rápidos progresos y mucho más señalados. La lucha que se necesita para liberarse del yo separado siempre es terrible, pero lo será infinitamente más si la posponemos a las etapas posteriores de nuestro progreso. En tanto que no se haya destruido definitivamente, estaremos expuestos a toda clase de dificultades y peligros a los que no podemos escapar más que ahogándola en el terreno. Por consiguiente, es evidente que más vale destruirla desde el principio.

Los sistemas de enseñanza oculta todos están de acuerdo en aconsejar al estudiante que se desembarace rápidamente de esta ilusión. La dificultad, además del hábito de considerarnos separados, estriba' en que esta misma idea ha sido antaño el origen de toda nuestra fuerza. En la época en que el ego se convirtió en individualidad, su debilidad era grande; hasta entonces, había formado parte de un alma grupal, y la idea de una identidad separada

todavía no estaba muy confirmada para él; la existencia del salvaje tuvo que consolidarla. Del sentimiento "yo soy yo", nació poco a poco, la fuerza. Al principio, decía: "Yo soy un gran guerrero, ágil en la carrera; soy un gran jefe; puedo dirigir los ejércitos; puedo conducir a los hombres; puedo imponerles mi voluntad". Más tarde, a un nivel superior, expresó su pensamiento de este modo: "Poseo una inteligencia poderosa; tengo confianza en mí mismo; estoy orgulloso de mí; soy un hombre importante; mi pensamiento es más poderoso que el de cualquier otro, domino las inteligencias y las dirijo a mi comodidad". Este es el sentimiento de separatividad que nos ha enseñado la confianza en nosotros mismos.

Más tarde, llega una etapa en que esta confianza significa la confianza puesta en el Yo Superior. Dejando de contar con su destreza manual, su agilidad, su fuerza muscular, sus facultades intelectuales, el hombre llega a comprender que existe una energía del espíritu que es muy superior a estas manifestaciones externas y, llegado a esta etapa, pronto descubre que esta energía del espíritu es la del Infinito del que procede, porque esta energía es una con Dios mismo. Así pues, nuestra confianza personal se convierte en confianza en Él —en la inmensa Potencia generadora. Nosotros somos Él mismo. Depositar nuestra confianza en Dios es depositarla en nosotros mismos, porque cada uno de nosotros es una chispa de la llama divina y la Divinidad está en nosotros. Basta con comprender y desarrollar esta idea; después el yo en el que depositamos nuestra confianza se convierte en el gran Yo Total.

Esta idea del yo separado nos satura; es la base misma del ego quien, de nuestro conocimiento, es el único elemento permanente en nosotros. Hemos de aprender que existe la Mónada: ella es la que se nos aparecerá como el verdadero Yo cuando habremos rechazado la individualidad. Sin embargo, cuando llegue ese momento, constataremos con más claridad que hoy, que estas Mónadas son, en definitiva, chispas de la Llama Eterna. Ahora lo sabemos teóricamente y cada uno de nosotros, llegado el momento, lo comprenderá realmente; algunos ya lo han comprendido. Tal como he señalado, cuando el foco de la conciencia se encuentra en la parte superior del

cuerpo causal, es posible percibir la línea que une la Mónada con el ego. Siguiendo esta línea hasta la Mónada, que tan poco conocemos, e incluso más allá, he aquí el hecho que llegamos a ver y a conocer, con una precisión y una certeza imposibles de expresar en palabras aquí abajo: todo lo que suponíamos que era el Yo y que nos pertenecía, no somos nosotros, sino Él: la inteligencia, la devoción, o el afecto que hemos poseído no eran en modo alguno nosotros mismos, sino que más bien era la inteligencia, la devoción, el amor, es decir Dios mismo, manifestándose a través nuestro. Después de haber realizado esta experiencia, al hombre le resulta imposible volver a ser nunca exactamente lo que fue: ya no puede volver a ser como antes, desde el punto de vista personal, porque él sabe, con una convincente certeza. Es necesaria una experiencia de este tipo para compensar el desarrollo del yo separado, causa de grandes tribulaciones, fuente abundante de tristezas y de sufrimientos, velo que nos impide discernir claramente lo que es la Vida. Nos encontramos en una curiosa situación: nuestro desarrollo, hasta cierto punto, se debe a la idea de separatividad; a partir de este punto, se convierte en un mal y hace falta que nos deshagamos de ella. La humanidad ha llegado a una etapa en que debería comprender esto. He aquí porque todas las doctrinas que tienen un carácter oculto o altamente religioso, insisten con tanto énfasis en el deber de practicar el altruismo. Toda la humanidad tiene necesidad de ello; todavía se encuentra en la etapa del egoísmo y busca apropiarse de esto o de aquello. Toda nuestra energía tiene que oponerse a esta tendencia.

Al mismo tiempo hay que tratar de ser muy tolerantes. Perdemos a menudo la paciencia ante el espectáculo del egoísmo desbordante y brutal que se afianza por todas partes, pero es inútil. Esas desgraciadas criaturas practican todavía lo que exigía su desarrollo hace miles de años. Ayudémosles, si es posible; demostremos siempre dulzura y tolerancia, pero demostremos con firmeza la necesidad de renunciar a este punto de vista, y a tener en cuenta el progreso colectivo de la humanidad. Algunos de nosotros se sienten bien pensando siempre que formamos parte de ella. Tratamos de seguir el consejo dado por uno de nuestros Maestros: “Si conseguís dar un paso

cualquiera hacia adelante; si conseguís un progreso señalado, no os digáis: 'He hecho esto y realmente es un progreso'. Vale más pensar: Soy feliz de que esto haya pasado, porque gracias a mí la humanidad se ha acercado otro tanto al momento en que descubrirá por sí misma la meta final que Dios le tiene asignada. A través mío, la humanidad ha dado un paso hacia adelante, lo cual, para cada uno de sus integrantes, representa un ligero progreso". Así que se puede pensar en la humanidad en conjunto como un hombre pensaría en tota su familia, como una colectividad de la que todos formamos parte, desde el más tierno infante hasta el anciano cargado de años, y así se ocuparía de su prosperidad común.

Se nos dice que no vivamos en el presente ni en el futuro, sino en lo Eterno. Aquel que vive en lo eterno es el Logos, es la Divinidad. Viviendo en lo eterno, el Logos ve simultáneamente el futuro y el presente; ve todas estas cosas cumplidas. Si pudiéramos elevarnos hasta Su punto de vista, seríamos capaces de vivir como Él en lo eterno. Esto no pasará ni hoy ni mañana; pero es un objetivo hacia el cual es necesario que nos abramos camino esforzándonos denodadamente. Para eso es imprescindible una disconformidad; no nos sintamos nunca satisfechos con nuestra nueva condición, eso sería patear en el mismo sitio; busquemos siempre hacerlo cada vez mejor; lo conseguiremos enfocando nuestra vida en el futuro.

Si siempre buscamos el progreso, la superación, sería una equivocación dejamos llevar por el descontento o por la preocupación en presencia de las circunstancias que influyen pasajeramente en nuestra condición actual y en la de los demás. Es más sabio, y es preferible proyectarnos hacia el futuro y vivir en él. Deberíamos decirnos a nosotros mismos: "En este momento soy tal o cual persona; tengo algunos defectos y algunas debilidades; quiero superarlos y ansío el momento en que dejarán de existir". Es importante vivir para el mañana y no para el ayer. El mundo, en general, vive para los siglos pasados y se agarra a viejos prejuicios. Hagamos acopio de todas nuestras resoluciones para el porvenir y vivamos para él.

Enfocad vuestro pensamiento con esperanza en el futuro; no lo enfoquéis con añoranza del pasado. El presente es, con mucho, una

ilusión; por consiguiente, si estamos descontentos, no lo estamos realmente por lo que estamos haciendo, sino por lo que acabamos de hacer. Para progresar, miremos hacia adelante. Mirar hacia atrás no es la manera de progresar; si nos obstinásemos en ello en el plano físico, no llegaríamos muy lejos sin accidentamos; el mismo principio rige para los planos superiores. Cuanto más reflexionamos más evidente es que en los tres aforismos examinados, es decir: *"Mata la ambición, mata el deseo de vivir, y mata el deseo de bienestar"*, todo lo que impulsa al hombre ordinario al esfuerzo, ha sido suprimido absolutamente.

En principio, la vida del hombre está gobernada por el deseo de asegurar su existencia y la de su familia, por el deseo de "mantenerse a flote"; siempre existe la ambición de ascender; desea más bienestar para él y para los suyos. He aquí exactamente los móviles del hombre corriente y, con toda seguridad, si llegaran a serle arrebatados permanecería inactivo; sin la menor razón para moverse; semejaría un leño. Diría "Si he de prescindir de todo tipo de ambición, si no puedo desear un bienestar en la vida, ¿por qué he de moverme? ¿por qué dar un paso?" Se abandonaría a sí mismo sin motivo suficiente para provocar el menor esfuerzo y todo progreso sería imposible para él. No puede negarse que para él la supresión de estos móviles tendría sus inconvenientes.

Por otra parte, el hombre que está preparado para el Sendero, y que ha perdido todo interés por las cosas inferiores, se encuentra en una etapa en que también corre el peligro de caer en la inacción. Intelectualmente, su convicción de que estas cosas inferiores no merecen ninguna dedicación es absoluta, y como que ya han dejado de atraerle no se siente en disposición de emplear energía en ningún sentido. En el curso de la evolución, esta experiencia alcanza a casi a todo el mundo; para muchas personas es causa de verdadero desconcierto. Liberadas de los intereses inferiores, no los han reemplazado por intereses superiores; se encuentran entre los dos; su etapa es transitoria; no han comprendido bien la unidad para hacer de ella la gran motivación de su vida; sin embargo, es suficiente para saber que los deseos del yo separado no merecen seguirse; así que su

existencia se mantiene en suspenso. A algunos estudiantes les cuesta mucho librarse de esta condición. Nada merece un esfuerzo; nada les interesa ya; quisieran morirse para poner fin a todo ello.

El único medio de salir de este estado tan poco satisfactorio es avanzar todavía un poco más; entonces el hombre constata que existe una vida superior y más real, infinitamente digna de nuestros esfuerzos. En el primer vislumbre que se tiene del plan divino, sólo se siente un deseo —entregarse a él por entero; es imposible reaccionar de otra manera. Identificándose con la Vida Una, actuando como parte de esta Vida, el estudiante ha encontrado el único móvil capaz de impulsarle a la acción. Cuando da este nuevo paso y empieza a comprender la Vida del Yo, entonces, en lugar de caer en un aniquilamiento que le liberaría de todo, experimenta el intenso deseo de disponer siempre de más energía, para dedicarla a esta obra gloriosa. El Yo Único, ese es el móvil que despertará en él una actividad que jamás ha conocido, porque este móvil es infinitamente más poderoso que toda otra cosa menos elevada; al hombre que se entrega a él, a fin de cumplir las intenciones soberanas de la Divinidad, le aporta una felicidad y una paz ilimitadas.

Reglas de La 5 a La 8

> *"5. Mata todo sentimiento de separatividad."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Sin embargo, mantente solo y aislado, porque nada de cuanto tiene cuerpo, nada de cuanto tiene conciencia de separación, nada aparte de lo Eterno puede ayudarte."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

A.B. —En este libro, destinado al discípulo, el precepto en cuestión reviste una importancia particular, porque él tiene que aprender a permanecer absolutamente solo. Nada de lo que tenga cuerpo, nada de lo que está fuera de lo Eterno puede venir en su ayuda. Toda ayuda que se reciba de un ser incorpóreo es una ayuda secundaria y puede fallarle en el momento que más lo pueda necesitar. Las biografías de los grandes místicos cristianos nos muestran en sus vidas una característica invariable: se sintieron abandonados por todos y tuvieron que permanecer absolutamente solos. La misma verdad se encuentra en los Evangelios, los cuales, bajo el símbolo de la vida de Jesús, relatan las experiencias impuestas a toda alma que pasa por las etapas del discipulado. Especialmente se relatan dos escenas: la primera se llama la agonía de Jesús en el huerto de Getsemaní, en el momento en que sus amigos y sus fieles, no pudieron, ni siquiera durante algún tiempo, velar con Él. Aprendió que tenía que adentrarse en la soledad; en la segunda escena, se eleva el lamento de la cruz: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"* Estas experiencias se refieren a la cuarta gran Iniciación, en el momento en que el hombre, abandonado a sí mismo, aprende a apoyarse únicamente en el Ser interno, a comprender que, personalmente, no es más que una expresión de lo Eterno en el mundo exterior. En esta última y gran prueba, el discípulo se expone siempre a sucumbir.

Al discípulo le aguarda una tarea doble: tiene que matar a la vez el sentido de separación, y aprender a permanecer solo, a fin de hacerse fuerte —fuerte como el ser divino que hay en él. Como una estrella en el firmamento, tiene que reflejar la luz sin pedírsela a nadie. La

experiencia del aislamiento sólo puede instruirle. Y sin embargo, la sensación de estar aislado es una ilusión porque el discípulo está en lo Eterno. La ilusión contribuye al hundimiento de todas las formas antes de que en la conciencia haya nacido la certeza de nuestra unidad, de nuestra identidad con lo Eterno.

Este aforismo, seguido de su comentario, presenta todavía otras ideas importantes. Hay una etapa en que el aspirante tiene que mantenerse alejado de sus semejantes; su debilidad y no su fuerza son el motivo. Un hombre es a veces muy poco diferente de las personas que le rodean, todavía comprometidas en la vida inferior que él ya no desea para sí; está pues convencido de que, si sigue relacionándose todavía con esas personas, sus vicios provocarán su propia caída. El sentimiento de repulsión es pues útil y, si bien es característica de una etapa de desarrollo poco elevado, el discípulo hace bien en hacer caso a este sentimiento y en evitar la compañía de estas personas.

Si un hombre habla con horror de tal o cual vicio, podéis estar seguros de que hasta hace poco ha sido esclavo de él; recientemente ha tenido que luchar contra ese vicio y la conciencia interna, que no olvida nada, le pone en guardia ahora. En una etapa posterior, el hombre que ha llegado más arriba ya no tiene necesidad de mantenerse aparte de los que todavía siguen pecando; pero en tanto que no haya alcanzado esta etapa, mientras un impulso llegado del exterior sea capaz de hacerle caer en el vicio, lo más seguro es huir de la tentación hasta el momento en que tendrá la fuerza suficiente para entrar en el medio vicioso sin sentir ninguna atracción. En general, para que un hombre domine su horror y su disgusto, es necesario que el vicio haya perdido para él toda posibilidad de seducción.

Llega el momento en que el discípulo deberá ver, en el pecador a un hombre que necesita ayuda; el mismo recuerdo de sus faltas pasadas hará que esta ayuda sea posible. Es imposible ayudar a nuestros semejantes mientras nosotros mismos estemos expuestos a caer; para ayudarles, sin sentir atracción ni repulsión, hace falta que reconozcamos nuestra identidad con aquellos que luchan. Entonces nos acordamos de que el pecado del mundo es nuestro propio pecado y que, verdad profunda, ningún hombre puede llegar a la pureza

perfecta mientras exista otro que todavía siga manchado. La vida de la humanidad es la nuestra durante tanto tiempo como nosotros permanezcamos en sus filas; de otro modo, habría que renunciar a la humanidad. El vicio de cualquier hombre es nuestro vicio en tanto que, a su vez, él no lo haya eliminado. La salvación del mundo depende totalmente de esta verdad.

Ese tiene que ser el pensamiento de todo discípulo sometido a una tentación particular; tiene que comprender que no debe ceder a la tentación porque su caída sería una caída para toda la humanidad. Esto debería bastar para alejarle del mal. Supongamos que, al esforzaros por imaginar la vida de la humanidad, buscáis vencer esta o aquella debilidad; sentiréis entonces que vuestra victoria personal no es para vosotros mismos sino para todos. El conjunto de la humanidad sale favorecida de los esfuerzos y de los éxitos de una parte de sus componentes. Esta idea os transmitirá a menudo una gran fuerza. Realmente, vale la pena luchar para todos, en lugar de hacerlo para vuestro propio yo personal.

C.W.L. —A veces ocurre que estas instrucciones se aplican con excesiva severidad y con ayuda de la exageración se les concede un carácter de irrealidad. Es necesario que, aquí abajo, reconozcamos que en el plano físico la separación es un hecho. Si bien nuestros sentimientos también pueden ser lo más fraternales posible, no es menos cierto que en el espacio, nuestros cuerpos están separados. A veces se quiere negar esto, llevando la idea de la no separación hasta límites absurdos. En ocultismo esto siempre es un error. La doctrina oculta siempre es la expresión más elevada de la razón y del buen sentido, y cada vez que nos encontramos en presencia de un concepto claramente irrazonable, podemos estar seguros de que es una equivocación. En algunos casos, la idea puede parecer irrazonable porque no conocemos los hechos, pero cuando llegamos a conocerlos todos y la explicación sigue manteniendo su apariencia irrazonable, es lícito ponerla en duda y esperar algunas aclaraciones.

Si en el espacio nuestros cuerpos físicos están separados, a decir verdad, lo están menos de lo que parecen. Reaccionamos los unos sobre los otros hasta el punto de que, en realidad, nadie puede en

modo alguno vivir realmente solo.

Si un cuerpo físico es atacado por una enfermedad, los que están cerca de él están expuestos al contagio. Si el cuerpo astral está enfermo, en el sentido de que se deja llevar por la ira, la envidia, los celos, el egoísmo, etc., constituye un foco de contagio, porque sus vibraciones se propagan y porque a su alrededor, los cuerpos astrales se verán afectados, hasta cierto punto, por esta irradiación. Cuando, por ejemplo, las personas se reúnen en una misma sala, sus cuerpos astrales se interpenetran de un modo bastante marcado, porque el cuerpo astral de una persona normal sobrepasa unos cuarenta y cinco centímetros la periferia del cuerpo físico, algunas veces incluso más, de modo que, sin tocarse, estas personas tienen que influir considerablemente las unas en las otras. Esto sigue siendo verdad para el cuerpo mental, e incluso nuestros cuerpos causales están separados, tanto por espacio como por condiciones. Así, al interpretar esta prescripción de matar el sentimiento de separación, no ignoremos los hechos naturales.

No hay separación en el plano búddhico donde las conciencias no actualizan necesariamente su fusión con el nivel más inferior, sino que se amplían gradualmente. Al alcanzar el nivel superior del plano búddhico, y después de habernos desarrollado plenamente en todas sus subdivisiones, nos sentimos conscientemente uno con la humanidad. Sólo a partir de este nivel es cuando la separación es absolutamente inexistente; la unidad consciente con todos los seres corresponde al siguiente plano, el plano nirvánico.

Imaginad que todos pudiéramos desarrollar en nosotros mismos y simultáneamente la conciencia búddhica. Cada uno constataría que se ha elevado hasta allí y que su conciencia encierra a todas las demás, pero sentiría siempre que esta conciencia inclusiva es la suya. Ninguno de nosotros no habría perdido el sentido de su individualidad; por el contra rio, ésta se encontraría ampliada como nunca lo había estado. A cada uno le parecería que se manifestaba igualmente por los demás. En el fondo, la conciencia que estamos destinados a conocer es la Conciencia Única de la que todos formamos parte, la conciencia del mismo Logos.

En el plano nirvánico es cuando comprendemos con la máxima intensidad esta verdad: todo lo que habíamos tomado por nuestra conciencia, nuestra inteligencia, nuestra devoción, nuestro amor, eran en realidad Su conciencia, Su inteligencia, Su amor, Su devoción, manifestándose a través nuestro como una luz atravesando una lente. Para el hombre, esta comprensión no es total en el plano búddhico, pero se convierte en realidad en el plano inmediatamente superior.

En las Estancias de Dzyan, se dice, con relación al ser humano:

> *"La chispa pende de la llama por el tenue hilo de Fohat"*– (La Doctrina Secreta, vol. I)

Yo creo que esto puede aplicarse a diversos niveles. Por lo que a nosotros se refiere lo podemos interpretar de esta manera: el ego está sujeto a la Mónada por un hilo muy tenue y este hilo atraviesa todo el plano búddhico. El hilo más fino que se pueda imaginar; he aquí todo lo que representa el hombre ordinario en estos niveles búddhicos. Desde el momento en que el hombre dirige su atención hacia esas alturas, cuando piensa en ellas con regularidad y las tiene como su objetivo, este hilo empieza a aumentar en grosor, se va pareciendo cada vez más a un cable, y más tarde, a un embudo, porque se va ensanchando por arriba (un clarividente lo expresaría de esta manera); después, desciende al cuerpo causal que, en ese momento tiene unas determinadas proporciones. Más tarde, el mismo cuerpo causal se ensancha por el torrente de fuerzas que en él se vierten y el embudo, al irse haciendo cada vez más grande, se ensancha al mismo tiempo por arriba y por abajo. Cuando tiene lugar la primera iniciación (muchas personas han realizado esta experiencia mucho antes) el hombre abandona el cuerpo causal y se sumerge en el plano búddhico. En este momento, como ya he dicho, el cuerpo causal se desvanece absolutamente; este cuerpo, el único elemento permanente conocido del hombre durante una larga serie de existencias, después de su salida del reino animal, desaparece. Al mismo tiempo, el embudo se transforma en esfera. Me resulta imposible una descripción verdadera, porque allí hay más dimensiones que aquí, pero así es como se le aparecen las cosas al clarividente.

Después de haber recibido la primera Iniciación, el hombre, antes de

poder recibir la segunda, entre otras debilidades tiene que superar totalmente el sentimiento de separatividad. Este sentimiento constituye la primera de las diez Sanyojana, u obstáculos que tiene que sortear al avanzar en el Sendero, y este rechazo final e inapelable le es posible gracias a la experiencia que forma parte de la primera Iniciación: entonces, momentáneamente, el hombre roza la Conciencia búddhica. No significa necesariamente que pueda encontrarse en este estado de conciencia a voluntad: pero, por lo menos, lo ha experimentado; a partir de entonces, al haber sentido la unidad, sabe que ésta existe, aunque, sin la ayuda del Maestro puede que no sea capaz de penetrar en ella nuevamente; así pues, el sentido de separatividad se ha convertido para él en una ilusión. Casi nos resulta imposible aquí abajo, en el cuerpo físico, damos cuenta realmente de ello; hablamos sin cesar de ella, tratamos de persuadimos de que la sentimos pero, sinceramente, yo creo que es casi imposible mientras el hombre, tanto tiempo revestido de un cuerpo físico, no haya realizado todavía esta elevada experiencia. Llegamos a una convicción intelectual, pero sentir realmente la unidad, ya es otra cosa.

Al empezar a estar activo en el plano búddhico, el hombre entra en él por el nivel más inferior, pero al principio no puede darse cuenta ni siquiera de este sub-plano inferior. Experimenta una inexpresable intensidad de beatitud y, al mismo tiempo, una ampliación de conciencia que, al superar todo lo que él había podido comprobar hasta entonces, sin duda le induce a pensar que esta ampliación de conciencia se extiende al mundo entero. Sin embargo, esto es un completo error. Cuando está bastante acostumbrado a este nivel superior para que le sea posible hacer un análisis, se da cuenta de que su ampliación de conciencia, aunque sea muy considerable, sin embargo no es completa ni universal. Gradualmente, aumenta su esfera de acción, un poco como si se tratara de un ejército instalado en un territorio conquistado: al principio se instala en él, a continuación y de un modo gradual, la región bien conquistada se extiende a todo el país. El hombre se dedica luego a pasar conscientemente al sub-plano vecino; sin embargo, puede irse elevando de sub-plano en sub-plano, hasta el más elevado, sin haber constituido necesariamente todavía el

vehículo búddhico. El hombre que a través de la meditación o por el propio esfuerzo está a punto para la conciencia búddhica, siempre puede alcanzarla. Para el hombre que se ha procurado definitivamente un vehículo búddhico, esta conciencia constituye permanentemente el fondo de su conciencia física inferior, astral o mental. Se trata de un progreso diferente y especial, también difícil, porque exige la eliminación del cuerpo causal, la destrucción de este muro que separa.

La persona cuya conciencia está activa en el plano búddhico durante la meditación descubre que, si bien comparte toda la maravillosa conciencia de este plano, queda sin embargo un pequeño círculo de vacío que la separa de lo de más allá; esta ligera valla, se entiende, es el cuerpo causal: en sí éste tiene que desaparecer a fin de permitir el desarrollo del vehículo búddhico. Entonces, se siente la realidad de la Vida liberada de una manera imposible de describir aquí abajo. Madame Blavatsky lo expresó así: *"un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna"* —una bella y expresiva definición. Desde luego que es una paradoja, pero es imposible decir nada respecto a estos estados de éxtasis que no sea paradójico.

Con el sentimiento de unidad definitivamente afianzado, a pesar de todo lo que estas palabras puedan tener de paradójicas, el hombre tiene la impresión de que a este nivel su vehículo ocupa todo el plano, como si él mismo pudiera transferir su foco de conciencia a cada punto de ese plano, sin abandonar por eso el centro del círculo. Una experiencia absolutamente imposible de describir. Esta impresión está saturada y acompañada incesantemente de un sentimiento de máxima beatitud —beatitud de la que nada en los planos inferiores puede proporcionamos la menor idea, una beatitud intensa, activa, ardiente, que desafía toda imaginación. Aquí abajo, en los escasos momentos en que experimentamos algo que merezca este nombre, la beatitud consiste en no experimentar dolor alguno. Aquí abajo, disfrutamos de beatitud o de felicidad cuando, por unos momentos, dejamos de sentir fatiga o sufrimiento, cuando, al poder relajarnos, disfrutamos de influencias agradables. Esta es una sensación bastante negativa. En el plano búddhico la beatitud es una sensación prodigiosamente intensa y viva; realmente no sé cómo expresarlo. Imaginad la actividad más

intensa que hayáis podido experimentar; reemplazad esta actividad viva, ardiente, por un sentimiento de beatitud; después, elevad esto espiritualizándolo, hasta un plano muy superior, hasta la enésima potencia; tal vez así obtendréis una idea de la beatitud búddhica.

Se trata de una realidad activa con una fuerza irresistible; no tiene nada de pasivo; no se descansa. Aquí abajo, estamos sometidos a tantos esfuerzos laboriosos que el descanso ocupa siempre un lugar muy grande en nuestro ideal, sea el que sea; allí arriba, no experimentamos ni sensación ni necesidad de descanso. El hombre se ha convertido en una formidable energía encamada, que se expresa expandiéndose hacia fuera; en su conciencia, la idea de descanso o la necesidad de descansar no figuran para nada. Lo que nosotros llamaríamos aquí descanso, parecería allá bajo una especie de negación. Nos hemos unido a la manifestación de la energía divina y esta energía es una vida activa. Se habla del reposo del nirvana, pero desde el punto de vista inferior. La intensidad de la energía, he aquí lo que caracteriza realmente esta vida superior —energía tan extraordinaria que no se traduce en ningún género de movimiento ordinario, sino más bien en un fluido inmenso e irresistible que, visto desde abajo, podría parecer descanso, pero que significa conciencia de poder absoluto. No hay palabras para expresar todo esto. Llegados aquí, hemos vencido definitivamente la gigantesca cizaña -nuestra gran enemiga- el sentimiento de separatividad. Es, en resumen, la tarea más ardua que nos espera, porque implica todo lo demás.

Cuando el cuerpo búddhico se ha desarrollado por completo en los siete sub-planos, y sólo entonces, el hombre entra en posesión del plan total y de la facultad de identificarse de un modo completo con el conjunto de la humanidad; esta facultad le permite conocer los pensamientos y los sentimientos de todos los demás hombres. Antes de haber adquirido la conciencia búddhica, podemos esforzarnos por minimizar el sentimiento de separación, y puede que intelectualmente lo logremos; pero seguimos en el exterior, en el sentido de que no comprendemos a nuestros semejantes; para nosotros ellos siguen siendo un misterio absoluto, porque, para el hombre, el hombre es el más grande de los misterios. Durante largo tiempo podemos haber

estado en íntima relación con las personas, sin llegar a conocerlas a fondo. Antes de acceder al plano búddhico, es posible que ningún hombre conozca nunca a nadie por completo. Pero, cuando consigue alcanzar ese plano, puede expandirse en la conciencia de los demás y, a través de sus actos, puede conocer sus razones para haber actuado de esta o de aquella manera. En la conciencia búddhica, todas las cosas están en él mismo y no en el exterior, y las estudia como partes de sí mismo. Esto parece imposible aquí abajo, pero es lo que él experimenta. Toda la alegría, todo el sufrimiento de la humanidad son su propia alegría y su propio sufrimiento. Cuando quiere descender utilizando uno de los innumerables tentáculos, es decir, las conciencias de los otros hombres con los cuales él no es más que uno, puede experimentar y experimenta, efectivamente, todo lo que afecta a esta persona. Todo el sufrimiento del mundo está a su vera, pero él sabe con absoluta certeza que esto forma una parte indispensable del plan y que terminará de existir en los niveles superiores. Sin compartirlo menos vivamente, sabe que "Brahman es Bienaventuranza" y que la unión con la vida divina es una condición de infinito gozo interior. Es necesario adquirir este grado de desarrollo antes de poder ayudar plenamente a nuestros semejantes.

Cuando el ser humano alcanza esta nueva conciencia, después de algún tiempo se retira de los niveles físicos inferiores donde se arriesga a perder su calma y su equilibrio; él mismo es entonces un elemento del gozo divino. Regresando a sus cuerpos mental, astral y físico, tal vez le asalten todavía pequeños contratiempos. Esto no debería ser así; no obstante, un gran intervalo separa la vida superior de la que es la nuestra en el cuerpo físico, donde las nimiedades pueden ser todavía muy irritantes. La posibilidad de impacientarse momentáneamente por una razón que afecte al plano físico, perdura incluso a un nivel superior, pero es solamente superficial. Las cosas por las que uno sufre realmente aquí abajo son aquellas que se juzgan irremediables. Imposible perder la esperanza después de haber alcanzado esta conciencia sublimada; absolutamente seguros de que la realidad siempre es la felicidad, sabemos que en los niveles inferiores todo sufrimiento es temporal y que este mismo sufrimiento no

tendríamos que soportarlo si estuviéramos más cerca de la perfección.

En el plano búddhico, no sólo se adquiere la facultad de identificarse con la conciencia de los demás, sino también la de identificarse con todo. Todo se aprende por la vía interna y no por la externa. Si queremos estudiar un asunto, un organismo cualquiera o el modo de actuar de una ley natural, o cualquier otra cosa, incluso la conciencia del cuerpo causal, estamos obligados a hacerlo desde fuera y a considerarlo como externo a nosotros mismos. En el cuerpo causal, podemos proceder a este examen con una conciencia enormemente ampliada, con la facultad de conseguir de ese modo unos conocimientos infinitamente más vastos de lo que hubiéramos conseguido en los planos menos elevados. Pero, llegando al plano búddhico, la diferencia se convierte en básica. El motivo de nuestro examen se convierte en parte de nosotros mismos. Es difícil expresarlo con palabras porque aquí abajo no tenemos en absoluto nada parecido, pero disponemos de una gran ventaja si, al considerar las cosas, reemplazamos el punto de vista externo por el punto de vista interno.

Las peculiaridades son tan novedosas que, probablemente, podemos decir con toda razón: este es nuestro primer vislumbre del modo en que la Divinidad mira a Su universo, porque esta experiencia tiene que ser justamente la Suya; aquello que Ella debe considerar una parte de Sí misma (porque nada existe fuera de ella). Su conciencia, pues, tiene que ser esta conciencia búddhica elevada a la enésima potencia, añadiéndole una penetración, una gloria y un esplendor del que nada, en ningún plano, puede darnos todavía ninguna idea. Se entiende muy bien el por qué se llama a eso el mundo real, y a todos los mundos inferiores irreales, porque la diferencia es tan grande, nuestro cambio de actitud tan completo, que toda otra manera de considerar las cosas parece, efectivamente, irreal, ridícula, incluso aunque hayamos aprendido a considerarlas desde lo interno.

Alcanzar esta visión superior no es tan imposible como creen muchos estudiantes. Un determinado número de personas han logrado alcanzarla en la presente encarnación, ahora y aquí; con toda seguridad, está al alcance de aquellos que aceptan adaptarse a las

reglas y practicar el altruismo absolutamente exigido, porque en tanto que perdure un elemento personal en el punto de vista del discípulo, éste no puede realizar ningún progreso en esta conciencia búddhica, lo cual depende de la anulación de la personalidad.

La idea de la separatividad, en la vida diaria se traduce de diversas manera y es de sabios vigilar estas manifestaciones. Una de ellas, y muy remarcable, es el deseo de ejercer la autoridad sobre los demás. Una mitad de este mundo busca eternamente mezclarse en los asuntos de los demás: un hábito tan arraigado que ni siquiera nos damos cuenta de ello; generalmente llamamos a esto dar buenos consejos. Una de cada diez mil veces, esto tal vez sea cierto, pero la mayor parte del tiempo se trata simplemente de afianzar nuestro yo separado tratando de imponemos a nuestros semejantes.

Físicamente, tratamos de hacer que las personas actúen tal como queremos, y a ceder ante nosotros; intentamos sin cesar que adopten nuestro plan particular, sea el que sea; por el simple hecho de ser nuestro resulta que es el mejor plan del mundo y queremos imponerlo a los demás. Lo mismo ocurre a nivel intelectual: ahí la gente trata constantemente de imponer sus opiniones y sus ideas a los demás. El hombre que está en posesión de una viva inteligencia, gracias a ella, sutilmente y sin prisa, empieza a querer dominar a los otros. Por el mismo hecho de que su pensamiento es más penetrante y más poderoso que el de los demás, trata de amoldar el pensamiento de éstos al suyo propio. Es bueno y legítimo querer compartir con los demás todos nuestros conocimientos y de presentarles lo que hemos encontrado tan provechoso para nosotros mismos; pero, generalmente, esta no es la idea que guía al deseo de dominio intelectual; éste deseo va acompañado de cierto menosprecio por los otros. Nos decimos a nosotros mismos: “Estas personas son como borregos; podemos influirlos; podemos dirigir sus pensamientos según nos plazca”. Es bien cierto que el hombre habituado a pensar cómo deberíamos ser todos nosotros, gracias a la meditación y al estudio puede dominar con gran facilidad el pensamiento de los demás, pero no debemos hacerlo porque todo lo que tenga algún parecido a querer dominar es nocivo para la evolución de los demás y

no representa ninguna ventaja para nosotros. Así pues, es necesario resistirse también a este deseo del dominio intelectual; va unido al vicio de la separatividad.

Una vez superado esto, respecto a este punto de vista queda otra posibilidad superior: y es la de que en el campo espiritual intentemos inducir todavía a nuestros semejantes a seguir nuestro propio camino; de ahí, todos los esfuerzos que tienen por objeto la conversión de los hombres de una religión a otra. Tal vez no sea demasiado justo expresarlo de esta manera. Así, en el cristianismo, partiendo del principio -grandísima ilusión- de que, a menos que se adopten sus reglas los hombres se preparan un doloroso futuro, los esfuerzos dedicados a su conversión toman un barniz de altruismo; el cristianismo dice a los hombres: "Mi doctrina es ortodoxa, la vuestra es heterodoxa", o bien: "Esto que yo creo es la verdad, es necesario que la aceptéis". Cuando, después de haber crecido espiritualmente, hemos adquirido muchos conocimientos que no poseen los demás, es bueno y conveniente predicar nuestro evangelio, querer compartir nuestros descubrimientos con nuestros semejantes y facilitarles todas las ocasiones posibles para que nos sigan hasta esas elevadas cumbres del pensamiento; pero, si a este deseo se mezcla el de dominarles, deseo que a menudo acompaña muchas buenas cualidades, nos volvemos a encontrar con algo del yo separado; "la cizaña gigantesca" no ha sido arrancada definitivamente.

Es necesario también rechazar absolutamente el deseo de dominar porque mientras un hombre trabaje por el yo separado, él mismo pertenece a la gran masa de vidas separadas que para la evolución representan un terrible peso muerto. Desde el momento en que este hombre empieza a concebir la unidad, se separa del peso a rescatar y empieza a cooperar con aquellos que le elevan.

Mantenerse solo y aislado significa que no hay que depender de nadie, aparte de nosotros, porque no existe ser ni cosa separada que, a fin de cuentas, pueda servirnos para nada. La ayuda hay que buscarla en uno mismo. El Maestro puede secundar constantemente nuestros esfuerzos, pero en Sí, Él no puede colaborar en nuestro plan; no deja de presentarnos ideas y ayudarnos de todas las maneras posibles,

pero, cada paso del trabajo tiene que ser acometido por nosotros mismos. Al ir avanzando, hay que poder permanecer en una soledad que nos parece total, sin la ayuda directa del Maestro. Sin embargo, esto es una ilusión, porque nadie está realmente separado del Maestro, o de la Divinidad de la que este Maestro forma parte. No obstante, hay que actuar como si estuviéramos solos y, en algunas etapas de nuestra evolución, nos sentiremos absolutamente solos. Al mismo tiempo, un esfuerzo intelectual, difícil con toda seguridad en nuestra situación, nos permite reconocer la imposibilidad de estar jamás realmente solos. Formamos parte de Dios, sin posibilidad de que esta unión tenga fin; de otro modo seríamos inconscientes.

Formamos parte de aquello que no puede tener fin; por eso la idea de la soledad es una ilusión, a pesar de todo el dolor, de todo el sufrimiento que esa soledad nos reporta. En el plano físico ocurre a menudo que cuando un hombre se cree la persona más aislada del mundo es cuando lo está menos; en medio de una muchedumbre, las cosas superiores actúan menos sobre él, está pues más alejado de ellas; pero cuando estas cosas separadas le agobian menos, está mejor dispuesto a las influencias del Yo no separado. Es cierto, pues, que el hombre no está nunca menos solo que en los momentos en que se cree o se siente el más aislado.

Apenas puede concebirse la terrible sensación de sentirse absolutamente solo en el universo —un punto flotando en el espacio: esta es la condición llamada avichi, es decir, “sin vibraciones”. En este estado de conciencia al hombre le parece que se encuentra aparte de las vibraciones de la Vida Divina; se dice que es la más terrible de las experiencias. Así termina el mago negro que ha pasado numerosas existencias luchando voluntariamente y metódicamente por la separatividad, combatiendo directamente las energías unificadoras de la evolución. El discípulo del Maestro tiene que aprender a sentir comprensión incluso hacia el mago negro que sufre el avichi; es, pues, necesario que el discípulo, en el curso de su desarrollo, experimente alguna vez este estado de conciencia; aunque no lo consiga más que un instante, la impresión es inolvidable; a partir de ese momento sabrá comprender siempre el sufrimiento de aquellos que durante edades se

encuentran en esa condición. Cuando llegue para nosotros el momento recordemos que todo lo que existe es Dios y que no podemos estar separados de Él, ni siquiera cuando pensamos que lo estamos: tengamos bien presente que ésta es una ilusión final que hay que vencer.

Todos hemos de estar solos y aislados, porque cada uno de nosotros tiene que aprender a contar consigo mismo y a comprender que él es Dios, que la chispa divina que brilla en su interior forma en realidad parte del Conjunto. Mientras no hemos llegado a eso, para las fases superiores de la obra del Maestro no somos agentes en los que se pueda confiar plenamente. Mientras tanto, para nuestro trabajo de aquí abajo, tanto que sea físico, como astral o mental, la seguridad de que el Maestro no deja de envolvemos y de mantenerse cerca es para nosotros una gran fuerza y un gran sosiego. Cada noche desempeñamos en el plano astral o en el plano mental, según sea el caso, nuestra tarea habitual, sabiendo siempre que el poder del Maestro nos protege. Si en un momento dado, nos encontramos con una influencia inmensamente superior a nosotros mismos y que amenaza con avasallarnos, como lo harían en el plano físico una violenta tempestad o un terremoto, siempre sabemos que podemos apelar incondicional e infinitamente a Su poder. Por otra parte, el discípulo tiene que aprender a prescindir incluso de esto, pero únicamente con el fin de poder convertirse en un centro tan poderoso como el del mismo Maestro.

> *"No imagines que puedes mantenerte aparte del hombre malo o del insensato. Ellos son tú mismo, aunque en menor grado que tu amigo o tu Maestro. Pero si dejas que la idea de separación de cualquier cosa o persona mala se desarrolle en tu interior, al obrar así creas karma que te ligará a aquella cosa o persona, hasta que tu alma reconozca que no puede estar aislada."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Esta es la primera parte de una larga nota del Maestro Hilarión. En teoría, creemos sin duda que los hombres forman una inmensa confraternidad y, verdaderamente, un solo todo. El Maestro admite aquí que esta unidad implica grados; que, por consiguiente

existen grados de separación, es decir, que en cierto modo, estamos más separados del malvado o del insensato que de nuestro amigo o de nuestro Maestro. A menudo se le ha dado a este término el nombre de fraternidad humana, el sentido de igualdad entre los hombres, lo cual, en realidad es imposible. En toda familia con varios hermanos, éstos son de edades diferentes; lo mismo ocurre entre los miembros de la confraternidad humana, las almas tienen que ser más o menos viejas. Igualmente también, como en una familia física, le corresponde al mayor interesarse por la educación de los más pequeños; el mayor, en la familia humana, tiene que proteger a los más jóvenes y ayudarles por todos los medios. Quien dice fraternidad, dice variedad; implica, a la vez, esta diferencia de edad y la diversidad de ocupaciones.

He aquí uno de los más bellos símbolos de fraternidad que conozco. En una visión, a uno de nuestros miembros se le apareció un templo oriental sostenido por centenares y centenares de columnas y lo describió de esta manera:

> *"Todas estas columnas contribuyen a sostener el templo; representan las almas individuales formando parte del templo de la humanidad. Algunas de estas columnas están en el exterior; se las ve y se las admira continuamente; están expuestas al sol y a la lluvia. Otras se encuentran en el interior, perdidas en el bosque de columnas; jamás el sol las ilumina; jamás los paseantes las admiran. Algunas se elevan en lugares donde se reúnen los adoradores del culto, y éstos, desde la mañana hasta la noche están sentados y se apoyan en su zócalo. Otras columnas están relegadas a los lugares más solitarios, pero cada una forma parte del templo y todas tienen su utilidad. Así es la fraternidad humana. Algunas personas pueden tener la sensación de que desempeñan un gran papel; a otras les puede faltar toda ocasión de servir; sin embargo, todas sostiene una parte del edificio, y las segundas son las columnas del templo al igual que lo son las columnas más conocidas del público".*

Muchos de nuestros estudiantes se preocupan de afirmar su unidad con el Maestro y con los santos, pero no se preocupan tanto de

afirmarla con los criminales, los borrachos, los indolentes, los sensuales, los crueles. Sin embargo, siendo la humanidad una unidad, hace falta que seamos uno con los hombres menos evolucionados, así como con los más avanzados; en el segundo caso, se trata de una parte de nosotros mismos hacia la cual nos hemos de elevar, pero en el primero, se trata de una parte de la humanidad que hay que intentar ayudar. ¿Cómo? Primero, demostrando hacia esos hombres una actitud juiciosa; si nos apartamos de ellos con horror, si les odiamos, hacemos que su camino sea más difícil. Si dejamos que los sentimientos naturales y legítimos que despierta en nosotros la maldad influyan en nuestra actitud hacia la persona que la ha cometido, estamos en un error, error casi inevitable algunas veces, pero que el razonamiento puede lograr evitarnos.

Los médicos se encuentran con casos de las más repugnantes y horribles enfermedades de las que a menudo el enfermo es enteramente responsable, pero ningún médico serio piensa en ello al visitar al paciente; no se aparta de él con horror sino que considera la enfermedad como un enemigo que hay que combatir y vencer. He aquí un ejemplo muy bueno de la actitud que habría que adoptar cuando se trata de una persona degradada. Es muy probable que no tengamos ninguna influencia sobre un borracho absolutamente degradado y cuya voluntad casi no existe; pero no es alejándonos de él con horror o menospreciándole como le ayudaremos. Lo mismo sucede si un hombre comete un odioso crimen; podemos sentir el más vivo horror por el crimen, pero no por el culpable. La distinción resulta difícil; sin embargo hay que llegar a ello.

Otro punto a remarcar bastante curioso. Las cosas que nos inspiran el mayor horror son aquellas por las que sentimos una determinada inclinación y que no dejan de representar un peligro para nosotros. La ausencia de toda inclinación, ni siquiera de la más ligera, hacia un crimen cualquiera, permite considerarlo sin horror pero, si una persona experimenta un profundo horror hacia esa debilidad humana, puede decirse que esta debilidad le ha hecho correr un verdadero peligro no hace mucho, tal vez en la última o en la penúltima vida...

Cuando estamos rodeados de malas influencias, a veces tenemos que

envolvemos en un cascarón para mantenerlas a distancia; esta es a menudo la mejor solución, puesto que todavía somos todos muy humanos pero, al mismo tiempo y hasta cierto punto, esto es la confesión de nuestras debilidades. El hombre absolutamente fuerte se expone sin vacilar a todos estos peligros al estar seguro de que éstos no pueden afectarle. Nosotros, sin pecar de imprudentes, no podríamos hacer lo mismo. Nuestra fuerza es limitada y la manera de no desperdiciar una parte de ella es formar este cascarón. Un hombre totalmente seguro de su propia fuerza puede atravesar impunemente los peligros más diversos porque su seguridad es verdadera. La fuerza perfecta anula todo sentimiento de repulsión. Retrocedemos ante un mal infeccioso porque tenemos miedo al contagio; si estuviéramos seguros de nuestra inmunidad, la idea del contagio ni siquiera se nos ocurriría.

Si no hemos de consideramos aislados de los malvados y de los necios, de esto no se deduce que tengamos que frecuentarlos siempre, a pesar de la ventaja de un contacto ocasional. Muchas personas caritativas, por ejemplo, buscan en una gran ciudad como Londres ayudar a los pobres yendo a vivir en los barrios más miserables. Algunos de nuestros estudiantes piensan que también ése es nuestro deber en relación con los malhechores y la gente privada de buen sentido. Esta clase de ayuda no siempre es la mejor. Tomemos ejemplo de los Maestros. Los Grandes Seres no descienden para vivir en los tugurios de las grandes ciudades. ¿Por qué? Porque así el Maestro no podría proseguir su obra de ayuda a la humanidad. Casi todo Su tiempo estaría ocupado preparando un lugar donde poder trabajar; tal vez ni siquiera llevaría a cabo la centésima parte de la obra que de otro modo hubiera realizado.

Para nosotros, el principio es el mismo: no existe la más mínima necesidad de someternos a las peores condiciones. Muy al contrario, nuestra ayuda, a menudo es más completa cuando conservamos nuestra libertad. Si nos encontramos atrapados en una muchedumbre particularmente frenética que, por ejemplo, desencadenan la ferocidad o la pasión, nos podemos rodear de un cascarón y protegemos contra la mala influencia, pero durante ese tiempo no se puede hacer mucho

por la masa. Al contrario, si uno se encuentra lejos de ella, dispondrá de más energía para dedicársela. De todos modos, si una masa de hombres no desarrollados están agitados por una pasión brutal, no es nada factible influenciarles desde planos superiores porque la energía así empleada no podría afectarles demasiado mientras siguen en esa actitud. Por lo tanto, si bien es inútil adentrarse en malos ambientes sin conocer el bien que podemos aportar; si nos encontramos en esta situación, es cierto que hemos de hacer todo lo que podamos. Me han dicho que hay predicadores que han entrado en los establecimientos de bebidas alcohólicas y han organizado allí un servicio religioso; su atrevimiento les ha comportado el éxito algunas veces. Naturalmente, en muchos casos este modo de proceder ha desembocado en un fiasco. En estas cuestiones, como en la guerra, una decisión heroica y aparentemente temeraria, puede tener éxito, pero generalmente se puede hacer más trabajando de un modo razonable.

> *"Recuerda que el pecado y la ignominia del mundo son tu pecado y tu ignominia, porque tú formas parte de ello; tu karma está irresolublemente entretejido con el gran Karma."*
> — (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Aquí abajo, uno no se da cuenta, pero cuando se alcanza el plano búddhico se constata que esta frase expresa una verdad; allí decimos: "Yo comparto el inevitable sufrimiento de la humanidad; el mal que está en ella es mi propia vergüenza" —y esta convicción surge porque, como miembros de la humanidad, hemos participado en el pecado. En cambio, también participamos de todo el bien que se ha hecho. Un solo hombre ha avanzado un paso y nosotros vemos en esto una victoria para todos; por este hombre, el conjunto de la humanidad está un poco más cercano a la meta.

> *"Y antes de que puedas alcanzar el conocimiento, debes haber pasado por todos los lugares, execrables o puros. Por tanto, recuerda que el vestido manchado que rehúyes tocar, puede haber sido el tuyo ayer, o puede ser el tuyo mañana. Y si, horrorizado apartas los ojos de él, cuando penda de tus hombros se adherirá cada vez más a ti. El hombre que se cree muy justo y bueno se prepara un lecho de cieno. Abstente,*

porque abstenerse es bueno, no porque quieras estar limpio."–
(Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Este pasaje que pone fin a la nota del Maestro Hilarión, a menudo ha sido mal interpretado; algunos lo han entendido así: en un momento dado, cada individuo tiene que haber cometido todos los pecados posibles. Este no es, ciertamente, el sentido, porque el sabio saca una enseñanza de la experiencia de los demás. Cuando hemos visto que alguien se quema al poner su mano en el fuego, es inútil hacer lo mismo para asegurarnos de que éste no es un ejemplo a seguir. También es inútil cometer todos los crímenes posibles para saber a qué atenemos. En un momento determinado de la evolución, todos nos hemos elevado por encima de la condición humana primitiva y hemos pasado por las diferentes etapas de vida que desde ese punto nos han conducido hasta nuestra condición actual, pero de esto no se deduce que en cada etapa hayamos sido causa de mal. Cabe suponer que la mayoría de nosotros, en el curso de nuestra prolongada serie de existencias hayamos aprendido a conocer las distintas clases de errores en que puede caer un ser humano pero, realmente, no en todos sus detalles. Yo creo que para un alma sabia, el conocimiento de una de las formas de un pecado determinado representa la experiencia de toda una serie de errores similares.

Otro punto a tener en cuenta. Toda persona que adquiere la conciencia búddhica ya no emplea otra; todas las experiencias humanas se convierten en sus experiencias. Para nosotros, la gloria y la maravilla de la conciencia búddhica consiste en que ella nos une a los Maestros. No olvidemos que también nos acerca igualmente a los viciosos y a los criminales; también es necesario que conozcamos sus sentimientos lo mismo que la gloria y el esplendor de la vida superior. Así pues, asentados en el plano búddhico, podemos familiarizados con la vida en sus aspectos inferiores y lastimosos, compartiendo la conciencia de las personas que atraviesan esas fases en particular. No es ninguna lección que tengamos que aprender, porque sabemos hipotéticamente que estas cosas son imposibles para nosotros, pero, para que nuestra comprensión sea perfecta se requiere cierta experiencia, de otro modo no podemos ayudar a los demás. El hombre

cuya perfecta comprensión conoce intuitivamente las dificultades y las tentaciones de los otros y que, como consecuencia de esa comprensión, no siente más que amor hacia esos descarriados, para él, ese "vestido manchado" se convierte en su vestido. Después de haber abandonado definitivamente nuestro aislamiento y de haber realizado la unidad, observaremos que nos hemos sumergido en la Vida Divina y que el amor es el único sentimiento posible respecto a nuestros semejantes, desde el más sublime hasta el más abyecto.

> *"6. Mata el deseo de sensación."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Estudia la sensación y obsérvala, porque únicamente así puedes empezar la ciencia del propio conocimiento y colocar el pie en el primer peldaño de la escalera."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Estudia la sensación y obsérvala, porque únicamente así puedes empezar la ciencia del propio conocimiento y colocar el pie en el primer peldaño de la escalera.

A.B. —El discípulo debe estudiar sus propias sensaciones a fin de conocerse mejor, pero este conocimiento exige el estudio metódico de sus propios pensamientos, estudio que le llevará, en primer lugar, a no sentirse involucrado en ellos, a considerarlos objetivamente. Por sí sólo, el estudio que hacéis de vuestros pensamientos ha cambiado vuestra vida, tan bien que por el momento habéis dejado de identificaros con ellos. Efectivamente, uno no se identifica con el objeto estudiado o examinado. Siguiendo una expresión propia de los seguidores de Shankaracharya, el sujeto y el objeto no se confunden jamás. El esfuerzo consagrado al estudio debilita, pues, las formas y, por sí solo, contribuye a vuestra liberación.

A este consejo hay que añadirle otro: aprender por las experiencias a fin de que el hombre pueda llegar a dejar de verse afectado por ellas. Cuando una persona, con el fin de aprender, estudia una de sus propias sensaciones, puede llegar a esa misma sensación pero, al mismo tiempo, puede hacer más, es decir, puede medir su fuerza sin ceder a ella. También habrá momentos en que el discípulo, en el ejercicio de la observación de sus sensaciones, se apercibirá de que en él mismo se despiertan sensaciones que estaban latentes.

Todos nosotros tenemos reminiscencias; puede decirse que nos escoltan como personalidades muertas; una acción externa puede reanimarlas; pueden revivir al contacto de formas de pensamiento parecidas pertenecientes a otros, o también pueden ser despertadas intencionadamente por una entidad poderosa que quiere actualizar nuestra purificación, o ponemos a prueba, tanto del lado negro como del lado blanco. Si la personalidad muerta se reanima, su dueño experimentará lo que se denomina el poder de la tentación. Al haber estudiado el funcionamiento de todo esto, el discípulo constata lo que ha pasado; midiendo la fuerza del pensamiento resucitado, le dice: "Tú no eres mi Ser vivo; tú no eres más que mi antiguo yo; márchate".

A veces resulta útil, en un momento de tentación, darse cuenta de que se trata simplemente de una reanimación de vuestro pasado: entonces, y con razón, diréis: "Esto no soy yo"; considerándolo como exterior a vosotros, como ajeno a vuestra vida o a vuestra actividad, sabréis que ese pasado no puede reteneros ni mancillaros. La confiada paciencia que os da esta seguridad es un gran revulsivo. Para vosotros se acerca el momento en que ni siquiera sentiréis esta tentación; muy pronto dejará de afectaros.

Con el metódico proceso que consiste en medir, en sopesar, en analizar sus sentimientos de antaño, el discípulo le arrebata a esta personalidad muerta la última posibilidad de revivir. He aquí el sentido que implica, en La Voz del Silencio la frase que se refiere al deseo: *"Ten cuidado para que no se levante de entre los muertos"*. Para que los sentimientos y los pensamientos sean anulados, no basta con enterrarlos y hacerlos invisibles. Es necesario también que el último fragmento haya llegado al final de su existencia y que el hombre, al examinarlos, se dé cuenta, con perfecta claridad, de su verdadera naturaleza y deje de considerarlos como una parte de sí mismo.

C.W.L. —Para empezar, es desde el exterior que hemos de observar primeramente en nosotros la actividad de la sensación. Mientras ésta nos domina, no puede enseñarnos nada, porque somos sus esclavos, pero si podemos elevarnos por encima de ella, mirarla desde lo alto y considerarla como los restos de nuestro pasado, podremos observarla

y estudiarla.

Oleadas de sensaciones recorren el mundo entero; hay que llegar a entenderlas para poder ayudar a nuestros semejantes pero, naturalmente, eso no es posible para nosotros a menos que ellas dejen de influirnos. Es una cuestión de temperamento, sin duda, pero para mucha gente una de las mayores dificultades estriba en el hecho de que se ven sacudidos por las sensaciones y las emociones antes de saber bien cómo dominarlas. Es como si, uno quisiera dominarlas poniéndose de pie en las rompientes. La persona no arbola una fuerza que le derriba sin cesar y después le arrastra. Lo que pasa es que las personas no comprenden que en realidad la emoción no es una fuerza externa como aquella, sino que, mora en ellos mismos y, es perfectamente susceptible de ser dominada, si uno sabe cómo hacerlo.

Para eso, y desde el principio, es necesario tomarla enérgicamente de la mano; una oleada de cólera, de depresión, de celos o de cualquier otra pasión, se forma instantáneamente y en seguida toma proporciones considerables; nace tan bruscamente y las personas están tan habituadas a considerarla como su yo que de momento no la reconocen y por consiguiente no la detienen en seco, diciendo: Yo no soy eso: me niego a dejarme llevar; yo no me muevo". Si llegamos a recordarlo a tiempo, la emoción se disipa rápidamente. La mayoría de la gente en un momento de absoluta calma toman la decisión de reaccionar positivamente, pero, desgraciadamente, cuando la oleada de sensación se lanza sobre ellos, justo en ese momento, no sienten el deseo de resistirse; al no ser consciente inmediatamente del peligro, el alma se deja llevar y se identifica con la emoción o la sensación. Es necesario, pues, aprender a rebatirlas desde su formación; si dejamos pasar ese momento, cuando la sensación está en su apogeo, se hace para nosotros más difícil detenerla súbitamente, si bien alguna otra persona a veces pueda hacerlo por nosotros. Después nos acordamos de nuestra decisión y lo lamentamos. Lo práctico consiste en dominar la sensación siempre un poco antes; si llegamos a suprimirla una sola vez antes de que ella haya emprendido libremente el vuelo, es probable que lleguemos a tiempo.

La dificultad inicial se deriva del hecho de que el hombre, el Yo, ha

renunciado tan a menudo a sus derechos, que ha perdido la costumbre de hacerlos valer; pero, si los afirma en el momento crítico, descubrirá que puede afirmarlos una y otra vez, porque el elemental, origen de la dificultad, cogerá miedo y se dará cuenta de que, en sí, él no es invencible. Al principio, el elemental está lleno de seguridad, como un perro que se lanza sobre un hombre, ladrando y mostrando sus colmillos, porque cree que el hombre tiene miedo; pero si este último sigue su camino en lugar de echar a correr, el perro vacila y ya no está seguro del éxito. Ahora bien, el elemental no tiene la inteligencia de un perro. Puede saber o no, que nosotros somos más fuertes que él, pero si lo ignora, es porque nosotros no nos hemos afirmado. Hagámosle comprender que somos su dueño; y, a partir de este momento, dudará desde el principio en levantar su oleada. Detenedle inmediatamente y todo irá bien.

Es necesario aprender de las sensaciones analizando igualmente las de los demás; de ese modo llegaremos a comprender la naturaleza humana. Viendo a otras personas que son juguete de sus emociones, y pierden la cabeza, y observando ese penoso espectáculo y todo el mal que se hacen a sí mismos, aprendemos a reprimir en nosotros toda veleidad de hacer lo mismo. Naturalmente, cuando somos espectadores y estamos situados en el lado de fuera, ver todo eso en los demás resulta mucho más fácil que verlo en nosotros mismos. Sin embargo, no hay que observar a nuestros semejantes para criticarlos buscando su punto débil, sino únicamente para ver cómo su ejemplo puede enseñarnos. Cuando constatamos que impulsados por la pasión de una emoción o por un sentimiento de repugnancia su vida no es lo que podría y debería ser, podemos tomar nota mentalmente sin pensar, ni por un solo instante, que somos mejores que ellos. Podemos decir: “¿No hubiera yo hecho lo mismo? Yo soy el que tengo que preocuparme para que esto no me alcance jamás”. Sin ánimo de criticar, cosa, que siempre es una fea costumbre, podemos pues aprender de los errores de los demás. Si en la desgracia ayudamos a otra persona, a pesar de la parte que tomemos en su dolor, no hay nada que reprochar a este pensamiento: “Yo no quiero caer, a mi vez, en el precipicio; basta con un solo accidente”.

Durante la guerra, inmensas oleadas de sensaciones inundaron el mundo; entre otras, una cantidad tremenda de repulsión y de odio hacia las potencias que combatíamos. Lejos de mi la intención de excusar las atrocidades cometidas por estas potencias; sé que lo hicieron porque yo mismo, astralmente, asistí a muchas de estas perversidades y pensando en la humanidad me llenaron de horror. Ni por un instante voy a negar estos hechos, a encontrarles explicación o excusas, pero el torrente de reprobación levantado por los criminales representó un gran peligro. La responsabilidad de estos actos atroces incumbía a sus autores y a las personas que las habían ordenado, y no a la nación entera. En el pasado, los ingleses hicieron muchas cosas con las cuales, en verdad, no quisiéramos identificarnos hoy. Puede decirse lo mismo de toda otra nación. No nos dejemos llevar por la injusticia, ni con el pensamiento, ni con la palabra, ni con la acción.

Nuestros enemigos se apresuraron intencionadamente a fomentar el odio contra nosotros. Tal vez lo hayan conseguido durante algún tiempo; esta fue una de sus argucias de guerra. Quizás descubrieron que esto tenía sus ventajas para procurarse hombres y dinero, etc.; un serio error moral; desde el punto de vista superior, al cometerlo, actuaron injustamente. Pero, en un caso parecido, nosotros también corremos el riesgo de experimentar el odio. Es necesario estar absolutamente decidido a luchar hasta el último extremo contra el mal, sin que se manifieste el más mínimo pensamiento de odio. Recordad la palabra del Buddha: *"Jamás el odio pone fin al odio"*.

Ante el relato de las abominables atrocidades cometidas con las mujeres y los niños, nuestra indignación se eleva naturalmente al máximo. Es justo indignarse ante semejantes crímenes; son horribles, y toda persona con sus plenas facultades, debería denunciarlos sin vacilar, sin paliativos, sin excusas; sin embargo sería un grave error odiar al desgraciado criminal; es más digno de compasión que de censura. Nuestro papel no es el de censores; nuestro deber es el de procurar que esto no vuelva a suceder. Nuestra actitud tiene que ser la actitud de un hombre respecto a una bestia feroz que atacara a sus hijos; no perdería el tiempo odiándola, sino que procuraría alejarla. Hay que sentir el más vivo pesar por las personas que cometen estos

actos porque sabemos el Karma que les aguarda. La masacre de mujeres y niños es una cosa horrible, más horrible tal vez para sus familias que para ellos mismos, pero horrible sobre todo para los criminales; hay que sentir la mayor piedad, por ellos, porque el tiempo les aportará sufrimientos infinitamente más crueles.

Nosotros haremos todo lo posible para impedir que se vuelvan a cometer de nuevo actos parecidos, pero el odio no ha de tener cabida entre nosotros. Es un caso donde noblesse oblige. Estamos muy por encima de los hombres capaces de cometer estos crímenes; en la evolución y en el desarrollo, nos separan de ellos muchas edades; también estamos tan alejados de ellos como ellos lo están del reino animal; en estas condiciones, deberíamos demostrar nuestro desarrollo superior no odiando como ellos.

Para analizar los efectos de la sensación hay que ser independiente, hay que situarse aparte de ella, hay que tratar de dominar la emoción y de ese modo aprender. Sin dejamos arrastrar por cualquier remolino de emoción popular semejante, hay que tratar de descubrir dónde empezó y hacer lo que podamos por arreglarlo. Muchas personas, imbuidas de esa sensación de pasión extremada, nos encuentran un poco apáticos y fríos; tal vez incluso a veces, por nuestro rechazo a odiar, se nos achaque falta de patriotismo. Con el bien entendido de que esto carece de lógica; pero la lógica no existe para las personas influidas por estas grandes oleadas de odio. Podemos explicarles que el patriotismo no nos exige odiar a las otras naciones, pero ellos no siempre comprenden que cada uno puede amar a su propio país sin odiar a otro.

En estos temas, nuestra actitud es la que tomaríamos visa-vis de un contratiempo infantil. Una niña rompe su muñca: crisis de lágrimas y desesperación; simpatizamos mucho con esa niña, pero sin prescindir de nuestra filosofía, y no compartimos sus apasionados lamentos. Ni la ruptura de una muñeca, ni cualquier pequeño incidente ocurrido en la vida escolar de la niña, nos conmueven. Pensamos en el futuro, y todos estos pequeños contratiempos, comparativamente hablando, no son más que temporales y carecen de mayor importancia, si bien para la niña importan enormemente. Faltaríamos a nuestro deber si le

negáramos nuestra simpatía, pero sería absurdo compartir todo lo que la niña siente; por nuestra parte estaríamos actuando de una manera pueril.

Ocurre exactamente lo mismo con el hombre que aprende a adoptar una actitud filosófica; simpatiza con las personas a quienes acontecimientos por el estilo les trastornan, pero en sí, él permanece en calma. A un niño le diríamos: "No importa, todo se arreglará"; lo mismo diríamos a las personas que se han dejado llevar por estas emociones: "Sólo con que quieras creerlo, todo se arreglará, todo irá bien". Al expresarnos de esta manera se nos acusará de insensibles; sin embargo, nada es menos cierto. A veces nos resulta difícil entender la ceguera de nuestros semejantes; les vemos trastornados por cosas realmente insignificantes; a su vera se encuentran a menudo magníficas posibilidades, pero ellos no las ven y se convierten en juguetes del deseo. Como nosotros hemos hecho otro tanto hace millares de años, nos cargamos de paciencia; comprendemos que todo eso es una etapa de la evolución, etapa ciertamente muy poco deseable. Aquellos de entre nosotros que todavía se atreven a ceder a este tipo de emociones tienen que dominarse diciendo: "Hace veinte existencias tal vez esto era excusable; pero hoy, el tiempo para esto ya ha pasado". Si en la vida diaria vemos a un hombre de edad madura que desperdicia su tiempo en los placeres, sabemos que hace veinte años esto hubiera estado bien y hubiera sido correcto, pero que ahora debería ocuparse de cosas más serias. Igualmente, por nuestra parte, tendríamos que haber alcanzado un nivel en que las emociones fueran las emociones superiores y donde nuestra principal y única idea debería ser la tarea que Dios nos ha encomendado.

> *"7. Mata la sed de crecimiento."* – (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"8. Crece como crece la flor, inconscientemente, pero ardiendo en ansias por abrir su alma a la brisa. Así es como debes avanzar para abrir tu alma a lo Eterno. Pero debe ser lo Eterno lo que debe desarrollar tu fuerza y tu belleza, y no el deseo de crecimiento. Porque en el primer caso floreces con la lozanía de la pureza, y en el otro te endureces con la avasalladora pasión de la importancia personal."* – (Notas del

Chohan del antiguo manuscrito)

A.B. —En una fase más avanzada de su desarrollo, el discípulo siente que se abre a lo Eterno y cada vez va percibiendo más sus bellezas. El deseo de crecer a fin de ser superior a su hermano le resulta entonces imposible. Antes de esta etapa todavía corre peligro, a causa de la importancia de lo que ya ha cumplido. Si atribuye este desarrollo al yo separado y él mismo se siente crecer, se arriesga a caer. Solo hay un medio para evitar este peligro: renunciar al deseo de ser grande; resistir las ganas de desarrollo en beneficio propio. Al llegar al plano superior de la evolución humana el discípulo tiene que ser indiferente a si crece o no, tiene que mantenerse al margen, preocuparse sólo de la Vida divina y de la Voluntad divina y pensar únicamente en el gozo que ellas pueden aportar a todos aquellos que les abren su alma.

C.W.L. —Hemos de crecer como crece la flor. ¿Por qué? Porque la flor crece sin pensar en sí y con un altruismo absoluto; no para exhibirse, sino para que, después de su muerte, su raza se multiplique. Su existencia no es para que fructifique para sí misma, porque el fruto sólo llega después de la muerte de la flor. En su crecimiento, nada para ella misma; todo para las plantas del futuro. Del mismo modo, no es pensando en nosotros mismos, sino trabajando para el bien de los demás que hemos de progresar. Sólo una grande y única idea tiene que atraemos: colaborar en la obra del Logos. Hemos de esforzarnos en adquirir todas las virtudes y todas las cualidades, pero únicamente con el fin de convertirnos en servidores más útiles. Por consiguiente, olvidándonos de nosotros mismos en nuestra tarea altruista, nos desarrollamos como partes del conjunto, “en el esplendor de la pureza”.

Reglas de La 9 a La 12

C.W.L. —Hasta aquí, en esta obra, lo que se nos ha presentado es el lado negativo. Se nos ha pedido la destrucción de determinados deseos, pero he aquí el lado positivo: vamos a aprender lo que podemos, y realmente debemos desear. Puede extrañar que se nos prohíba un determinado deseo; el lector que esté al corriente de los textos de la India recordará que sobre este punto los Upanishads difieren entre sí. Uno condena los deseos de todo tipo; incluso el deseo del bien, porque no hemos de tener absolutamente ninguna preferencia. Otra de estas célebres obras nos dice que hay que desear el progreso; añade que después de haber vencido todos los deseos, excepto el deseo del desarrollo del alma, no existe para el hombre ninguna posibilidad de pesadumbre. Estas dos explicaciones pueden conciliarse como sigue: la primera significa que si, como yoes separados, deseamos participar también en las actividades superiores de este mundo, soñando en nosotros mismos y en las grandes cosas de las que somos capaces, la idea de separación no ha desaparecido en absoluto. Si, por el contrario, llegamos a considerarnos como parte de la humanidad y realizamos nuestros progresos en pro de esa misma humanidad en la que nos encontramos, si toda noción de personalidad ha desaparecido, entonces nuestro deseo, elevado y purificado, se ha transformado en una aspiración muy recomendable.

> *"9. Desea únicamente lo que está dentro de ti."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Porque dentro de ti está la luz del mundo, la única luz que puede difundirse en el sendero. Si eres incapaz de percibirla dentro de ti, es inútil que la busques en otra parte."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

El pensamiento expresado en este comentario es común a todas las religiones si bien bajo formas distintas. La encontramos en el cristianismo, pero en general sólo los místicos cristianos parecen haberla comprendido. Vedlo en estos hermosos versos:

> *"Aunque Cristo naciera mil veces en Belén -si no está en ti, tu*

alma quedará en el abandono -en la Cruz del Calvario habrá sido suspendido en vano, -si en tu corazón no se levanta de nuevo la cruz."

El sentido es fácil de entender: si el hombre no cree en su propia y profunda divinidad, no tiene ninguna esperanza de progreso al no poseer en sí mismo ningún medio de acción, nada que pueda elevarle; pero si reconoce en él mismo la existencia del maravilloso principio crístico, no ignora que el desarrollo de esta divinidad es una simple cuestión de tiempo y que tiene que cooperar por su parte estableciendo la armonía en sus vehículos externos para permitir que la gloria interior irradie al exterior. Este es el sentido de las palabras: *"Cristo en vosotros, la esperanza de vuestra gloria"*. La esperanza que reside en nosotros es esta chispa divina: el hombre que se niega a creer que esta chispa existe en su interior, levanta en su camino un obstáculo infranqueable en tanto que no comprenda su error.

Es bien cierto que la salvación no se obtiene más que a través del Cristo —no a través de un hombre que vivió y murió, sino por el principio crístico que mora en nosotros. Nuestro salvador está en nosotros. Esa es la verdadera doctrina cristiana; como prueba podríamos citar numerosos textos. Por el hecho de no haber sabido reconocer esta sublime idea, la doctrina cristiana moderna, si podemos decirlo, sigue una ruta equivocada y se ha puesto en ridículo. Recordemos siempre que el cristianismo tuvo como punto de partida la admirable filosofía gnóstica; pero entre los cristianos, los ignorantes borraron de su religión toda idea que estuviera más allá de su alcance, toda idea que exigiera años de estudio, y expulsaron como herejes a los grandes doctores gnósticos; aplicaron a la religión, con todas sus desastrosas consecuencias, el voto de la mayoría para llegar a una decisión.

Al principio, el cristianismo poseía la más bella de las filosofías —la única filosofía que sirve de base a todas las religiones. En el momento en que, en los evangelios, concebidos como una alegoría, no se quiso ver más que la biografía pseudo-histórica de un hombre, la religión se volvió incomprensible. Como consecuencia, todos los textos que presentaban realmente el lado superior fueron falsificados y,

naturalmente, ya no coinciden con la verdad que sirve de base a la idea. Actualmente, en el cristianismo, que ha olvidado una gran parte de su propia doctrina primitiva, se acostumbra a negar que éste haya poseído jamás una enseñanza esotérica. Sin embargo, no faltan pruebas para convencer al estudiante sin prejuicios de que estos conocimientos superiores existieron realmente y que los apóstoles y los Padres de la Iglesia los poseían. Ahora no puedo extenderme sobre este tema. Basta con recordar al lector que Orígenes, el más grande de los Padres de la Iglesia, afirma la existencia de esta doctrina secreta. Establece una distinción entre la fe popular e irracional que lleva a lo que él denomina "el cristianismo somático", y "el cristianismo espiritual". Entiende por "cristianismo somático" la fe basada en la historia del evangelio. Y añade que es una buena doctrina para las masas, pero que el cristiano espiritual que posee la gnosis comprende que todos los incidentes explicados en ese relato —el nacimiento, el bautismo, la iluminación, la crucifixión, la resurrección y la ascensión — no ocurrieron una sola vez y en un solo lugar, sino que representan los pasos en la vida espiritual y en los progresos de todo cristiano.

La ortodoxia moderna aún basa sus creencias en la fe ignorante, propia de la multitud todavía no desarrollada; se obstina en rechazar lo que le queda de una herencia en otras épocas magnífica, es decir, algunos fragmentos infinitamente preciosos de la enseñanza gnóstica. Al haber perdido la interpretación superior, con un esfuerzo desesperado quiere presentar la interpretación inferior bajo una forma comprensible, pero sin lograrlo. Los estudiantes de Teosofía, que poseen unos conocimientos que les permite interpretar todas esas doctrinas extrañas y encontrar un sentido y una belleza, incluso en las ingenuas intervenciones de los predicadores en pleno auge, comprenden lo que estos predicadores expresarían con sólo que su ignorancia sobre el tema fuera un poco menor.

De modo que hemos de desear aquello que nunca ha dejado de estar en nosotros; no lo hallaremos en ninguna otra parte. En una época muy remota, esta verdad nos fue presentada en Egipto. Allí, todas las ideas religiosas tenían como centro "la luz oculta" y "el trabajo oculto". "La luz oculta" era aquella que mora en cada uno de nosotros. "El

trabajo oculto" permitía al hombre manifestar primero la luz en sí mismo y después continuar ayudando a que se desarrollara en los demás. Este punto capital de la doctrina egipcia era así: la Luz está presente a pesar de todo lo que la oculta; nuestro trabajo consiste en apartar los velos y permitir que brille la Luz.

A menudo se comete el error de buscar esa Luz fuera de nosotros. Se dice: "Queremos que los Maestros nos ayuden; queremos que los Maestros nos eleven". Pero yo digo, con toda la reverencia y el máximo de respeto posible, que ni el Maestro ni el mismo Logos pueden hacerlo. El Maestro puede indicarnos la manera de elevamos. El proceso es absolutamente análogo al desarrollo de la fuerza muscular. Nadie puede hacerlo por otro, pero el que posee los conocimientos necesarios puede enseñar al otro la manera de hacerlo; de ningún modo puede hacerlo una ayuda exterior. Puede que alguien nos diga que, al haber adoptado unas reglas y unos ejercicios determinados ha podido comprobar que los resultados eran buenos. El Maestro o el discípulo avanzado, evidentemente, puede infundir en nosotros una energía que facilite nuestra tarea, pero eso es todo. Y esto, en todos los niveles. Si no sentimos en nosotros el poder de responder a la belleza y a la gloria de la naturaleza, una y otra pasarán a nuestro lado sin apercibirnos. Si no podemos ver a Dios en nosotros mismos, es inútil que lo busquemos fuera. Cuando hayamos comprendido bien que formamos parte de Dios, el Dios interno responderá al Dios externo y empezaremos a ser realmente útiles en su trabajo, lo cual, en resumen, es el objetivo principal de nuestra vida.

> *"10. Desea únicamente lo que está más allá de ti."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Está más allá de ti, porque cuando lo alcances te habrás perdido a ti mismo."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

C.W.L. —He aquí todavía una sentencia cuyo paralelismo existe en la doctrina cristiana. El Mismo Cristo ha dicho muy claramente:

> *"El que salve su vida la perderá; y el que la pierda a causa de mí, la salvará"*– (Mateo 10:39)

Esto se va repitiendo muchas veces en los diferentes niveles. Observad al hombre mundano en su vida corriente, una vida hecha

sobre todo de emociones, a veces las menos relevantes. Desde que empieza a comprender el lado superior se da cuenta de que existen intereses más elevados y más nobles, pero también constata que, a menos que abandone esta vida inferior y más grosera, no puede realmente alcanzar la vida superior; tiene que perder la primera para adquirir la segunda.

Un paso más, y el hombre vive sobre todo en su mente; se da cuenta de que dejarse llevar por las corrientes pasionales, en el fondo es innoble; que él pertenece a la mente que escoge y domina las emociones y que no tolera más que aquellas que aprueba; su progreso lo exige. Muy pronto, un nuevo paso hacia adelante: el hombre, al no encontrar la mente plenamente satisfactoria, advierte que hay una vida superior a la de la mente; entonces, gradualmente, empieza a vivir en el ego y a considerar todas las cosas bajo este punto de vista. Esto representa un gran progreso. Pero esto solo no le basta; descubre que más allá de esta etapa reina la unidad; adquiere así cierta experiencia del plano búddhico y, desde que ha rozado este plan, ya nada inferior podrá satisfacerle jamás.

A su vez, esta misma y extraordinaria conciencia búddhica será superada. Más allá se encuentra la conciencia del plano átmico, del nirvana. Y después, más arriba aún, está la Mónada. Aquellos que todavía no son Adeptos, ven la Mónada manifestada como el triple espíritu sobre el plano inmediatamente inferior al suyo, pero cuando se ha llegado al adeptado, la Mónada y el ego no serán más que uno y no tendrán otra conciencia que la de la Mónada -la Chispa Divina.

En cada una de estas etapas sentimos que hemos alcanzado la libertad, que realmente hemos empezado a vivir, y luego nos damos cuenta de que existe un grado superior, tan elevado tan por encima de nuestro nivel actual, como éste lo estaba más allá de su precedente. En nuestra ascensión, hemos de ir abandonando sin cesar la vida inferior antes de alcanzar la vida superior. En otras palabras, hemos de perder la vida que conocemos antes de llegar a la vida superior que esperamos alcanzar. Al ir llegando a cada nivel descubrimos que hemos perdido el yo conocido hasta entonces, porque lo hemos trascendido; lo hemos perdido al encontrar un yo más elevado.

Está escrito que seremos uno con el Logos, que estaremos inmersos en Él. De este resultado final lo ignoramos todo; por lo menos, algunos de entre nosotros pueden afirmar, después de su experiencia personal, que en la progresión del alma han tenido lugar muchas inmersiones parecidas a diferentes niveles; en cada una, nos parece que nos hemos convertido absolutamente en uno con el punto más elevado que hemos podido alcanzar, sin perder nunca nada sin embargo de nuestro Yo verdadero. Por ejemplo, al alcanzar la conciencia búddhica y al perder el cuerpo causal, hemos perdido la vida inferior, pero ésta no fue nunca más que una manifestación muy imperfecta de una pequeña parte de nosotros mismos. Todas las ganancias que nos han reportado una larga serie de vidas, siguen presentes. Sólo nos hemos despojado de la forma exterior que sirvió de expresión a nuestras diversas cualidades. En un plano superior, siempre poseemos las cualidades, brillando con mayor esplendor, pero su antigua forma desapareció. A fuerza de identificar la vida con la forma, muchas personas se imaginan que si perdieran la forma no les quedaría nada. Al contrario, nada de lo que se ha ganado se pierde jamás.

> *"11. Desea únicamente lo que es inalcanzable."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"12. Es inalcanzable porque siempre retrocede. Entrarás en la luz, pero jamás alcanzarás la llama."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Esto no significa que la vida superior, nuestra meta, está fuera de alcance, sino que más allá de toda cima conquistada, siempre vemos surgir un nuevo pico. Nos iremos acercando sin cesar a lo Divino y, sucesivamente, en cada nivel, nos uniremos a Él, pero la llama, Su conciencia verdadera, no la tocaremos jamás. Nuestra ruta implica numerosas etapas, donde la belleza, a medida que nos vamos elevando, se vuelve cada vez más indescriptible. Independientemente de la elevación que alcance nuestra conciencia, independientemente de cuáles sean las glorías inefables a las que lleguemos, siempre vemos más allá glorias superiores. La llama no deja de retroceder. En todo lo que se nos alcanza y nuestros conocimientos nos permiten creer, esta cadena de gloria y belleza crecientes no tiene fin. Más allá de esto cualquier especulación resulta inútil. Como en otro tiempo dijo

nuestro Señor el Buddha, hablar del principio y del fin no sirve de nada, porque *"velo tras velo se levantará, pero siempre habrá velo tras velo más allá"*.

Quisiera transmitir a cada uno el sentimiento profundo e intenso experimentado por mí mismo de que nuestros progresos ulteriores son absolutamente ciertos, como lo son también la gloria, la belleza, la fuerza, la sabiduría y el amor maravilloso que los acompañan; que en cada paso el sendero asciende y cada vez resulta más imposible de describirlo en lenguaje terrenal, pero que, visto desde arriba y, prescindiendo del yo inferior, es necesario pasar a la vida de lo alto, en el Yo más amplio, en el Yo universal. Entonces, la gloria y el esplendor que son accesibles para el hombre, se convertirán en ilimitados.

Reglas de La 13 a La 16

> *"13. Desea ardientemente el poder."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Esta frase es comentada así por el Chohan:

> *"Y ese poder al que debe aspirar el discípulo es aquel que le hará aparecer como nada a los ojos de los hombres."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

El discípulo no se atribuye el mérito de ninguna acción; su objetivo es realizar su trabajo, y con tal de conseguirlo le importa poco que el mérito se le atribuya a él o a otro. Si hay que ponerse delante de un grupo lo hace, pero sin pensar en vanagloriarse de ello sabiendo que, si es posible, siempre es preferible mantenerse en segundo término.

Siempre es ventajoso abstraerse de los resultados, hacer todo lo que podamos, y olvidarnos de nosotros mismos. Toda la enseñanza oculta conduce a este único punto fundamental: olvidad el yo inferior y poned manos a la obra. Algunas personas piensan constantemente en sus progresos. Sin duda que es preferible soñar en el progreso espiritual que no estar esperando la riqueza material, pero esto sigue siendo todavía egoísmo, si bien bajo una forma más sutil. Basándome en mi propia experiencia, yo diría que la manera más segura de progresar es la de olvidarnos totalmente de nuestro progreso y consagrarnos a la obra del Maestro. Entonces, el resto seguirá. Es la antigua verdad expresada en el Evangelio:

> *"Buscad primero el Reino de Dios y Su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura"*– (Mateo 6:33)

Esta es la verdad en sí; el resto ya llegará. Cuando nos desentendemos de nuestros progresos, de repente observamos que los hemos hecho, y esto también es bueno.

Cuando, por primera vez, el hombre comprende lo que es realmente la vida en el cuerpo causal, se da cuenta también de hasta qué punto podría hacerse útil en ese nivel, y de todas las expresiones a las que podría dar vida su actividad; entonces, y de un modo natural, se pregunta: "¿No es mejor que emprenda la nueva y magnífica tarea que

se presenta ante mí?" Mi costumbre ha sido siempre la de solicitar el consejo o los deseos del Maestro todas las veces que, al presentarse ocasiones excepcionales, sin embargo no estaba absolutamente seguro de si no sería mejor renunciar a ello. "Maestro, le decía, ¿que queréis que haga?" A menudo Él respondía: "La decisión es tuya". No queda entonces sino remitirnos a nuestro propio juicio. No hay reglas en estos casos. Yo estaría dispuesto a intentar la tarea más elevada, pero no olvidemos la advertencia que nos ha sido hecha tan a menudo: "Que el deseo de progreso personal no perjudique ningún trabajo útil puesto a vuestro alcance. Vuestro desarrollo llegará en su momento". Siempre he reaccionado así y pienso que es lo más sabio.

Gracias al trabajo realizado con este espíritu de abnegación adquirimos el poder que nos hace aparecer como nada a los ojos de los hombres. Si es necesario, aceptemos la humillación; contribuye a relegar la personalidad a un segundo término, y esto es lo que se necesita. Si se presentan ocasiones, aprovechémoslas, pero siempre diciendo: "Es la obra del Maestro y no la mía". Que cualquier servidor del Maestro tenga, más que otro, el privilegio de hacer para Él un trabajo determinado, poco importa. Nuestro papel es el de estar siempre a punto para no dejar escapar ninguna ocasión de encargarnos de una parte cualquiera de Su trabajo.

Comprendemos bien que en Su obra nada es pequeño, nada es grande, sino que todo trabajo, hecho y ofrecido al Maestro, por modesto que sea, es tan importante ante Sus ojos como otro que el mundo pueda juzgar más remarcable. Con frecuencia nos inclinamos por escoger lo que nosotros estimamos que es el trabajo más importante, porque no nos damos cuenta de que todas las partes del trabajo son igualmente necesarias. Por un momento, tratad de imaginar la manera como Él contempla todo eso desde la cima que representa para nosotros Su poder y Sus conocimientos más vastos. Todos estos detalles del trabajo tienen que parecerle insignificantes, cada uno tiene su lugar asignado en el conjunto.

Todos los problemas de la existencia, en apariencia tan complejos, por no decir incomprensibles aquí abajo, se simplifican mucho para un observador situado en un nivel superior. Lo mismo ocurre en los

niveles todavía menos elevados. Observad los seres microscópicos que viven en una gota de agua y descubriréis formas de vida a la vez bellas y complejas. Cuanto más penetramos en los dominios de lo infinitamente pequeño más se constata su increíble complejidad. Uno se pregunta cómo estos mundos pueden parecer simples, ni siquiera para la Divinidad; sin embargo lo son, porque basta situarse en los puntos de vista más elevados alcanzados hasta aquí por nosotros, para comprobar que estos resultados maravillosos son debidos a las permutaciones y a las combinaciones de las siete energías de la Vida Una. Los factores de la producción son simples y más numerosos; además, cuanto más se eleva el hombre, mejor es su comprensión, y lo que parecía imposible de imaginar aquí abajo, está absolutamente a su alcance, visto desde niveles superiores.

A justo título y respetuosamente, yo creo que se nos permite pensar que el Logos puede tener simultáneamente en Su mente todo Su sistema, y puede ver sin dificultad lo que allí pasa, incluso en los menores detalles. El conjunto, con toda su multiplicidad, tiene que ser instantáneamente asequible, como si estuviera representado en una hoja de papel. Para el Manú y para el Bodhisattva, el trabajo que consiste en modelar y guiar a las razas humanas, lo cual nos parece tan complejo e incluso confuso, tiene que ser absolutamente claro y preciso.

A nosotros nos corresponde el deber de servir al Maestro en nuestra pequeña esfera. Los detalles nos incumben a nosotros y no a Él. Lo que Él quiere es que el conjunto del trabajo llegue a buen término; todo lo que podamos hacer para contribuir a ello representa nuestra participación. Las personas que estando mentalmente próximas a Él, en cierta medida y gracias a esta asociación, se han armonizado con Su modo de ver, experimentan siempre el vivo deseo de hacer incluso el trabajo más sencillo que les parezca útil. Por ejemplo, podemos escribir algunas líneas que cambiarán el curso de una vida humana; podemos dar una charla como conferenciantes, esforzándonos en influir en las opiniones de varios centenares de oyentes y, sin embargo, podemos fracasar. Nuestro papel representa un trabajo absolutamente real. Puede que algunos de entre nosotros estén

ocupados hasta el punto de no poder hacer nada personalmente; en este caso, estas personas, probablemente tienen beneficios y tal vez podrían entregar fondos que permitieran a otros realizar la tarea necesaria. Hay muchas pequeñas maneras de trabajar, al alcance de cada uno. Es inútil esperar una gran ocasión diciéndonos que cuando ésta se presente, estaremos preparados para aprovecharla. Tendremos muchas más ocasiones de estar a punto si nos acostumbramos a hacer siempre las cosas pequeñas que ahora están a nuestro alcance.

Un hombre que trabaja sin pensar en absoluto en sus propios intereses personales, y dispuesto siempre a permanecer en segundo término, es una persona incomprendida por la sociedad; esto es inevitable. Se comprende y se admira a un hombre que esté dotado de una recia voluntad, que lucha por crearse un nombre, y que sale adelante. Desde el punto de vista del mundo este hombre ha triunfado: ha demostrado su valor. Puede muy bien ser que el ocultista sea más valiente todavía, pero sin manifestarlo de la misma manera; el ocultista, generalmente, busca pasar desapercibido; se da cuenta de que una de las principales cualidades requeridas es la de saber cuándo conviene mantenerse aparte, y cuándo le conviene dejar que la fuerza divina actúe, sin frenarla y sin estorbarla impidiéndole el paso. Nada más fácil en apariencia; sin embargo, el hecho de que cientos de trabajadores son incapaces de hacerlo, demuestra que se trata en realidad de una gran dificultad.

El mundo se siente inclinado a considerar al ocultista como una persona sin gran fuerza de voluntad, siempre dispuesto a ceder. Esto es verdad por lo que se refiere a las pequeñas cosas de la existencia. El ocultista permite a los demás que actúen a su modo en las cosas que importan poco y, hasta cierto punto, se deja incluso gobernar; pero, en cuestión de principios no cede. La opinión de los demás le tiene totalmente sin cuidado. Las personas que, a cuenta de otro, se entregan, a parloteos y suposiciones, se equivocan nueve veces de cada diez; ¿qué puede, pues, importarnos lo que piensen de nosotros? De acuerdo con la expresión de Tennyson: *"Dejadles delirar"*. Evidentemente, no quiero decir que debamos prescindir de todas las convenciones sociales. Al principio, algunos de nuestros miembros

pensaron que era bueno distinguirse no vistiéndose para la cena, y así por el estilo. Es inútil transgredir así las normas. Además, me parece que si queremos que nuestras creencias se acepten, hemos de evitar ofender a nadie sin necesidad. La oposición violenta a las ideas de los demás no es una buena política. Si se trata de un punto que no tenga que ver con ningún principio, debemos ceder, simplemente, porque es absurdo enfrentamos con las costumbres.

Por lo que se refiere a los principios, hay que resistir siempre. Por ejemplo: el régimen estrictamente vegetariano es para nosotros un principio porque, en todos los sentidos, lo consideramos el más ventajoso, no sólo para nosotros mismos, sino también para todo el mundo. Es un poco incómodo, cuando comemos fuera de casa o cuando vamos de viaje, pero aceptamos estos pequeños inconvenientes y mantenemos nuestro punto de vista. Pero, para una infinidad de otras cosas que en el fondo no tienen importancia, es más sencillo que nos adaptemos a las costumbres normales de nuestra época. Referente a los trajes, por citar otro ejemplo: los trajes del hombre moderno son especialmente feos, incómodos y antihigiénicos, pero es más sencillo adoptarlos. Si nos negamos a ello, cualquiera que sea el carácter racional, estético y apropiado de nuestro traje, sería despertar una inoportuna atención y además nos tomarían, más o menos, por locos. No vale la pena. Es mejor evitar ponernos demasiado en evidencia oponiéndonos a condiciones que importan poco. Pero cuando se trata de un principio, hay que mantenerse firmes en lo que nosotros pensamos que está bien.

Si pudiéramos llegar a una actitud absolutamente impersonal en todo trabajo sería para nosotros de gran ayuda. Ruskin habla de esto a propósito del arte; él dice que si el elogio de sí mismo y la vanidad son de una vulgaridad indecible, la modestia exagerada también lo es en una u otra forma. Hay que buscar crearse una mentalidad que permita considerar el trabajo desde el punto de vista externo y decir: “Que lo haga yo para mí, o para vosotros, o para otro, será igualmente satisfactorio”. Cuando se presenta la ocasión, hemos de poder elogiar un trabajo bien hecho, no porque sea obra nuestra o de nuestros amigos, o porque lleve un nombre ilustre, sino simplemente porque es

un trabajo bien hecho, prescindiendo absolutamente de la personalidad del autor. Me temo que no siempre hacemos esto. Cuando citamos un pasaje no lo hacemos siempre porque sea hermoso, sino porque lo escribió Madame. Blavatsky o la Dra. Besant.

Sin embargo, en ciertos aspectos, tenemos absolutamente razón. Cuando un lector se encuentra con una afirmación relativa a un tema que ignora y que no puede verificar por sí mismo, para él es importante conocer al autor. Puede que diga: "La Dra. Besant afirma esto; tengo buenas razones para creer que ella conoce bien la cuestión, de modo que acepto lo que dice". En resumen, hacemos lo mismo también con los temas científicos. En este campo hay muchos hechos indemostrables pero, por el hecho de que algunos hombres eminentes, después de haber estudiado estas materias, han llegado a tales o cuales conclusiones, nosotros las aceptamos. En cambio, si consideramos una hermosa frase de carácter ético, tanto en la Biblia, como en el Bhagavad-Gita, en el Corán o en los Vedas, hemos de aceptarlas por su valor en sí. Se trata de la bondad de la expresión y de la belleza de la idea.

Si aceptamos o intentamos aceptar las cosas por su valor intrínseco, hay que tratar de apreciar nuestro trabajo particular en su justo valor y no dar por sentado que, por el hecho de ser nosotros los autores, tiene que estar necesariamente bien hecho. La mayoría de las personas capaces de hacer bien una cosa también conocen las imperfecciones de su trabajo. Si esa cosa sale bien, reconozcámoslo sinceramente; cuando descubramos defectos en nuestra propia obra o en la de otro, no dudemos en decir: "Mi opinión es otra; esto, o lo de más allá, podría haberse hecho mejor". Es bueno llegar a la actitud mental de que si una cosa es buena, nos permita hacer una completa abstracción de sus orígenes, y también dejar aparte aquello que no está bien, incluso aunque seamos nosotros los autores.

Tarea difícil, en verdad, porque si el hombre lo logra es que, desde las alturas del ego, su mirada desciende hasta nuestro mundo de aquí abajo. La misma mente inferior otorga en parte esta facultad, pero solo el cuerpo causal la confiere de una manera total. La mente inferior es capaz de discernimiento, y si lo utilizamos desde el punto de vista

superior sin que el sentimiento personal llegue a cubrirlo con su sombra, cuando su desarrollo es completo se convierte en una hermosa facultad. Estamos bastante orgullosos de nuestro desarrollo intelectual, en esta quinta sub-raza de la Quinta raza raíz, donde la facultad de auto-análisis de la mente inferior desempeña un papel muy importante, pero lo que llamamos inteligencia es poca cosa en comparación con lo que ésta se convertirá en el curso de la siguiente ronda, donde la inteligencia será realmente la facultad predominante. Estamos orgullosos de los éxitos alcanzados por la mente inferior, y no sin razón; en el terreno científico y en el de los inventos esta mente ha hecho maravillas. Pero hemos de ser capaces de echar una ojeada al futuro; también hay que haber visto a los Maestros, estos hombres del futuro, para comprender lo que tal vez seremos nosotros dentro de algunos miles de años. Puedo testificar que la actividad intelectual más elevada del presente es un juego de niños comparada con lo que será algún día. Es, pues, cierto que ante nosotros se presenta un magnífico horizonte.

Lo que las personas corrientes llaman su mente es exclusivamente la parte inferior de la misma. En esta mente hay cuatro subdivisiones, compuestas respectivamente de materia perteneciente a los sub-planos séptimo, sexto, quinto y cuarto, pero estas personas apenas utilizan otra materia que no sea la del sub-plano inferior, el séptimo, muy próximo al plano astral. Por consiguiente, todos sus pensamientos están teñidos por los reflejos del mundo astral; de aquí la mezcla de emociones, sentimientos y deseos. Todavía hay muy pocas personas que puedan actuar en el sexto sub-plano. Nuestros sabios ilustres, ciertamente, se sirven mucho de él; desgraciadamente, mezclan la materia del sub-plano inferior y entonces se vuelven celosos de los descubrimientos y de los inventos de los demás. Si llegan al quinto sub-plano, son ya mucho menos propensos a enredarse en el astral. Si se elevan hasta el cuarto sub-plano, es decir, a la parte superior del plano mental, se encuentran en medio mismo de dicho plano que roza ya el cuerpo causal; a partir de ahí, ya no hay ninguna posibilidad de que su pensamiento se vea afectado por las vibraciones astrales.

Todo esto es comprensible. Una vibración se comunica tanto más fácilmente a un cuerpo cuanto mejor se armonice éste con la misma. Un hombre muy irritado se expone a despertar la emoción de la cólera en los cuerpos astrales de las personas que le rodean; al mismo tiempo, sus pensamientos inferiores se verán perturbados, pero jamás sus pensamientos superiores, si es que los tienen —la mayoría todavía no los tienen. He aquí, entre otras cosas, lo que nosotros, como estudiantes de Teosofía, tratamos de hacer en nuestros pensamientos y en nuestra meditación: y que es el despertar las partes superiores del cuerpo mental y de ponerlas en funcionamiento. Los que meditan regularmente sobre los Maestros y lo que a Ellos se refiere, tienen que utilizar en cierta medida, la región superior del cuerpo mental; cuanto más se utiliza, menos nuestros pensamientos se verán influidos por los deseos, las pasiones y las emociones. La mayoría de las personas todavía no han llegado hasta ahí; además, los pensamientos emitidos en el mundo en general, están muy coloreados por el deseo. La mayor parte de las formas de pensamiento que vemos están cargadas, a la vez, de materia astral y de materia mental.

Los hombres viven muy hacinados; de ello resulta que otras personas pueden afectamos sin que ni siquiera piensen en nosotros. Con el bien entendido de que nosotros también les influimos, e intencionadamente, deberíamos tratar siempre de que nuestra influencia fuera positiva para ellos. Si nos esforzamos por ser un centro de paz y de amor absoluto, seremos de la mayor utilidad a todo lo que nos rodea, pero mientras sigamos siendo un centro de deseo y egoísmo, haremos que nuestro desarrollo sea totalmente imposible, no sólo para nosotros mismos, sino también para todos aquellos que están cerca de nosotros, y esto es muy grave. Cada aspirante debería tomarse a pecho la idea de que impide el progreso de los demás cediendo al deseo personal.

Es imposible llegar a la aniquilación del yo sin haber extirpado antes todo deseo personal. No estamos hablando de nuestra dedicación a la tarea y a los Maestros; con seguridad que esto es lo menos que podemos hacer por Ellos. Incluso, si es necesario un gran esfuerzo, deberíamos consentir en ello por estos Grandes Seres que tanto han

hecho por nosotros y a través de los cuales se nos ha transmitido toda la doctrina teosófica. No se trata de serles agradables haciendo estas cosas, si bien los progresos de aquellos a los que Ellos tratan de ayudar no pueden sino complacerles; se trata además de una cuestión de sentido común. Si queremos ayudar a la evolución, la primera y la más importante condición es la de poner manos a la obra. Es necesario imponer al yo inferior este dominio que nos hará aparecer como nada ante los ojos de los hombres. O sea, la acción de muchas de las mayores energías es invisible; nosotros podemos sumamos a ellas y, en estas condiciones, podemos permitirnos aparecer insignificantes a los ojos del mundo.

> *"14. Desea ardientemente la paz."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"La paz que debes desear es aquella paz sagrada que nada puede perturbar y en la cual, el alma crece como crece la flor sagrada en los lagos tranquilos."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Este breve aforismo está estrechamente relacionado con la precedente. El poder que se nos dice que debemos desear, conduce a la paz; no hay paz para nosotros si no dominamos el yo.

Hay que haber encontrado la paz antes de poder darla a los demás, y la facultad de darla es en realidad uno de los más grandes y más hermosos poderes. La existencia de la mayoría de los hombres está llena de preocupaciones, inquietudes, celos y envidia; incesantemente bullen en ellos no solamente las emociones sino también los deseos insatisfechos. Muchos de aquellos que emprenden el estudio del ocultismo, es decir, de la realidad que está en el fondo de la vida, esperan poder continuar este tipo de existencia. Lo mismo ocurre con aquellos que pasan por haber estudiado el ocultismo durante muchos años, que buscan aproximarse a los Maestros, y que parece que no pueden renunciar todavía a sus deseos. No realizan ningún esfuerzo serio para desembarazarse de todas sus necias y preocupantes emociones, y luego se extrañan de no progresar y de ver que otros les adelantan. ¿Cómo pueden esperar adelantar sin haber dejado todo esto detrás de ellos? Mientras no nos hayamos liberado totalmente de estas inquietudes, todo verdadero progreso superior es absolutamente imposible para nosotros. Si queremos entrar en comunicación con el

Maestro, es necesario que reine la paz perfecta en nosotros.

Se dice que la lucha es necesaria para el progreso. Es verdaderamente cierto que durante su evolución el alma atraviesa una etapa prolongada en la que está en un continuo estado de lucha y de combate. Con una mirada retrospectiva comprobamos que el progreso era más rápido en una vida borrascosa que en los momentos en que las condiciones fueron más fáciles. En este desbrozar del carácter, todas las penas y todas las dificultades encontradas por los hombres y la oposición con la que se topan, sin duda les enseñan algo: son las lecciones a aprender. En la etapa superior alcanzada por el discípulo, este estado de lucha ha perdido su valor. El desarrollo de orden superior exige una paz perfecta. Un Maestro ha escrito: "La supervivencia del más apto es, para el bruto, la ley de su evolución; pero la ley del sacrificio es la ley de la evolución humana". Muchas personas piensan que encontrarán la paz cuando hayan satisfecho sus insensatos deseos, pero la experiencia les demuestra que esto no es así. Entonces, empiezan a entristecerse por haber cedido y comprenden que hubieran tenido que superarlos. No se consigue ninguna paz con la satisfacción de los deseos. La paz sólo se consigue de una manera: descartando los deseos inferiores y desarrollando en uno el poder que nos hace "aparecer como nada ante los ojos de los hombres".

Se dice que la flor sagrada florece en los lagos apacibles. El loto sólo adquiere toda su belleza cuando el agua está en calma; no llega a lograrla si el viento y la tempestad lo sacuden. El alma sólo puede abrirse en la paz. Las tormentas de la pasión y del deseo son absolutamente igual como aquello que abate las flores en el plano físico. Todos los desarrollos superiores son parecidos a flores muy delicadas; si están sometidos a violentas tormentas de pasión, son destruidos y desaparecen. Las personas que pasan el tiempo montando en cólera, que se absorben sin cesar en toda serie de cuestiones personales y absurdas, que siempre piensan en sus propios sentimientos, y que sólo sienten hacia los demás celos y envidia, no pueden desarrollar las profundas y gráciles espirales, indicadoras de progreso.

En general, hay muy poco conocimiento científico sobre el progreso oculto, sobre la verdadera evolución: por sí solos los métodos educativos prueban que los hombres no lo comprenden. Hemos alcanzado un determinado nivel de evolución que corresponde aproximadamente al nivel del salvaje o a un nivel ligeramente superior y que podemos considerar como definitivamente conseguido; es decir, que nos resultaría difícil, independientemente de las circunstancias, caer más bajo. Pero el crecimiento posterior que sucede al de la parte casi animal, o en todo caso la parte inferior y emocional del hombre, representa un desarrollo de extrema delicadeza y de aspectos muy diversos. Los puntos que diferencian una persona superiormente culta y con sentido artístico de una persona absolutamente tosca y sin ningún desarrollo, son todos de una naturaleza muy sutil que exigen lentos y atentos progresos; son los brotes tiernos que nos dan las más bellas esperanzas; brotes que apenas empiezan a florecer y que, ciertamente, no son todavía lo que algún día llegarán a ser. Esta frágil vegetación es destruida como si se tratara de un vendaval, por las primeras circunstancias adversas. La ruda y dura educación moderna, que permite asustar e incluso maltratar a los niños, tiene por efecto anular la delicada floración de cultura y refinamiento que las almas venidas a habitar estos cuerpos de niño han tardado mucho tiempo en adquirir —tal vez veinte o treinta vidas. Como consecuencia, los niños adquieren una naturaleza de salvajes primitivos; a menudo están poseídos por el miedo, por el odio y por el vivo sentimiento de la injusticia permanente; a partir de ahí, todo desarrollo sutil que establece realmente la diferencia entre una nueva y una antigua sub-raza, queda aniquilada.

Las personas no tienen idea de lo que hacen cuando proceden a esta destrucción, como muy a menudo ocurre. Veo incesantemente a niños de ambos sexos cuyos padres tal vez sean toscos, pero que, en sí prometen mucho; si tomados de la mano fueran guiados por el buen camino, realizarían sensibles progresos en la vida actual; pero su ambiente no favorece en nada un desarrollo semejante; los brotes jóvenes son agredidos y destruidos, y estos niños cruzan la existencia como personas absolutamente ordinarias. He observado

continuamente casos en los que esto ha estado pasando, tal vez durante quince o veinte vidas; el progreso que hubiera sido posible desde la primera, sólo se ha logrado veinte vidas después. No cabe duda de que durante cada una de estas vidas el ego había llevado una existencia un poco más regular y un poco más tranquila. El Karma resultante terminó por hacer necesario que se le ofreciera un ambiente más favorable y, al mismo tiempo, una ocasión de progreso; pero, por lo que nos es dado juzgar, el mismo desarrollo hubiera tenido lugar veinte vidas antes, a condición de que el medio ambiente hubiera sido un poco mejor.

¡Desgraciadas las personas que sofocan estos delicados desarrollos! A mi parecer, no hay crimen mayor que el de desanimar a aquellos que tratan de progresar. Es uno de esos crímenes a los cuales alude el Cristo cuando habla del pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en este mundo ni el mundo de mañana. Sólo que la palabra "perdonado" es un contrasentido; la palabra "abandonado" o "dejado de lado" representaría mejor la idea. El sentido es perfectamente claro. El pecado contra el Espíritu Santo es la represión del espíritu divino en el hombre; este pecado genera consecuencias kármicas cuya regla no puede efectuarse en la presente dispensación —ni en el período actual de evolución terrestre, ni siquiera tal vez en la próxima; ¡tan grave es este pecado!

Muchas personas lo cometen lo mismo en ellos que en sus hijos; no dejan que la parte superior de sí mismos tenga ocasión de abrirse. Con frecuencia, los niños poseen la facultad de ver los espíritus de la naturaleza y otras cosas admirables, invisibles para las personas mayores. Éstas podrían muy bien verlas igualmente si su sensibilidad no hubiera sido destruida por la clase de existencia en la que tan a menudo se sumergieron. Algunas veces, más adelante, estas personas empiezan, con mucha dificultad, a recuperar no sólo la facultad de la clarividencia, sino incluso la de disfrutar de todo lo que es bello y artístico, de todos los sutiles matices del sentimiento y de la percepción, signos de cultura y de verdadera educación.

Los factores del progreso superior son todos ellos sumamente sutiles, tan cuidadosa y exactamente equilibrados que el menor error

de dirección basta para paralizarlos durante semanas o meses. El resultado de varios meses puede verse anulado en un solo día. De aquí la importancia del medio ambiente. Corno que nunca se puede contar con encontrar lo mismo, el ocultista se esfuerza siempre para conseguir el máximo provecho posible de las condiciones del momento presente, sean cuales fueren, mientras vigila para que ninguna de ellas le detenga en absoluto. En uno de los Puranas está escrito:

> *"Sin cuerpo, nadie puede alcanzar la meta del alma; es necesario, pues, tener cuidado del cuerpo como de un tesoro y hacer el bien. Un pueblo, un campo, la riqueza, una casa, así como también el Karma bueno y malo, pueden volverse a encontrar, pero nunca jamás este cuerpo."*– (Garuda Purana Sarodhara 16:17-18)

Se oye decir: "No puedo hacer gran cosa en esta vida; ya veremos lo que podré hacer en la próxima". Siempre es bueno tener presente la idea de nuestra próxima vida y de lo que podremos hacer entonces en ella, pero no es prudente contar mucho con ello, porque el karma acumulado es seguro que estará razonablemente mezclado; a veces nos aguarda corno oleadas. En algunos momentos, el karma puede proporcionarnos un ambiente propicio; de ello no se deduce que en la siguiente vida las circunstancias nos sean tan favorables. Resumiendo, es probable que nuestro karma siga el mismo curso general. Por otra parte, puede existir un contencioso desagradable que las autoridades kármicas juzguen todavía demasiado pesado para el interesado, y este contencioso podrían imponérselo en la siguiente vida, cuyas condiciones serían así menos buenas.

Nada más inteligente que aprovechar en la vida presente todas las ocasiones posibles; actuando de esta guisa, demostraremos a los Señores del Karma que sabemos sacar provecho; lo cual incidirá en el karma de nuestra próxima vida, con los resultados más señalados, porque esto será como tener derecho a circunstancias propicias. Si nuestras presentes ocasiones son numerosas, sería una imprudencia deducir que las volveremos a encontrar en nuestra próxima vida. Puede que si, puede que no. A mi no me gusta que la gente diga: "Soy demasiado viejo para hacer nada en esta vida". Si sacamos provecho

de lo que tenemos y si avanzamos lo máximo que podamos, creamos un estado de cosas que hacen difícil a las divinidades kármicas negamos la concesión de nuevas oportunidades. Siguiendo en esta línea, podemos obligar a los Señores del Karma a regular nuestro karma de manera que nos propicie la ocasión deseada, no pudiendo desarrollar sus efectos las causas que hemos puesto en movimiento, si su dirección general se modifica. Ciertamente, es muy positivo aprovechar todo lo posible las ocasiones que se presentan pensando que, si las obviamos, no decidimos en nuestra evolución una diferencia de varios miles de años.

Unos miles de años no son nada en la larga carrera del alma, pero nosotros no pretendemos perder así nuestro tiempo. Por ejemplo, en las Vidas de Alcyone, encontramos el caso de un muchacho que se encontraba situado en columnas condiciones excepcionalmente favorables cerca de uno de los grandes Maestros de un templo egipcio. Este muchacho cometió la tontería de perder su tiempo, descuidó sus ocasiones y las perdió. El Maestro le dijo entonces que siempre estaría dispuesto a recibirle de nuevo. Ahora bien, sólo en la vida presente el joven volvió al Maestro. Esta indolencia le ha hecho así perder un tiempo determinado. Imaginad lo que hubiera podido hacer durante estos seis mil años si hubiera aceptado la proposición que se le había hecho. En esta época, el Maestro en cuestión no era un Adepto todavía y, ciertamente, si el discípulo hubiera aceptado, él mismo no estaría ahora muy lejos del adeptado. Tomar una decisión semejante seis mil años antes o seis mil años después, no debería ser indiferente. El hombre que se decide a ello a su tiempo, tendría a su favor los largos años de actividad pasados, en el interín, en los niveles más elevados; ¿cómo no tendría que haber diferencia?

Ignoro hasta qué grado pesa, en los consejeros de lo Eterno, lo que nosotros llamamos el tiempo. Existe un punto de vista accesible al hombre en que el pasado, el presente y el futuro se presentan como un eterno ahora; sin embargo, incluso en éste, hay algunas cosas más claras y otras que lo son menos; aprovechar o desperdiciar una ocasión no deja de tener sus consecuencias, aunque pueda haber una manera de compensar en el futuro un error semejante; el pesar de haberlo

cometido se convertirá entonces para el hombre en una energía incitándole a redoblar los esfuerzos a fin de recuperar el tiempo perdido. Simple especulación, simple esfuerzo de imaginación para representarse el proceso; sin embargo, no nos falta razón para pensar que un día la rectificación del pasado será posible.

En los planos superiores, la cuestión puede considerarse un poco como sigue: nosotros decimos que el pasado fue de tal o cual naturaleza y que no podemos hacer nada para cambiarlo. He aquí lo que este pasado era cuando nosotros estábamos allí, pero ignoramos en qué se ha convertido hoy en que estamos alejados de él. Este pasado sigue existiendo; para otro hombre, en otro lugar, constituye el presente. La idea es difícil de asimilar. En el plano físico sabemos que vemos un objeto; la luz que emana de él nos lo hace percibir. La luz que ayer nos mostró un objeto se encuentra ahora a millones de millas de aquí, y muestra ahora, lejos de aquí, el mismo objeto; nuestro ayer puede representar para otra persona el presente, respecto al mensaje recibido de esta luz. Si la analogía tiene un fundamento real, yo no lo sé, pero parece que la verdad debe parecerse a esto.

Observar desde un plano superior la vida terrestre es como estar en la cima de una montaña y ver un tren que corre por el valle, a nuestros pies. Por lo que se refiere a los viajeros, el tren ha rebasado algunos puntos. Los puntos han desaparecido, pero sin dejar de estar presentes. Los árboles y los animales percibidos en estos lugares todavía están vivos. El pasado sigue activo pero, como los viajeros ya no están allí, la mayoría de las personas se imaginan que el papel que ellos han desempeñado ha terminado. Yo no estoy convencido de ello. No creo que sea muy útil tratar de comprender este problema porque, aquí abajo, es imposible llegar a encontrarle una interpretación coherente. Sin embargo, creo que el pasado no es irrevocable y que, el día en que también nosotros alcancemos la etapa que permita mirar todo eso desde arriba, el pasado se nos aparecerá mejor de lo que nosotros lo imaginamos en la memoria. En efecto, todo ese mismo pasado avanza, y siendo un elemento de la realidad divina; también él será glorificado, florecerá, se convertirá en lo que hubiera tenido que ser; no pretendo decir de qué manera. La idea no es menos

estimulante —comprendo la posibilidad de que nuestras omisiones, nuestros errores pasados, aunque actualmente tengan para nosotros esta perspectiva, puedan, en definitiva, presentar otra de muy diferente. La idea es difícil de captar aquí abajo, pero estoy seguro de que implica una parte de la verdad.

> *"15. Desea las posesiones por encima de todo."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"16. Pero estas posesiones deben pertenecer al alma pura solamente y, por lo tanto, deben ser igualmente poseídas por todas las almas puras, siendo así la propiedad especial del todo solamente cuando están unidas. Anhela las posesiones propias del alma pura, a fin de que puedas acumular riquezas para ese espíritu unido de la vida, que es tu único Ser verdadero."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Las posesiones que hemos de desear son las cualidades que servirán a toda la humanidad. Toda victoria lograda por nosotros tiene que ser una victoria para la humanidad, no para nosotros mismos. El deseo de poseer tiene que apuntar hacia las posesiones comunes a todos; lo que se quiere es que todos participen de la misma herencia. Aquí nos encontramos de nuevo con el tema de la impersonalidad. Las vidas de los Maestros nos proporcionan ejemplos admirables. Recuerdo una época en la que estaba muy sorprendido de que se pudiera decir de los Maestros que, al parecer, que Ellos no tienen Karma. Algunos libros sagrados de la India dicen incluso que están por encima del Karma. Yo no llegaba a comprenderlo, puesto que el Karma es una ley, como la gravitación. Nosotros podríamos elevarnos hasta el sol sin que la gravitación desapareciera; al contrario, la sentiríamos mucho más fuertemente. Me parecía totalmente imposible escapar de la ley de causalidad porque, gracias a ella, cada uno recibe lo que sus actos merecen. Si los Grandes Maestros practican sin cesar el bien, hasta un punto al que no tenemos la menor esperanza de igualar y, si al mismo tiempo, Ellos no generan ningún Karma, ¿qué pasa con el prodigioso resultado de Su efusión de energía?

Finalmente, después de haber estudiado el problema, empezamos a comprender. Si describo la manera en que el Karma se presenta a los

ojos del clarividente, tal vez la cuestión será más inteligible. El mecanismo de la ley kármica en los planos superiores presenta un poco el aspecto siguiente: cada hombre es el centro de una serle increíblemente numerosa de esferas concéntricas, de las cuales algunas están muy cerca de él, mientras que otras se extienden a una prodigiosa distancia en las profundidades del empíreo. Cada pensamiento, palabra o acción, egoísta o no, emite un fluido de energía que se precipita hacia las superficies de las esferas, golpea perpendicularmente la superficie interna de una cualquiera de ellas, y se encuentra de vuelta al punto de partida. La naturaleza de la fuerza, así como la duración de su camino de retroceso, parecen determinar cuál será la esfera que lo rechazará. La fuerza generada por determinadas acciones golpea una esfera relativamente cercana, después retrocede muy rápidamente, mientras que otras fuerzas prosiguen su marcha casi hasta el infinito y no regresan sobre ellas mismas más que después de numerosas vidas. ¿Por qué? Lo ignoramos. Sólo sabemos que, en todos los casos, su vuelta es siempre inevitable y que únicamente pueden volver a su centro de origen.

De este modo, todas estas fuerzas emitidas por el hombre tienen que volver a él durante tanto tiempo como él las proyecte hacia fuera. Sin embargo, todo hombre está unido internamente a la Divinidad y esto, no por parte de ninguna de estas esferas concéntricas, sino más bien por el centro de sí mismo; volviendo hacia el centro puede llegar al Logos y, mientras dirige así toda la energía de su pensamiento y de su deseo, esta energía no regresa nunca a él, sino que va a unirse al inmenso hervidero de energía divina que la Divinidad no deja de derramar en Su universo a fin de mantenerlo vivo. La fuerza divina brota en el centro; no llega del exterior. Examinando los átomos físicos, el clarividente comprueba que algunos de ellos absorben la fuerza y otros la emiten. Esta fuerza que debe tener una procedencia, no entra por un lado para salir por otro; surge en el centro del átomo y, por lo que parece, no llega de ninguna parte; en realidad procede de una dimensión superior que a nosotros se nos escapa. El camino que conduce a Dios se encuentra, pues, en el corazón de todas las cosas, y es la dirección hacia la que tiene que dirigir toda energía el hombre

que siempre mira hacia Dios y no piensa más que en Él al llevar a cabo su tarea. Por lo que respecta a la personalidad, la fuerza desaparece, pero, como ya he dicho, ésta va a unirse a la energía divina constantemente derramada por todas partes. Para el hombre, no hay ningún resultado personal en los planos inferiores, pero con cada esfuerzo semejante que realiza, se acerca a la Verdad divina presente en él, la expresa mejor y más completamente; decir que no alcanza ningún resultado sería, pues una falsedad. En un universo sujeto a la ley, todo determina un resultado, pero no existe un resultado externo que pueda guiar al hombre en la tierra.

He aquí, creo, lo que significa el pasaje que dice que los Grandes Seres escapan a la ley kármica. Toda su inmensa fuerza espiritual la consagran íntegramente a hacer el bien, en nombre de la humanidad y como unidades humanas; escapan así a las obligaciones de la ley. Prescindiendo de cual sea el, éste es para la humanidad, no para Ellos. El Karma de toda la gloriosa actividad del Maestro no está destinada para que Él la reciba; es para el conjunto de la humanidad.

Es con un espíritu semejante de impersonalidad que también nosotros deberíamos actuar. Incluso, si al realizar una buena acción decimos: “Hago esto; creo que el mérito es mío”, o bien si, sin pensar en el mérito, decimos simplemente: “Yo soy el que hace esto”, como los fariseos de antaño, recibimos nuestra recompensa. El resultado será para el yo personal y nos ligará aquí abajo igual que lo haría un mal resultado. Si, por el contrario, olvidando absolutamente al yo personal, actuamos simplemente como miembros de la humanidad, es a esta humanidad de la que cada uno forma parte que en quien revertirá el fruto de la acción. Cuanto más lleguemos a actuar sin interés personal, más cerca estaremos del corazón divino de todas las cosas. He aquí el punto de vista del mismo Logos, Para Él, no puede existir ningún pensamiento personal; Él actúa siempre para el bien del conjunto del cual es el representante. Si, al actuar, sólo pensamos en Él, el resultado desembocará en Su energía divina y no volverá a nosotros bajo ninguna forma susceptible de atarnos, sino que, sobre todo, volverá como un factor que contribuye a convertirnos en expresiones cada vez más completas del Logos, y a elevarnos cada vez

más hacia la paz de Dios, que trasciende todo pensamiento.

Reglas de La 17 a La 19

"17. Busca la senda."– (Aforismo del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Los tres breves aforismos a los que llegamos ahora tiene una estrecha relación común; en el comentario del Chohan, como en las notas del Maestro Hilarión, se han tomado implícitamente juntos. Resulta pues casi imposible situarlos en grupos separados como lo habíamos hecho hasta ahora, y yo quiero colocarlas en el orden en que el libro las facilita. Es evidente que hemos alcanzado un punto álgido de la doctrina, porque nos encontramos aquí con un comentario de estos Grandes Seres mucho más largo que ninguno de los precedentes. La nota del Maestro Hilarión, añadida a la regla diecisiete, empieza en estos términos:

> *"Estas tres palabras parecerán, quizás, demasiado insignificantes para constituir una regla por sí solas. Puede que el discípulo diga: ¿Estudiaría estos pensamientos en modo alguno si no buscara el camino? Sin embargo, no te precipites. Detente y medita un poco. ¿Es el camino que deseas, o es que hay una vaga perspectiva en tus visiones de elevadas cumbres para ser escaladas por ti mismo, de un gran futuro para que tú lo alcances? Ten cuidado. El camino ha de buscarse por él mismo, no teniendo en cuenta los pies que lo recorrerán."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Estas palabras expresan admirablemente con qué espíritu hemos de abordar el Sendero. Del principio al fin, hay que separar la personalidad, trabajar desde el punto de vista del Yo Superior. Buscar el camino significa actuar de esa manera. Como ya hemos visto, el hombre, incluso después de haber dejado atrás la ambición ordinaria, la vuelve a encontrar una y otra vez bajo las formas más sutiles. Ahora su ambición es la de alcanzar un nivel superior; se ha decidido a no desear nada para el yo personal, a consagrar enteramente todas las facultades de las que dispone al servicio de la Gran Logia Blanca; no sueña más que en ser un buen instrumento y, con respecto al Maestro, a ocupar una posición tal que las fuerzas del Maestro puedan pasar a

través suyo con toda la facilidad posible.

Con el bien entendido de que todas las energías que descienden de los planos superiores se encuentran muy restringidas cuando entran en acción en un plano inferior. La fuerza que pasa por el discípulo no es más que una mínima parte de la influencia que un Gran Ser le da para que la transmita. Es imposible que sea de otro modo, pero el discípulo que, a pesar de todas las imperfecciones que se adhieren naturalmente a nosotros en el plano físico, hace de sí mismo un instrumento lo más perfecto posible para la energía del Maestro, puede ser muy útil. El discípulo tiene como meta facilitar el paso a un flujo de energía tan abundante como sea posible, haciendo que sufra las menores alteraciones posibles.

La energía se derrama por mediación del discípulo, a fin de que él pueda diseminarla, pero en esta distribución se da por sentado que él no hará el papel de una máquina; el discípulo pone lo suyo; un poco de su tónica particular se transmite a la corriente; esto es lo que se desea; esto es lo que se espera; pero es necesario que el discípulo se acople absolutamente a la actitud y a los sentimientos del Maestro. Esto no es imposible, porque el discípulo, de un modo admirable, se convierte en uno con el Maestro, como ya he explicado en Los Maestros y el Sendero. No sólo todo lo que encierra la conciencia del discípulo se encuentra también en la conciencia del Maestro, sino que, más todavía, todo lo que pasa en presencia del discípulo se encuentra igualmente en la conciencia del Maestro, sino forzosamente en el mismo instante, a menos que Él no lo quiera, por lo menos y con toda seguridad, en Su memoria. Si el Maestro se encuentra por entonces muy ocupado en Su trabajo superior, Él no sigue necesariamente una conversación en la cual está comprometido el discípulo, pero pruebas sorprendentes demuestran que algunas veces esto puede suceder porque, de cuando en cuando, Él suelta una idea o una observación y corrige lo que acaba de decirse.

Como ya he señalado antes, todo sentimiento que el discípulo se permita tener repercutirá en el Maestro; si es un sentimiento como la irritación o el enfado, el Maestro suprimirá de inmediato la comunicación. Evidentemente, el discípulo no quisiera causarle este

dolor, aunque, con toda reverencia, pueda decirse que éste sea un dolor mínimo. Es posible que el Maestro haga esto muy rápidamente con un solo pensamiento; pero uno no quisiera causar en Su actividad, ni siquiera esta ligera interrupción.

Por otro lado, naturalmente, consecuencia inevitable y simultánea, el discípulo quiere evitar encontrarse excluido de ese modo; se aplica, pues, con todas sus fuerzas a cerrar el acceso de su conciencia a todo pensamiento o sentimiento indeseables. Evita una multitud ruidosa o todo lugar que desprenda un magnetismo negativo, a menos que la tarea a llevar a cabo en ese lugar para el Maestro no le obligue a ello. En este caso, se rodeará de un caparazón y vigilará para que ningún disgusto alcance al Maestro. No obstante, los pensamientos de orden físico presentes en la conciencia del discípulo lo están igualmente en la del Maestro. Por ejemplo, si sorprendido de súbito por un ruido, el discípulo experimenta una ligera impresión, esta impresión se comunica al Maestro; Éste no se preocupa y la soslaya; no por eso la impresión ha dejado de transmitirse y esto demuestra la intimidad del lazo. Un discípulo advertido trata de evitar toda clase de impresiones, y es por eso que generalmente causa una impresión de calma y dulzura.

Entre otras características del discípulo está la de que jamás olvida a su Maestro, ni la presencia de su Maestro. Excepto que ocurra inadvertidamente, el discípulo no se permite ningún pensamiento, ningún sentimiento que no desee introducir en el pensamiento o en los sentimientos del Maestro; se esfuerza incluso en evitar las agitaciones exteriores que pudieran ser de una naturaleza que necesitara una exclusión temporal.

La felicidad que proporciona al discípulo esta íntima unión con el Maestro es intensa. La alegría de encontrarse en relación con una inteligencia tan radiante, con emociones, o mejor dicho con poderes tan trascendentes —porque en un Maestro no se puede llamar emoción a la devoción, al amor y a la comprensión; en Él esto son poderes —esta alegría es maravillosa y de una belleza que no puede expresarse. Cuanto más el discípulo se abre a estas influencias superiores, más éstas se derraman en él y más se parece al Maestro de

quien él es el servidor. Es una cuestión de crecimiento sostenido, pero este crecimiento encuentra una gran ayuda en la corriente de energía que pasa constantemente del Maestro al discípulo.

Esta unión, en pequeño, representa una especie de anticipo de la unidad superior que se afirma cuando la conciencia búddhica ha completado su desarrollo; pero, teniendo en cuenta este desarrollo, no sé de nada que sea más íntimo que la relación entre discípulo y Maestro. Las personas que aspiran al privilegio de llegar a ser discípulos, ya desde ahora, tienen que vivir en todo lo posible, como ellas creen que han de vivir cuando efectivamente se convertirán en tales. Cuanto más imbuimos nuestros actos, nuestros pensamientos, de este carácter general de calma y serenidad, más dignos seremos de ser admitidos cuando llegue el momento, a una asociación más estrecha. No cabe duda de que el modo de merecer un privilegio semejante consiste en vivir como si ya disfrutáramos de él. Sé muy bien que, a menudo uno piensa que las pequeñas cosas exteriores carecen de importancia; a veces decimos: "es posible que esto, o aquello retrasen la evolución, pero las consecuencias no pueden ser tan fastidiosas; es una cosa tan nimia". He oído decir esto hablando de la alimentación cárnica, así como del tabaco; sólo que no contamos con razones para obviar ni siquiera la más mínima ventaja. El trabajo que nos aguarda es considerable y está muy lejos de ser fácil. En estas condiciones, el sabio se guarda muy bien de descuidar la más pequeña ayuda.

El Maestro añade en su nota:

> *"Hay una relación entre esta regla y la regla diecisiete de la segunda serie." "Cuando, después de siglos de lucha y de numerosas victorias, se gana la batalla final y se exige el último secreto, entonces estarás preparado para un sendero más avanzado."* — (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

La regla diecisiete contenida en la segunda parte de la obra, y mencionada por el Maestro, está concebida de esta manera: "Pregunta a lo más íntimo de tu ser, al Único, el secreto final que conserva para ti a través de las edades". He aquí el sentido: igual que hoy hemos de buscar el Yo Superior, exactamente igual, al alcanzar este nivel más

excelso, tendremos que buscar al Único, a la Mónada. El Secreto final es siempre el modo de trabajar más y más alto. Muchas personas parecen ver en esto una perspectiva sin alegría. El deseo predominante en multitud de personas es el deseo de descanso; estamos rodeados de tanto esfuerzo, de tanto sufrimiento y de tanta sobrecarga, que estas personas aspiran al reposo completo. Este punto de vista corresponde exclusivamente al cuerpo físico. En los planos superiores no existe la fatiga. He conocido personas que en el plano astral han esperado muchos años para que un cuerpo considerado conveniente por el Maestro, les fuera asignado. En un primer caso, un hombre tuvo que esperar veinticinco años, en otro veinte. Durante todo ese período, estos hombres se consagraron absolutamente, sin respiro, a la obra del Maestro. Es verdad que ni el uno ni el otro no sintieron la menor lasitud y que, finalmente, su celo también había permanecido completamente vivo. Así pues, si en el plano astral existe algo que se parezca al cansancio, para que se manifieste, éste tiene que exigir una duración que nosotros desconocemos.

Cuando el secreto final de esta gran lección habrá sido revelado, en él es donde se descubrirá el misterio del nuevo Sendero —un Camino que conduce más allá de toda experiencia humana, y que está totalmente por encima de toda percepción y de toda imaginación humanas. En cada una de estas etapas es necesario detenerse durante largo tiempo y reflexionar mucho. En cada una de estas etapas es necesario asegurarse de que el Camino ha sido elegido por sí mismo.

El Camino y la Verdad se muestran primero. La Vida viene después.

A.B. —Cuando el alma liberada ha recorrido las etapas de progreso llegando a la condición de Arhat y se adelanta más allá, hacia la primera de las siguientes grandes iniciaciones, hace su elección entre una serie de caminos que se abren ante ella; como sea que son siete, el número sagrado, el alma puede decidirse de siete maneras distintas. En este momento, se dice a menudo, tan sólo hay una posibilidad: y es que el hombre tiene que desear convertirse en un Maestro; y a esta opinión se añade el pensamiento de que, si ha escogido bien, regresará para ayudar al mundo. Esta decisión se recomienda en interés especial de la humanidad; pero debo recordaros que ésta es una conclusión

prematura. Una nota expresada en estos términos da a entender la naturaleza de la elección: “En cada uno de estos puntos es necesario estar seguro de que se ha escogido el camino por el camino mismo”. Las palabras “por el camino mismo” son la clave. La elección tiene que hacerse únicamente para el camino. El hecho de que haya varios caminos debería ser suficiente para impedirnos formular ninguna regla respecto a nuestra decisión y, más aún, para impedirnos decir: “si escoge bien”, como si fuera posible escoger mal cuando el alma esté liberada.

Sin embargo, una idea -idea muy sutil- cruza por nuestra mente; y es que nosotros podemos dictar esta elección. Llega el momento en que hemos de decidir lo que haremos para nuestro propio futuro -un futuro muy lejano-, lo que seremos y lo que haremos. En realidad, es la conciencia inferior supeditando su decisión a la conciencia superior. Esta sutil inclinación se reafirma durante toda nuestra vida. Una parte de nuestra conciencia juzgando que es el “yo” está naturalmente dispuesta a dividir su camino futuro tal como éste se le presenta, olvidando que de este modo ejecuta una elección que pertenece a la conciencia superior, y sólo a ella. Decidir lo que convendrá hacer al final de la etapa de Arhat sería actuar como un niño escogiendo una profesión; su decisión, al no estar guiada por el conocimiento no sería realmente la que aprobaría la madurez de su criterio. Un niño pequeño no tiene que escoger su futura carrera y, en el tema que tratamos, rige el mismo principio. El ego superior decidirá, sin ocuparse para nada del yo inferior; a decir verdad, éste habrá dejado de existir antes del momento de la elección. La sola idea importante a presentar al yo Inferior es, pues, la de servir —la de convertirse en un instrumento útil; a menos de que se llegue a ello, el yo se convierte en un obstáculo para la conciencia superior. Recordad que puede obstaculizar el camino de esta conciencia; a menudo se ha dicho que crucifica al ego superior.

Otro punto que no hay que olvidar: nosotros no podemos juzgar ningún estado de conciencia antes de haberlo experimentado y de conocer el valor pertinente. Pensando en una condición superior de vuestra conciencia, condición de la que no sabéis nada, es imposible

formaros ninguna opinión al respecto. Cuando llegáis a este estado de elevación, el universo se transforma para vosotros; en vuestra naturaleza se opera un cambio y vosotros os volvéis capaces de comprender la manera particular de actuar de este estado de conciencia. Hace falta haber realizado la experiencia de este cambio antes de saber. Igualmente, formar una opinión cualquiera respecto a un camino futuro, equivale a juzgar un estado de conciencia que ignoráis y vuestro juicio carece de valor.

Situándonos en un punto de vista más elevado, una sola consideración decide nuestra elección, la de las necesidades de la humanidad en esta época. Aquí hay un lugar vacante; allí es necesaria nuestra ayuda; he aquí lo que regula la decisión. Entre los diferentes caminos que se abren ante ella, el alma purificada escogerá aquel que la conducirá allí donde su ayuda sea necesaria. El Yo Superior es juez de la ayuda que necesita la Jerarquía; su decisión depende de la necesidad de expresar la Voluntad del Logos. Un Gran Ser me dijo: es un error suponer que la elección puede hacerse aquí abajo; siempre está determinada por la ayuda necesaria a la expresión de la Voluntad del Logos.

Un grupo de trabajadores se consagra a la ayuda de los hombres; la elección no se decide a favor de esta actividad más que cuando la necesidad de un refuerzo es perentoria y si se hace necesario un canal. Insisto en este punto al haber recibido yo misma la advertencia de no dejar que mis pensamientos abandonen una actividad útil por otro tipo de trabajo que todavía no se nos ha encargado. En el Bhagavad-Gita se nos advierte que el dharma de los demás está lleno de peligros. Allí donde se encuentra nuestro dharma, allí está nuestro trabajo.

C.W.L. —El sendero que conduce más allá de toda experiencia humana es el del Adepto y se abre ante Él en siete direcciones diferentes, como ya hemos Visto. He oído a muchos de nuestros miembros asegurar: “No hay ninguna duda sobre el tema de nuestra elección; nos quedaremos para servir a la humanidad”. Sería más inteligente no desperdiciar nuestro esfuerzo tomando semejantes decisiones, porque de hecho, el tema se nos escapa por completo. Es actuar como un niño que decide lo que hará cuando sea mayor: será

pirata o conductor de trenes. Las condiciones que determinarán nuestra elección nos son tan desconocidas como lo son para el niño aquellas de las que dependerá su porvenir. Imposible que ninguno de los siete caminos sea en sí más deseable que otro, si bien todos conducen a actividades diversas.

No lo dudemos, en el momento de elegir, la idea predominante será: "¿Dónde puedo servirle mejor?" No estaremos lejos de la verdad resumiendo así nuestra decisión futura: "Aquí estoy, Señor, enviadme allí donde la necesidad de ayuda sea más urgente". Sin embargo, en el curso de nuestro desarrollo puede resultar útil adquirir una aptitud especial a seguir en una u otra de estas líneas; además, la ventaja para el conjunto del sistema estará en que hallaremos un empleo en la línea donde podamos hacerlo mejor.

Cada vez que se consigue un grado de conciencia superior, el mundo toma un aspecto tan ampliado que se convierte para nosotros en un mundo completamente nuevo. Cuando nos convirtamos en Adeptos descubriremos un horizonte infinitamente más vasto. Comprenderemos exactamente lo que haremos, porque podremos mirar el sistema solar como lo mira su Creador, desde lo alto y no desde lo bajo; veremos el modelo reproducido por el entramado; sabremos lo que todo eso significa. Cada paso hacia adelante, cada ampliación de conciencia, nos acercan al momento en que el sentido de todo nos resultará perceptible; al avanzar, estamos cada vez menos expuestos a equivocados y a no comprender, pero la sabiduría perfecta no puede pertenecer más que al Adepto cuya conciencia está unida a la del Logos de nuestro sistema, aunque sea en una de Sus manifestaciones inferiores.

En todo caso, la elección incumbe a la Mónada; con toda seguridad, nosotros no tenemos razón alguna para preocupamos ahora. Es posible que la Mónada ya lo haya decidido todo; en este caso, los representantes inferiores o fragmentos de la Mónada hallarán cada uno su lugar, sean cuales fueren sus ideas anteriores. Lo que es importante para nosotros es únicamente el inculcar a la personalidad lo pertinente para hacerle comprender que es necesario buscar siempre las ocasiones de servir, y ella se convertirá para el ego, sin

dificultad, en un canal perfecto, y la individualidad, a su vez, se sentirá impulsada a convertirse en un canal o instrumento excelente para la Mónada. En la vida, el servicio es el ideal más elevado. ¿No ha dicho el mismo Cristo *"Aquel que quiera ser el primero entre vosotros, que se haga vuestro esclavo"* ? – (Mateo 20:27)

> *"18. Busca el camino retirándote hacia lo interno.*
>
> *19. Busca el camino avanzando decididamente hacia lo externo."*– (Aforismos del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Buscar el camino retirándose hacia lo interno significa: buscar primero el Yo Superior y tornarlo como guía. Ya lo hemos dicho, la primera etapa viene marcada por la unificación de la personalidad con el ego. Más tarde, el ego se convierte en la perfecta expresión de la Mónada; el hombre está entonces preparado para recibir la iniciación de Asekha. A continuación, el Adepto se esfuerza para elevar la conciencia de su Mónada hasta la Conciencia del Logos; se busca a sí mismo siempre en los niveles superiores.

Todas las veces que un hombre que ha alcanzado a una etapa cualquiera, trata de dirigir una corriente de devoción hacia un plano superior, consecuentemente, pone en marcha tal cantidad de flujo de poder divino, que en su esfuerzo se encuentra completamente abrumado. Para el hombre se trata menos de una ascensión que de la recepción de una oleada de energía. Esto es lo que ocurre entre el discípulo y el Maestro. El discípulo envía su amor al Maestro, pero este esfuerzo queda superado por la respuesta del amor del Maestro; el discípulo tiene entonces la impresión de haber recibido una inmensa corriente de amor, si bien en principio ¡ha sido su propia iniciativa la que ha hecho posible esta efusión!

En un nivel superior, esa es la efusión del Espíritu Santo sobre el Adepto; del Espíritu Santo, el poder del Tercer Aspecto del Logos, simbolizado por las *"lenguas de fuego"* de Pentecostés. – (Hechos 2:3)

En su momento, el Adepto se une, pues, al Tercer Aspecto del Logos manifestado en el plano nirvánico; después se unirá al Aspecto representado por el Cristo en el seno del Padre. Más tarde, aunque yo no sé nada, estoy seguro de que se acercará cada vez más a la

Divinidad de nuestro sistema solar. Nosotros no dejaremos de acercarnos a la Luz, pero jamás tocaremos la llama. Un día nos elevaremos hasta las alturas en que Él se encuentra, pero Él no se detendrá para recibirnos; Él también evoluciona; es por esto que jamás tocaremos la llama, aunque nos acerquemos a ella. La incomparable beatitud de esta experiencia no puede describirse; su naturaleza no se corresponde con nada del mundo inferior.

En cada hombre, la búsqueda de lo profundo revela muchas verdades. La personalidad, en la que tantas personas ven a su yo, no es sino una mínima faceta del hombre. Nosotros somos seres mucho más notables de lo que aparentamos. El ego tan sólo puede hacer emerger en los mundos inferiores una pequeña parte o faceta de sí mismo en una sola encarnación; e incluso, si esta parte se manifiesta perfectamente, es tan sólo una parte ínfima. Un gran hombre, incluso aquí abajo, presenta un aspecto magnífico; podemos estar seguros de que el conjunto es muy superior a lo que vemos. Por sí sola, ninguna personalidad puede expresar las múltiples posibilidades latentes en el ego, que encierra en sí mismo la quintaesencia de todas sus existencias anteriores. Los caracteres más hermosos y más nobles que viven aquí abajo nos facilitarán una mediana muestra de las cualidades que descubriremos en el ego si podemos contemplarlo.

A veces encontramos muestras semejantes y deberíamos tratar de considerarlas como a tales. Por ejemplo, vemos a una persona absolutamente ordinaria manifestarse en unas circunstancias inesperadas con un gran heroísmo. Vemos a un obrero que sacrifica su vida para salvar a su compañero. Ahora bien, la posibilidad de actuar así demuestra que el hombre interno ha llegado realmente a este nivel. Independientemente del punto culminante alcanzado por él, en realidad, este punto es el hombre en sí, porque éste no podría haber llegado a donde ha llegado, ni siquiera pensando en ello, si esta identidad no existiera. Toda la expresión inferior, las tormentas pasionales, los bajos sentimientos, todo eso pertenece a la personalidad y, por supuesto, no tendría que existir, pero esto no constituye el verdadero hombre. Si algunas veces éste llega a elevarse muy alto, es en ese nivel en el que debería esforzarse por mantenerse

siempre.

Las nobles y elevadas aspiraciones del hombre tienen que desarrollarse, en cierta medida, en el ego, de otro modo no las experimentará aquí abajo. Las personas insensibles a estos ideales son aquellas en las cuales estas cualidades especiales no existen ni siquiera en germen. Si aspiramos a poseer los bienes espirituales es porque éstos representan en nosotros no una posibilidad, sino una realidad viva; a nosotros nos corresponde establecer nuestra vida en el nivel más elevado y de esta manera alcanzar una elevación todavía superior.

Resumiendo, si el ego desciende a los planos inferiores, es para ganar en limpieza y para permitir a sus bellos pero vagos sentimientos cristalizar en una firme decisión para actuar. El conjunto de sus encarnaciones constituye un proceso en medio del cual puede adquirir precisión y limpieza. Nuestra manera de adelantar, por consiguiente, es especializándonos. Descendemos en cada raza y en cada su-braza a fin de adquirir las cualidades que ésta ha de poseer a la perfección. El fragmento de ego inmerso en los planos inferiores está altamente especializado; tiene por misión desarrollar una determinada cualidad; después de lo cual el ego la reabsorbe en el momento oportuno; y esto se renueva muchas veces. Inmersa en el ego, la personalidad comunica al conjunto en particular, algo de los resultados obtenidos por ella; el ego se vuelve entonces un poco menos impreciso de lo que era.

A pesar de sus inmensos poderes, el ego es mucho menos preciso que la mente inferior; y la personalidad, apreciando ante todo la facultad de análisis de esta mente inferior que tiene que desarrollar, a menudo llega como consecuencia a despreciar al Yo Superior, mucho más elevado, pero también mucho más impreciso, y toma por costumbre creer en la independencia del ego.

En las primeras etapas de su evolución, el ego es impreciso y, a este respecto, no proporciona satisfacción, pero no hay en él nada malo — ningún defecto moral. El cuerpo causal no encierra ninguna materia susceptible de responder a las vibraciones inferiores, pero en todo punto donde su desarrollo presente una laguna, siempre es posible a los vehículos inferiores dejarse arrastrar por una mala acción. En un caso así, puede que, llegado el momento crítico, el elemental astral

tome posesión del hombre y que éste, apuñale locamente a otro; o bien que, teniendo gran necesidad de dinero y encontrándose en circunstancias en las que puede conseguirlo mediante fraude, sucumba a la tentación. El ego no está entonces suficientemente despierto para intervenir e impedir la acción, o tal vez no comprenda que la pasión o la avidez del cuerpo astral pueden obligar al yo inferior a cometer un crimen. Si vemos al mal manifestándose de súbito en el carácter de un hombre, no supondremos que este mal viene del Yo Superior; sin embargo, denota una laguna en él, porque si el ego estuviera más desarrollado, pararía al hombre desde el mismo momento en que surgiera el mal pensamiento, y el crimen no llegaría a cometerse.

Para nosotros, buscar el camino retirándonos hacia lo interno significa que siempre hemos de tender hacia lo más elevado, a fin de volver a traer aquí abajo, siempre en mayor grado, los tesoros que el ego ha reunido durante sus innumerables encarnaciones. Pero, mientras se busca así comprender al Yo Superior, no olvidemos que también es necesario buscar el camino avanzando hacia Juera. Es imposible que nos permitamos ignorar lo que es exterior a nosotros mismos; es necesario, para nuestro bien, estudiar y conocer el mundo y lo que pasa en él.

Regla 20

> *"20. Pero no lo busques en una sola dirección. Para cada temperamento existe una vía que parece la más deseable. Pues el camino no se encuentra sólo por la devoción, por la mera contemplación religiosa, por el ansia de progreso, ni por la entrega desinteresada de uno mismo, ni por la cuidadosa observación de la vida. Ninguna de estas cosas por sí sola hace avanzar al discípulo más de un paso. Todos los peldaños son necesarios para recorrer la escala."* – (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

A.B. —La regla 20 es el comentario del Chohan sobre los tres breves aforismos del 17 al 19 tratados en el capítulo anterior. Esta regla nos dice que el hombre no tiene que limitar su desarrollo en la dirección donde encuentre la menor resistencia, sino que tiene que desarrollar sus facultades en todas las direcciones antes de llegar a la meta, a la utilidad universal; el hombre busca convertirse en un instrumento perfecto de la Buena Ley y nadie puede conseguirlo si no se desarrolla en todos los sentidos. Por consiguiente, para que la perfección se consiga, cada tipo o cada temperamento, tiene que procurarse lo que le falta. La humanidad no alcanza la meta ni por la sola devoción, ni por la contemplación religiosa únicamente, ni sólo por el trabajo desinteresado, ni exclusivamente por la observación estudiosa de la vida. Al final, la posesión de todas estas cosas será necesaria para cada uno, pero en el curso de la ruta, las personas están limitadas por sus temperamentos y, durante mucho tiempo todavía, los esfuerzos de cada discípulo en favor de la humanidad están limitados por uno de ellos.

La necesidad de seguir todas las rutas es comprensible. Al ir avanzando, los hombres tienen que acercarse, tienen que estar unidos en un todo orgánico. Si un hombre poseyera una gran facultad de contemplación religiosa y las otras facultades las tuviera en un grado muy disminuido, no le serviría de mucho entrar en contacto con un hombre que tuviera la facultad del trabajo desinteresado. En este

terreno, no sería su igual y su utilidad se vería reducida Por eso es preferible que mientras busca la perfección en su propia clase de trabajo, mientras busca dominar perfectamente un tema determinado, el discípulo no descuide al mismo tiempo aprender un poco de todo, de manera que pueda entrar en estrecho contacto con las personas de diversos temperamentos con las cuales tiene que trabajar.

La tónica es el equilibrio; hasta cierto punto, es necesario llegar a trabajar siguiendo todas las líneas. La paciencia es también necesaria, a fin de poder ayudar a todo el mundo. Hay que considerar el camino de cada uno como el que le conviene; se trata de uno de los caminos que se abren ante el hombre, luego, hay que considerarlo bueno. Hemos de respetar todos los tipos humanos y, esperando que personalmente podamos ayudarles a todos, deberíamos tratar de guiar a aquellos por los cuales no podemos hacer nada, hacia otros capaces de ayudarles, sin despreciar los caminos que siguen y hemos de buscar encaminarles hacia el nuestro.

C.W.L. —El desarrollo no es casi nunca uniforme. En unos domina la devoción, en los otros la inteligencia, en otros todavía, la actividad. Naturalmente, cada uno en la dirección que le es más fácil, pero no tiene que olvidar que necesitará el desarrollo completo antes de llegar al adeptado. El Adepto es, ante todo, un hombre perfecto y, si lo tomamos como nuestro ideal, es necesario que por nuestra parte hagamos el máximo para desarrollarnos de diversas maneras. Es muy bonito ser un profundo devoto pero, al mismo tiempo, es necesario instruirse, porque el hombre a la vez devoto y ciego es poco útil. Lo recíproco es cierto respecto a aquellos que, avanzando en la línea mental, tienen que procurar adquirir la devoción, para no correr el riesgo de dejarse desorientar por su desarrollo intelectual. Más vale desarrollarse en una sola dirección que no dejar de desarrollarse del todo, pero si bien cada uno tiene que seguir su propia línea, al mismo tiempo no tiene que olvidar que existen otras.

A menudo se tiene la tendencia de criticar los demás senderos y a dar por sentado que son menos útiles que el nuestro. Tal vez lo serán efectivamente para nosotros pero, para aquellos que los siguen es todo lo contrario. Independientemente de nuestro grado actual de

desarrollo, ciertamente, hemos de conseguir el equilibrio; así pues, si hoy no apreciamos más que la actividad laboriosa, llegará un momento en que comprenderemos al hombre que avanza por la sabiduría, y después al hombre que progresa por el camino de la devoción, sin permitirnos juzgarlos directamente menos útiles que nosotros mismos. Las personas que adelantan por la devoción, me temo que demuestran cierta intolerancia hacia aquellas que quieren entregarse al estudio y al trabajo; esas personas, algunas veces dicen: "Todo lo que hacéis pertenece al plano externo o bien a la vertiente puramente intelectual, mientras que lo más importante es siempre el corazón de todas las cosas; si lo descuidáis, para vosotros no es posible ningún verdadero progreso". Es perfectamente cierto que las cualidades del corazón tienen que desarrollarse; sin embargo, algunas personas adelantan mejor con un trabajo determinado; otras no pueden educir de ellos lo mejor sin un estudio atento y una franca comprensión.

Algunas veces, atraído por la vida superior, uno se consagra únicamente a la contemplación. Para algunos ocultistas, es el mejor medio, al menos en las primeras etapas. Sin embargo, uno podría decir: "Primero es necesario que me desarrolle yo mismo para poder ser capaz de servir. Cuando sea Adepto, serviré perfectamente; no cometeré más errores". En todos los niveles, hay trabajo por hacer y el hombre que se ha hecho digno del adeptado lleva a cabo su tarea en niveles muy superiores a todos los que nos son accesibles. Si esperamos, pues, el adeptado para decidirnos a trabajar para el mundo, desde ahora hasta entonces, quedará descuidado mucho trabajo de orden inferior. Nuestros Maestros trabajan principalmente en el plano nirvánico desde donde influyen en millones de egos humanos. En ese nivel superior Ellos hacen lo que para nosotros resultaría imposible, pero en los planos inferiores, ¡cuánto trabajo no tenemos ante nosotros!

Uno se imagina a veces que los Maestros deberían realizar este trabajo inferior y, por ejemplo, colaborar aquí abajo con tales o cuales personas. Como ya he explicado, no lo hacen, excepto en los casos, relativamente escasos, en que constatan que estas personas les

recompensarán muy pronto por el esfuerzo que se ha empleado en ellas. Los intereses del trabajo priman sobre cualquier otra consideración, si bien ningún sentimiento juega aquí el menor papel. Los Maestros trabajarán con un discípulo si, a la recíproca, éste es capaz de hacerse útil, y si la energía utilizada para instruirle y dirigirle tiene que determinar así, en un tiempo determinado, un resultado mayor del que produciría una energía semejante dispensada en un campo más vasto y más elevado; es decir, si el hombre se presta a la instrucción y si está dispuesto a hacer mucho por sí mismo en toda ocasión. De otro modo, Ellos -podría decirse- no se interesarán en él más que de un modo general.

Hay mucho que hacer en estos niveles inferiores; a decir verdad, hasta aquí, considerables y muy variadas actividades, han sido descuidadas. A medida que la fraternidad humana se va consolidando, aparecen constantemente nuevas maneras de servir. Nuestros Maestros tenían muchos discípulos antes de la formación de la Sociedad Teosófica, pero la mayoría eran orientales, sobre todo hindúes y buddhistas, sufíes y seguidores de Zoroastro. La mentalidad oriental difiere un poco de la nuestra. Sin idea de menoscabarla, creo que podemos decir que, en estas cuestiones, es menos práctica que la nuestra. La mayoría de los discípulos hindúes se ocupan sobre todo de sus propios estudios que, además, representan una cantidad ingente de trabajo y los llevan muy lejos hacia adelante, antes de interrumpirlos para ayudar a sus semejantes. La obra de las ayudas invisibles no tenía para ellos el mismo atractivo que para nosotros. Entre los hindúes, nadie, ni siquiera un 'coolie', es en absoluto tan ignorante como un cristiano medio, con relación a la vida del más allá; de modo que tampoco es necesario despojarles de las fantasías creadas por la idea de un infierno eterno. Cuando nuestros estudiantes comprendieron la naturaleza del trabajo astral, se dieron cuenta de que la necesidad de ayuda era extrema. Ante ellos estaban millares de personas sufriendo una atroz pesadilla, una especie de espantajo creado por ellos mismos bajo la influencia de enseñanzas absurdas. Un espectáculo parecido despierta de inmediato el deseo de paliar toda esta angustia; entonces, se emprendió, y fue creciendo como una bola

de nieve ladera abajo el trabajo de las ayudas invisibles. Toda persona que había sido ayudada se puso a ayudar a los demás; ocurrió entonces que, en treinta y cinco años más o menos, después de la organización metódica de la obra, el efecto producido fue muy considerable.

Un hombre puede llegar muy alto no ocupándose más que de su propio desarrollo, pero en esta línea no alcanzará el adeptado. Aquel que, para servir al mundo, espera llegar a adepto, nunca lo será. Podrá refugiarse en el nirvana, es decir, podrá liberarse, pero como no ha comprendido lo que el Logos espera de él, se encontrará rezagado detrás de una masa de gente menos adelantada y menos brillante pero que ellos sí que han sabido comprenderlo. Por consiguiente, tendrá que renunciar a la vida en los planos superiores y retroceder para aprender lo que todavía no había aprendido: que la humanidad es una y que, sin haber comprendido esta realidad, es imposible elevarse hasta la cima del progreso.

Pero, como aquí queda dicho, el trabajo desinteresado no es suficiente por sí solo, para garantizar el desarrollo total. El hombre también tiene necesidad de desarrollar su devoción y, sobre todo, su facultad de responder a la luz interior, porque sin eso seguirá siendo un instrumento imperfecto; sin eso, y aunque trabaje con el máximo celo, será incapaz de responder con la suficiente rapidez a las señales, a las indicaciones que llegan de lo alto; en cierto modo, sería necesario que se le sacudieran para ponerlo en el recto camino, cuando con una leve acción de la mano debería bastar, y en esas condiciones, su instrucción proporcionaría más preocupación al Maestro. El hombre tiene que adquirir también algunas ideas sobre el gran Plan, porque la obra es gloriosa y para llevarla a cabo con perfección es necesario el conocimiento. Para llegar a ello, pues, es necesario un decidido esfuerzo intelectual. En el curso de nuestras actividades adquirimos muchos conocimientos, pero tenemos todas las razones posibles para aprovechar la experiencia colectiva de los que nos han precedido, y con el estudio, instruirnos todo lo que podamos a fin de que nuestro trabajo salga ganando.

> *"Los vicios de los hombres se convierten en peldaños de la escalera, uno por uno, a medida que se van dominando. Las*

virtudes del hombre son, en verdad, peldaños necesarios -de los cuales no se puede prescindir en modo alguno. Sin embargo, aunque crean una atmósfera bella y un futuro feliz, son inútiles si están aisladas, si existen por sí solas."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

A.B. —Aquí, tanto a los vicios como a las virtudes se les llama peldaños. Esta asimilación no puede presentar para los estudiantes ningún inconveniente; para el discípulo es incluso necesaria; pero en el mundo estaría bien adoptar un sentido más riguroso, porque para las personas no desarrolladas, la palabra vicios no debe significar otra cosa que vicios, y virtudes, virtudes. La asimilación haría tambalear sus ideas relativas a la moralidad; esas personas no pueden aplicar los principios con conocimiento de causa y no ven más que la fachada moral de toda acción; necesitan, pues, con una lista de cosas malas que hay que evitar, unas prescripciones religiosas y sociales a seguir. Sería un error perturbar la opinión general relativa al vicio y a la virtud, aunque esta opinión permita acciones que se han convertido en extrañas para el discípulo.

Por el contrario, los estudiantes de esoterismo tienen que aprender que ellos, unos y otros, representan manifestaciones de la Divinidad. La manera de enfocar la cuestión es la de considerar a toda alma como un ser divino, como un foco de energía centrífuga, esparcidas por el mundo. Expresar la vida del alma; he aquí en qué consiste la vida humana y ella encuentra su expresión hacia fuera. En las primeras etapas de su evolución no existía nada a lo que pudiera llamarse vicio o virtud, sino, simplemente, un flujo de energías manifestándose, sobre todo, de una manera que nuestras normas sociales contemporáneas no aprobarían. No cabe duda, y ya desde el inicio de nuestra carrera humana, que la mayoría de nosotros, particularmente aquellos que llegaron a la individualidad por los tipos más superiores del reino animal, hasta cierto punto, han podido utilizar su inteligencia y, por consiguiente, han podido aprender muchas cosas mirando a su alrededor. Sin embargo, subsiste el hecho de que todos, en nuestras primeras etapas, hemos cometido lo que hoy se consideran malos actos. Estas experiencias nos enseñaron a hacerlo mejor; ellas fueron,

pues, los peldaños o medios para progresar; además, nos permitieron comprender y ayudar a otros hombres que ahora realizan parecidas experiencias. Todos los tipos de experiencia son igualmente necesarios; nos hubiera resultado imposible comprenderlas, ni siquiera en parte, sin la ayuda de todos los modos de expresión. Nunca podríamos ayudar a nuestros semejantes si no les comprendiéramos.

Tal vez en otra época, nosotros hayamos sido asesinos o borrachos; si esas fueron nuestras experiencias particulares, y si ahora vemos el mal en ellas, es porque hemos cometido esos actos pecando de ignorancia y porque ellas nos han aportado sufrimiento. Más tarde, aprendimos que estas experiencias nos impiden avanzar y que, por consiguiente, son malas, pero sin cierto grado de experiencias, jamás hubiéramos podido darnos cuenta de ello. No hay consejo capaz de proporcionarnos el conocimiento preciso, fruto de la experiencia. Después de haber aprendido nuestra lección sobre un punto determinado, independientemente del poder de la tentación, nunca más cometeremos esa falta. Jamás estaríais seguros si persistiera para vosotros alguna posibilidad de caída. Es necesario conocer a conciencia estas cosas; la idea original, la experiencia básica, son indispensables para vosotros si esperáis estar seguros y ser capaces de servir.

C.W.L. —Aquí, el Chohan todavía nos recuerda que el objetivo del entrenamiento oculto no es, simplemente, hacer que los hombres sean virtuosos, sino, además, hacer de ellos grandes potencias espirituales que puedan colaborar inteligentemente con el Logos. La elevación moral es, ante todo, necesaria, pero por sí sola es inútil.

Al comienzo de su evolución y en sus etapas más primitivas, la idea del bien y del mal no existe para el hombre; por consiguiente, no se le pueden atribuir muchos vicios y virtudes. Después de todo, el salvaje no es más que un foco de energía centrífuga, del género irresponsable que encontramos por todas partes en los reinos inferiores. Una mosca posee un cuerpo minúsculo, pero, en comparación a su tamaño, despliega una energía terrible. Imaginad un ser de nuestra misma talla dotado de una energía proporcionalmente así de grande y que no sabe más que la mosca lo que puede hacer con ella; sería un ser violento,

espantoso, un peligro para todo su entorno.

El salvaje posee una energía parecida; se manifiesta en luchas, en ambiciones de todo tipo, las cuales, según nuestro punto de vista, son vicios, aun cuando nos resulte difícil considerarlos como a tales en él. Ningún impío ni vicioso placer le impulsan a matar, tal como ocurre entre los hombres que pertenecen a razas superiores. Desde luego, él experimenta una especie de orgullo por poder vencer y matar a sus semejantes y de este modo gasta una energía considerable que, dentro de muchos milenios, será canalizada productivamente; el salvaje tiene que aprender a manejarla, a dejarse imbuir por ella sin que él mismo u otros tengan que sufrir, pero esto es una cuestión de disciplina y de desarrollo prolongados, y también del dominio impuesto a los vehículos por parte del ego.

A un nivel mucho más elevado, es lo mismo para un hombre que dispone de un poder inmenso, por ejemplo, un millonario americano de antigua estirpe, que muy a menudo amasó una gran fortuna arruinando a sus semejantes; mientras actuaba tan malamente, adquiría unas formidables dotes de concentración y de mando. Al haber aprendido en esas condiciones a ejercerlas y a manejar a los hombres, es posible que en otra vida se convirtiera en un general del ejército. Para empezar, utilizaría su poder, como Napoleón, para su grandeza personal y para su ambición. Más tarde, este hombre aprenderá la manera de poner sus facultades al servicio de la humanidad. Es, pues, bien cierto que los vicios humanos en sí son escalones que conducen a algo más elevado y mejor. En resumen, para pasar del vicio a la virtud es necesario aprender a dominar nuestras energías y a imponerles la dirección correcta. La transmutación de nuestros vicios en virtudes empieza el día en que comprendemos que la energía que así malgastada hace tanto daño, podría producir efectos bienhechores. Todas las veces que una mala cualidad se suprime definitivamente, se transforma en una virtud contraria y se convierte así en un verdadero escalón que nos permite progresar en nuestra evolución.

> *"La naturaleza entera del hombre debe utilizarse sabiamente por aquel que desee entrar en el Sendero."* – (Notas del Chohan del antiguo

manuscrito)

A.B. —Aquí la palabra “Sendero” significa la vida espiritual propiamente dicha. Siendo el hombre un ser espiritual, la vida espiritual es su misma vida. Para seguir este camino, tiene que servirse de todas sus facultades, de todas sus fuerzas, de todo su ser. Lo que el hombre es, en realidad es en lo que virtualmente se convierte, es decir, una manifestación de la Divinidad. En una determinada etapa, el discípulo oye decir: “Tú eres el Sendero”. Hasta entonces, él llama su Sendero al Maestro; veía en Él la manifestación divina; pero cuando lo divino se manifiesta en él mismo, él se convierte en el Sendero, y cuanto más avanza, más lo es. Toda la naturaleza del hombre tiene pues que ser sabiamente aprovechada; después de lo cual, el fragmento divino, gracias al instrumento que se ha creado, puede desplegar en la vida activa y positiva sus facultades latentes.

Las palabras “fragmento divino” no están utilizadas como una simple imagen poética; contienen una verdad que no nos podemos permitir olvidar y que no podría expresarse, en otros términos. La misma idea se encuentra en el catecismo citado en La Doctrina Secreta Vol. 1, donde el Gurú pregunta al discípulo: “¿Qué ves?” Y el discípulo percibe innumerables chispas que parecen independientes; para el ignorante, lo son, pero a los ojos del sabio forman una única llama. Un fragmento semejante, como centro de conciencia, es un punto sin extensión; no puede estar separado. En el fondo, todos los centros son uno, puesto que, en esencia, sólo existe una esfera, un universo único. Pero, más allá del plano nirvánico, el misterio de la unidad es incomprensible; es inexplicable en los mundos inferiores y toda tentativa de plasmarlo en símbolos tiene que ser imperfecta.

El fragmento divino es la Mónada cuyo triple espíritu es la reproducción en el plano nirvánico. El atma es allí trino y hace descender uno de sus poderes al plano búddhico y otro al plano mental. En este poder están las posibilidades del Logos, pero en principio ella es absolutamente incapaz de expresarlas. Al proyectarse, Atma se presenta como Manas, el principio de la individualización, la facultad productora del “Yo Superior” que hace nacer la individualidad en el tiempo, como oposición a la Eternidad. Este Yo se rodea de

materia a fin de expresarse en el plano manásico superior y se construye así un vehículo, el cuerpo causal, que subsiste durante toda la larga serie de encarnaciones humanas. He aquí el cuerpo, creado con dolor, a través del cual el hombre se propone proseguir su desarrollo.

Imaginad Atma descendiendo, expandiéndose en el tercer plano (contando de arriba abajo), es decir, en el plano manásico; se rodea de materia que pertenece al nivel más elevado de este plano y configura el cuerpo causal que, a partir de entonces su vehículo para la expresión del aspecto manásico de Atma en ese plano. Es manas apropiándose del cuerpo causal. En la encarnación, este manas se desdobla. Alcanza los niveles inferiores del plano mental y constituye allí un vehículo -el manas inferior que, a su vez, forma el cuerpo astral, y éste, a su vez, facilita la energía que constituye los cuerpos etérico y físico. En su propio plan, cada uno de los cuerpos es un medio de adquirir experiencia, y esta experiencia, si su naturaleza lo permite, se transmite al principio autor del vehículo. Así, al final de la encarnación personal, el manas inferior transmite al cuerpo causal toda la experiencia adquirida y la personalidad perece. El cuerpo causal conserva las experiencias diversas favorables a su crecimiento, y que se quedan con él durante todo el tiempo de sus encarnaciones futuras.

Por otro lado, el cuerpo causal está en relación con lo que está más allá de él. Del lado interno, o del lado superior de este vehículo se transmite un tercer aspecto de atma, la esencia de todas las experiencias del cuerpo causal; lo que de este modo recibe el aspecto manásico de atma le capacita para actuar sin cuerpo causal, es decir, sin vehículo ni limitaciones.

Familiarizándose con estos hechos, el estudiante comprobará que explican la muerte de la individualidad. La idea se encuentra también en las escrituras hinduistas y buddhistas. El cuerpo causal representa la individualidad, la cual perdura durante todo el ciclo de encarnaciones. Formada en un momento dado, tiene que perecer en otro; al haber nacido, tiene que morir. Siguiendo la expresión del Gitâ:

"La muerte es segura para aquel que nace"– (Bhagavad Gitâ 2:27)

Esto es verdad, no sólo en el mundo exterior, sino también en el sentido más amplio. El cuerpo causal, al haber nacido, tiene que perecer. Él es la morada que el fragmento divino se ha construido con tanto trabajo; es el "Yo" del discípulo. Con los otros hombres, el "Yo" está ubicado más abajo todavía, en la personalidad, pero el "Yo" del que acabamos de hablar tiene que alcanzarse al principio del Sendero; finalmente es sobrepasado cuando la etapa del desarrollo del atma ha finalizado, en el momento de la verdadera liberación. Hasta ahí, va disminuyendo y su índole se modifica a medida que el Arhat crece. Llega un día en que uno reconoce que es un "Yo" incompleto, en modo alguno el "Yo" real, pero en el período actual de la evolución humana, todo intento de descripción no haría más que falsear las ideas.

El discípulo se propone, y con razón, comprender y purificar la individualidad. Ésta ha sido creada para servir a su creador; algunas veces es llamada, en términos técnicos, una criatura; entonces se dice que el hombre -el hombre verdadero- encuentra a su criatura. Igualmente, la individualidad o criatura encuentra a su propio creador. Este encuentro no se produce más que en una etapa avanzada de la evolución. Cuando un hombre encuentra su criatura, se ha convertido en perfecto y está más allá de la individualidad.

La creación de la individualidad tiene lugar en una etapa inferior; exige del hombre esfuerzos muy prolongados. Los seres humanos menos avanzados están durante largo tiempo aprisionados en sus vehículos inferiores, y eso es necesario para su progreso mientras el individuo no está enteramente constituido; el cuerpo causal, pues, y durante mucho tiempo también, permanece en un estado de desarrollo inconsciente, mientras que en la personalidad se ejercen las actividades. ¡Cuánto tiempo ha hecho falta para construir el cuerpo físico: cuántas rondas y cuántas etapas seguidas por los Pitris en la cadena lunar, antes de ser aptos para pasar a la evolución humana! El tiempo necesario a los seres humanos para constituir al individuo, es extremadamente variable, pero todos meten mucho tiempo. Esta constitución se acelera en las etapas superiores, bajo la inspiración del ego, más adelantado que en las etapas inferiores. Cuando la inteligencia alcanza una etapa avanzada, utiliza fuerzas superiores y

aprende a no desperdiciarlas; entonces la constitución prosigue con extrema rapidez. Para nosotros es un poderoso acicate; remontémonos, en efecto, a la cadena lunar y pensemos en el tiempo que necesitamos para adelantar, ese tiempo nos parecería muy largo si debiera repetirse; pero si miramos hacia adelante, comprobamos que el progreso puede acelerarse de una manera casi increíble.

Por sí mismo, el fragmento divino no puede nada; todo su desarrollo depende de su contacto con las energías exteriores y también de sus vehículos; sin ellos, no hay crecimiento posible. Como ha dicho HPB, el espíritu es inconsciente en los planos inferiores; no puede manifestar ningún poder si no posee un vehículo que lo exprese en el plano donde tiene que actuar; además, no es dueño de sus vehículos a menos que éstos se hayan convertido en perfectos. La tarea de convertirlos en tales, desarrolla hasta la perfección las facultades del espíritu; los dos desarrollos son, pues, simultáneos. Cuando este trabajo está terminado, el espíritu posee el poder de desintegrar los vehículos individuales desde que los abandona y de reconstruirlos en un instante, cuando lo juzgue conveniente.

Pensad en los Seres Espirituales llegados a la perfección. Su crecimiento no ha exigido vehículos más que cuando evolucionaban en la etapa humana o por debajo, pero, si al haber asimilado todas las experiencias de esta evolución, uno de ellos desea manifestarse, siempre puede crear lo que se necesita para ello y, después de haber utilizado las fuerzas de este plano, puede retirar de nuevo el vehículo. Hablando de los Espíritu Planetarios, H.P.B. nos enseña que éstos han pasado por la humanidad. No podríamos ver en ellos la ayuda si, gracias a las etapas humanas, ellos no hubieran asimilado la experiencia necesaria. Así pues, existen Seres que pueden no estar manifestados, pero que son capaces de manifestarse aprovechando de Su propia esencia la experiencia de la que tienen necesidad y creando un vehículo en el cual puedan actuar.

Se comprende sin dificultad por qué los vehículos son “para su propia utilidad”. A medida que avanzamos, nos evadimos de cada vehículo exteriormente manifestado y aprendemos a utilizarlo únicamente para el trabajo superior, sin ninguna idea personal. Llegar

a eso respecto al cuerpo físico ha de ser para el discípulo la meta de sus esfuerzos diarios. El cuerpo físico ha de estar tan bien controlado que deje de proyectar sobre vosotros su propia imagen; él no existe más que para serviros y vosotros tenéis que aprender a dominarlo por completo, a fin de que no pueda imponeros ninguna experiencia que vosotros no deseéis; tiene que ser únicamente un instrumento a vuestra disposición; vosotros le enseñáis a transmitir sus experiencias al ego. Llegará un momento en que ya no tendréis necesidad de transmitir ninguna experiencia y en que el "Yo" escogerá a su gusto. Esta es una meta muy elevada; es la etapa del Adepto.

En La Doctrina Secreta se dice que el cuerpo de un Maestro es ilusorio; eso significa únicamente que el cuerpo físico no puede causarle ni tormento ni inquietud; por este cuerpo, las fuerzas ambientales no Le pueden influir más que en la medida en que Él se lo permita; no pueden hacer tambalear Su centro. HPB también ha dicho que el cuerpo físico de un Maestro es un simple vehículo que no transmite nada, un simple punto de contacto con el plano físico, un cuerpo mantenido para las necesidades de Su actividad, rechazado después cuando deja de ser útil. Es lo mismo para los cuerpos astral y mental. Cuando el cuerpo causal es reducido al estado de instrumento, la individualidad perece, porque el atma ha adquirido el poder de manifestar a voluntad su tercer aspecto en el plano mental y ya no tiene necesidad de conservar allí un vehículo permanente.

C.W.L. —Este aforismo parece contradecir algunos de los precedentes. Por ejemplo, se nos dice que matemos el deseo, que matemos diversas partes de nosotros mismos. En La Voz del Silencio se dice que el discípulo tiene que aprender a matar voluntariamente la forma lunar -es decir, a deshacerse del cuerpo astral. La palabra "voluntariamente" nos facilita la clave. No hace falta destruir el cuerpo astral, de otro modo nos convertiríamos en unos monstruos mentalmente muy desarrollados pero faltos de toda comprensión. Muchas personas temen mucho a la emoción porque no pueden resistirse a ella; sin embargo, tienen que esforzarse, no para destruirla, sino para purificarla de la materia; la emoción tiene que ser una fuerza utilizable, no una fuerza que nos abrume. No hay que aniquilarla,

porque sin ella jamás podríamos comprender la emoción en los demás; por consiguiente, jamás podríamos ayudar a las personas de temperamento emotivo. Limitémonos a refinarla y a extirpar de ella todo elemento personal.

Igualmente, las personas intelectuales no tienen que destruir el intelecto, sino frenarlo y dirigirlo. Es muy cierto que el intelecto, como la devoción, puede arrastrar. Uno no siempre se da cuenta de ello; se dice que, normalmente, el intelecto en sí, nos impide caer en los extremos; me temo que esto no es así. Muchas personas deifican al intelecto; dicen: "Nuestra razón es la única guía que tenemos y, lógicamente, hemos de seguirla hasta el final". Nada sería más exacto si todas sus premisas fueran justificadas, pero, en general, son muy precarias. Estas personas, normalmente, sólo consideran la cuestión desde el lado físico, de modo que sus conclusiones, inevitablemente, son falsas.

Repito: hay que ser equilibrado; hay que aprender a estudiar un tema bajo todos sus aspectos; es necesario evitar llevar tan allá el desarrollo de una cualidad única, aunque sea excelente, que todas las demás desaparezcan excepto ella porque, a menudo, la cualidad más admirable puede convertirse en peligrosa si se encuentra así separada del conjunto. El hombre que posee una viva inteligencia merece nuestras felicitaciones por su desarrollo intelectual, pero tiene que cuidar, tanto más, que el otro aspecto de sí mismo, el del amor y el de la comprensión no quede descuidado ni olvidado.

Exactamente igual, las personas dotadas de amor y de comprensión tienen que esforzarse por desarrollar en ellas el lado intelectual, a fin de no dejarse llevar por su simpatía a cometer una torpeza que, lejos de ayudar a los demás, les impediría avanzar. Una persona, animada por la más viva simpatía, pero ignorante, a menudo es impotente, como lo serían muchos hombres testigos de un grave accidente y que no tuvieran conocimientos médicos. Muchas personas, llenas de comprensión y muy deseosas de ayudar, no saben cómo hacerlo; si son ignorantes, sus esfuerzos pueden perjudicar que beneficiar. Incontestablemente, el conocimiento es tan necesario como la emoción.

La emoción, en nuestra naturaleza, es la fuerza impulsora. En los antiguos textos hindúes se dice que las emociones son los corceles, pero que la mente los dirige; ella lleva las riendas. Hace falta, pues, desarrollar a aquellas y a ésta. Los caballos nos son necesarios; son los medios para progresar, una reserva de energía, pero una dirección razonable no es menos útil; sin ella los caballos nos arrastrarían. Todo esto se encuentra perpetuamente señalado en toda obra sobre ocultismo; sin embargo, nunca está de más repetirlo, porque la gente olvida. Siempre hay personas que no desarrollan más que una sola faceta, mientras las demás siguen apenas esbozadas. Esta es una de las razones que pueden conducir incluso a la caída de una persona adelantada.

> *"Cada hombre es absolutamente para sí mismo, el Sendero, la Verdad y la Vida, Pero sólo es todo eso cuando domina con firmeza toda su individualidad, y cuando con la fuerza de su voluntad espiritual despierta, descubre que esta individualidad no es él, sino aquello que él ha creado con dolor para su uso, y por cuyo medio se propone, a medida que su crecimiento desarrolla lentamente su inteligencia, alcanzar la vida más allá de la individualidad. Cuando sabe que su maravillosa vida compleja y separada existe para eso, entonces, y solamente entonces, en verdad se halla en el Sendero."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

C.W.L. —El Sendero -es decir, la verdadera vida espiritual no puede encontrarse más que después de la formación de la individualidad. La expresión utilizada aquí por el Maestro Veneciano -esta cosa compleja que se ha creado con tanto sufrimiento y esfuerzo para su propio uso puede aplicarse igualmente a la individualidad como también a cada personalidad. La individualidad así creada por la Mónada crea, a su vez, sus diversas personalidades, pero todas para el uso de la vida superior y sólo por esta única razón. Todos los hombres cometen el mismo error: el de identificarse con la naturaleza inferior y permitirle hacerles creer que ella es el "Yo", mientras que en realidad el "Yo" es la Mónada, situada mucho más allá y que utiliza todos estos vehículos.

La evolución humana puede definirse como un recogimiento del

hombre en sí mismo; sin embargo, él aporta siempre sus gavillas; nunca lleva las manos vacías. Esta transmisión de lo inferior a lo superior, los frutos de la experiencia, prosigue sin cesar a todos los niveles. En la vida cotidiana lo hacemos de muchas maneras, pero sin interpretarlo así. Por ejemplo, sabemos leer; en la actual encarnación hemos adquirido esta facultad muy lentamente y a costa de prolongados esfuerzos. Hoy, tomamos un libro y sus páginas nos resultan de inmediato inteligibles; para eso no es necesario acordarnos de que sabemos leer; los detalles de esta experiencia están olvidados, no tenemos ningún interés en recordarlo. Algunos de entre nosotros han aprendido a leer la música y a interpretarla; pero al principio han tenido que examinar atentamente cada nota y después encontrar en el teclado el tono correspondiente. Hoy, la necesidad de todo este trabajo está olvidada; el recuerdo de cada una de las antiguas lecciones no es necesario para tocar; el objetivo de la educación musical se ha logrado.

Así ocurre exactamente respecto al recuerdo de las vidas pasadas. Las personas que creen en la reencarnación tienen a menudo un trasfondo de resentimiento, porque no recuerdan la causa de sus sufrimientos actuales; sin embargo, admiten de buen grado que estos sufrimientos son debidos a errores del pasado. Un sentimiento tal vez muy natural, pero sin mayor importancia. El alma sabe: ha observado la causa generadora de un resultado adverso e influirá lo mejor que pueda a la personalidad a fin de evitar la repetición del error cometido.

Uno se imagina que nuestras vidas se simplificarían si la personalidad pudiera recordar todas estas encarnaciones anteriores. En cierto sentido, esto es posible, pero, según mi parecer, si en la personalidad, antes del adeptado, poseyéramos el recuerdo de todas nuestras vidas pasadas, nos haría más mal que bien. En primer lugar, no somos capaces de calibrar todas estas cosas con calma. El espectáculo de los terribles crímenes cometidos por nosotros en otras vidas tendría sobre nosotros un efecto deprimente. Después de larguísimo tiempo, sé pasar revista a mis vidas anteriores, y esto no me produce ningún placer. En las vidas pasadas de cada uno se encuentran a veces acciones nobles y bellos acontecimientos, y uno puede encontrarlos con cierta satisfacción, pero, en el examen de una

existencia anterior, lo que hiere primeramente y con más viveza, es el número de ocasiones que no hemos sabido ver. Aquí, allí, por todas partes, las ocasiones nos rodean y yo no puedo constatar sin estupefacción que las hayamos aprovechado tan poco; no es que nos haya fallado la voluntad de aprovecharlas; nuestras intenciones eran buenas, puede decirse que débilmente buenas y, si hubiéramos discernido las ocasiones, las habríamos aprovechado. Ahora miramos atrás y nuestra ceguera de entonces nos sorprende. Y nos decimos: "Si hubiera tomado partido por esto, o por aquello, se habrían derivado algunas consecuencias y hoy, yo sería un Adepto". Sólo que no lo hemos hecho. Llegados a este elevado nivel, la facultad de mirar atrás nos será útil, dado nuestro desarrollo actual en inteligencia y en libre albedrío, esto no sería con toda seguridad un placer sin medida.

Examinemos los principios generales. En su conjunto, el plan del que formamos parte está destinado a favorecer la evolución del hombre; por consiguiente, no hay ninguna duda de que, si en interés propio, una personalidad tuviera que recordar todas sus vidas pasadas, tendría esa facultad; pero como está privada de ella, tendríamos que tener un poco de fe y reconocer que, en definitiva, todo es para bien. Al alcanzar la facultad retrospectiva, el hombre adquiere al unísono más experiencia y un juicio más ponderado; está demasiado convencido de que el plan está regido por la justicia para no decir, cuando la semblanza de que un efecto procede de su causa no le parece muy clara: "No veo la razón de eso, pero con toda seguridad la descubriré en seguida". La idea de que es objeto de una injusticia ni se le ocurre. Las personas que se lamentan siempre de ser tratadas injustamente y que no dejan de acusar al cielo por no acordarse de ellas, no comprenden la primera palabra del tema. La ley -lo sabemos- es absolutamente justa, tan justa como la ley de la gravitación, pero de ello no se deduce que nosotros podamos decir siempre con precisión de qué modo tiene que operar.

Como ya he dicho, el ego observa las causas de los resultados negativos; aleccionado por sus experiencias anteriores, trata de influir a la personalidad antes de que ésta no se haga tan fuerte, tan marcada, tan decidida, que rechace aceptar la más mínima indicación del ego

situado por encima de ella, muy persuadida de que, en su terreno, ella siempre tiene razón. La personalidad se niega muy a menudo a aceptar la ayuda de lo alto, de modo que el ego no puede influirla tanto como quisiera; sin embargo, busca convertirse en el dueño, y a medida que vayamos avanzando sentiremos cada vez más este Yo superior buscando apoderarse de las riendas. Si consentimos en identificarnos con él, descubriremos que puede actuar mucho mejor en nuestro favor. Su principal dificultad la encuentra en el hecho de que la personalidad media se identifica con los vehículos inferiores y soporta mal su intervención; pero, si el ego puede conducir la personalidad a identificarse con él mismo, toda dificultad queda atenuada de inmediato.

Cuando, por añadidura, el cuerpo astral y el mental están totalmente sometidos, el progreso puede ser de los más rápido. Normalmente, cuando el ego, utilizando sus vehículos inferiores, quiere ocuparse de una cosa en particular, estos vehículos se obstinan en aportarle cien otras cosas y a enviarle informes que él no pide ni desea. La disciplina de la mente tiene que lograrse de manera que transmita exclusivamente al ego lo que el ego quiere saber; entonces, si el ego; al someter un problema a su mente, le dice: “Aclárame esto y dame la respuesta que necesito”, la mente dócil obedece perfectamente, mientras que, en condiciones parecidas, la mente media presenta cien cosas inútiles al ego, a causa de todos los pensamientos errabundos que intervienen y se imponen.

El sistema que consiste en transmitir los resultados del trabajo inferior, sin los detalles de la experiencia, permanece inamovible hasta el momento en que alcanzamos el adeptado. En el curso del desarrollo del ego, el primer cambio señalado efectuado en el hombre consiste en elevarse hasta el plano búddhico, la inteligencia o manas. El hombre sigue siendo triple, pero ahora funciona en dos planos en lugar de tres; atma se desarrolla en su propio plano; buddhi en su propio plano y manas se sitúa en el nivel de buddhi, habiéndose elevado hasta la intuición. El ego abandona entonces el cuerpo causal del cual ya no tiene necesidad. Si desea volver a descender y a manifestarse de nuevo en el plano mental, tiene que fabricarse un nuevo cuerpo causal, pero

por otra parte este cuerpo ya no le es necesario.

De una manera bastante parecida, estas dos manifestaciones reunidas en el plano búddhico -el buddhi y la inteligencia glorificada que es la intuición van a elevarse al plano nirvánico o átmico y, en este plano, el espíritu triple se encuentra plenamente vivificado. Entonces, las tres manifestaciones convergerán en una de sola. Este poder está al alcance del Adepto porque Él unifica la Mónada y el Ego, igual como el discípulo se esfuerza en unir el ego con la personalidad.

Esta ascensión del manas superior retirado del cuerpo causal, situándolo en el plano búddhico lado a lado con el buddhi, constituye el aspecto o estado del ego llamado por Madame Blavatsky el ego espiritual. Es difícil establecer en detalle una comparación con el estado por el que han pasado y descrito los místicos cristianos, al haberse situado éstos en un punto de vista muy diferente, pero esta condición parece corresponderse con la que los místicos han llamado "la iluminación espiritual", es decir, la condición del Arhat. Es el desarrollo del principio crístico. Para nosotros, el nacimiento de este principio se sitúa en el momento en que el hombre, por primera vez, alcanza la conciencia búddhica, pero, cuando se dice que el Cristo está plenamente desarrollado en él, yo creo que se trata del estado del que acabamos de hablar.

Al alcanzar algunos de estos niveles superiores, la aceleración del proceso es máxima. Recuerdo que en las Indias un día se me preguntó si la medida de los progresos del hombre en el Sendero podría representarse como una progresión aritmética. Yo respondí: "Cuando el proceso está en marcha creo que más bien se parece a una progresión geométrica". No convencí a todo el mundo. Al parecerme que los hindúes encontraban que yo iba demasiado lejos, le pregunté al Maestro Koothumí si la expresión "progresión geométrica" era aplicable a los progresos de una persona comprometida en el Sendero. "No, me dijo, la expresión no sería acertada. Desde el momento en que una persona entra en el Sendero, si concentra en él todas sus energías, su progreso están representados, no por una progresión aritmética o geométrica, sino por potencias". No se trataría, pues, de una progresión de 2, 4, 8, 16, etc., sino de potencias 2, 4, 16, 256, etc. Esto

alumbra la cuestión con una luz muy distinta y nosotros descubrimos que lo que nos espera no es tan difícil ni tan laborioso para que uno no se sienta tentado a creerlo. Han hecho falta millares de años para llegar a nuestra etapa actual y la hazaña no parece muy notable dado el tiempo que nos ha tomado. Si nuestra evolución futura tuviera que ser así de lenta, caeríamos de nuevo abrumados sobre nosotros mismos pensando en las edades que todavía tendríamos que pasar para llegar a la meta. Anima pensar que, desde nuestros primeros pasos en el Sendero, progresamos realmente muy aprisa.

Admitamos que la buena gente corriente consagra la centésima parte de su mente a mejorarse. Muchas personas no hacen ni siquiera eso. Nosotros, los que estudiamos los principios del ocultismo tratando de acomodar a ellos nuestras vidas, hemos llegado más lejos y empezamos a dedicarle un tiempo razonable. Cuando lleguemos a la etapa en que toda nuestra fuerza y todo nuestro pensamiento estarán concentrados en esta gran tarea, daremos un salto hacia adelante. Por más atrasados que hoy estemos, cuando podamos dedicar todas nuestras facultades al trabajo necesario, lo haremos infinitamente mejor de lo que actualmente nos imaginamos.

> *"Búscalo sumergiéndote en las misteriosas y gloriosas profundidades de lo más íntimo de tu ser. Búscalo probando toda experiencia, utilizando los sentidos a fin de comprender el desarrollo y el significado de la individualidad, y la belleza y la oscuridad de aquellos otros fragmentos divinos que están luchando codo a codo contigo y que forman la raza a la que tú perteneces. Búscalo estudiando las leyes del ser, las leyes de la naturaleza, las leyes de lo sobrenatural, y búscalo prosternando tu alma ante la pequeña estrella que arde en el interior. Firmemente, a medida que vigilas y rindes culto, su luz se irá desarrollando con más fuerza. Entonces podrás conocer que has encontrado el principio del camino. Y cuando hayas encontrado el final, su luz se convertirá de repente en la luz infinita."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

A.B. —En este comentario se encuentran de nuevo consideradas las tres maneras de buscar el camino.

A título de clasificación, se puede distinguir: las leyes de la naturaleza, relativas al mundo fenomenal o susceptible de ser observado; las leyes de la súper naturaleza, o aquellas del manas superior y del buddhi; finalmente, las leyes del ser o de la existencia verdadera en nirvana. Por leyes de la naturaleza entendemos por consiguiente aquellas leyes que gobiernan los planos físico y astral y los sub-planos rûpas del manas.

Las leyes superiores a éstas, pero inferiores a las del "ser" pueden llamarse leyes de la súper-naturaleza; comprenden, a la vez, los planos arûpa del manas y el plano búddhico. Es la región donde la vida se expresa más que la forma; donde la materia, subordinada a la vida, se modifica a cada instante. Allí no hay nada que represente una entidad con los contornos bien definidos. A todo cambio de pensamiento, corresponde en la entidad un cambio de forma; la materia sirve de instrumento a su vida sin ser la expresión de ella; la forma se crea momentáneamente; ante todo cambio de su vida ella cambia también. Esto es verdad en el plano arûpa del manas, como también lo es, de una manera sutil, en el plano búddhico. También es verdad para el ego espiritual; yo llamo así al buddhi más el aspecto manásico del Uno, recogido en el buddhi cuando el vehículo causal ha sido rechazado. A este estado, los místicos cristianos lo han llamado la iluminación espiritual; es la etapa del Arhat o del Cristo en el hombre.

La palabra sobrenatural sirve normalmente para cubrir todo aquello que la experiencia corriente de este mundo no puede explicar. Todo lo que parece irregular o que no parece acomodarse a las leyes de la naturaleza ha sido etiquetado así, ante la gran perplejidad de las personas que reflexionan. En este mundo, revolución general contra todo lo que se denomina sobrenatural; uno siente que no puede existir nada sobrenatural porque en la naturaleza no existe ni irregularidad ni desorden, ni parcela que escape a la ley. La ley se afirma en todas partes y es una. *"Como es arriba es abajo"*, verdad universal. Una naturaleza única, si bien expresándose de maneras diferentes, permanece constantemente ella misma. Pero, cuando llegamos a lo que se llama aquí lo sobrenatural, nos encontramos con un estado más allá del dominio de los sentidos -incluso otorgando a esta expresión el

significado más amplio. Al traspasar completamente todo lo que es fenomenal, abordamos los mismos mundos espirituales en sí.

Más allá, está el plano del atma o nirvana, la región del ser donde todo es realidad, donde reina la conciencia real. Hemos de buscar este camino estudiando nuestro ser hasta lo más profundo. Mientras en nuestra meditación más elevada, no hayamos alcanzado el plano nirvánico, somos incapaces de rozar la verdadera conciencia átmica; sin embargo, podemos intentar llegar a ella y, desde luego, comprendiendo al máximo su realidad. Imaginad el nirvana como una región donde todo es realidad, donde toda limitación ha desaparecido, donde la unidad es reconocida. Durante vuestra meditación, tratad de representároslo así. No podéis hacerlo más que por vía negativa. Vosotros preguntad: "¿Es fenomenal? No. ¿Es intelectual? No." "Buscadlo eliminando lo que no es". Entonces decid: "no es una cosa perceptible para los sentidos; ni susceptible de ser imaginada intelectualmente ni siquiera la inteligencia iluminada, y sin embargo inmensa, puede alcanzarlo". Y así, etc., etc.

Pero, se dirá, ¿por qué buscar por la vía negativa si habéis rozado la conciencia átmica? Hablando con franqueza, no es la conciencia átmica el despertar que se produce en vuestro cerebro, se trata de una débil vibración del aspecto manásico de atma, pero que difiere de toda otra vibración propia de la conciencia manásica. Las vibraciones, al tener su punto de partida en los planos superiores, difieren de aquellas que empiezan en el plano manásico. Al alcanzar la etapa más elevada del Sendero propiamente dicho -es decir, la cuarta o Camino del Arhat- una persona que medite fuera del cuerpo puede pasar a samadhi y alcanzar en el nirvana la conciencia átmica.

C.W.L. —La triple división, repetida dos veces, de las maneras cómo hemos de buscar el camino y las leyes que les corresponden, es sugestiva y sin duda deseada. Al sumergirse en las profundidades de su ser interno, el hombre empieza a estudiar las leyes del ser -las leyes del plano más allá de todo lo que para nosotros es manifestación, es decir, el nirvana. Los planos superiores, evidentemente, siempre son planos de manifestación; e incluso lo que está más allá no constituye realmente lo no manifestado, si bien en nuestra etapa presente se nos

aparece como tal. Sólo el estudio de las leyes del ser nos permitirá llegar al objeto buscado sumergiéndonos en las profundidades de nuestro ser, es decir, "rindiendo vasallaje a la vacilante estrella que arde en el interior". Cuando busquemos el atma y lo tomemos como nuestro único guía, evidentemente, habremos alcanzado un grado de desarrollo muy elevado.

El análisis de toda experiencia corresponde al estudio de las leyes de la naturaleza o leyes del mundo fenomenal, aquellas que rigen los planos físico, astral y mental en las cuales se debate la personalidad. A continuación, hemos de llegar a comprender la individualidad estudiando las leyes de lo sobrenatural, el plano búddhico y la región superior del plano mental, y que, evidentemente, significa aquellas regiones de los mundos en los que el ego, como a tal, se mueve; en otras palabras, las leyes del plano búddhico y la región superior del plano mental. Con el bien entendido de que no hay allí nada de sobrenatural y la palabra está tomada aquí seguramente en un sentido un poco técnico. A través de todos los planos, es la Vida una la que se expresa de diversas maneras; en el plano general ninguna violación de la ley y del orden natural. Es sólo cuando se alcanza una región superior a todos aquellas accesibles a nuestros sentidos físicos, astrales o mentales, cuando encontramos que hemos traspasado la naturaleza conocida de la mayoría de los hombres; allí operan leyes diferentes y más estudiadas. Yo creo que es en este sentido que el Chohan utiliza la palabra "sobrenatural". Traspasando la esfera de estos sentidos, abordamos un campo superior al fenomenal; es lo que los griegos llamaban el mundo del nóumeno, origen y causa de los mundos fenomenales.

Este pasaje, pues, parece presentar el sentido siguiente: cuando habremos comprendido a fondo la personalidad, habremos captado las "leyes de la naturaleza"; cuando busquemos comprender la individualidad, tendremos que entendernos con las "leyes de lo sobrenatural"; finalmente, cuando lleguemos más lejos, y tratemos de comprender el atma, estudiaremos las "leyes de la existencia".

A estos niveles, las diferencias son bastante grandes para legitimar una clasificación parecida. En el plano físico, todo depende mucho de

la forma, y esto sigue siendo verdad en los mundos astral y mental inferior. A nivel del cuerpo causal, si bien no es del todo exacto decir que no tengamos forma, éstas son por lo menos diferentes y más directas. El pensamiento del cuerpo causal se parece a un destello que choca con el objeto; en lugar de constituir una forma distinta e independiente, se trata simplemente de una efusión que va derecha al objeto, del impulso dado por el pensamiento.

Subamos todavía más: alcancemos en el plano búddhico una condición que, como ya he dicho, escapa a toda descripción. El pensamiento de cada persona tiene allí una pulsación de todo el plano, por más que cada persona en este nivel reúna en sí misma el pensamiento de todas las demás y, por así decirlo, se instruye y adquiere experiencia por ella misma. Renunciamos a elucidar demasiado el problema; es necesario limitarse a las indicaciones.

Es bueno dedicarse a comprender estas etapas superiores. No podemos llegar demasiado hasta ellas sin seguir el método señalado por los textos hindúes: y es siempre la negación. Estos textos no describen un estado de conciencia, sino que eliminan gradualmente todo lo que ese estado no es. Después de lo cual, si llegamos a retener la quintaesencia del pensamiento relativo al objeto, nos acercamos un poco a lo que éste es en realidad.

Los seguidores del Buddha le preguntaban a menudo: "¿Qué es el nirvana?" o a veces: "¿Existe o no existe el nirvana?" Es decir, ¿hay o no hay una existencia? Un día el Buddha respondió: "El Nirvana es; sin ninguna duda existe, y sin embargo, si me preguntáis si es, yo sólo puedo decir que no se trata más de una manera de ser que de una manera de no ser, en el sentido que vosotros dais a estas palabras". Es posible que ni siquiera Él mismo pudiera hacernos comprender, en nuestro plano, Su pensamiento. A nuestro modo, infinitamente más modesto, nosotros hacemos una experiencia análoga. Puedo asegurar que al adquirir la conciencia búddhica y servirse de ella, muchos de los puntos imposibles de elucidar se hacen perfectamente claros; por el contrario, cuando, aunque sólo sea por un instante, se pierde este estado de conciencia, resulta imposible expresar lo que se había comprendido. Todo esto no se explica con facilidad: tenemos la prueba

de ello en el hecho de que el mismo Buddha, a pesar de su inmensa superioridad, no podía formularlo en términos comprensibles aquí abajo que no fuera por la vía de la negación.

Nota de La Regla 20

A.B. —El Maestro Hilarión añade a la Regla 20 la siguiente nota:

> *"Búscalo probando toda experiencia, y recuerda que al decir esto no digo: "Cede a las seducciones de los sentidos para conocerlas". Antes de convertirte en ocultista puedes hacerlo; pero no después. Una vez que hayas escogido el sendero y entrado en él, no puedes ceder sin desdoro a estas seducciones. Sin embargo, puedes experimentarlas sin horror: puedes observarlas, medirlas y analizarlas, y esperar con paciencia y confianza la hora en que dejarán de impresionarte."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

En las primeras etapas de la evolución humana, el ego no está bastante desarrollado para distinguir entre el bien y el mal, pero desde el momento en que lo consigue, la moralidad empieza para él. Cuando, por ejemplo, empieza a comprender la diferencia entre la destrucción de la vida y su protección, la moralidad, en este orden de ideas, ha nacido para él. El tipo de experiencia que le enseña esta lección deja de ser útil. No obstante, si bien el hombre no tiene ya necesidad de practicarla, de cuando en cuando sufre todavía una presión de los sentidos que le impulsan a esta o aquella mala acción y luego le hacen sufrir, porque se da cuenta de que ha actuado mal cediendo. Los pseudo-ocultistas sostienen que el hombre puede portarse mal a fin de ganar experiencia. Jamás esta opinión está justificada. Al cometer un acto antes de conocer el carácter reprensible del mismo, el hombre adquiere una experiencia necesaria; pero desde el momento en que deja de ser ignorante al respecto, cada debilidad se convierte en una caída que genera necesariamente vivos sufrimientos.

La posibilidad de ceder a la presión de las circunstancias se prolonga durante muchas vidas. Incluso después de haber entrado en el Sendero, la lucha contra las exigencias de los sentidos continúa a menudo. Antes de poder progresar con rapidez, es necesario atravesar largas etapas de conflicto entre el deseo manifestado por los cuerpos astral y mental y, por otro lado, la seguridad de que, cediendo ante

ello, se crea un obstáculo para la vida superior. En las etapas inferiores el combate se prolonga durante mucho tiempo, y cuando se repite a un nivel más elevado, determinado por las imágenes mentales asociadas a los deseos de los sentidos, las tentaciones se hacen más sutiles, porque la mente idealiza los objetos que perciben los sentidos, pone delicadeza en los impulsos más groseros y presenta los deseos bajo su aspecto más seductor. Después llega otra etapa en que el aspirante se encuentra en el Sendero propiamente dicho, porque, incluso en ese momento, la energía de las antiguas tentaciones se ha mantenido bastante viva para avasallarle. A eso es a lo que se refiere la nota del Maestro indicando al discípulo la manera de servirse de ellas; puede sopesar, observar, poner a prueba estas seducciones y esperar con paciencia el momento en que éstas dejen de afectarle.

Cuando el centro de conciencia, al haberse separado del cuerpo de deseo, queda fijado en el plano manásico, de esto resulta un gran progreso. El hombre deja de identificarse con el cuerpo de deseo, pero lo considera como un simple vehículo cuyas vibraciones, sin embargo, todavía pueden afectarle, porque este cuerpo está animado de una vida propia y los caballos, podríamos decir, algunas veces se desenfrenan. Es la etapa de la que se habla en el Kathopanishad, en que los caballos, sujetos por la mano del que los conduce, avanzan tranquilamente, pero inclinados todavía a seguir su instinto de vez en cuando. El discípulo está prevenido por la excitación de los sentidos. Se trata de una etapa de mucha probación. La degradación sufrida hace experimentar a toda la naturaleza del hombre la humillación y el dolor; no puede ceder sin sufrir por ello. En el estado de conciencia normal, los sentidos no lo atraen; las tentaciones de los cuerpos, en realidad del cuerpo astral, no lo alcanzan. Sin embargo, en algunos momentos, los experimenta; la razón de ello es que el viejo molde del deseo no se ha roto y ha sido vivificado por una influencia externa. El canal no ha desaparecido, aunque tienda a borrarse, y subsiste un peligro: es el peligro de que el canal se llene de golpe desde el exterior; entonces, la antigua forma de deseo vuelve a tomar vida. Las influencias astrales despiertan en ella vibraciones bastante fuertes para impresionar de nuevo la conciencia; abandonada a sí misma, ésta

no podría afectarle, pero a veces el hombre se halla en un lugar, en un momento, o cerca de una persona que incitan fuertes influencias exteriores a vibrar en él y a despertar así esta antigua forma.

Es necesario decir que estas influencias llegan desde fuera, no de uno mismo. El discípulo debería comprender su naturaleza. Él las siente con vergüenza, humillación y repugnancia y no se le alcanza la causa. A esto respondemos que hay una etapa de evolución en la que se pueden sufrir las seducciones llegadas de los sentidos, pero donde nada obliga a sucumbir a ellas. Entonces, el hombre prescinde de ellas y les dice: "Os siento; os calibro, pero me niego a dejarme conmover". Ese es el sentido de este pasaje del Kathopanishad donde se dice que el hombre ha llegado al punto en que es capaz de sujetar sus caballos con una sola mano firme. A partir de entonces los sentidos se someten a él. Por lo que se refiere a las tentaciones ofrecidas por los sentidos, es la última lección y cuando ésta ya ha sido aprendida, los sentidos han perdido para siempre su influencia sobre el hombre; nunca más le afectarán; ha librado con ellos un último combate, después el alma se siente libre.

Cuando llega el momento de esta lucha, y este momento le llega a cada uno, siguiendo a la transferencia del centro de conciencia al plano manásico, es en extremo útil comprender su naturaleza, conocer el método a seguir y poder decir: "Esto no soy yo, sino únicamente una vibración de la naturaleza inferior y que va dirigida contra mí; reniego de ella; he aquí mi respuesta". Desde el momento en que la habéis repudiado, el sentimiento de horror desaparece; os negáis a sentir su influencia. Después de lo cual podéis examinaros a vosotros mismos a fin de constatar a qué parte de vuestra naturaleza se ataca. Finalmente, podéis esperar con paciencia el momento en que dejaréis de sentirla. Confiando en la ley, esperaréis tranquilamente. Muy pronto las vibraciones se hacen imposibles y los sentidos son incapaces de despertar en vosotros ninguna reacción. Os decís: "Voy a esperar con paciencia el momento en que dejaré de sentir eso; es una forma antigua reanimada; se va a desintegrar y se desvanecerá". El único partido a tomar consiste en esperar así -tal vez durante meses o incluso durante años. Después, sois un vencedor; el molde se ha roto.

Al mostraros pacientes, le habéis asestado un último golpe; nunca más tendrá poder sobre vosotros, a menos que no le deis la espalda a la meta, y eso parece imposible.

Esta experiencia presenta otra ventaja; mientras que no la hayáis pasado, no podéis ayudar a la persona que se rinde. No podéis ayudar a ningún ser humano antes de situaros por encima de él, pero, al mismo tiempo, no podéis levantar a nadie a menos que comprendáis lo que esa persona siente. En una determinada etapa, al estar vosotros mismos en brazos del deseo, sois incapaces de ayudar a las personas que se encuentran en la misma difícil situación. Más tarde, vosotros os zafáis. Rechazando el deseo llegáis a un punto en que no podéis comprender por qué otra persona se deja tentar; no comprendéis sus sentimientos y no podéis ayudarla; podéis mostrarle el mal, pero no podéis proporcionarle ayuda espiritual. No podéis proyectar en él vuestra fuerza porque sois ajenos a él, y vuestros sentimientos, al no ir vuestros sentimientos al unísono con los de él, el horror se apodera de vosotros. Este horror os convierte en inútiles. Es imposible ayudar jamás a una persona que despierta en vosotros repulsión; en este caso, es mejor dejarla. Para ayudarla, es necesario compartir sus sentimientos.

Incluso compartiéndolos, no podéis ayudar a una persona que se rodea de un muro; en este caso, por el momento, más vale dejarla sola, porque toda ayuda exterior es inútil. Si se tercia que tenéis que renunciar a ayudar a una persona en el plano físico, nada os impide ayudarla internamente; esto exige más valor que la ayuda externa. Dar consejos y advertir es mucho más agradable y, para la naturaleza inferior, mucho más lisonjero que proporcionar una ayuda interior e invisible.

Por otro lado, si vais a ayudar a alguien, ayudadle, por más que otra persona lo juzgue indigno o que vosotros le ayudéis sin él saberlo. H.P.B. a veces se veía condenada por sus propios discípulos; se expresaban a su modo en términos severos, pero, buena y valiente, ella no les reprendía y continuaba ayudándoles internamente, sin preocuparse por su opinión. La ayuda interior termina por vencer la oposición. ¿Habéis llegado a sentir por otras personas, tal vez incluso

por vuestro mismo instructor, el antagonismo o la antipatía intelectual? ¿Los habéis criticado? Habéis creído en la existencia de un muro -el suyo- pero más tarde os dais cuenta de que este muro es ilusión y que vosotros mismos lo habéis creado en el plano mental. En el curso de esta etapa, hemos levantado muchos muros que nos han hecho sufrir hasta el día en que los hemos derrumbado.

Queda una etapa más elevada, difícil de describir. Algunos hombres aseguran la unión entre los Grandes Seres y el colectivo de la humanidad. Como se dijo de Jesús, sienten los sufrimientos y las tentaciones humanas y sin embargo no pecan. Es el estado en que el cuerpo de deseo es absolutamente puro; toda materia muerta ha sido eliminada; sólo subsiste la facultad de reflejar las imágenes; el hombre es incapaz de pecar.

Si no existieran personas así, no existiría ningún lazo entre la humanidad y los Grandes Seres, pero Ellos mantienen ese lazo y, aunque su pureza sea perfecta, sienten en sí mismos el sufrimiento de los demás. Esta etapa precede inmediatamente a la del Maestro; es la última etapa del Arhat. Un Maestro es inaccesible al sufrimiento, dada la condición perfecta de Su conciencia; sin sufrir, Él puede evocar las experiencias de otro tiempo; para Él, la experiencia es una imagen perfecta e indolora. Pero en el período final de su etapa precedente, si bien el hombre no puede pecar y la personalidad es pura, el recuerdo de la experiencia no está exenta de sufrimiento.

En las obras exotéricas, esta etapa se confunde a veces con la de los Maestros a los cuales se les atribuye la sensación de sufrimiento. Es en la etapa precedente que se sufre, aquella etapa en la que los Arhats participan del trabajo del Maestro y en que el sufrimiento todavía hace mella en ellos. El Maestro está por encima de todo sufrimiento. Los Arhats toman parte en la construcción del “muro protector”, pero lo construyen con dolor. A menudo se aplica al Maestro lo que en realidad sólo pertenece a los discípulos adelantados, todavía en la etapa en que, libres de pecado, han conservado la facultad de sufrir.

En un grado inferior, por medio de la comprensión podemos unirnos a nuestros amigos hasta el punto de perder todo sentimiento de diferenciación. Una comprensión tan profunda hace sufrir.

Mientras no se haya pasado ahamkara, la comprensión y el sufrimiento son inseparables. Si abandonamos esta etapa demasiado pronto, perdemos nuestro poder de comprensión; es una de las tentaciones sufridas en el Sendero. Grandes Seres retroceden, incluso cuando han llegado a la última etapa, porque si pierden completamente la facultad de sufrir, también pierden la comprensión; ahora bien, si la comprensión no es perfecta, el muro de separación no ha sido derribado.

> *"Pero no condenes al hombre que sucumbe; tiéndele la mano como a un peregrino hermano cuyos pies se han vuelto pesados por el fango. Recuerda, ¡oh discípulo!, que por grande que sea el abismo que existe entre el hombre virtuoso y el pecador, mayor es el que existe entre el hombre virtuoso y aquel que ha obtenido el conocimiento; y que es inconmensurable entre el hombre virtuoso y el que se encuentra en los umbrales de la divinidad. Por tanto, guárdate de imaginar antes de tiempo que tú eres algo aparte de la mayoría."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

A.B. —Aquí se nos dice que no hemos de condenar al hombre que cede a la tentación. Después de haber pasado la etapa de la probación, ciertamente, no condenaréis a nadie. Cuando, habiendo abandonado detrás vuestras tentaciones, recordaréis el tiempo en que todavía las sentíais, no condenaréis al hombre que sucumbe.

La diferencia entre el hombre virtuoso y el hombre vicioso es relativamente pequeña; uno y otro tienen que luchar en las primeras etapas; de un lado o del otro la diferencia es mínima. Por el contrario, el hombre, después de haber adquirido instrucción y haber comprendido lo que significan la virtud y el vicio, ha realizado un enorme progreso. Cuando en la virtud y en el vicio ve tan sólo un par de opuestos, se ha elevado por encima del conocimiento; está en el umbral de la divinidad y la diferencia es inconmensurable. Aquí se nos previene de que, si nos imaginamos demasiado pronto que somos independientes de la mayoría, nos sentiremos inclinados a menospreciar a nuestros inferiores y de ello se derivará nuestra caída. Una persona que llegue a la divinidad no se siente superior a nadie;

sabe compartir las impresiones de cada uno; está unida al más humilde.

> *"Cuando hayas encontrado el principio del Camino, la estrella de tu alma dejará ver su luz, y a esa luz advertirás cuán grande es la oscuridad en medio de la cual brilla. La mente, el corazón, el cerebro, todo está oscuro y en tinieblas, hasta que se ha ganado la primera batalla. Pero no te dejes apabullar ni asustar por la visión; mantén tus ojos fijos en la pequeña luz, y ésta irá aumentando. Pero que estas tinieblas, en ti mismo, te ayuden a comprender la desolación de aquellos que no han visto luz alguna, y cuyas almas están sumidas en profundo desaliento."* — (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

A.B. —Cuando, elevando nuestra mirada hacia la región de Atma, veneremos la luz interior, veremos que esta luz va aumentando en intensidad. Al percibirla por primera vez, un despertar de conciencia os hará percibir la oscuridad que rodea su llama; el contraste os lo indica; es, pues, gracias a esta oscuridad interior que llegaréis a comprender la impotencia de aquellos que no han visto ninguna luz. Es para ellos que es necesaria la verdadera compasión. No hay motivo de sufrimiento para nuestros semejantes a partir del momento en que conocen la existencia de la luz. La compasión es necesaria para los hombres que, ignorando que están en la oscuridad, están absorbidos en las cosas insignificantes, mientras piensan que son sabios. Su oscuridad es tan profunda que, literalmente, desconocen lo que les hace sufrir tanto; a ellos es a los que los Grandes Seres envían su compasión.

Aquellos que han percibido tan sólo un rayo de luz, realizan progresos en cosas que la gente del mundo ni siquiera han sospechado. Desde el momento en que se percibe la luz, esta clase de compasión resulta inútil. Si se ve a un hombre que sufre en esta situación, es que pronto habrá derribado el muro y se siente feliz de poder hacerlo.

C.W.L. —Cuando llega a conocerse la existencia del alma, constatamos la gran realidad de la que la gran mayoría de los hombres no sabe nada. La mayor parte de las personas -incluso aquellas que se

dicen religiosas no están seguras de la existencia del alma y viven exclusivamente desde la visión de este mundo de aquí abajo; en teoría, tal vez crean en la inmortalidad del alma, pero para ellos las cosas de este mundo tienen más importancia y no se dejan guiar por su creencia más que en ocasiones relativamente escasas.

Para que "la estrella del alma" aparezca, ante todo hemos de estar seguros de la existencia del alma; hemos de saber que ella está en nosotros. Cuando, depositando nuestro afecto en las cosas de lo alto, descubrimos en nosotros mismos algunas verdades, y que nada puede hacer tambalear en nosotros su realidad, la estrella empieza a mostrar su luz o su pálido reflejo. Esta débil luminosidad nos permite ver lo profundo de nuestra ignorancia pasada e incluso presente; he aquí la primera sensación que se siente al adquirir un poco más de conocimiento.

"La primera gran batalla" es la de los sentidos. En el combate que, incesantemente, libra con ellos, el hombre se ha rebelado contra su naturaleza inferior y ha alcanzado la victoria. Cuando aparece la luz podemos distinguir las tinieblas en las que hemos estado inmersos; comprendemos que todas nuestras acciones e incluso todos nuestros afectos han estado faltos de la dirección que sólo les confiere la realidad. Esta débil luz nos da la impresión de estar irremediablemente sumergidos en el error; nos hace sentir nuestra impotencia, pero todo eso no tiene que asustarnos.

> *"No les censures, no huyas de ellos, sino procura aligerar algo del pesado karma del mundo; presta tu ayuda a los pocos brazos vigorosos que impiden a los poderes de la oscuridad que consigan una completa victoria."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

C.W.L. —Evitemos aquí todo menosprecio. Los "pocos brazos vigorosos" son los Miembros de la Gran Fraternidad Blanca. El combate no se libra con el diablo, según la expresión de los cristianos; tampoco es necesario ver en los magos negros los detentadores de las fuerzas perversas. Hay que interpretar aquí por "los poderes de la oscuridad" la fuerza abrumadora de la materia. Para vencerlos, es necesaria nuestra colaboración; esta constituye un factor previsto y

forma parte del plan general.

Por el momento, los *"vigorosos brazos"* que ayudan son poco numerosos porque la evolución humana ha dado hasta aquí muy pocos Adeptos. El plan del Logos tiene como base el siguiente principio: los hombres que han llegado a comprender colaborarán de inmediato en él. Un hecho nos proporciona la prueba. Hasta la mitad de la cuarta raza-raíz e incluso un poco más tarde, todas las grandes funciones que se refieren a la evolución del mundo fueron ejercidas por seres que no pertenecían a nuestra humanidad. Los unos descendieron hasta nosotros desde Venus, otros de la Luna; eran grandes Adeptos completamente liberados que hubieran podido pasar definitivamente a los reinos superiores. Pero a partir del momento en que nuestra evolución llegó a mitad de camino, la humanidad tuvo que encontrar en sí misma sus propios Instructores, de los cuales el primero fue nuestro Señor Gautama, el Buddha. Es indudable que no sólo tuvimos que abastecernos de grandes Dignatarios, como el Buddha, y el Cristo, sino que también todos hemos de convertirnos, en nuestro nivel inferior, en colaboradores inteligentes que se apliquen lo mejor posible a apresurar la evolución.

> *"Entra, pues, a participar en la alegría que, indudablemente, aporta fatigas y una profunda tristeza, pero también un manantial de incesantes satisfacciones."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

A.B. —Estas palabras significan que si ahora nos encontramos en relación con Aquellos cuya vida es beatitud, la tristeza todavía sigue existiendo para nosotros, porque somos conscientes de las tinieblas que rodean a la humanidad. Pensando en los demás, estáis tristes porque todavía no habéis llegado al punto en que podáis decir: "Si, esto está bien". En esta etapa y relacionado con el placer y el dolor, nace un sentimiento sutil que no existe en el mundo inferior. Mientras la luz no se ha convertido en perfectamente clara, vuestra sensibilidad ha ido aumentando, porque la luz hace comprender la oscuridad. Sin embargo, al conocer la ley, nuestro gozo aumentará. ¿Qué estoy diciendo? Ningún ser es realmente desgraciado en el fondo de sí mismo, porque todos formamos parte de la vida divina que es la

beatitud misma. Cuanto más progresa el discípulo, más accesibles son para él estas profundidades; finalmente, según los términos expresados en el Gitâ, se da cuenta de que se aflige innecesariamente por los demás y que el sabio no se aflige ni por los vivos ni por los muertos. ¿Por qué entristecerse por un ser esencialmente feliz?

El discípulo entra en una asociación de gozo, pero esta misma asociación le impone una tarea, y también le imbuye una profunda tristeza, porque oscila entre estas dos condiciones. Tiene que aprender a disfrutar del gozo interior sin perder sin embargo el contacto con los principios inferiores de sus semejantes, principios en los cuales su aflicción se hace sentir. También eso tiene que sentirlo, pero sin dejarse abrumar. El Sendero es estrecho como el filo de una navaja, pero hemos de mantenernos en él con un equilibrio perfecto. El discípulo se inclina ahora de un lado, ahora de otro; cuando llega la oscuridad, el Gurú hace que nazca en él el recuerdo de la asociación de gozo; cuando el discípulo muestra una tendencia a desasirse completamente de los sufrimientos humanos, el recuerdo de la tristeza regresa a su vez a él.

El discípulo permanece durante largo tiempo sujeto a estas oscilaciones. No podríamos alcanzar la perfección si, antes de conseguir el equilibrio, no realizáramos sucesivamente cada experiencia. La experiencia impuesta a la humanidad es la de no aprender más que una lección cada vez, a fin de dedicarle toda la atención posible. El discípulo que sigue el Sendero es zarandeado de un lado a otro mientras no ha aprendido a mantener el equilibrio. A veces, y sin razón alguna, una sombra desciende sobre él y lo envuelve; incapaz de descubrir la causa, todo lo que sabe es que la sombra está ahí y que él no puede soslayarla; si ha aprendido bien la lección, aceptará la prueba con calma y paciencia, sin voluntad de escapar a ella; la prueba le enseñará la comprensión y la paciencia y más lecciones todavía, que no se aprenden en la luz, sino en la oscuridad. Aceptado con este espíritu, el período sombrío no es tan mal acogido, porque no implica ya ni inquietud ni desazón. Deberíamos aprender estas lecciones, pero sin sufrir. Son las imágenes, más que las tinieblas, las que nos hacen sufrir. Como un niño que tiene miedo de la

oscuridad, llenamos de formas horribles las tinieblas del alma. La oscuridad es la oscuridad, y nada más; encierra únicamente las lecciones que tiene que darnos y, con el tiempo, todos los fantasmas desaparecerán. Es imposible que sucumbamos nunca a la oscuridad; primero ésta nos paraliza asustándonos, pero finalmente sacamos provecho de sus lecciones.

En la última Iniciación, la del Maestro, el atma aparece como una clara luminosidad, como una estrella y cuando resplandece, en el momento en que finalmente se derrumba el muro, se convierte en la luz infinita. A partir de entonces, el Arhat puede sentir muy bien la paz subyacente del atma cuando se encuentra en una disposición meditativa, pero constantemente vuelve a la tristeza. Más tarde, cuando un hombre se eleva en plena conciencia hasta el plano del atma y cuando la conciencia búddhica se sumerge en atma, sólo es visible una sola luz. La Voz del Silencio lo dice en términos admirables: *"Los Tres que moran en la gloria y la beatitud inefables han perdido ahora su nombre en el mundo de Maya. Se han convertido en una sola estrella, el fuego que brilla sin consumirse, este fuego que es el Upadhi de la llama."*

En el cuerpo causal el hombre veía separadamente los Sagrados Tres; ahora los ve como los tres aspecto del triple Atma, Buddhi y Manas, que eran "como mellizos" para la Conciencia búddhica de la etapa precedente, están ahora unidos a Atma, la estrella que brilla en el espacio, el vehículo de fuego de la llama monádica. El Instructor dice entonces: "¿Dónde está tu individualidad, oh Lanú, dónde está el Lanú mismo? Es la chispa perdida en el fuego, la gota en el océano, el rayo siempre presente transformado en la Radiación universal y eterna". El discípulo se ha convertido en Maestro. Está en el centro y de él irradia el triple atma.

C.W.L. —Entráis en una asociación de gozo, pero ésta impone una tarea terrible y de profunda tristeza, dice la nota del Maestro. Todo eso es verdad, pero también es verdad que el gozo siempre en aumento equilibra a la tristeza.

Todo estudiante cuyas facultades han alcanzado su desarrollo completo, hipotéticamente, es un hombre dotado de comprensión;

también él tiene que atravesar una fase de tristeza y casi de desesperación, a la vista de todas las aflicciones y de todos los sufrimientos que le rodean. Como los hombres no están todavía muy evolucionados ni son razonables, el dolor, la pesadumbre, la cólera, el odio, los celos, la envidia y otros sentimientos por el estilo ocupan un lugar mucho mayor que las virtudes superiores; de ahí el predominio de vibraciones penosas generadas por la humanidad. En el mundo astral esto se pone de manifiesto; además, toda persona astralmente muy desarrollada percibe al mismo tiempo las tristezas y las penas de aquí abajo, tal vez vagamente, pero como una carga que no deja de pesar en su alma. Además, sucede con mucha frecuencia que los casos individuales de tristeza y de pesadumbre astrales se imponen igualmente y con fuerza a su atención. Finalmente, toda catástrofe que, para numerosas personas es causa de una suma considerable de pesares, repercute nítidamente en la atmósfera astral del mundo.

Esta pesadumbre, el estudiante tiene que aprender a soportarla sin verse abrumado por ella; eso lleva mucho tiempo. Gradualmente, adquiere un juicio más penetrante; finalmente empieza a comprobar que todas las penas son necesarias, dadas las condiciones creadas por los mismos hombres, cuyo sufrimiento es el resultado inevitable de su indiferencia y de su negligencia extremas; con un poco menos de indiferencia, hubieran evitado una gran parte del mismo. Como ya he señalado, el verdadero sufrimiento debido al Karma de nuestras vidas anteriores representa tal vez la décima parte de los sufrimientos que nos alcanzan; las otras nueve décimas partes son el resultado de nuestra propia actitud negativa, aquí y ahora, en la vida presente. A este respecto, hay una cantidad enorme de sufrimientos absolutamente inútiles. Por el contrario, mientras los hombres persistan en tomar una actitud equivocada, pensando en actuar neciamente, tienen que sufrir; es la ley eterna. Indirectamente, esto es por su bien, porque el sufrimiento despierta en ellos el sentimiento de su propia aberración. Es lamentable que tengan necesidad de tantas advertencias; que no puedan adelantar sin más tardanza y que no modifiquen su actitud; ¡cuántos sufrimientos se evitarían!

Para todos nosotros, que hemos estudiado el tema, todo eso parece

muy fácil de entender; así pues, mantengo la esperanza -muy legítima, según creo- de que el sufrimiento humano disminuirá muy rápido cuando una minoría lo suficientemente fuerte adopte el punto de vista del sentido común. Los hombres terminarán por comprender que son ellos los autores de sus propios males y llegará un momento en que se abstendrán de todo lo que es indeseable, animados por el simple buen sentido. Los miembros de la Sociedad Teosófica tendrían que dar ejemplo al mundo con una actitud teosófica respecto a la vida, pero muchos de ellos, a pesar de conocer estas verdades, hallan difícil ponerlas en práctica. Es muy natural; sin embargo, puede pensarse que muchos de los miembros podrían adoptar un poco más rápidamente las nuevas ideas; además, es verdad que las ideas de este tipo se propagan con una clara rapidez. Un hombre que exprese una idea puede causar una determinada impresión; diez hombres impresionarían diez veces más, y más aún; cien hombres harían infinitamente más que centuplicar la idea producida por un hombre solo, a menos que se tratara de un genio excepcional. Nuestra Sociedad cuenta con unos treinta mil miembros; si todos adoptáramos este modo filosófico y superior de considerar la vida, evitando así con toda seguridad muchos sufrimientos, yo creo que constituiríamos un poderoso y remarcable ejemplo. De esa guisa podríamos ayudar a una multitud de gente a quienes el lado superior de la existencia todavía les es desconocido.

Cuando para nosotros nace la convicción de que todo lo que llega es invariablemente lo mejor -quiero decir teniendo en cuenta las circunstancias y el interior de cada uno- nuestra tristeza cambia de naturaleza. Nuestra comprensión de los demás es la misma, pero sus sufrimientos dejan de abrumarnos; sufrimos por ellos sin compartir sus sentimientos. Los Maestros sienten una profunda comprensión por los hombres que sufren, pero no podemos decir que compartan este sufrimiento; Su conocimiento se lo impide. Repito: un Maestro jamás está triste, ni deprimido. Sin embargo, a veces me ha parecido que, con relación a las personas, podían sufrir alguna contrariedad en Sí mismos. Tal vez es decir demasiado, pero sé muy bien que Ellos dedican el máximo esfuerzo a determinados objetivos, y que, si estos

objetivos se les escapan, la causa es el desfallecimiento de Sus instrumentos. Ignoro si, desde un principio, Ellos sabían que estos esfuerzos iban a ser en vano. Tengo la sensación de que, en muchos casos, Ellos lo saben, pero sin embargo actúan absolutamente como si esperaran verlos fructificar. He aquí un ejemplo. Antes de la Gran Guerra, se realizaron grandes esfuerzos con el fin de impedirla; fracasaron; si los Adeptos que los llevaron a cabo ya lo habían previsto desde el principio, lo ignoro; trabajaron como si contaran con el éxito.

Madame Blavatsky, en muchos casos, ofreció a las personas de su entorno oportunidades parecidas; a menudo se preocupaba muchísimo para que las aprovecharan, pero sabiendo desde el principio que no harían nada. Recuerdo que un día recibió a unas personas que querían informarse; su incapacidad para toda clase de estudio y para todo trabajo teosófico me parecieron evidentes porque, con su mentalidad de entonces, no hubieran alcanzado ningún provecho; ahora bien, ella atendió a esos extraños, independientemente de quienes eran, y les habló de proyectos de orden completamente íntimo que ella esperaba llevar a buen fin en la Sociedad. Sus oyentes se reían y no parecían ser dignos en absoluto de esas confidencias. Después de su marcha, la condesa Wachtmeister preguntó: “Madame, ¿por qué decirles todo eso? Parece seguro que no son personas con las que se pueda contar”.

Madame Blavatsky respondió: “y bien querida, el Karma les ha conducido hasta mí; es necesario que yo les facilite una oportunidad y que haga por ellos lo mejor que pueda” Ella pensó que haciéndoles partícipes, hasta cierto punto, de su confianza, les facilitaba una ocasión que podían aprovechar. Yo ignoro, mientras que ella lo sabía, hasta qué punto, en el fondo, ellos estaban preparados para aprovechar esta ocasión, pero su actitud exterior era la de una presunta ironía. Nunca más tuvimos noticias suyas, aunque se les presentó la ocasión; alguna razón kármica les deparó esta oportunidad y sino la aprovecharon entonces, tal vez la aprovecharán un poco mejor cuando se les vuelva a presentar una ocasión parecida.

Madame Blavatsky, en esta circunstancia, aplica estrictamente el principio de que no hay que censurar a las personas que están en la

oscuridad; cuanto más satisfechos estaban ellos de sí mismos, más se lamentaba ella por ellos. Siempre es inútil censurar a una persona por su actitud habitual, porque es su grado de adelanto; está allí donde está. Si cae por debajo del nivel medio, podemos muy bien decirle: "Sabes, esto está mal; no deberías hacer eso"; y tal vez de esa manera la ayudaríamos a no repetir. Pero el nivel habitual de un hombre muestra en qué punto se encuentra de su evolución, y si este hombre fuera de los más atrasados, censurarle no sería provechoso para él; también sería irrazonable reprocharle a un niño de cinco años el no tener diez.

Por otro lado, estas mismas personas que a menudo dan muestra de las características menos agradables, virtualmente, poseen elevadas y nobles cualidades, y éstas a veces se manifiestan de golpe ante una circunstancia crítica. Ya lo he dicho: hay personas cuya vida diaria es seguramente muy poco relevante y que, en ocasiones excepcionales, pueden hacer gala de tanto altruismo que son capaces de sacrificar su existencia por un camarada. En el hombre siempre reside el dios, y el dios se muestra a veces cuando uno menos lo espera. Como sea que él está presente, siempre podemos recurrir a él; lograrlo no siempre es posible, porque se encuentra en lo más profundo de nosotros mismos, pero en la mayoría de los casos, de un modo u otro, podemos percibirlo.

El espectáculo del sufrimiento humano nos impone igualmente -nos dice este aforismo- una terrible tarea. Al haber constatado el atrasado estado y la miseria de tantos seres humanos, ¿cómo no aplicarnos sin parar a ponerle remedio? Es lo único que hay que hacer. Es imposible regresar al mundo sin inquietarnos por el sufrimiento y el dolor que en él reinan, después de haberlos sufrido realmente, aunque sea tan sólo una vez. Sin embargo, esta tarea es inseparable de un gozo extremo y siempre en aumento; lo debemos al reconocimiento de la ley; observamos la razón del sufrimiento y el bien que de él tiene que derivarse. Anotad estas palabras: *"Entra, pues, a participar de una asociación de gozo"*. He aquí, en toda su belleza, esta vida superior. Nos asociamos con Seres más grandes que nosotros. Sentimos que trabajamos para Ellos y con Ellos, y solamente eso, ya es un gozo tan

grande que nos proporciona la fuerza necesaria para cumplir un trabajo que, de otro modo no nos sentiríamos capaces de hacer.

Regla 21

> *"21. Busca la flor que se abre en el silencio que sigue a la tormenta; y no antes. La flor crecerá, se desarrollará, echará brotes y hojas y formará capullos en tanto que la tempestad continúa, mientras dura el combate. Pero hasta que toda la personalidad del hombre se ha disuelto y desvanecido, hasta que se ha adherido al divino fragmento que la ha creado, como mero sujeto de ensayo y experiencia, hasta que la naturaleza entera no esté vencida y se haya convertido en el sujeto de su Yo superior, la flor no puede abrirse. Entonces llegará la calma, como llega en los países tropicales después de una lluvia torrencial, cuando la Naturaleza opera con tanta rapidez que puede verse su acción. Una calma así alcanzará al espíritu fatigado. Y en el profundo silencio tendrá lugar el misterioso suceso que probará que se ha encontrado el camino. Llámeselo como se quiera, es una voz que habla donde no hay nadie que hable -es un mensajero que llega, un mensajero sin forma ni substancia; o bien, es la flor del alma que se ha abierto. No hay metáfora que pueda describirlo. Pero puede sentirse, buscarse y desearse, incluso en medio de la furia de la tormenta."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

C.W.L. —El abrirse de la flor es el desarrollo, la apertura del alma. Aquello que la tristeza y el sufrimiento de aquí abajo tienen de más penoso es darnos cuenta del sentimiento de nuestra impotencia. Vemos a personas que realizan esfuerzos de todo tipo pero que, a menudo, están persuadidos de que están destinados al fracaso. Ellos dicen, "Se asegura que algunos hacen rápidos progresos. Yo no tengo la misma suerte". Su ignorancia les impide esperar. El desarrollo del alma hace imposible el sentimiento que ellos tienen, porque entonces nosotros lo sabemos. Todavía nos aguardan luchas, penas, dificultades, pero tenemos la certeza de que, como almas, somos invencibles.

Como dice nuestro texto, es en el silencio y en la calma cuando el alma crece. Se afirma, y a menudo según mi parecer, con demasiada insistencia, que el alma crece por el sufrimiento. Expresada de esta manera, la idea no es totalmente cierta. Cometiendo y luego corrigiendo sus faltas, el alma aprende a desarrollarse. Los sufrimientos siempre son consecuencia de las faltas; aunque, lo repito, el desarrollo no ocurre en período punible, sino después. Un enfermo puede encontrarse mejor después de haber sufrido una operación de cirugía, pero la mejoría no se produce en el mismo curso de la operación. Igualmente, las personas embargadas por la angustia ante toda clase de terribles dificultades, no se desarrollan más, pero, según la manera en que soportan estas dificultades, pueden aprender a desarrollarse después de haberlas superado. Es en el silencio y después de la tempestad, que se abre la flor. Las plantas pueden adquirir sin duda más fortaleza aguantando la tempestad, pero el crecimiento no es posible para ellas más que cuando renace la calma. Es necesario pasar por el tumulto de la batalla antes de disfrutar la recompensa del vencedor; el desarrollo real del alma es, al mismo tiempo, la tranquila seguridad que nada, en lo sucesivo, romperá jamás.

Esta seguridad respecto a las cosas de lo alto, todo el mundo, con un sola voz, puede decirse que la reclama. El deseo es tan vivo que el primer charlatán que llega declarando que posee el conocimiento directo, puede estar seguro de que encontrará sus seguidores. Todo instructor convencido atrae a las personas, porque las religiones de este mundo están muy lejos de haberles proporcionado ninguna verdadera satisfacción. El punto débil de la mayoría de las doctrinas religiosas es, en todos los casos, no explicar nada; anuncian la ley -una ley perfecta como “No matarás”, pero sin explicar en detalle el por qué eso está mal. Por ejemplo, si se trata de la cólera y de los malos pensamientos, no se enseña nada respecto al mal causado por ellos, aunque esta cólera no se manifieste ni en palabras ni en actos. Sin embargo, el Cristo se expresó muy claramente sobre estas cosas. Tal como dijo en términos enérgicos, sobre el séptimo mandamiento, el hombre que envía pensamientos deshonestos a una mujer ya ha

pecado en su corazón; sólo que ignoramos si Él explicó alguna vez la manera en que opera la forma de pensamiento, lo cual hubiera hecho mucho más comprensible Su enseñanza sobre este punto.

El primer paso a realizar, si se quiere adquirir una seguridad relativamente directa sobre las verdades espirituales y súper-físicas, es también el primer paso del progreso oculto; hay que anular la personalidad; después de lo cual llega en seguida la paz y entonces descubrimos que, sin saberlo, vivíamos en una atmósfera de serenidad. Al haber levantado a nuestro alrededor una pequeña borrasca, no teníamos paz, si bien algunos de nuestros semejantes podían disfrutarla ininterrumpidamente. Cuando adquirimos esta facultad del alma, esta seguridad, todo parece cambiado porque nos hemos liberado de la sensación de que todo esfuerzo es inútil. Nuestra fe, por sí sola, puede faltarnos en un momento crítico porque el motivo de creer que nos satisfizo en un momento dado, no siempre nos satisface en otro, por ejemplo, en una hora de máxima tensión. Esta seguridad satisface siempre. Desde el momento en que hemos visto y hemos constatado personalmente, aunque esta visión y este conocimiento, nos hayan abandonado y no podamos ya sujetarnos a ellos, siempre nos es posible decir: “He visto; he sabido; ver y saber me resultan imposibles en este momento, pero he visto, he sabido” y esta seguridad nos lleva hacia adelante.

Después de haber realizado esta experiencia directa, nos resulta muy difícil imaginarnos nuestra condición anterior, porque el modo de considerar todas las cosas de aquí abajo ha cambiado radicalmente. Para nosotros, esos acontecimientos que anteriormente nos parecían muy importantes, ahora lo son mucho menos. Conocemos la grande, la profunda verdad; conocemos la única vida que importa; la inconsecuente vida exterior se ha situado pues en el lugar que le corresponde, sin embargo, no lo olvidemos: la mayoría de la gente con las que nos encontramos están todavía en el punto en el que nosotros mismos estábamos antes de esta expansión de conciencia, y siempre es fácil dejar de ser comprensivos al respecto, porque ellos van en pos de fuegos fatuos. Olvidamos que tan sólo ayer, nosotros hacíamos lo mismo.

> *"El silencio puede durar sólo un momento o bien prolongarse un millar de años. Pero tendrá un fin. Sin embargo, llevarás su fuerza contigo. Una y otra vez la batalla tiene que librarse y ganarse. La naturaleza sólo puede permanecer tranquila durante un intervalo."* – (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

El momento preciso del desarrollo completo puede situarse en toda época de la vida humana. En otras palabras, cuando para el alma llega ese momento, su desarrollo tiene lugar, tanto que esté en posesión de un cuerpo físico como no. Aquí, en el plano físico, el silencio no puede durar más que un instante o muy poco tiempo, pero muy bien puede durar mil años si el hombre se encuentra en el mundo celestial. Llega para cada uno y es para siempre. Pero el silencio de la naturaleza no puede durar más que un momento, porque la evolución prosigue sin descanso; en la inmovilidad no hay evolución. Se ha dicho que, en ocultismo, nada permanece fijo; o bien uno retrocede, o bien avanza. No sé si realmente es así, pero es muy cierto que un hombre que no adelanta tiene que estudiarse a sí mismo y tratar de hallar la razón. El progreso tiene que ser sostenido e incesante.

Hemos llegado a la nota añadida por el Maestro Hilarión a la Regla 21.

> *"El abrirse de la flor es el glorioso momento en que despierta la percepción: con ello llega la confianza, el conocimiento y la seguridad. La pausa del alma es el momento de asombro, y el siguiente momento de satisfacción -eso es el silencio."* – (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El abrirse de la flor se hace gradualmente. Entonces, aunque el capullo esté todavía herméticamente cerrado, se va hinchando poco a poco bajo la acción del sol y de la lluvia y bajo las mil influencias que soporta. En sí, el abrirse es bastante brusco, pero el crecimiento es continuo. A partir de ahí el desarrollo sigue su curso; seguirá igual en adelante. Tomemos otra analogía: el polluelo se ha desarrollado en el huevo; ha roto la cáscara y continúa creciendo; en un momento dado, ante nuestros ojos, el rompimiento de la cáscara marca un momento estelar, aunque en realidad forme parte de un desarrollo continuo. Lo mismo pasa con el crecimiento del alma.

Este párrafo se refiere también a una etapa particular en la vida del discípulo: describe los sentimientos del hombre cuando en la Iniciación se le muestra la primera gran verdad. Uno llega a creer que las ideas conferidas por la Iniciación serán numerosas y diversas. No violo ninguna promesa diciendo que las grandes verdades no se dan todas al mismo tiempo. A cada etapa le corresponde la comunicación de un solo hecho -hecho que, a los ojos del hombre, transforma la faz de la tierra, igual como el conocimiento de la reencarnación, y del Karma ha transformado nuestras vidas. Podría pensarse que, en presencia de una nueva realidad, sería necesario para el Iniciado que la verificara y adaptara a ella su vida. No es nada de eso. Desde el momento en que el hombre posee la verdad la reconoce como a tal; no tiene necesidad de ninguna prueba. Después llega para él el momento del asombro; la belleza, la perfección de la verdad, lo maravillan. Sólo más adelante se dará cuenta de que eso no es todo. Observaciones posteriores ampliarán su horizonte, pero, por el momento, esto es la perfección. Se asombra también de no haber constatado antes evidencias semejantes. La satisfacción llega a continuación: es el silencio.

> *"Tienes que saber, ¡oh discípulo! que los que han pasado por el silencio, han sentido su paz y han retenido su fuerza, anhelan que tú también pases por ello."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Es bien cierto que lo desean, porque los hombres que han desarrollado las facultades del alma conocen el sistema por entero; lo ven en acción bajo su mirada y este espectáculo desean ardientemente compartirlo con todos. Comprenden que, siguiendo una parte del plan, todos hemos de colaborar; por consiguiente, quisieran que cada uno, y lo mejor posible, llegara a comprender que la ayuda es su deber, que la ayuda es el trabajo propio que incumbe a la humanidad. Todos tenemos tareas secundarias; tenemos que desempeñar nuestro papel en el escenario del mundo físico y hemos de adaptarnos a él tan bien y tan noblemente como sea posible; no importa el papel, lo esencial es hacerlo bien. Recordemos solamente que la verdadera vida del alma está detrás de todo eso; ella es lo que más importa.

Vivimos en un mundo en que los medios se toman como el fin. La educación está poco o mucho basada en este principio. Por ejemplo, se enseña la geometría y las matemáticas, pero jamás se enseña que éstas permiten comprender la manera como el gran Arquitecto ha construido Su universo. Si nosotros las tomamos como un fin, no nos conducen a ninguna meta en particular, pero si las estudiamos como lo hacían los antiguos que las inventaron, descubrimos su gran utilidad. Pitágoras enseña el valor de los números y de la geometría, pero sus lecciones están dirigidas a los physikoi, es decir, a aquellos que estudian los secretos de la vida; los estudian a fin de comprender mejor la existencia. He aquí el punto de vista en el que debemos estudiar todas las cosas, sin limitarnos a cálculos de orden material o comercial.

> *"Así pues, cuando el discípulo sea capaz de entrar en el Templo del Saber, siempre encontrará a su Maestro."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

A menudo estas palabras, *"El Templo del Saber"*, han sido mal interpretadas. Se encuentran también en La Voz del Silencio. Los tres vestíbulos de los que allí se habla tienen varios significados, tal como ya hemos explicado.

Para Mabel Collins, que transcribió Luz en el Sendero, *"El Templo del Saber"* significa literalmente una construcción; ella dice que ha penetrado en él astralmente y ha visto algunos de estos preceptos inscritos en letras de oro en el muro. Es posible que tenga toda la razón. Esta experiencia puede alcanzarse con el método particular seguido en su instrucción; sus instructores tal vez poseían un templo de este tipo. Como yo lo ignoro, tengo que limitarme a decir que yo no lo he visto nunca; pero, evidentemente, lo que ella dice aquí del Templo del Saber se refiere al plano astral, donde el aspirante aprende primero la mayoría de sus lecciones. Los hombres cuyo cuerpo astral ya está plenamente desarrollado no son muchos; la mayoría todavía están aprendiendo a servirse de él; se trabaja mucho, pues, a este nivel. Los hombres desarrollan también gradualmente el cuerpo mental, pero todavía son incapaces de utilizarlo como vehículo, ni siquiera después de la muerte. Toda persona que haya desarrollado las

facultades del cuerpo mental y que sea capaz de ver a los muertos, los encuentra encerrados cada uno en un cascarón construido por su propio pensamiento; algunas avenidas salen desde este cascarón hacia fuera, pero son muy pocas y poco eficaces. El difunto vive en este cascarón y para nada en el mundo astral. He aquí el por qué, a pesar de sus limitadas ideas es perfectamente feliz. No cabe duda de que podría serlo infinitamente más con todo el plano mental a su disposición, si hubiera desarrollado las facultades que le permitieran funcionar libremente. Mientras tanto, se encuentra en el terreno de lo mental, pero, a causa de sus mismas limitaciones, sólo una mínima parte de ese plano es accesible para él.

Muy pocas personas han desarrollado el cuerpo mental hasta el punto de ser apto para servir de vehículo. Los discípulos de los Maestros, en un momento dado, aprenden a desplazarse en el cuerpo mental y a formar lo que se llama el mayavi rûpa cuando tienen que trabajar en el plano astral. Así instruido, el discípulo abandona en su lecho los cuerpos astral y físico y, cuando desea trabajar en el plano astral, materializa, a este efecto, un cuerpo astral pasajero; cuando ya no lo necesita, deja que se disuelva. Al principio, el Maestro enseña al discípulo el método a seguir, después el discípulo actúa solo, como ya he explicado en "Los Maestros y el Sendero".

La seguridad de que el discípulo encontrará a su Maestro en el vestíbulo de la sabiduría parece contradecir el precepto de La Voz del Silencio: *"No busques a tu Gurú en estas regiones mayávicas"*. Los dos pasajes pueden armonizarse perfectamente si se interpreta el sentido de cada uno. Aquí hay que entender que en el mundo astral el hombre siempre encuentra un representante del Maestro. El Maestro mismo no se ocupará indudablemente de él más que en casos muy especiales; en general, el discípulo trabajará en el plano astral bajo la dirección de uno de los discípulos adelantados del Maestro.

El aforismo de La Voz del Silencio nos advierte simplemente para que no aceptemos como guía a la primera entidad que se presente sin saber exactamente qué es lo que ella es, porque una muchedumbre de seres astrales de categorías diversas, con un celo digno de encomio, están dispuestos a ofrecerse como instructores y no se desaniman en

absoluto por el hecho de que a menudo saben mucho menos que las personas a las que quieren hacer sus discípulos.

> *"Los que piden obtendrán. Pero, aunque el hombre ordinario pida continuamente, su voz no es escuchada. Porque pide sólo con la mente; y la voz de la mente no se escucha en el plano en que ella actúa. Por lo tanto, no es hasta que se hayan pasado las 21 reglas, que digo que los que pidan obtendrán."* – (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

La primera frase del pasaje anterior recuerda a otro de los Evangelios, y que se le parece mucho. El Cristo dijo:

> *"Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá"* – (Mateo 7:7)

Lo cual, normalmente, se interpreta así: nuestras oraciones serán escuchadas, y si llamamos a la puerta del cielo, ésta se abrirá para nosotros. De un modo vago, se da por sentado que, si tratamos de conseguir la salud, esto nos será concedido. En el pasaje que tratamos el punto de vista es más elevado: se aborda con claridad la verdad como el desarrollo oculto; la frase no se aplica al hombre ordinario, sino más bien al discípulo que, al término de las veintiuna primeras reglas ha llegado a la primera Iniciación.

El hombre que no pide más que con el intelecto busca alcanzar conocimientos en ocultismo, trata de hundir la mirada en los misterios de la vida y de la naturaleza solamente con sus facultades mentales; ahora bien, el Maestro dice muy claramente que esto no basta. Este hombre recibirá la respuesta, pero sólo al nivel en que se ejercite su mente; dicho de otro modo, no obtendrá más que una noción intelectual sobre algunos temas. Por lo demás, se trata de una linda cosa y que hay que evitar menospreciar.

El estudiante de Teosofía que intelectualmente ha llegado a captar bien la doctrina, ha realizado un trabajo excelente; la considera entonces como verdadera, porque satisface su intelecto. Éste ya es un valioso resultado, pero no constituye el conocimiento real y no se parece en nada a la seguridad absoluta que proporcionan los conocimientos adquiridos en el plano de la Intuición, los únicos que para el ocultista representan un progreso serio.

Es imposible poseer un intelecto demasiado penetrante, ¿quién no estará de acuerdo con nosotros? Es provechoso añadir cuanto podamos a nuestros conocimientos, desarrollar nuestro intelecto con un trabajo determinado porque -ya lo he explicado más arriba- no es posible ningún progreso importante antes de que, tanto mentalmente como astralmente, no hayamos adquirido cierto desarrollo. En algunos casos, el hombre que ha llegado a captar bien el sistema teosófico corre el peligro de exagerar la importancia de sus facultades intelectuales; puede dejarse llevar por la crítica y decir que, dirigido por él mismo, el universo hubiera sido mucho mejor ordenado de lo que lo es en este momento. El hombre que sostiene esta opinión hace el peor uso de su intelecto y tendrá que sufrir por ello; contaría con todas las ventajas si desarrollara en sí la facultad de sentir más profundamente y más vivamente. Por el contrario, si el hombre puede desarrollarse intelectualmente con humildad, si impulsa, tan allá como sea posible, el estudio del sistema absteniéndose mentalmente o de palabra, de convertirse en juez, su desarrollo sólo representará ventajas para él.

Se nos dice siempre: hay que tomar como guía a nuestra propia conciencia. Las órdenes de la conciencia vienen de lo alto y, en general, representan los conocimientos del ego pertinentes al tema en cuestión; pero el ego todavía no está desarrollado más que parcialmente; lo que él sabe de un tema determinado puede ser muy poco o incluso inexacto, y no le es posible razonar más que siguiendo los conocimientos de que dispone; además, la conciencia de un hombre es a menudo una guía poco segura para él. Sucede a veces que un ego todavía joven y poco instruido es sin embargo capaz de imponer su voluntad a la personalidad. Por regla general, el ego no desarrollado no lo está más si se trata de imponerse a sus vehículos inferiores, y esto tal vez sea positivo. Sin embargo, algunas veces, un ego poco desarrollado en la tolerancia y sin una sólida instrucción, posee una voluntad bastante fuerte para transmitir órdenes a su cerebro físico, y estas órdenes demuestran que este ego es muy joven y no comprende.

No podemos dejar de obedecer a nuestra conciencia, pero

seguramente, también podemos tratar de servirnos de ella para controlar y verificar algunos hechos importantes que nadie intenta discutir. Es muy posible que los inquisidores hayan actuado a veces impulsados por su conciencia, pero, si hubieran comparado el importantísimo, el gran precepto recibido por ellos de su jefe nominal, el Cristo -"*Amaros los unos a los otros*"- hubieran dudado de la conciencia que les dictaba muertes, torturas y autos de fe; se hubieran dicho: "Evidentemente, aquí existe un error; busquemos al menos aclararnos antes de seguir nuestros instintos en este punto en particular". Los inquisidores hubieran tenido mucha razón de aclararse así y de someter su conciencia a una piedra de toque -las reglas generales dadas por Aquel en quien reconocían la infinita superioridad. Ni siquiera lo soñaron; el mundo sufrió cruelmente. En un caso así, muy pocas personas se toman el tiempo de reflexionar. Pero ¡cómo no ver que ésta es la única manera segura de proceder!

Es necesario, pues, servimos de nuestro intelecto de tal manera que sirva de instrumento al ego y no sea un obstáculo para su desarrollo. Por consiguiente, si la conciencia parece dictarnos un acto evidentemente contrario a las grandes leyes de compasión, verdad, justicia, haremos bien en preguntarnos si la regla universal no es superior a la aplicación particular que no parece estar de acuerdo con ella.

Antes incluso de ser verdaderamente conscientes en el plano de la intuición, recibimos con frecuencia reflejos de la misma. A veces las intuiciones llegan a nuestra existencia diaria y, aunque las impresiones debidas al Yo superior tengan su origen en el plano causal más bien que en el plano búddhico, de cuando en cuando, recibimos una especie de vislumbres de verdadero conocimiento espiritual, cuya manifestación es imposible en ningún nivel inferior al plano búddhico. Estas inestimables iluminaciones nos aportan conocimientos de los que tenemos la certeza, sin poder, en muchos casos, dar ninguna razón intelectual para ello.

Nuestra confianza es legítima si se trata de verdadera intuición. Para la mayoría de nosotros, en las primeras etapas, la dificultad estriba en que no siempre podemos distinguir entre la intuición y el impulso.

Para distinguirlo, la Dra. Besant ha dado una o dos reglas: “Si, dice, tenéis tiempo para esperar lo que viene, dejad eso por el momento; dejadlo para mañana. Si se trata de un simple impulso, se disipará indudablemente; si es una verdadera intuición, se mantendrá con toda su fuerza. Por otra parte, la intuición tiene siempre la distinción del altruismo. Si ese impulso que llega de un plano superior presenta la menor apariencia de egoísmo, podéis estar seguros de que es un simple impulso mental y no una verdadera intuición búddhica”.

Los impulsos astrales, como las intuiciones que llegan de lo alto, pasan del plano astral a la región etérica del cerebro físico, pero la intuición tiene por origen, según el caso, bien en el cuerpo causal, bien en el cuerpo búddhico; como unas y otros llegan de lo alto, a menudo es difícil distinguirlos, en una etapa ulterior, podremos hacerlo sin equivocarnos, porque entonces nuestra conciencia, abierta por encima del nivel astral, sabrá exactamente si estas inspiraciones proceden del cuerpo astral o bien de un plano superior. Nuestros contemporáneos disfrutan raramente de esta ventaja; por consiguiente, tienen que poner en juego todo su buen sentido y toda la fuerza mental que han conseguido desarrollar.

Cuando al final de las veintiuna reglas el discípulo se hace acreedor a la Iniciación, en un momento de conciencia búddhica, el conocimiento de la unidad se le aparece como una gran realidad espiritual. Después de esta experiencia, se destaca del hombre ordinario que sólo indaga con su intelecto. A menudo se ha dicho: la unidad es la característica del plano búddhico. Esto requiere quizás algunas explicaciones adicionales. En su cuerpo causal, el hombre puede conseguir conocimientos bastante completos sobre esto o aquello; ve la esencia de las cosas, porque el ego actúa por mediación del cuerpo causal, piensa abstractamente. Es inútil para él condescender hasta los ejemplos, porque su pensamiento penetra hasta el fondo de la cuestión. Todo eso es maravilloso, pero sigue procediendo del exterior.

La importante característica del plano búddhico es que su actividad es centrífuga. Si queriendo rodear a una persona de nuestra simpatía y comprenderle totalmente a Fin de ayudarle mejor actuamos en el cuerpo causal, dirigimos sobre su cuerpo causal (hablando

metafóricamente) el chorro de luz de acetileno y estudiamos todas las peculiaridades; son muy claras y fáciles de examinar, pero las vemos siempre desde fuera. Si, al poseer la facultad del plano búddhico, queremos adquirir estos mismos conocimientos, elevamos nuestra conciencia hasta el nivel búddhico, y allí, constatamos que la conciencia del hombre estudiada por nosotros forma parte de nosotros mismos. Allí, en nuestra conciencia, encontramos un punto que lo representa -podríamos decir una abertura más que un punto; este paso nos permite el acceso a su conciencia, y eso sobre el nivel inferior que escojamos: entonces vemos todas las cosas exactamente como las ve él mismo, y nosotros, por así decirlo, las vemos situándonos en él mismo, en lugar de mirarlas desde el exterior. Se comprende fácilmente cuanto más este modo de proceder favorece una comprensión y una simpatía perfectas.

Cuando, al haberse ampliado nuestro campo visual gracias a estos nuevos conocimientos, todas las distintas entidades y todos los diversos problemas que les atañen, se han convertido en una parte de nosotros mismos y los estudiamos desde lo interno y no desde lo externo, nos resulta posible determinar en qué dirección hemos de dirigir nuestra energía. Una nueva y superior ventaja: sabemos cómo abordar los problemas de aquí abajo. No quiero decir que el hombre que haya vislumbrado la unidad se vuelva infalible en los planos inferiores; pero deja de cometer allí equivocaciones si es capaz de elevar su conciencia al plano superior, de considerar el objeto desde este punto de vista elevado, en definitiva, de trasladar el límpido recuerdo aquí abajo a su cerebro físico y de actuar en consecuencia. Puede que no tenga tiempo para proceder de esa manera: o bien para pensar en ello; se equivocaría entonces como todos los demás; sin embargo, la posesión de esta facultad sería para él una gran ventaja, no solamente a causa de todo aquello que, por el momento, le permite saber, sino también a causa de la ampliación de su campo visual, que le permite reconocer la dirección que tiene que dar a sus fuerzas para conseguir los resultados apetecidos en las mejores condiciones.

> *"Leer, en el sentido oculto, es leer con los ojos del espíritu. Pedir, es sentir el hambre interna -el anhelo de aspiración*

espiritual. Ser capaz de leer, significa haber obtenido a un grado mínimo el poder de satisfacer esta hambre."– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

La aspiración espiritual intensa no es el simple deseo de saber y de comprender inherente al cuerpo causal; corresponde más bien a una manifestación superior, la del plano búddhico y sólo allí es donde ella puede hallar plena satisfacción. Como ya he explicado, lo que pasa en el vehículo búddhico, para la personalidad, se refleja en el cuerpo astral. He aquí el por qué constantemente se toma por una verdadera aspiración espiritual una viva emoción que corresponde al plano astral.

Los estudiantes de ocultismo no tendrían que equivocarse en esto, pero los principiantes lo hacen a menudo. Corrientemente vemos ejemplos en las reuniones religiosas, llamadas "de revelación", donde personas sin educación ni desarrollo alguno son llevadas a un estado de éxtasis momentáneo por la prédica de otra persona, esta misma persona en sí muy emotiva y por consiguiente capaz de despertar la emoción en su auditorio. Algunos grandes predicadores de antaño, con un temperamento emotivo, poseían en grado sumo este poder. Lejos de mí la idea de que ellos no hayan procurado mucho bien; no lo dudo ni un instante, pero su actuación, con el consentimiento de todos, era lo que nosotros llamaríamos astral: tendía a emocionar.

Sin duda hay personas cuya aspiración superior puede despertarse procediendo de abajo arriba, pero son muy escasas y no se encuentran con facilidad entre las clases menos cultas. Esta opinión no tiene nada de clasista ni mezquina, porque las condiciones del nacimiento son resultado del Karma. Si una persona ha nacido en una clase social donde le faltaron cultura y educación, es que lo ha merecido; con toda probabilidad se trata, pues, de un alma más joven que otra, dotada de mayores ventajas en su nacimiento. Este no es, invariablemente, el caso; hay excepciones y numerosos casos especiales, pero, hablando en general, esto es verdad. Así, cuando evangelistas del tipo Moody y Sankey se dirigen principalmente a personas poco instruidas, puede esperarse, en definitiva, que sólo se despierten las emociones, sin saber si los resultados serán o no permanentes. Si la impresión

producida es bastante fuerte, el recuerdo persiste, aun cuando la emoción se calma y la persona que se dice “salvada” puede conservar su mentalidad nueva y más despierta.

Las grandes sacudidas emocionales a veces son saludables; pero con mayor frecuencia, son perjudiciales. Hay personas a las que esto les ha llevado a renunciar absolutamente a una mala vida; pero hay otras que han sufrido seriamente, por ejemplo, perdiendo el equilibrio mental o su energía intelectual, o incluso enloqueciendo. Los casos en que se ha logrado un beneficio permanente no son muy numerosos; la gran mayoría sólo se ve afectada temporalmente; la excitación pasa y no queda nada positivo. Sin embargo, reconocemos que la emoción es una cosa positiva en el caso en que las personas se encuentran transportadas, aunque sea temporalmente, a un nivel superior.

Los estudiantes de ocultismo no pueden permitirse estas sacudidas emocionales, porque ya han dejado atrás la etapa en que excitaciones parecidas pudieran contribuir a su progreso. Hay que procurar no confundir la emoción de este tipo con el éxtasis de los planos superiores. Los oyentes de esas reuniones de “revelación”, caen a menudo en un estado de júbilo donde, ciertamente, no son dueños de ellos mismos. He visto a personas patalear, gritar fuera de sí, que no sabían lo que estaban haciendo. Todo eso, se dirá, indicaba su alegría; quiero admitirlo, pero es una emoción desenfrenada; el estudiante de ocultismo tiene pues que evitarla.

El hombre que ha alcanzado la conciencia búddhica también está fuera de sí, elevado por una beatitud tan intensa que las palabras no son suficientes para expresarlo, pero jamás pierde la sensación de ser él mismo. Se encuentra en un plano superior; es él mismo como jamás lo había sido; sigue siendo el dueño de sí mismo. A su éxtasis, sin duda que puede corresponderle una determinada emoción en la personalidad -un sentimiento de gozo extremo a todos los niveles, pero nunca una emoción desenfrenada; jamás el éxtasis le llevará a cometer actos imprudentes o irrazonables, a olvidarse o a envilecerse. El éxtasis extremo, la beatitud indescriptible de la experiencia superior, va acompañado de una paz absoluta que parece abarcar al mundo entero, mientras que las emociones inferiores se alteran

extraordinariamente.

Cuando un clarividente asiste a una reunión de “revelación”, constata que, en general, entidades no humanas pululan por la sala, a fin de aprovecharse de las oleadas de emociones indisciplinadas. La emoción es una energía formidable, y sus oleadas, si consideramos sus dimensiones, son de una altitud y de una fuerza enormes. Se levantan, se precipitan a través del ambiente astral y determinan allí todos los efectos de una gran tempestad en el plano físico. Muchos seres astrales disfrutan con ello; se sumergen en el ambiente con una alegría y una excitación extremas, sin saber si la emoción está fraguada de sentimientos religiosos, de odio o de amor; no buscan más que la vibración formidable, los remolinos, el rugido de la tempestad. Estos seres sienten el mayor placer en remolinar en sus oleadas y en dejarse llevar, como los buenos nadadores lo hacen en el mar. Estas entidades, en todo lo que pueden, levantan las emociones humanas; se limitan a saber que allí reina un regocijo infinito y buscan intensificarlo cuanto pueden. A ellos, sobre todo, se debe la poderosa liberación de fuerzas que se producen en reuniones parecidas. Estas entidades, al aumentar la intensidad, como un banco de ballenas que se bate en un agitado mar, contribuirá a removerlo más; poseen, más o menos, tanta inteligencia como los cetáceos; no hay nada allí, pues, muy espiritualmente elevado. No es, como cree mucha gente, una inspiración divina. Servir de juguete a esas criaturas tan inferiores no es realmente digno del hombre.

Por sí solo, el éxtasis y la intensa beatitud, acompañados de una sensación de calma y de paz absolutas nos proporcionan la seguridad de que se han alcanzado los niveles superiores. La agitación, la inquietud, la pérdida de todo control sobre uno mismo, indican que uno se encuentra, con toda seguridad, en un plano inferior.

> *“Cuando el discípulo está en disposición de aprender, entonces es aceptado, reconocido y admitido. Así debe ser, por cuanto ha encendido su lámpara y no puede estar oculta.”*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

He aquí una frase estimulante. Los discípulos siempre son vigilados, aunque a muchas personas les cueste comprenderlo. Los mismos

Grandes Seres lo han explicado: cuando Sus miradas recorren el mundo, el hombre cuya lámpara está encendida se manifiesta como una gran llama en el seno de la oscuridad general; es imposible que Ellos no la perciban. Ellos esperan la aparición de luces que nazcan y se dedican a transformar en llama cada destello, a fin de que a su vez las nuevas llamas puedan irradiar en el mundo.

A menudo esto ha llevado a críticas inconsideradas. Tal vez esto sea normal, pero para aquellos que las formulan, mejor harían en abstenerse. He llegado a oír a miembros generalmente muy intelectuales, que saben discernir rápidamente los errores y los fallos de los demás, expresarse de esta manera: "Fulano es discípulo del Maestro; yo no veo que él sea en absoluto más digno que yo. He pasado tantos años en la Sociedad, he hecho esto y lo de más allá, y si ésta o aquella persona, cuyos fallos son evidentes, ha podido ser aceptada, ¿por qué no tendría que serlo yo también?"

Las personas que emiten juicios parecidos se olvidan del principio general, base de todo progreso oculto. Su crítica es exactamente de la misma clase de las que se oponen tan frecuentemente a la ley del Karma. Las personas dicen que no pueden hallar justas algunas cosas que les pasan, y que, por consiguiente, no existe ninguna ley de justicia. "Nada de justicia: es una ilusión". Eso equivale justamente a decir: "He construido una máquina hidráulica; no funciona porque la presión hidráulica no existe". Nadie en su sano juicio diría una cosa así; pero, para comenzar, buscará el defecto de su máquina, sabiendo que las leyes naturales son invariables y que, respecto a eso, todo error es imposible. Nadie se permitiría una actitud parecida con respecto a una ley de la ciencia física, pero se hace cuando se trata de la ley del Karma. Si estas personas tomaran como punto de partida la hipótesis de que esta ley existe y de que actúa invariablemente, entonces, cuando el modo como ella opera, en éste o en aquel caso, se les escape, atribuirían el fallo a ellos mismos y a su limitada visión, y no cometerían la tontería de negar la existencia de toda ley kármica.

Igualmente, las personas que, por diversas razones, se creen superiores a otras elegidas como discípulos por el Maestro, deben recordar que Su elección está dictada por un juicio infalible. Es

evidente que en los planos superiores existen muchas cosas todavía desconocidas, incluso para un Maestro, pero, con toda seguridad, por lo que respecta a los planos inferiores con los cuales nosotros tenemos que ver, podemos admitir la infalibilidad de Sus conocimientos. Por encima de los Maestros, está el rango de los Adeptos más elevados, como el Manú y el Bodhisattva, el Buddha y el Gran Señor de la Tierra, que deben saber algunas cosas que nuestros mismos Maestros ignoran. El Logos del sistema solar tiene que saber todavía más, y más allá, tiene que haber Logos más elevados cuyos conocimientos todavía son mayores. Por lo que se refiere a la precisión y al juicio del Maestro, con relación a los planos a los que Él se ha sometido plena y definitivamente, no hay duda alguna de que, al elegir a alguien, Él no puede equivocarse.

Incluso en el caso excepcional en que el discípulo abandone más tarde el camino recto y se deje llevar por una conducta indigna, de ello no se deduce que el Maestro se haya equivocado al elegirlo. Esta persona debía tener derecho a esta magnífica oportunidad; al haberla merecido, la ocasión tenía que presentársele. La instrucción de un discípulo así puede haber necesitado infinitos cuidados que es posible que parezcan inútiles. Pero no es así. Todo eso se tendrá en cuenta en el curso de su evolución, independientemente del lugar y de la manera; esto es seguro. El Maestro da a veces una oportunidad a una persona porque la merece, a pesar de la presencia en ella, junto a las buenas cualidades, de otras menos deseables que le impedirían ser utilizado, si ellas adquirieran preponderancia. El ofrecimiento no deja de estar en pie, porque es de justicia.

A veces existen entre los egos unos vínculos que muchas existencias después desembocan en una estrecha relación entre Maestro y discípulo. Citemos un caso muy conocido de nuestro antiguo vice-presidente el señor Sinnett. Hace muchísimo tiempo él fue un importante personaje egipcio. Su padre, que había construido y dotado un templo importante, tenía mucha influencia y, en definitiva, en este templo ejercía una acción preeminente. En esa época, uno de nuestros actuales Maestros era prisionero de guerra en Egipto; el señor Sinnett y yo mismo, éramos soldados en el ejército que Le hizo prisionero.

Como sea que en su país era un personaje distinguido, fue confiado a nosotros porque los prisioneros de elevado rango eran muy bien tratados en Egipto y atendidos por personajes de un rango parecido al suyo, mientras no trataran de evadirse. De modo que vivió en casa del señor Sinnett dos años, durante los cuales, al interesarse vivamente en las actividades ocultas del templo, expresó el deseo de participar en ellas. Gracias al señor Sinnett, se le dio la posibilidad de abordar el estudio del ocultismo; llevó a cabo los más asombrosos progresos y, en todas sus vidas posteriores, continuó los estudios iniciados en el antiguo Khem. Más tarde, se convirtió en Adepto, mientras que Su bienhechor egipcio estaba todavía muy lejos de ello. En Su actual encarnación, decidió difundir en el mundo las verdades teosóficas, al haber llegado el momento en que éste ya estaba preparado para recibirlas. Buscó a un hombre a quien encargar esta misión; Su mirada recayó en su antiguo amigo, el bienhechor que, como director de un gran periódico, presentaba todas las cualidades necesarias para llevarlo a buen Fin. Facilitándole esta oportunidad, el Maestro pagaba Su antigua deuda; nosotros sabemos de qué manera más admirable el señor Sinnett supo aprovecharlo. Este ejemplo demuestra que un hombre, en una época muy remota, puede haber establecido un vínculo con otra persona que desde entonces ha llegado al adeptado, y que, para pagar su deuda, el Adepto, con toda naturalidad, concede a este hombre Su ayuda y Sus instrucciones, y lo atrae hacia Él.

Los vínculos pueden pues establecerse de diversas maneras y muy bien puede suceder que la persona elegida como discípulo no roce la perfección; pero no sería objeto de esta elección si no fuera digna de ello; sus defectos, sus debilidades presentes no son para ella motivo de exclusión si tiene a su favor otros méritos más importantes, y si las ventajas pesan más que las desventajas. Muchas circunstancias pueden decidir al Maestro a tomar como discípulo a tal o cual persona; y podemos estar seguros de que Él no la elige si no lo merece; sin embargo, podemos ignorar la manera cómo se ha hecho acreedora a este mérito. Lo recíproco es igualmente verdad: ninguna persona que lo merezca tiene que temer no ser observada y luego elegida.

No es razonable utilizar esta mente inferior constituida por nosotros

con tanto trabajo y esfuerzo, para criticar las acciones de los Maestros, cuyos conocimientos son infinitamente superiores a los nuestros. Sus razones pueden escapar a nuestra comprensión, pero Sus servidores deberían por lo menos tener bastante confianza en Ellos para decir: "Sé que el Maestro debe tener Sus razones. Yo no distingo muy bien por qué. Por lo que a mí respecta, sé que Él me tomará cuando esté preparado. A mí me corresponde ser digno de ello. Mientras tanto, lo que el Maestro haga con respecto a otras personas no me incumbe". Nada más inteligente.

El mismo principio rige para la tarea que nos es asignada. Si externamente no parece alcanzar el éxito, no nos desanimemos. Si no hemos conseguido el resultado que se pretendía, tal vez hayamos obtenido exactamente el resultado deseado por el Maestro. Él no siempre nos dice todos Sus pensamientos. Nos designa un trabajo para que lo hagamos y nosotros damos por sentado que el resultado de este trabajo, evidente para nosotros, es indiscutiblemente aquel que Él espera. Tal vez Su intención sea todo lo contrario. Puede incluso que Él quiera someter al colaborador a una disciplina especial; que quiera, por ejemplo, enseñarle a no sentir desazón en caso de fracaso; en definitiva, el Maestro puede tener otras razones completamente ignoradas por el trabajador. Varias veces he tenido ocasión de constatarlo en el curso de mis experiencias en ocultismo. Recibimos la orden de hacer determinadas cosas; pensamos que están destinadas a producir determinados resultados, pero éstos no llegan. Esto nos sorprende, pero, años después, comprobamos que un resultado, por completo distinto, no se hubiera conseguido sin el trabajo anterior. A mi parecer, no hay duda de que en este caso el Maestro nos ha dado nuestra tarea, no con la intención que nosotros suponíamos, sino con otra intención de la que no sabíamos nada.

A aquellos que descontentos de descubrir en los discípulos lo que ellos llaman defectos, manifiestan que unas personas así no deberían ser seleccionadas, yo quisiera decirles esto: "Vosotros sólo veis una sola faceta del asunto; vuestra actividad mental se mueve en falso. Si conocéis la existencia de los Maestros, y si tenéis la menor idea de Sus poderes, no podéis tener duda de que Ellos saben perfectamente lo

que hacen. Si no descubrís su intención, en definitiva, no es esencial que la captéis. Ellos saben: he aquí lo importante".

La elección no siempre se le comunica de inmediato al discípulo. Normalmente, de un modo u otro, al hombre que ha sabido merecer el gran honor de ser admitido, se le pone en estrecho contacto con una persona que ya es discípulo de su futuro Maestro, de quien recibe algunas instrucciones por mediación de esta persona. El Maestro dirá probablemente al discípulo más antiguo: "Mándame astralmente a tal persona mañana por la noche". Al llegar ante su presencia, el Maestro le dice: "He seguido tu trabajo, y pienso que estás capacitado para progresar. Te ofrezco la posición de discípulo a prueba si tú te comprometes a dedicar todas tus energías o todas aquellas de las que puedas disponer, al servicio de la humanidad, en las condiciones que yo te indicaré". Esto es lo que pasa a menudo, pero, algunas veces, se antepone un período de espera muy largo antes de ser notificada la elección; además, por determinadas razones, el hombre puede estar ignorante de ello en su conciencia vigílica.

En la India, recuerdo haber conocido un caso especial. Un anciano hindú, ortodoxo, siempre había llevado una vida extremadamente correcta, útil y activa; era un hombre que nunca se había mostrado egoísta y que había puesto todos los medios de que disponía al servicio de la humanidad. Después de haber cumplido admirablemente todos sus deberes familiares, había dedicado todo su tiempo y toda su fortuna a hacer el bien, tal como él lo entendía. Habiendo sostenido siempre, antes de conocer la existencia de la Sociedad Teosófica, que los grandes Rishis no solamente han debido existir antiguamente, sino que deben seguir existiendo todavía en nuestros días, esperaba acercarse a Ellos en el futuro, pero eso con toda humildad. Decía: "Yo sé que la iniciativa Les corresponde a Ellos y no a mí. Los he buscado, esforzándome durante largos años, conformándome a lo que debe ser Su voluntad". Finalmente, un día, uno de nuestros Maestros le dirigió la palabra: "Desde hace cuarenta años, le dijo, he seguido tu trabajo; a menudo te he guiado sin que lo supieras. Ha llegado el momento en que es bueno para ti estar informado".

Este es un ejemplo muy sorprendente; parece demostrar claramente

que muchas de estas personas altruistas pueden trabajar bajo la dirección de nuestros Maestros, sin sospechar esta dirección; puede que existan razones por las cuales más vale que en la vida presente ellos no lo sepan. Tengamos la plena seguridad de que el Maestro actúa para lo mejor y si a Él le conviene no decir nada, eso no demuestra en absoluto que su vigilancia no sea constante.

En estas relaciones, el Maestro actúa siempre exactamente en el mejor interés del hombre y del trabajo, porque posee la inmensa ventaja de ver todo eso desde niveles superiores donde no es necesario mesurar el bien y el mal como en los planos inferiores. ¡Cuántas veces, aquí abajo, la posibilidad de hacer el bien se presenta en una sola dirección, cuando desde otro ángulo, nuestra acción es perjudicial!

El Manú ha aludido a esta verdad que se ignora, diciendo que no hay fuego sin humo. Pero el fuego sin humo existe: en los niveles superiores, es el bien en estado de pureza, sin consecuencias ni asociaciones adversas, porque todo se lleva a cabo teniendo en cuenta el interés general, y el progreso del conjunto comprende el progreso de cada unidad. A veces, si la acción ha sido perjudicial, si el hombre se encuentra atascado, es porque una pausa semejante favorece su progreso. Igualmente, la poda de un árbol que podría considerarse una crueldad, tiene como único motivo su prosperidad.

> *"Pero es imposible aprender, a menos que se haya ganado la primera gran batalla. La mente puede reconocer la verdad, pero el espíritu no puede recibirla."* – (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El ego hace descender sus impresiones a través de los planos inferiores, desde que empieza a despertar; no puede hacerlo mientras el cuerpo astral no está dominado, porque, si este cuerpo no es más que emociones que bullen, ¿cómo podría el ego comunicarle ninguna enseñanza coherente o racional? La primera gran batalla se libra contra los sentidos; el ego las gana; después se encuentra cara a cara con la mente y puede suceder que ésta sea un adversario más formidable que el cuerpo astral.

A continuación, el Maestro pasa a los conocimientos conferidos por la intuición. Como ya he explicado, el candidato recibe a cada

Iniciación una llave que transforma a sus ojos la existencia, revela nuevas profundidades y, por decirlo así, da a la doctrina oculta un sentido más amplio. Cada vez, cuando recibe la llave, el hombre piensa que es la última; y se dice: "Ahora ya lo sé todo; mis conocimientos son demasiado satisfactorios, demasiado completos para que puedan ser superados por otros". Ahora bien, lo que queda por aprender es infinito. A medida que el hombre avance, velo tras velo se irán levantando para él. El Maestro sabe en qué momento preciso una u otra aclaración es la más útil. Algunas veces uno piensa: más valdría lograrlo todo de golpe; una idea absurda; tanto como exigir a un profesor la enseñanza del cálculo diferencial a un niño que está aprendiendo la tabla de multiplicar. El niño tiene que pasar por muchos grados intermedios antes de comprender el sentido de este nuevo cálculo.

Ocurre absolutamente lo mismo con nosotros. Frecuentemente (y todavía por vanidad personal) nos dejamos llevar por la creencia de que sabemos ya lo suficiente para que todos los conocimientos posibles nos sean confiados. Tengo que limitarme a decir que Ellos saben mejor que nosotros lo que nos conviene; ahora bien, lo mejor para cada uno es también lo mejor para todos.

Muchas personas están de acuerdo con eso; admiten que el conjunto, naturalmente, tiene que pasar delante de cada una de las partes; pero a veces tienen un poco la sensación de que las partes quedan relegadas y que, si todo contribuye al mayor bien del conjunto, las partes individuales quedan a menudo en el olvido. El mundo está más sabiamente administrado; lo mejor para todos es absolutamente lo mejor para cada parte. No sólo el colectivo de la humanidad es tratado con justicia, sino que esta justicia no se traduce para ningún hombre en la menor injusticia. Tengamos la absoluta certeza de que nuestra convicción se convierte en absoluta; entonces, nada de dudas ni de temores; sea lo que sea lo que nos alcance, podremos decirnos con serena confianza, que todo lo que se cumple es para el mejor bien.

> *"Una vez que se ha pasado por la tormenta y se ha llegado a la paz, entonces siempre es posible aprender, aun cuando el discípulo dude, vacile y se desvíe. La Voz del Silencio mora en*

él, y aun cuando abandonase por completo el sendero, llegará un día, sin embargo, en que esa voz resonará y lo partirá en dos, separando sus pasiones de sus posibilidades divinas. Entonces, en medio del sufrimiento y de los gritos desesperados del yo inferior abandonado, él volverá."– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

En un caso así, el combate es, en verdad, encarnizado. No lleguemos a eso; más vale, puesto que podemos hacerlo, estar preparados y evitar así una operación quirúrgica tan grave como la de la separación, por desgarramiento, del Yo Superior y del yo inferior. La lucha contra el yo inferior continúa siempre; si el discípulo permite a su adversario hundir sus colmillos en el Yo Superior y desviarlo de sus elevadas posibilidades, se expone a terribles sufrimientos el día inevitable de la separación; porque los hombres que han entrado en la corriente no pueden salir de ella más que alcanzando la otra orilla.

"Por eso digo: La paz sea contigo. 'Mi paz te doy' sólo puede decirlo el Maestro a los discípulos amados, que son como El mismo."– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El Maestro establece aquí una diferencia muy interesante. En Oriente, "la paz sea contigo" es una fórmula de saludo habitual, pero de cierta belleza. Cuando decimos: "Adios", es decir, "Dios sea contigo", el sentido es el mismo, porque Dios es Paz. El "salaam" de los mahometanos es el "salom" de Jerusalén, y Jerusalén significa la morada de la paz. Los hindúes tienen la palabra "shanti", que significa paz, y su "namaste", que quiere decir "saludos o respetos -para ti"; en general se responde a esto con "shanti".

La costumbre oriental es la de poner al final de los libros: "la paz sea contigo"; el autor parece despedirse así del lector. "Yo te doy mi paz" no puede decirse más que en circunstancias especiales. Al decir:

"Yo os dejo mi paz: Mi paz os doy; Yo no os la doy como la da el mundo"– (Juan 15:27)

El Cristo se dirigía únicamente a sus propios discípulos. Para recibir la paz del Maestro, leemos aquí, el discípulo tiene que ser como el Maestro mismo, es decir, un discípulo aceptado; tal vez incluso más - un discípulo "hijo" del Maestro. Las palabras que se le dicen no

representan el simple deseo de que la paz y la bendición descansen en él -deseo que, pronunciado por Aquel que tiene el poder, tendrían una eficacia segura: significan más que eso. El Maestro da su propia paz, la paz que nada puede perturbar, a aquellos que son como Él mismo, que son Sus propios hijos, que forman parte de Su propia naturaleza y que, en la medida de sus capacidades, están asociados a todo lo que Él es. Eso no significa, evidentemente, que el discípulo pueda participar completamente de la naturaleza del Maestro y de Sus posesiones -de otro modo él mismo se habría convertido en Adepto sino que participa de ello en todo lo posible.

> *"Hay algunos, incluso entre los que ignoran la Sabiduría Oriental, a quienes puede decirse esto, y a quienes se les puede decir cada día con más integridad."* – (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

He aquí un mensaje muy interesante y muy remarcable; puede parecernos extraño, porque muchos de entre nosotros tienen algunas nociones de la sabiduría oriental, reverencian a los Grandes Maestros, forman parte desde hace mucho tiempo de una organización especialmente dedicada a Ellos y a Su servicio sin que a la mayoría el Maestro pueda decirles: "Mi paz os doy". Él no puede decir estas palabras más que a las pocas personas admitidas por Él en unas relaciones mucho más estrechas. Sin embargo, siendo eso así, leemos que esta bendición íntima puede ser concedida a algunas personas que ignoran la sabiduría oriental.

¿Qué quiere decir esto? ¿A quién se le concederá un privilegio semejante? En la actual etapa de evolución estas personas son pocas; sin embargo, no cabe duda de que existen. Para llegar a comprenderlo preguntémonos qué es lo que permite al Maestro relacionarse tan estrechamente con un discípulo; es el hecho de que, el discípulo, al haber pasado al mundo del Maestro, ha llegado a compartir enteramente la manera de ver propia del Maestro, en definitiva, a considerar el mundo y todo lo que de él forma parte, tal como los considera el Maestro mismo. Eso es posible incluso para un hombre que lo ignore todo de la sabiduría oriental y del Maestro; su desconocimiento no le impide adoptar esa elevada manera de ver las

cosas. La característica del Maestro es la absoluta carencia de egoísmo; en Él, la palabra inferior no cuenta. El Maestro considera todas las cosas tal como son vistas en el plano de la Divinidad, y jamás, ni un solo instante, interviene Su propia personalidad. Todo lo que favorece la evolución humana es bueno; todo lo que la obstaculiza, es malo.

Si bien la sabiduría oriental, si la comprendemos bien, tiene que proporcionarnos bastamente esta mentalidad, sin embargo constatamos que otros, al igual que nosotros, pueden llegar a adquirirla, sin conocer esta sabiduría. Para acercarse al Maestro hasta el punto de poder recibir Su paz, el altruismo es la primera y más importante de las condiciones. Uno puede encontrarse cerca del Maestro e incluso puede recibir Su paz, sin embargo, dos hombres favorecidos de esa manera, pueden recibir esa paz en una medida muy desigual. Una persona absolutamente santa y altruista pero ignorante de estos conocimientos, recibirá la paz del Maestro hasta donde sea susceptible de recibirla; por el contrario, el hombre que posee estas cualidades en un mismo grado, pero acrecentadas por los conocimientos superiores, recibirá de esta paz infinitamente más.

> "Δ *Considera las tres verdades. Son equivalentes.*" – (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Esta línea está precedida de un triángulo; es como la firma de Aquel que la escribió; al igual que los clérigos católicos ponen la cruz en la cabecera de sus cartas y documentos. El triángulo, aquí, está destinado a atraer la atención de un modo particular.

Las tres verdades que menciona el Maestro Hilarión son aquellas que El mismo ha enunciado en otra obra dictada por Él -El Idilio del Loto Blanco- obra que no atrajo toda la atención que merecía. Es la narración de una de sus antiguas vidas pasada en Egipto en una época en que la religión egipcia, caída en decadencia, no era comprendida. Este culto magnífico e impersonal se convirtió en el de una diosa que exigía de sus adoradores menos la pureza perfecta que la ardiente pasión; la corrupción era pues muy grande.

El Maestro, llamado entonces Sensa, era clarividente y discípulo en un templo egipcio. Los sacerdotes de este templo lo apreciaban como clarividente y como médium, pero no querían que enseñara al pueblo

la verdadera religión, lo cual hubiera perjudicado al sistema eclesiástico de la época; terminaron por matarlo. En el curso de la narración, Sensa, después de muchas pruebas, se encuentra en medio de un grupo de Adeptos, entre otros su propio Maestro; Éste le dice lo que hay que enseñar al pueblo -a los hombres desviados por una doctrina falsa. Los Adeptos le prescriben que no enseñe más que las verdades generales. Poseemos estas grandes verdades tales como fueron formuladas entonces; están precedidas de algunas palabras: "Hay tres verdades que son absolutas y que no pueden olvidarse, pero que, sin embargo, pueden permanecer silenciosas por no pronunciarlas".

Dicho de otro modo, teniéndolas en custodia la Gran Fraternidad, estas verdades no pueden perderse jamás, ni siquiera si en una época determinada, el mundo las ignora porque nadie las proclama.

Primera gran verdad: *"El alma del hombre es inmortal y su futuro es el futuro de algo cuyo crecimiento y esplendor no tiene límites"*. Esta gran verdad suprime de inmediato el temor al infierno y la necesidad de la salvación, porque el éxito final de toda alma humana es absolutamente cierto, aun extraviándose, independientemente de la distancia en la que se haya alejado del camino de la evolución.

Segunda gran verdad: *"El principio dador de vida mora en nosotros y dentro de nosotros, es imperecedero y eternamente benéfico, no se le oye, no se le ve, no se le huele, pero es percibido por el hombre que desea la percepción"*. En otras palabras: el mundo es una expresión de Dios; el hombre forma parte de Él y puede constatarlo por sí mismo cuando se convierte en capaz de elevarse al nivel en que este conocimiento puede serle concedido; en definitiva, todas las cosas tienden al bien, claramente e inteligentemente.

Tercera gran verdad: *"Cada hombre es su propio y absoluto legislador, el dispensador de la gloria o de la desesperación, el desaliento para sí mismo; el que decreta su vida, su recompensa, su castigo"*. He aquí, claramente enunciada, la ley del Karma, de la compensación, del equilibrio.

Después vienen las palabras: *"Estas verdades, que son tan grandes*

como la vida misma, son tan sencillas como la más sencilla de las mentes del hombre. Saciemos el hambre de las mismas".

Aquí, nos son presentados los principios de una religión accesible a todos: implica tres artículos de fe principales, formulados con simplicidad, pero también con mucho cuidado, para evitar el menosprecio. Podrían resumirse así: "El hombre es inmortal", "Dios es bueno", y "Lo que el hombre siembra, eso recoge"; bajo esta forma elemental se adaptan a los hombres que están todavía en la etapa en que necesitan un dogma sencillo. Un alma más desarrollada querría comprenderlo todo; los detalles se le pueden dar; bastan para ocupar la inteligencia de los más sabios.

Estas tres verdades son perceptibles; aunque se perdieran, la experiencia haría que las recuperásemos. Numerosos egos las conocen por sí mismos y directamente, pero muchos otros, por lo menos en lo que se refiere a su personalidad, sólo pueden adjudicarles la fe. Las aceptan, porque estas verdades les han sido presentadas como a tales por aquellos a los que han otorgado su confianza, y también porque les parecen evidentes, y las únicas capaces de explicar de una manera racional la existencia conforme ellos la contemplan. Esto es una etapa, y una etapa muy importante, en el camino que conduce al conocimiento, pero, con el bien entendido de que no se trata del conocimiento directo. Por ejemplo, yo puedo deciros: "Para mí, estas verdades son una realidad porque, en muchos planos y durante largos años, he realizado investigaciones y experiencias cuyo resultado hubiera sido distinto si estas leyes fundamentales no existieran". En nuestra época, las personas que pueden decir "Yo he visto" son escasas, pero cada uno de nosotros debería esforzarse para ser capaz de ello, porque el conocimiento directo confiere mucho más poder que la convicción intelectual más diáfana.

Si una persona habla de estos hechos, siempre se descubre si habla de lo que conoce o si solamente lo hace de lo que ha oído decir. El efecto magnético difiere según el caso. En interés de los demás es, pues, importante adquirir cuanto antes mejores conocimientos a nivel personal. Aunque sólo sea una mínima parte de la gran verdad, si es el resultado de nuestra propia experiencia, la verdad de todo el resto se

hace cada vez inmediata y nuestra confianza crece. Las personas cuya certeza, basada en sus conocimientos, es perfecta, pueden dar a los demás una ayuda que sólo permite la sabiduría; de ahí la gran utilidad de nuestra experiencia personal fragmentaria.

Muchas personas, en algunos momentos, bien en sueños o durante la meditación, han visto al Maestro; esto es lo que no les resulta fácil llegar a demostrar a los demás. Se les dirá: "¿No se tratará simplemente de una alucinación o de tu imaginación?" Ahora bien, estas personas saben perfectamente que esto no es así, saben que han visto; saben también que han sentido una sensación que les proporcionó la seguridad de la presencia de uno de nuestros Grandes Maestros. He aquí una modesta experiencia, pero cuyos efectos son considerables; aquellos que han tenido la suerte de pasarla pueden sentirse profundamente agradecidos. Al menos es un punto a favor, y conocer un solo hecho relativo al mundo superior aclara y facilita de inmediato todo el resto de la doctrina. Hay que tener cuidado en no menospreciar las experiencias de este tipo.

No es extraño que nuestra sabiduría sea imperfecta; tiene que serlo; es completamente natural. Cuando pensamos que nuestros conocimientos son completos y, lamentablemente, son parciales, es cuando, persuadidos de nuestra omnisciencia, condenamos a otros hombres cuyas ideas difieren de las de los demás, sin comprender que ellos contemplan la verdad a través de otra de sus numerosas facetas, es entonces cuando nos equivocamos de camino. Mantengamos firmes nuestros conocimientos imperfectos, pero aprovechando todas las ocasiones para ampliarlos, sin olvidar nunca que estos conocimientos son imperfectos; de otro modo, cometeríamos un fácil error: el de condenar a una persona tal vez más instruida que nosotros. La verdad es profunda y, a menudo, misteriosa; ningún hombre, ningún grupo, ninguna secta es capaz de concebirla íntegramente. Hay que ir aprendiendo gradualmente a apreciar la verdad antes de poderla conocer bajo cualquiera de sus aspectos. La verdad relativa a un objeto cualquiera es la manera en que este objeto se presenta al Logos, al Creador de todo el sistema; Sólo Él la comprende y conoce todas las cosas tal como son; sólo Él mira con perfecta justicia. Para nosotros, la

verdad es relativa; no podemos ver el conjunto como Él lo ve, pero si bien nuestros conocimientos deben ser imperfectos, muy bien pueden no ser falsos en su estado actual. Podemos saber bastante sobre una cuestión determinada para que, una vez convertidos en Adeptos, la conozcamos por entero; no estamos obligados a rectificar las ideas adquiridas anteriormente; bastará con ampliarlas.

Es muy difícil saber lo que se puede enseñar a la gente de fuera; también es bueno dirigirse a la autoridad de un Maestro para saber los puntos que, preferentemente, hay que exponer a todo el mundo. A menudo hemos de hablar de Teosofía a personas que no comparten para nada nuestro punto de vista. Cuando damos una conferencia pública, a veces sentimos que lo explicaríamos mejor si reveláramos un poco del sentido profundo y, sin embargo, vacilamos, tememos que esto no sea prudente.

Es evidente que, si quisiéramos enseñar a nuestro auditorio todo lo que nosotros sabemos de Teosofía, muchos de ellos no comprenderían gran cosa. Uno siente de inmediato la imposibilidad de hablar de los Maestros a algunas personas, porque la idea es para ellos totalmente extraña; con este tema, no cabe duda de que se daría pie a sus desconsideradas o burlonas observaciones, lo cual, además de dolernos, equivaldría para ellas a un Karma muy negativo. La persona que habla mal de los Grandes Seres asume una grave responsabilidad, y el hecho de que no se crea en Ellos no modifica en absoluto los resultados. Podemos no creer que un pedazo de metal que está caliente, pero si lo cogemos con la mano nos quemaremos. Las personas que dicen mal de Aquellos cuyas vidas y energías están por entero consagradas a la ayuda del mundo, cometen, a la par, un gran pecado de ingratitud y el hacer risibles las cosas santas, es decir, blasfemar. La ignorancia de Su carácter sagrado no tiene nada que ver en esto. De ahí la necesidad de medir bien nuestras palabras; el único objeto de una conferencia es el de beneficiar al auditorio; lo mismo podemos beneficiarles que perjudicarles al presentarles ideas de las que puedan burlarse.

Recordad estas palabras del Cristo, a menudo mal interpretadas: *"No echéis las perlas a los puercos"*. A menudo la gente se imagina que

aquí los hombres son comparados a los puercos. El gran Maestro no lo entendía seguramente así; quería decir, simplemente, que hacer partícipes dar las verdades internas a personas demasiado ignorantes para apreciarlas, sería tan insensato como echar perlas a los puercos; éstos, creyendo recibir el alimento y apercibiéndose de que las perlas no se comen, las patearían en el lodo, después se volverían contra el que les echa las perlas y le desgarrarían, furiosos por haber sido contrariados. Independientemente del valor que tengan para nosotros las perlas, para ellos resultarían inútiles. Esta es, en general, la actitud propia de las personas corrientes cuando les presentamos verdades que son incomprensibles para ellos; no ven el valor, las apartan y, lo más corriente es que nos reprochen airadamente el haberles proporcionado lo que ellas consideran inútil.

Siempre se ha aceptado que las verdades simples son las únicas que pueden presentarse a la mayoría de los hombres todavía poco evolucionados. Las grandes religiones han poseído todas una verdad especial que enseñaron con insistencia; si se acepta totalmente una de estas verdades, uno se da cuenta de que responde a casi todas las necesidades. Es muy necesario que algunas ideas sean implantadas en la mente de los egos en evolución; éstos pasan luego de religión en religión, de raza en raza, y se ilustran en cada una de ellas.

En el hinduismo, por ejemplo, se insistía especialmente en la gran idea del deber. Cuando esta idea domina la mente de un individuo, evidentemente, ésta le conducirá a llevar una existencia virtuosa y ordenada. La religión griega insistía en la belleza; la idea principal que la religión inculcaba a los griegos en toda su vida, era la de la belleza, expresión de Dios. En la medida en que un hombre embellecía su propio cuerpo y su entorno, les acercaba más al modelo deseado por Dios y así permitía al poder divino manifestarse más en él. El menor objeto cotidiano, pues, era siempre bello, no necesariamente caro o difícil de encontrar, sino bello por su forma y por su colorido. Esa era la realidad proclamada por Grecia en el mundo: el poder de la belleza.

El cristianismo tiene como idea central la devoción. La iglesia cristiana se ha propuesto durante siglos producir santos, personas virtuosas; se felicita de haberlo logrado y de haberse hecho acreedora

de ello. Celebra sus festividades y los coloca en el pináculo de todas las maneras. Examinando su historia se constata que pertenecieron a tipos distintos. Los unos, no cabe duda, eran importantes, instruidos y capacitados; otros, muy diferentes, eran muy sencillos y sin instrucción; su bondad era todo su mérito. Hace falta profundizar mucho para comprender que la religión cristiana tiene como meta, no solamente alimentar la llama de la devoción, sino, además, ayudar a los fieles en todos los niveles y en todos los puntos de vista.

Al examinar otras grandes religiones, tales como el buddhismo o el hinduismo, las vemos preparadas también para responder a todas las necesidades. Cada una tiene, para los hombres no cultivados, algunos preceptos que, si los observan realmente, les ayudarán a llevar una vida virtuosa. Poseen también, para aquellos que tienen necesidad de ello, importantes doctrinas metafísicas y filosóficas. En su forma actual, el cristianismo no hace lo mismo. No olvido los escritos de los Padres de la Iglesia. Remontándonos hasta Orígenes y Clemente de Alejandría, encontramos indicaciones relativas a estas elevadas doctrinas; estos autores nos dicen, por ejemplo, que el cristianismo poseía sus Misterios, pero el cristianismo de todas las grandes iglesias, griega, romana o anglicana, es ostensible que representa muy imperfectamente lo que fuera antaño.

Toda verdadera religión tiene que ser capaz de adaptarse a las necesidades de la humanidad más diversa; tiene que satisfacer al sabio y al erudito, como también al devoto sin instrucción; ciertamente, no tiene por qué considerar al hombre devoto, pero ignorante, por debajo del estudioso que quiere comprender. El cristianismo, desgraciadamente, tiene una innegable tendencia a condenar a los hombres deseosos de aprender; a despreciar su conocimiento y a llamarlo la sabiduría seglar, en definitiva, una tendencia a juzgar mucho más aptos para un progreso rápido a aquellos que toman la actitud infantil. El alma infantil tiene que actuar como a tal; toda religión tiene que poder satisfacerla, pero esa no es razón para no tener ningún alimento para uso de las almas más avanzadas. Las almas que, después de muchísimo tiempo y en otras vidas, han pasado por las primeras etapas de desarrollo, experimentan ahora el deseo de

comprender el gran Plan, de saber algo del mundo en el que viven, de los principios que le sirven de base y le permiten subsistir. Muchos de nuestros hermanos cristianos, para su gran alivio y con alguna sorpresa, han descubierto que la Teosofía es capaz de proporcionarles estos conocimientos, sin representar ningún atentado contra su cristianismo. La doctrina cristiana primitiva no encierra nada que contradiga ninguna ciencia, si bien, a partir de la edad media, la doctrina eclesiástica haya seguido una tendencia anticientífica.

En sus orígenes, el cristianismo llevó a cabo su cometido como lo hicieron las otras religiones; la única razón por la cual es cierto que actualmente tiene necesidad de completarse, es que ha sufrido particularmente la desaparición de su doctrina superior.

El Chohan termina la primera parte con estas palabras:

> *"Las escritas anteriormente son las primeras reglas escritas en los muros del Vestíbulo del Saber. Aquellos que pidan, obtendrán. Aquellos que deseen leer; leerán. Aquellos que deseen aprender aprenderán."* – (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Segunda Parte

Comentario Preliminar

C.W.L. —En la segunda parte de “Luz en el Sendero”, donde se supone que el estudiante ha recibido la Primera Iniciación, el hombre se eleva gradualmente hasta el nivel del Adepto. Sin embargo, más allá empieza una interpretación diferente y superior; esta interpretación ayuda al hombre convertido ya en Adepto a recorrer la etapa siguiente. Guardo del Swami T. Subba Rao, muy versado en estos temas, la opinión de que, en realidad, esta obra presentaba siete sentidos, siete modos de interpretación, pareciendo corresponder a diversos niveles, y que la interpretación más elevada conducía al hombre hasta la Iniciación del Mahachohan. Quede claro que se trata de temas que se nos escapan por completo. Este nivel es demasiado sublime para que nos sea posible comprender a lo que se refiere el texto. Talvez podamos vislumbrar un doble sentido, pero más allá, todo es inaccesible para nosotros.

La parte ya estudiada nos prescribe que rechacemos el yo inferior o personalidad; siguiendo la interpretación superior, deberíamos rechazar la individualidad. Si la primera parte, en su interpretación inferior, tenía por objeto la unión del Yo superior y del yo inferior, la segunda interpretación de la primera parte se refiere a la unidad del ego y de la Mónada. La segunda interpretación de la primera parte tiene que ser la primera de la segunda parte puesto que se deriva de la primera. Es bueno recordarlo; de ese modo podremos entrever aquí y allá todavía más arriba, el sentido de la primera interpretación.

> *“Del silencio que es paz, surgirá una voz resonante. Y esta voz dirá: No es suficiente; has cosechado, ahora tienes que sembrar. Y reconociendo esta voz como el silencio en sí, obedecerás. Tú que ahora eres un discípulo capaz de mantenerte firme, capaz de oír, capaz de ver, capaz de hablar, que has vencido el deseo y has alcanzado el conocimiento de ti mismo; tú que has visto el florecimiento de tu alma y la has reconocido y has escuchado la Voz del Silencio, dirígete al*

Templo del Saber, y lee lo que allí está escrito para ti."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Esta es la introducción a la segunda parte debida al Maestro Veneciano. Yo creo que primero es necesario examinar la frase inicial: *"Del silencio que es paz surgirá una voz resonante... Y reconociendo esta voz como, el silencio en sí, obedecerás"*. Entre los teósofos, se ha preguntado muchas veces, qué significaba exactamente la voz del silencio, pero actualmente se está casi de acuerdo en reconocer que el sentido de esta expresión varía. El silencio representa siempre lo que se encuentra inmediatamente más allá del punto alcanzado por el hombre; la voz del silencio es la voz que le llega de lo alto, la del ser interno, de la que ya hemos hablado.

En todos los casos, la voz que llega de lo alto es esa voz que una vez se ha escuchado exige obediencia. Al nuevo iniciado (interpretación inferior) o al nuevo Adepto (interpretación superior), la voz le dice que, si descansa en la felicidad de su inefable paz, no debe complacerse demasiado tiempo en ello. En el silencio, el hombre se maravilla de los dones gloriosos que le ha conferido la Iniciación; se toma algún tiempo en la contemplación; estudia todas las cosas a la nueva luz de la que ahora está rodeado. Pero la voz resuena; le dice que, habiendo cosechado, tiene que sembrar de nuevo. El hombre, cuando ha alcanzado este grado y ha ganado todo lo que esto implica de conocimiento, de seguridad y de paz, tiene que tratar de transmitir estos dones a otros; no tiene que contentarse con haberlos obtenido para él mismo.

El Chohan recuerda en seguida al estudiante las facultades que ha adquirido: *"Tú que ahora eres un discípulo capaz de mantenerte firme, capaz de oír, capaz de ver, capaz de hablar"*. Tal como lo explica el Maestro, la capacidad de mantenerse firme significa tener confianza. Esta confianza el hombre la tiene por su conocimiento. En la primera Iniciación, se le ha concedido al discípulo un primer contacto con el plano búddhico; de aquí el hecho de algunas experiencias, no necesariamente muy prolongadas, pero por lo menos bien claras, que le permitirán constatar por sí mismo la existencia de semejante realidad y la unidad de la vida.

A continuación, viene una extensa nota del Maestro Hilarión, y al primer golpe de vista vemos que en la segunda parte trata muy diferentemente el conjunto del tema. Nos había dado una especie de comentario general del texto; aquí nos explica cada palabra; evidentemente, considera que esto es mucho más difícil de entender y que exige, no un simple comentario, sino una explicación.

Para empezar, dice:

> *"Ser capaces de mantenerse firmes, quiere decir tener confianza; ser capaz de oír es haber abierto las puertas del alma."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

La expresión *"puertas del alma"* recuerda el nombre pâli que se da en al Sendero de probación a la primera cualidad que se exige, el discernimiento entre lo real y lo irreal, llamado en pâli manodwâravajjana, es decir, "la apertura de las puertas de la mente". La mente del hombre, al haber empezado a distinguir entre los objetivos dignos de ser perseguidos y aquellos que no merecen la pena, ha abierto sus puertas a fin de recibir la verdad. En el momento de la Iniciación, quedan otras puertas por abrir, las del alma; en otras palabras, el hombre tiene que adquirir la conciencia búddhica. Entonces, por primera vez, el hombre es realmente un alma y mira todas las cosas como las mira un alma. Por debajo de este nivel impera la separación, debida a la materia, si bien, incluso en el cuerpo causal, el hombre está muy alejado todavía de concebir el significado real de la existencia, tal como la ve el alma; pero, al alcanzar la conciencia búddhica, el hombre alcanza una condición que difiere no solamente en gradación, sino incluso en la naturaleza de la condición precedente. He aquí por qué se le concede tanta importancia; y he aquí por qué está comprendida en la primera Iniciación, aun cuando nos sea posible alcanzar esta conciencia fuera de la Iniciación y antes de llegar a ésta.

> *"Ser capaz de ver, es haber alcanzado la percepción."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Si es verdad que el iniciado percibe directamente mucho mejor el mundo físico que el hombre corriente, también es cierto que el resultado de sus observaciones es muy superior a lo que se puede expresar fácilmente o comprender con precisión. Desde hace

muchísimo tiempo, los pensadores han hecho de la existencia o de la no existencia de Dios el objeto de sus interrogantes, de sus discusiones, de sus razonamientos. Ningún clarividente instruido hace lo que ellos, porque éste sabe. No quiero decir que vea a Dios. *"Nadie ha visto jamás a Dios"* nos dice el texto cristiano.– (Juan 1:18)

Esto no es totalmente exacto si se trata del Logos Solar, pero para la mayoría de los estudiantes esto es cierto. Sin embargo, si bien es verdad que en general los hombres no han visto la electricidad, son numerosas las pruebas de su existencia. Nuestra iluminación por electricidad, la fuerza motriz de nuestros tranvías nos lo demuestran, por más que nunca hayamos visto esta energía. Igualmente, el clarividente, sin haber contemplado jamás la Divinidad Solar, ha constatado lo suficiente Su actuación para hallar en ello la prueba de Su existencia. Este es pertinentemente nuestro caso en numerosos datos teosóficos relativos a los temas más elevados. No siempre sabemos directamente, pero vemos los resultados.

Por debajo del rango del Adepto, nadie puede ver la Mónada, pero el Arhat sabe que existe en el plano nirvánico que se encuentra inmediatamente debajo de la morada de la Mónada; nosotros percibimos una triple manifestación llamada por nosotros el triple espíritu. Los rayos que de ella emanan convergen manifiestamente, elevándose al punto superior; tienen que unirse; lo comprendemos, si bien su reunión se nos escapa. Los fenómenos que percibimos y que se relacionan con ellos nos hacen pensar que estos rayos no pueden ser más que las tres facetas de un único y grande cuerpo, o de una gran luz. Es por eso que, sin haber constatado realmente con nuestros ojos la existencia de la Mónada, admitimos su existencia basándonos en un testimonio que merece nuestra confianza absoluta: el testimonio de nuestros Maestros; además, los fenómenos visibles postulan para nosotros en el plano más elevado que nos es accesible, postulando la existencia de semejante realidad.

Estos Grandes Seres nos han hablado de algunas cosas todavía inaccesibles para nosotros, pero, invariablemente, cuando hemos dado un paso adelante, hemos podido comprobar mucha ventaja. Esto nos pasa muchas veces. Entonces, si al alcanzar el nivel del cual se trata en

el texto, todavía no somos capaces de ver al Logos, Su existencia se nos afirma por tales testimonios que nos sentimos en la imposibilidad de no creer en ello. Estos testimonios y también el movimiento de la ley de evolución nos dan la absoluta certeza de que todo va bien.

Para eso es necesario un principio de visión superior; y esto es extremadamente importante. Antes de llegar allí, imagino que a duras penas el hombre comprende la naturaleza de esta absoluta certeza; no hay ningún desastre final y, a pesar de la oscuridad que rodea las cosas, esto es una simple apariencia. Muy pronto las nubes se disiparán y el sol eterno que no ha dejado de brillar por debajo de nuestras cabezas, se mostrará de nuevo.

Habituándose un poco a ello, tal vez no es muy difícil llegar a la convicción de que, por lo que se refiere a nosotros personalmente, todo está bien. En el transcurso de la vida nos encontramos con toda clase de sinsabores y dificultades y, sin mencionar siquiera el ocultismo, el hombre con mentalidad teosófica muy pronto reconoce que lo que le acontece tiene menos importancia que su propia actitud, y que puede sentirse feliz en circunstancias donde muchos otros se sentirían afligidos. Lo contrario es verdad. Un hombre puede encontrar el medio de ser desgraciado en circunstancias en las que otros, en general, estarían contentos. Además, no tiene que ser tan difícil creer que todo lo que nos concierne, labora para nuestro bien; creerlo mismo con relación a aquellos que nos son queridos lo es mucho más, si los vemos en dificultades, en el error, en el sufrimiento. Sentimos mucho más dolor al pensar que para ellos todo pasa regularmente, porque, naturalmente, sentimos por ellos un interés protector: quisiéramos ahorrarles los embates del Karma.

El amor es ciego, se dice; talvez en un sentido impide ver claro, sin embargo, mi propia experiencia me ha demostrado lo contrario: un vivo afecto nos hace estar particularmente atentos por lo que respecta a un defecto y quisiéramos contribuir a eliminarlo. El dicho, tal como se interpreta, significa que los defectos de la persona amada no los vemos; sea como sea, desde que nace en nosotros el sentimiento de lo real, entre otras grandes ventajas, tenemos la absoluta certeza, para nosotros mismos y para nuestros seres queridos de que todo es para

bien y que el resultado será, a fin de cuentas y en todos los casos, el mejor posible; esta seguridad es una abundante fuente de paz.

> *"Ser capaz de hablar, es haber obtenido el poder de auxiliar a los demás."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Elección significativa: el Maestro señala la palabra como el modo de ayuda que nos resulta más fácil. Y eso es verdad para la mayoría de nosotros. En el plano físico, podemos ayudar a los demás de diversas maneras, pero la más eficaz, para nosotros los teósofos, consiste en hablar o en escribir, otra modalidad de la palabra. Podemos comunicar lo que sabemos. Sin poseer el conocimiento directo, algunos de nosotros tienen la íntima convicción de que tendríamos mucha dificultad para explicarnos si se nos pusiera a prueba. El enorme ascendente de la Dra. Besant es debido al sentimiento que invade a sus oyentes cuando ella habla de lo que sabe; además, su elocuencia es extraordinaria. No cabe esperar adquirirla en poco tiempo, porque la elocuencia no es un don; la suya es el resultado de un duro trabajo proseguido durante muchas existencias, en el curso de las cuales la Dra. Besant ha concentrado en el arte de la oratoria una gran parte de su poder intelectual; de aquí su talento actual. Un día la felicitaron por su admirable elocuencia. "Yo hablo en público después de doce mil años, respondió; debería empezar a estar acostumbrada". Sólo esta práctica le ha valido su notable poder, y nosotros, sin unos esfuerzos parecidos a los suyos, no podemos esperar alcanzar el mismo resultado. Sin embargo, sin poseer esta elocuencia sin parangón, todos nosotros podemos hablar de las cosas que sabemos; a nuestra convicción responderá la confianza de nuestros oyentes.

Cuanto más seguros estamos de nosotros mismos, tanto más hacemos partícipes a los demás de nuestras convicciones; también nuestra ayuda es más efectiva. Profundicemos cada día más en nuestros estudios, no nos contentemos con la interpretación superficial de las ideas teosóficas; estas ideas tienen que impregnar nuestra vida. Soy consciente de que algunos miembros de la Sociedad Teosófica, que ingresaron hace veinte años, no saben más hoy de lo que sabían el día de su admisión. Pero también sé que muchos miembros antiguos han asimilado la doctrina hasta el punto, por así

decirlo, de hacer de ella una parte de sí mismos; estos miembros son capaces de hablar con seguridad, con una seguridad que los estudiantes, a pesar de su entusiasmo, no adquieren fácilmente. Hoy como antes, sigue siendo verdad que:

> *"Si alguien quiere hacer la voluntad de Dios, sabrá si la doctrina es de Dios"*– (Juan 7:17)

La única manera de adquirir la certeza antes de que el conocimiento directo sea accesible para nosotros, es la de vivir como si la doctrina fuera verdadera; entonces, bajo nuestros ojos, los hechos se multiplicarán poco a poco y la confirmarán; cada uno de ellos, por sí solo, puede parecer insignificante, pero reunidos, constituyen un testimonio imposible de poner en duda o de rebatir.

> *"Haber conquistado el deseo, es haber aprendido a utilizar y a controlar el yo; haber alcanzado el conocimiento de sí mismo, es haberse retirado a la fortaleza interna desde donde el hombre personal puede ser contemplado con imparcialidad."*
> — (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

En este caso, la fortaleza interior queda claro que es el ego. En una etapa más avanzada, la fortaleza interior es la Mónada a la cual tiene que unirse el ego. Ya he explicado de qué manera el ego desciende a la personalidad. Hace falta tener una idea muy clara de ello. La Mónada hace descender un rayo surgido de ella misma -no hallamos un símil más apropiado- hasta el plano nirvánico que se encuentra inmediatamente por debajo del suyo. El rayo se divide en tres y se convierte en el triple atma o triple espíritu; bajo estos tres aspectos éste desciende y se manifiesta en los planos inferiores donde se presenta como atma-buddhi-manas cuyo conjunto constituye el ego. Ahora bien, este ego no es más que una manifestación parcial de la Mónada; no es más que un pequeño fragmento, podría decirse; sin embargo, se comporta como si fuera una entidad completamente independiente. Igualmente, la persona corriente considerándose una entidad separada, está dispuesta a creer que el alma flota imprecisamente por encima de su cabeza, como un globo cautivo.

Todos los teósofos que no conocen la obra creo que harían bien en leer "La Personalidad Humana", del profesor Myers, donde el autor

expone de la manera más magistral, la relación entre el Yo superior y el yo inferior; estas páginas tienen para nuestros miembros un interés muy particular, porque el profesor Myers, al principio escéptico, termina por admitir las apariciones y, en definitiva, todo lo que sigue. A menudo me he encontrado con él. Veía mucho a Madame Blavatsky; muy impresionado por lo que ella le decía, sin embargo, jamás se declaraba satisfecho; buscaba siempre precisiones parapetándose en su punto de vista intelectual; ahora bien, esto es precisamente lo que no puede darse, por una dificultad insuperable, respecto a todo lo que corresponde a los planos superiores. No se pueden expresar en los términos de los planos inferiores las funciones, poderes o condiciones de los planos superiores; es tan imposible como aplicar al contenido de un cubo las medidas de superficie. Esa es precisamente la diferencia.

El profesor Myers buscaba experimentar el mundo superior en los términos del mundo inferior. La aproximación podemos buscarla; podemos aplicarnos a ello tratando de estimular la imaginación de nuestros lectores y oyentes, pero nos faltan las palabras en sí; no porque se nos imponga el silencio, sino porque la expresión deseada es imposible. Para que los ojos se abran en los grandes planos superiores, es necesario desarrollar nuestras facultades superiores. A pesar de todo lo que podamos haberles dicho relativo al mundo astral, las personas que acceden a este mundo con plena conciencia, dicen: "No me habían dicho ni la mitad". Es verdad, las palabras no fueron suficientes. Si las cosas de lo alto escapan realmente a nuestra comprensión, ya es una satisfacción y una ventaja muy grande el conocerlas parcialmente. Puede que sólo comprendamos a medias, pero sabemos bastante para estar seguros de que no hay que tener miedo, ni dudar; y ahí está la grande y magnífica ventaja que debemos al estudio teosófico.

> *"Haber visto la expansión de tu alma, es haber obtenido una visión momentánea en ti mismo de la transfiguración que te convertirá, finalmente, en más que un hombre."* – (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Al llegar a la conciencia búddhica, el hombre consigue la percepción

interna que va más allá de la percepción, porque comporta además el sentimiento. Esto es tan extraordinario, tan absolutamente nuevo en la experiencia humana, que el Maestro vuelve sobre ello una y otra vez, repetidamente, de diferentes maneras y desde diferentes puntos de vista. Vislumbrar por primera vez lo que hará de él más que un hombre, he aquí en lo que consiste el primer contacto con la unidad en el Logos o Dios de nuestro sistema solar. Recordad sin embargo que, en la Iniciación, el hombre no recibe la plena conciencia búddhica, y que no desarrolla en modo alguno un vehículo búddhico.

El discípulo, habiéndose ya familiarizado con el desarrollo de la conciencia búddhica, ha realizado por lo general algunas experiencias en este plano. En caso contrario, su primera experiencia tiene lugar ahora; tiene que ver directamente con las trabas de las que empieza a deshacerse. Las tres primeras a rechazar son la ilusión del yo, la duda y la superstición. El espectáculo entrevisto hace que se desmoronen. Nada de separación ilusoria cuando se ha reconocido la unidad; poner en duda los hechos resulta imposible. Al discípulo se le dice que no tiene que dudar ni de la evolución, ni de la gran ley del Karma, ni de la posibilidad de realizar por la santidad los mayores progresos. Esta es con toda certeza la verdad; el hombre adquiere la seguridad; puede ver estas leyes operando y, como sea que se encuentra en el punto de encuentro de numerosos caminos, conoce la multiplicidad, así como la meta común, es decir, la Bienaventuranza; se ha desprendido de la superstición de creer que para llegar allí le era necesaria una religión determinada; de pie en la cima de la montaña, distingue todas las rutas que a ella conducen y reconoce que todas son buenas. A esta experiencia búddhica se le concede, pues, una gran importancia; desde muchos puntos de vista, esta experiencia proporciona una panorámica de aquello “que te convertirá, finalmente, en más que un hombre”.

Para el hombre convertido en Adepto, la experiencia significa mucha ventaja, porque se ha unido definitivamente a una determinada manifestación de la Divinidad. Manifestándose en los planos donde el conjunto constituye el plano prakrítico, es decir, el menos elevado de los grandes planos cósmicos, esta manifestación se muestra a la vez Triple y Una, la santísima Trinidad, el triple aspecto de la misma

gloriosa Unidad.

Incesantemente se nos repite que al pensar en Dios hemos de evitar siempre "confundir las Personas" y "no dividir la Substancia", y esforzarnos por captar la idea de este gran Misterio de los Tres que no son más que Uno; imposible comprenderlo y explicarlo perfectamente. En la comprensión de este Misterio, está involucrada una tal importancia, en todo tiempo y en casi todas las religiones, que su puesta en práctica es ciertamente extrema. Miles de personas han dicho que todas las doctrinas de este tipo representaban un simple valor teórico y que no influían para nada en la vida cotidiana. Eso no es absolutamente exacto. Tened por seguro que es necesario poseer un conocimiento por lo menos rudimentario. El conjunto se nos escapa, pero no tenemos que ignorar ni la existencia de estos tres modos de energía, ni el hecho de que la energía es una. Si lo ignoramos, la manera en que nuestro mundo llegó a la existencia es para nosotros tan inconcebible como el hombre mismo, porque al haber creado Dios al hombre *"a Su imagen y Semejanza"*, el hombre presenta la misma característica: la triplicidad en la unidad. Los Tres y el Uno, en nuestro plano cósmico prakrítico, se presentan de una manera muy parecida a atma-buddhi-manas en el hombre o más bien, en términos más correctos, este triple aspecto del ego se parece al Primero.

El Espíritu supremo corresponde al más elevado de nuestros planos; el segundo Aspecto de este espíritu desciende un plano y por consiguiente presenta dos cualidades: una en el plano superior y la otra en el plano de debajo. Se ve en ello una dualidad. Para el cristianismo, el Cristo es Dios y hombre. Nosotros leemos en La Doctrina Secreta que:

> *"Este aspecto siempre es doble: es igual a Dios por lo que se refiere a Su Divinidad, pero descendiendo un plano es inferior al Padre por lo que respecta a Su Humanidad; sin embargo, estos dos aspectos no están separados: forman un solo Cristo, y este Cristo es uno con el Padre."*

La Tercera Persona de la Santísima Trinidad desciende al segundo plano donde se encuentra a la altura del Hijo, después, desciende todavía un grado y se manifiesta en la región superior de lo que

nosotros llamamos algunas veces el plano nirvánico o átmico, absolutamente inaccesible todavía para nosotros. Se instala allí. A partir de entonces, tenemos tres líneas formando un triángulo: primero la línea horizontal que une los tres Aspectos o Personas en su propio nivel, después la perpendicular del triángulo (descendiendo en este caso de lo que podemos llamar la base, en lugar de elevarse hacia ella), que establece la unión entre los tres diferentes estados o aspectos de las Tres Personas; finalmente, la hipotenusa del triángulo, cuyo cuadrado es igual a la suma del cuadrado de los otros dos lados, y que representa la Divinidad. Para nosotros, aquí abajo, las Tres Personas son así representadas como Personas y sin embargo reunidas en una sola.

El hombre se convierte en Adepto cuando eleva al plano nirvánico Su conciencia ordinaria, y el mismo hecho que Le diferencia y le confiere el Adeptado es la unión de la Mónada con el ego. Al haberse unido a la Mónada, el Adepto se encuentra elevado al nivel de la tercera manifestación -o manifestación inferior- de la Divinidad. He aquí porque Ella se derrama en Él como lo da a entender la descripción de Pentecostés. Después de haber pasado por la crucifixión y por la resurrección que representa el nivel del Arhat, el hombre tiene ante sí la Ascensión, a la cual le sigue el descendimiento del Espíritu Santo. En el símbolo, tal cual se nos ha dado, el Cristo se eleva y el Espíritu Santo desciende sobre los apóstoles, según el relato evangélico, independientemente del Cristo y después de Su marcha. Sin embargo, la gran doctrina gnóstica de la Pistis Sophia nos dice que después de Su ascensión, el Cristo, siguió todavía aquí abajo, instruyendo a Sus fieles durante once años. Se ve así que el descendimiento del Espíritu Santo tuvo lugar, no después, sino ciertamente durante Su presencia en Su iglesia; este descendimiento debe significar la llegada al adeptado de todos los hombres, representados por los apóstoles (independientemente de quienes fueran éstos) y eso porque *"las lenguas de fuego se posaron sobre ellos"*, declaración que se parece mucho a algunos fenómenos muy conocidos en Oriente.

Las personas que han visto, bien las estatuas de Nuestro Señor el

Buddha, bien aquellas de los grandes santos o dioses de la India, han observado la frecuente presencia, en el extremo de la cabeza, de una curiosa cúpula de dos pisos; son muy pocos los que saben lo que esto significa. En el extremo de la cabeza hay un chakra llamado a veces "el loto de los mil pétalos". En el hombre ordinario, es un simple remolino o concavidad en el cuerpo etérico, pero cuando el hombre ha alcanzado un determinado nivel superior, es capaz de hacer girar este chakra hacia el exterior y convertirlo en convexo. Esto es lo que quieren representar los artistas cuando dotan a Nuestro Señor el Buddha de esta curiosa cúpula doble sobrepasando la cabeza. Como sea que el chakra, convertido en luminoso, da muy bien la impresión de una llama, la expresión *"lenguas de fuego"* es pues, a la vez, poética y precisa.

Siguiendo el texto sagrado, hay otro fenómeno extraño que acompaña a la efusión del Espíritu Santo: aquellos que hablaban eran entendidos por cada uno en su propio idioma. Nuestros conocimientos actuales no nos permiten afirmar que este fenómeno sea inseparable del adeptado, pero sí que pertenece, efectivamente, a un grado más elevado. Yo mismo he sido testimonio de ello una vez. Sí vemos, en el relato en cuestión, un hecho histórico, ese don habría sido pues conferido a los apóstoles.

Clarividentemente, no hemos constatado que los apóstoles fueran agrupados de esa manera. No es que Pedro no existiera, sino que los Pedro eran numerosos. Este era el título dado al jefe de cada iglesia (petros = piedra o fundamento sobre la cual se edificaba la iglesia). El símbolo está bastante bien escogido, porque sabemos cuán a menudo las ramas teosóficas y otras agrupaciones dependen incluso de una sola persona. Parece que antiguamente también ocurría así. Había entonces hombres capaces de dirigir. El que sabe conducir, siempre es seguido; su experiencia es la roca que sirve de base a esa iglesia en particular. En cuanto al resto, nuestras investigaciones no han llegado tan lejos como para precisar más, pero la narración despierta en nosotros serias dudas. El mismo Orígenes, al prevenirnos especialmente de no ver en ello un hecho histórico, ¿no lo comparó a la historia de Agar e Ismael, de quienes se escribió en la Biblia: *"Estas*

cosas tienen un sentido alegórico" ? – (Gálatas 4:24)

Al aplicarles este principio, estas cosas ganan mucho en importancia y utilidad, porque, según los términos de Orígenes: "Que estas cosas hayan tenido lugar, o no en Judea, siempre ocurre que llegan permanentemente a las vidas de los cristianos". Y eso es lo importante de la cuestión, no el hecho material en sí.

Así pues, el Adepto se une conscientemente a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Esta unión tiene que parecerse a la manera en que, en el plano inmediatamente inferior, llegamos a la unidad de conciencia. Llegados a la plena conciencia propia del nivel nirvánico, constatamos que nuestros semejantes parecen formar parte de nosotros mismos; todos se ven entonces como facetas del Uno.

> *"Reconocer, es llevar a cabo la grande empresa de contemplar la luz resplandeciente sin bajar la vista, y sin retroceder presa del espanto, como ante un fantasma horrible. Esto les pasa a algunos, y así cuando la victoria está lograda, la pierden."*–
> (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Parece muy extraño que en semejantes alturas el desfallecimiento sea todavía posible y, sin embargo, algunas veces es así. Antes de alcanzar este nivel, el hombre debería haber llegado a ser completamente inaccesible al miedo; no obstante, hay personas que retroceden ante estos magníficos desarrollos, ante el temor de perder su individualidad. En un nivel muy inferior, al hombre le espera el mismo riesgo después de la muerte. Muchas personas se agarran a la vida física, persuadidos de que no existe otra. En este caso, el doble etérico, compuesto de materia física, al estar separado del cuerpo denso, el hombre en su cuerpo astral se aferra a este doble del que todavía está rodeado, en lugar de permitirle disiparse normalmente; de ese modo se prepara las más dolorosas experiencias: vive en "el mundo gris" como a veces se le llama.

En este nivel más elevado encontramos el mismo fenómeno. Durante todas sus encarnaciones, el hombre ha poseído un cuerpo causal; identifica este cuerpo causal con su individualidad y teme perderla. La bienaventuranza y la luz infinita del plano búddhico están ahí, delante de él, pero sólo puede alcanzarlos si abandona su cuerpo

causal, y esta perspectiva, algunas veces le asusta. Temiendo perderlo todo al perder eso, temiendo sumergirse en esa luz infinita, cuando llega al umbral, retrocede. La fusión en la unidad, esta experiencia todavía desconocida, le da miedo; ignora que después de esta fusión el sentimiento de su identidad no habrá cambiado; que la gota no se perderá en el océano, sino que en ella se verterá el océano.

A niveles inferiores, de cuando en cuando se nos ofrecen otros ejemplos del mismo estilo. El hombre que actúa en su cuerpo mental teme a veces abandonarlo y se recluye en el cuerpo causal que no es concreto, sino abstracto; llegado a esa etapa duda y tiene miedo de avanzar. En todos estos casos, el progreso del hombre depende de la energía de que dispone, del entusiasmo y de la extrema devoción que lo animan. Si se encuentra allí por la fuerza del impulso, la duda demuestra que le falta entusiasmo, porque el miedo y un entusiasmo de esta clase se excluyen mutuamente. En el momento en que el hombre cede al temor, suelta la presa, retrocede y pierde el terreno conquistado.

Este retroceso no siempre carece de justificación; la razón me parece ser pues, que al traspasar el nivel en el que él es consciente, el hombre cae en trance y se pierde a sí mismo. En la India, se habla de que se pasa a samadhi. Preguntándonos lo que muy bien pudiera ser este estado, lo reconocimos sucesivamente en diversos niveles y vimos que no era constante. Hizo falta largo tiempo para descubrir que el samadhi varía según las personas. Es la condición inmediatamente por encima del nivel en el que el hombre es capaz de permanecer consciente. Para un salvaje cuya conciencia es clara únicamente en el plano físico, el plano astral representa el samadhi. Para la mayoría de los hombres de nuestra raza, ignorantes de estas cuestiones, el paso al cuerpo causal sería el samadhi, porque allí no serían lo bastante conscientes para conseguir la menor ventaja de esta experiencia. Muchos de entre nosotros, si llegaran a forzar el paso al plano búddhico, permanecerían inconscientes en él; en otras palabras, reintegrados a sus vehículos inferiores, no aportarían a ello ningún nuevo conocimiento, excepto la sensación de una máxima felicidad, la sensación de haber estado sumergido en toda una serie de glorias

intangibles, pero sin conocimientos precisos y sin una nueva facultad para llevar a cabo nada útil.

Esta clase de samadhi -esta condición inmediatamente superior a vuestra conciencia actual nuestros Maestros no la recomiendan; Ellos nos dirían: "Ciertamente, ascended hasta el nivel más elevado accesible para vosotros, pero hacedlo conscientemente; proceded gradualmente; no lo hagáis de un solo golpe; sed prudentes; que vuestro esfuerzo ascendente sea continuo, sin ninguna pérdida de conciencia". Algunas posibilidades podrían llamarse peligrosas, pero nada es realmente peligroso porque, en esos niveles superiores, el hombre, al contrario de lo que ocurre aquí abajo, no tiene una vida separada que perder. Sólo hay un riesgo: las experiencias temerarias pueden hacerle perder la dirección normal de la evolución. Para el estudiante normal esto no es probable, porque trabaja con una continuada aplicación en niveles que conoce, blanco de sus esfuerzos.

La posibilidad de desfallecer por miedo a desarrollos superiores se nos recordaba de manera sobrecogedora en las iniciaciones de los antiguos misterios egipcios. Se enseñaba a los candidatos el hecho de que buscando instruirse no tenían que ser ni imprudentes ni temerosos. Dirigido hacia la puerta de la cripta o sala subterránea donde tenían lugar estas grandes ceremonias, el candidato recibía al respecto una lección práctica: al entrar, la punta de una espada rozaba su pecho, lo cual simbolizaba la necesidad de no lanzarse sin reflexionar ante estos misterios; al mismo tiempo, era conducido por su guía, con una cuerda alrededor del cuello, de tal manera que si en su espanto hubiera retrocedido bruscamente, habría sufrido por ello. Esta explicación se le daba posteriormente. Aprendía la necesidad de permanecer en calma y confiado, de no lanzarse nunca imprudentemente a lo desconocido ni, por el contrario, retroceder intimidado al realizar ese encuentro en apariencia terrible.

Nuestra gran fundadora, la misma Madame Blavatsky, a quien nadie podría reprochar falta de coraje; ella que, con vestimenta masculina luchó bajo las órdenes de Garibaldi en 1864, me contó que, llevada ante la presencia del Señor de la Tierra, del Iniciador Único, del gran Rey Espiritual de nuestro mundo, inclinó el rostro hacia el suelo,

incapaz de mirarle, a causa del formidable poder y de la majestad impresa en Sus rasgos. Todos los candidatos no se ven afectados de la misma manera, sin embargo, si la impresión sufrida por una persona tan intrépida como Madame Blavatsky ha sido tan fuerte, uno puede imaginarse que, el encontrarse cara a cara con el representante del Logos Solar en este planeta, no se trate de una prueba ordinaria: se trata de una experiencia prodigiosa.

Las personas que se han convertido en discípulos del Maestro, un día, en el momento oportuno, serán conducidos por Él al camino que desemboca en la Iniciación; entonces tendrán que afrontar la presencia del Iniciador Único, no desde el primer paso, ni siquiera después del segundo, sino después del tercero y del cuarto. De aquí hasta entonces, en el curso del camino, habrán pasado por tantas experiencias que, en cierta medida, estarán preparadas; Madame Blavatsky también lo estaba; por consiguiente, no tengo más que repetir sus palabras. Estoy completamente de acuerdo con ella: Esta mirada irradia poder y majestad -un poder absolutamente increíble y que sobrepasa toda imaginación, pero también expresa tal amor que, en Su presencia, el miedo tiene que ser, a mi entender, imposible; yo no creo que Madame Blavatsky lo haya tenido, sino únicamente un temor respetuoso como si para ella la luz fuera deslumbrante e insostenible; sabía que era imposible de soportar.

Aquí no se trata del encuentro con el Iniciador Único, sino del encuentro con nuestro propio Yo superior, de la entrada en el dominio espiritual más amplio. En el umbral, los hombres retroceden; temen que, al adentrarse en este mar luminoso, no puedan jamás volver atrás y pierdan su individualidad. Basta con reflexionar para decir que muchos otros se han adentrado sin perderse, pero en momentos así no siempre se reflexiona; tal vez uno actúa más bien por instinto. Esta acción instintiva hay que intentar que sea razonable y correcta. No retrocedamos ante lo divino, que se manifieste en nosotros mismos o en los demás. Algunos, se nos dice aquí, han retrocedido y han renunciado a la victoria en el momento en que eran vencedores. Una deplorable debilidad; pero las expresiones utilizadas no tienen que despertar en nosotros ideas que no son.

A menudo se nos advierte que cuanto más se eleva un hombre más expuesto está a una caída profunda. Existen varias razones para ello; he aquí una de ellas: el hombre puede hacer un mal uso de la fuerza divina que le ha sido concedida. Otra razón: puede caer en una condición tal, que se produzca una pérdida en el canal formado por un grupo de discípulos del que él forma parte. Los Grandes Seres hacen pasar por un canal así una inmensa corriente de energía sin posibilidad de hacer que retroceda. Si el canal no es arreglado, una gran parte de esta energía corre el riesgo de perderse. Esta inmensa corriente no va siempre en la misma dirección; tan pronto actúa de un modo como de otro; la finalidad varía y el éxito no está asegurado más que si todas las personas que forman el canal, cada una en su sitio, se mantienen incólumes. Una debilidad individual sería deplorable; sería motivo de un escape muy grave, dada la extrema presión de la energía; para la persona en cuestión, ello representaría una caída. Igualmente cae el hombre quien, ante el temor de las responsabilidades, se abstiene de una tarea útil puesta a su alcance.

Cuanto más se eleva un hombre, más profunda es su caída. Sería muy triste que, llegado a la cima, un hombre se dejara caer, pero al haber llegado tan arriba, es muy improbable que se precipite hasta el fondo. No demos por supuesto que una caída como esa de la que nos habla el texto, sea fatal:

> *"El que sube, puede caer; el que cae puede levantarse; la rueda gira sin cesar"*– (La Luz de Asia, libro 8)

Ninguna caída es fatal, porque la voluntad de Dios es que todo hombre progrese; por consiguiente, todo hombre progresará; la rapidez de su marcha estriba sólo en el proceso.

Una debilidad como esa representaría una gran ocasión desperdiciada, pero no restituiría al hombre a su punto de partida; significaría que, desarrollando en sí, metódicamente, la conciencia de su propia divinidad, tiene que depositar en ella su confianza.

Evidentemente, esto no es nada fácil: una persona que, en un momento crítico, ha perdido todo control sobre sí misma, y toda su sangre fría, no los recupera sin esfuerzo. Si, durante la ascensión, el

hombre mira por debajo de él y ve un abismo, sin duda tendrá miedo de caer; si nunca ha tenido miedo, tiene muchas oportunidades de llegar a la cima sin temblar. El hombre que, mirando al abismo, ha perdido su sangre fría, pasará mucho tiempo antes de que pueda reemprender su ascensión en condiciones seguras. Pero nadie dará por sentado que su caída es definitiva. Es de compadecer; no debería haber cometido este fallo; nos vemos obligados a admitirlo y a expresarlo de esta manera; pero recuperará sus medios y, más pronto o más tarde, volverá a ponerse en marcha.

Es muy fácil decir que hemos de poner en nuestra divinidad una perfecta confianza; es mucho más difícil cuando nos enfrentamos con una de estas grandes pruebas. En caso de caer, por lo menos se puede estar seguro de que el trabajo realizado se tiene en cuenta; no es posible, pues, una caída irremediable. Así es como en el plano físico puede que uno no apruebe un examen; es un serio contratiempo, pero el candidato conserva todas las condiciones que adquirió al prepararse para el examen; cuando está dispuesto para intentarlo de nuevo, está casi seguro de que lo aprobará.

La muerte súbita de una persona cuyos progresos ocultos son rápidos, a menudo parece muy lamentable. Uno se siente tentado a decir: "¡Qué lástima! Si hubiera continuado progresando de esta manera, sin duda que en la vida presente ya hubiera llegado a la Iniciación". No; lo que ha pasado es consecuencia del karma, y para bien; el difunto no perderá lo que había logrado. El Yo superior conserva todas sus adquisiciones; tendrá que diseñar para su uso un nuevo vehículo físico; y esto será una tarea fácil, hasta el punto en que había quedado el último; las dificultades no empezarán de nuevo hasta más tarde.

> *"Oír la Voz del Silencio es comprender que la única dirección verdadera llega de dentro; encaminarse al Vestíbulo del Saber, es entrar en el estado en que es posible aprenden. Entonces se escribirán allí para ti muchas palabras en caracteres de fuego para que tú las leas con facilidad. Porque cuando el discípulo está preparado, el Maestro también lo está."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Como ya hemos visto, el templo del conocimiento empieza en el plano astral, el primer plano en el cual puede que sea posible no aprender nada preciso sobre los estados superiores. Eso no significa que no haya allí nada que aprender sobre los planos superiores, por ejemplo, en el mundo celestial. Allí hay mucho que aprender, pero, para el hombre ordinario, el templo del conocimiento está en el plano astral; al abandonar su cuerpo físico para entrar en el mundo astral, recibirá allí una buena parte de la instrucción que se le ha de dar.

Muy a menudo los estudiantes no comprenden muy bien lo que significa ser aceptado como discípulo por un Maestro. Algunos parecen creer que, si se les concede este gran privilegio, recibirán continuamente lecciones del Maestro y que Él les instruirá en los menores detalles que interesan a su desarrollo. Cuando el Maestro acepta discípulos a prueba, los observa en su vida ordinaria mucho más de lo que les instruye. Tiene pues, -y este es un punto muy importante-, que tener ante Él, en todos sus detalles, la vida, los pensamientos y los sentimientos del discípulo, a fin de comprobar si, para más ventajas, puede asociarlo a Él más íntimamente; este conocimiento le es necesario antes de ir más allá; una falta de predisposición por parte del discípulo sería motivo de grandes molestias para el Maestro y esto, desde el punto de vista del trabajo, no representaría ninguna ventaja. El discípulo a prueba puede servir para transmitir la fuerza -y esto es a menudo lo que ocurre- pero no puede estar en comunicación constante con el Maestro antes de estrechar más el lazo que les une, aunque el discípulo no sea necesariamente consciente de ello. El discípulo siente a veces la fuerza que pasa por él, y es una experiencia extraordinaria, un privilegio, un gozo extremo el hecho de servir para difundir esa fuerza, pero las instrucciones personales del Maestro muy raramente se le darán.

Un discípulo más antiguo es el encargado generalmente de cuidar del neófito y de proporcionarle las lecciones necesarias. Por lo que a mí respecta, y encargada de esa tarea por el Maestro, Madame Blavatsky me enseñó mucho, pero me vi separado de ella durante cinco años y fui enviado a las Indias cuando ella estaba en Europa; así que le resultó imposible cuidarse de mí, excepto de cuando en cuando

por carta o a veces en el plano astral; es por eso por lo que fui confiado a los cuidados del Swami T. Subba Rao; tengo una deuda muy grande con este instructor, excepcionalmente paciente en la enseñanza de los detalles.

En esta época yo no veía a mi propio Maestro más que de vez en cuando, e incluso en estas entrevistas recibía de Él más bien que lecciones, instrucciones relativas a un trabajo del que quería encargarme; sólo que, al realizar este trabajo, se ganaba enormemente en conocimientos teosóficos y prácticos. Tratando de ejecutar una orden sin ni siquiera saber cómo, el discípulo constata sus puntos débiles; después se afana para que éstos desaparezcan, a fin de cumplir mejor la tarea siguiente. Ciertamente, creo que esta es la manera en que yo lo he aprendido casi todo. Me inventaba una manera cualquiera de proceder; después buscaba mejorar sus posibilidades; en definitiva, aprendí a practicar los métodos superiores que podía comunicarme el Swami T. Subba Rao. Un período de crudo trabajo, de sufridos esfuerzos y de progresos a menudo muy lentos. Había que hacerlo; he pasado por ello y así es, yo creo, como se forman todos los discípulos; al encargarse de la tarea que les es confiada, aprenden a desempeñar otras tareas más importantes. Por lo demás, en "Los Maestros y el Sendero", he dedicado muchas páginas a la relación de Maestro y discípulo.

Al discípulo se le ofrecen diferentes maneras de instruirse; muchas de éstas se le ofrecen igualmente en el plano astral a toda aquella persona que quiere aprovecharlas. En el plano físico, algunas veces asistimos a conferencias con el fin de adquirir conocimientos teosóficos; unos se instruyen más fácilmente de esta manera; los otros, por el contrario, lo hacen mediante lecturas personales; los conferenciantes de ocultismo siempre están a disposición de los primeros. Algunos miembros que se dedican, en el plano astral, al trabajo y a la ayuda, les dedican casi todo su tiempo. Nuestro antiguo vicepresidente, el señor A.P. Sinnett, participaba de esta manera en los deberes del plano astral. Generalmente no colaboraba con las ayudas invisibles; por el contrario, tenía un departamento propio donde se le encontraba siempre ocupado en enseñar Teosofía a todos aquellos que

en este inmenso mundo astral aceptaban escucharle. De esa manera hizo llegar a multitud de personas, vivas o fallecidas, estas grandes verdades, porque poseía una cierta inclinación dogmática para exponerlas muy del gusto de muchos de sus oyentes, quienes le seguían con facilidad.

Reglas de La 1 a La 4

C.W.L. —En el capítulo precedente, hemos estudiado lo que forma, en realidad, el prefacio de la segunda parte de la obra; ahora llegamos a las reglas. Hasta la Regla 12, están numeradas como en la primera parte: las Reglas de la 1 a la 3, de la 5 a la 7 y de la 9 a la 11, se encuentran agrupadas en tres, en el antiguo manuscrito sobre hojas de palma; las Reglas 4, 8 y 12 son los comentarios del Chohan. Más allá, la numeración difiere.

En el presente capítulo estudiaremos las Reglas de la 1 a la 3. Voy a dividir el comentario del Chohan, es decir, la Reglas 4, en tres partes y las estudiaremos al mismo tiempo que las Reglas a las cuales se remiten.

> *"1. Mantente ajeno a la batalla que empieza, y aunque pelees, no seas el guerrero."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Él es tu mismo; sin embargo, tú eres finito y sujeto a error. Él es eterno y seguro. Él es la verdad eterna. Una vez que haya penetrado en ti y se haya convertido en tu Guerrero, jamás te abandonará por completo, y en el día de la gran paz, él y tú os convertiréis en uno."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

El discípulo tiene que combatir, tiene que lanzarse a la evolución que lo rodea, tiene que luchar del lado del espíritu. El espíritu aprende gradualmente a servirse de la materia; cuando la ha dominado a un determinado nivel, se desentiende de ella para someter un plano material más elevado y utilizarlo a su vez; en todos los niveles prosigue la conquista de la materia, no solamente a nuestro alrededor, sino también en nosotros; así pues, tomamos parte en el combate para facilitar la acción de las fuerzas de la evolución.

En esta lucha por el progreso de la evolución, es necesario prescindir de la personalidad; ésta no tiene que tomar parte en ello; hay que servirse de ella, porque constituye la única herramienta que nos permite actuar aquí abajo con nuestros semejantes, pero no hemos de permitir que el yo personal se imponga. En cada uno de los planos de

la personalidad hay que prescindir de nuestras ligaduras y ser los más fuertes. De ese modo nos retiramos gradualmente de los cuerpos físico, astral y mental mientras conservamos la facultad de servirnos de ellos.

Este aforismo implica una interpretación superior; se aplica en el momento en que al haberse prescindido de la personalidad, el hombre se ha unido al ego; aprende en seguida que la individualidad también tiene que ser respetada; aspira entonces a la Conciencia de la Mónada. Hay que permitir que la Mónada actúe a través del ego.

El guerrero es eterno y seguro; esto es relativamente cierto por lo que respecta al ego en relación con el yo inferior; es absolutamente verdad en lo que se refiere a la Mónada en relación con el ego. Ya hemos dicho que el ego puede equivocarse a menudo en los primeros tiempos, pero mucho menos que la personalidad. La Mónada es infalible. Por otra parte, si nos atreviéramos a hablar de la Mónada como si la comprendiéramos, cuando en realidad es realmente desconocida para nosotros, diríamos que su conocimiento de las condiciones de aquí abajo tiene que ser bastante vago. Instintivamente, ella apoya la buena causa, porque la Mónada es divina, también eterna y segura, como se menciona aquí, pero es posible que la Mónada y el ego tengan a menudo una visión general y que al esforzarnos en aplicar aquí abajo sus ideas, cometamos errores, porque el descenso a la materia sólo tiene un objetivo -adquirir la precisión y la exactitud que se obtienen por el conocimiento perfecto de las condiciones inferiores. Al ser incompleta su evolución, ni la Mónada ni el ego poseen todavía este conocimiento preciso; son nuestros guías: no podemos sino obedecerles; pero estos mismos guías también progresan.

En el plano superior, el día de la gran paz será aquel en que llegaremos al nirvana. En el plano inferior, significa la unificación del yo inferior y del yo superior.

> *"2. Busca al Guerrero y deja que pelee en ti."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Búscale antes de que en el fragor y fiebre de la batalla puedas dejar de percibirlo; pues él no te reconocerá a menos*

que tú le conozcas a él. Si tu grito llega a su oído atento, entonces luchará en ti y llenará el opaco vacío interno. Y si esto sucede, entonces podrás mantenerte frío e infatigable durante la batalla, permaneciendo aparte y dejando que él pelee por ti. Entonces será imposible para ti asestar un solo golpe en falso."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Expresarse así sobre el tema del Yo superior puede parecer raro, pero es la verdad; su irradiación es magnífica pero imprecisa. Sin haber visto los egos humanos, es imposible imaginar cuán grande es el ego, cuanto supera en sabiduría y en fuerza a la entidad encarnada. Además, nadie tiene que sentirse orgulloso ni vanidoso por el hecho de que en un nivel superior sea una persona remarcable, una persona magnífica, porque toda alma humana lo es igualmente. Cada uno, en realidad, es muy superior a lo que parece ser. El santo más grande es incapaz de expresar nunca completamente su ego; en ese plano superior siempre es un santo más grande que aquí abajo. Es por eso que hay que procurar dejar que esta parte superior de nosotros mismos nos tome como instrumento. El ego es mucho más hermoso, mucho mejor que la personalidad, pero él emite la personalidad a fin de evolucionar y de acercarse él mismo a la perfección. Siendo para él necesaria esta evolución, no cometamos el error de considerar al ego como perfecto; no lo es. Lo que le falta, por encima de todo, para progresar, es la precisión, es la nitidez. Es magnífico, pero, me atrevo a decir, de una vaga magnificencia.

El ego desea desarrollarse por medio del fragmento de sí mismo encarnado aquí abajo. Él sabe descender, pero, mientras no ha conseguido un determinado desarrollo, no sabe cómo guiar al yo inferior. Son las experiencias realizadas aquí abajo por el yo inferior las que le enseñarán la manera de actuar a su modo. Él desea la evolución; hace descender a los planos inferiores una parte de sí mismo, la punta de un dedo, por así decirlo; este dedo adquiere una cierta precisión, pero, cuando es retirado de nuevo por el ego, al final de un ciclo rápido de la vida física, astral, mental, en términos materiales, no le representa más que un poco de precisión. Recordad cómo el alma grupal se ha ido enriqueciendo gradualmente por la

experiencia de los diversos animales.— (Véase un libro de Texto de Teosofía, cap. IV relativo a las almas grupales. El tema es demasiado amplio para exponerlo aquí.)

Un león, un gato, un perro, pueden pasar por algunas experiencias y pueden adquirir algunas cualidades individualmente, muy bien marcadas. El valor puede ser suficiente para hacer de ese gato, de ese perro o de ese león, un animal en extremo valiente, pero si esta cantidad de valor se repartiera sobre un alma grupal de centenares de animales, cada uno de ellos no recibiría más de una centésima parte; de modo que son necesarias numerosas existencias del mismo tipo para que la cualidad se encuentre fuertemente desarrollada en el alma grupal colectiva.

Si bien el ego es un individuo y absolutamente diferente de un alma grupal, parece que pueda decirse otro tanto incluso de él. Por medio de la personalidad, el individuo adquiere precisión, pero cuando esta cualidad es recogida por el ego, se reparte en el conjunto del cuerpo causal. La cantidad de precisión que bastaba, con mucho, para hacer muy precisa una sola personalidad, para el ego que la recibe, ya no responde más que a una parte de sus necesidades. Puede que necesite numerosas vidas antes de que haya desarrollado la cualidad, hasta el punto en que, en su próxima existencia, esta cualidad pasará a ser predominante; porque el ego, para constituir su futura personalidad, no reserva más que una parte especial de sí; sopesa el conjunto y proyecta una fracción que, sin embargo, no es dos veces la misma.

Un ego muy desarrollado, convertido en muy preciso, comprende la personalidad, sabe utilizarla inteligentemente y trata de hacer de ella un buen instrumento. Para el hombre corriente, aquí abajo, es una cosa distinta; además, la personalidad tiene que apelar al ego y luego tiene que prestarse a su influencia. Si el hombre, aquí abajo, en su deseo de colaborar en el plan general, actúa de esa manera, el ego responde de inmediato, se prodiga sin tardanza utilizando la personalidad, que entonces tiene que tener cuidado de dejar al guerrero que combata por ella.

El ego dispone de numerosas y magníficas posibilidades que sólo hay que despertar; entre otras razones, está la de los grandes progresos llevados a cabo a menudo por el hombre tosco que hace la

guerra, que lucha por sus convicciones al precio de su vida, o exponiéndose a los más graves riesgos. Una decisión tan hermosa, como el sacrificio del bienestar personal por un ideal, sin ningún temor a terribles sufrimientos e incluso a la probable muerte, despierta en el ego una poderosa respuesta.

No todo el mundo está convencido de esto. Algunas personas me han escrito: "Usted dice que un soldado gana en espiritualidad. Yo no veo cómo, porque está impulsado mucho más por el odio que por ningún otro sentimiento elevado". Admitiendo incluso que el soldado odiara al enemigo, si de buen grado lucha por lo que él juzga correcto, su acto es generoso, noble y desinteresado; su actitud reacciona sobre el ego y lo despierta más de lo que lo haría sin duda nada más. La vida privada presenta a veces al hombre la ocasión de un sacrificio, superior incluso al sacrificio de la vida; por ejemplo, puede dedicarse enteramente sin lamentarlo y sin pensar en sí mismo, al servicio de otra persona, privándose para eso de toda distracción y de todo ocio, o bien velar a la cabecera de la cama de un enfermo crónico. Semejantes sacrificios son más grandes incluso que el sacrificio heroico del soldado, pero son poco numerosos, mientras que, en tiempo de guerra, miles de hombres aprovechan la gran ocasión. El hombre, por un esfuerzo admirable se sacrifica; entonces, el ego despierta, le responde y le envía una oleada de devoción espléndida capaz, en una vida futura, de aumentar todavía el sacrificio consentido. Es necesario un valiente esfuerzo, y una corriente de valor desciende del ego. Así, como dijo el Cristo, aquel que pierda la vida la ganará. Perdiendo la vida en parecida ocasión, el hombre, ciertamente, se prepara para su próxima encarnación una vida mucho más importante, la de una personalidad incuestionablemente más grande. El ego podrá incluso manifestar mejor su poder y también podrá dirigir mejor la personalidad.

"Antes de que en el fragor y fiebre de la batalla puedas dejar de percibirlo..." -eventualidad posible también cuando los hombres entregados a las buenas obras permiten a la personalidad que intervenga. Eso nunca debería llegar a los estudiantes de ocultismo, pero algunas veces sucede. En la Sociedad Teosófica se realiza un trabajo excelente, grandioso, y aquellos que lo llevan a cabo deberían

estar, por lo que a ello se refiere, muy por encima de todo sentimiento personal; a menudo es lo contrario. Uno se dice: “Este trabajito es el mío, debe tener preferencia sobre otros; no es que yo lo haga para mi propia satisfacción y que por esta razón no quiero ver a nadie ocupando mi lugar; si tengo que hacerlo es porque nadie lo hará como yo -estoy completamente seguro”. He aquí una actitud que revela una personalidad ambiciosa.

Participar en un trabajo como el nuestro hace progresar al trabajador, proporciona a sus sentimientos más vivacidad, a su inteligencia más agudeza; el mismo hecho de que el trabajo ejerza esta influencia estimulante tiende a reforzar la personalidad, pero eso no excusa para nada al hombre lo bastante loco para no oponerse a ello.

Sucede lo mismo en otras agrupaciones. Cuando era sacerdote, y todavía era joven, las actividades eclesiásticas de todo tipo me ocupaban mucho tiempo, entre otras, la formación de los coros. Las personas que toman parte en este trabajo se dedican todas y directamente a la iglesia de Dios y se les atribuye móviles más elevados que los del hombre medio de fuera; ahora bien, yo no creo que en parte alguna haya tantas discusiones entre sí como las que hay en la iglesia entre los coristas y las personas de su entorno; basta con haber dirigido para reconocer el hecho. Es triste, pero es la verdad; esto no debería ser así. La razón es precisamente porque esas personas han colaborado en un trabajo un poco superior al nivel ordinario; no hace falta más para que su vida interior se excite de un modo insólito.

El discípulo tiene que velar para que su personalidad no intervenga en absoluto en estas buenas obras; de otro modo, perdería de vista la guía superior. Para que el ego pueda luchar en él y servirse de él, el discípulo tiene que entregarse al trabajo sin ninguna preocupación por la parte que le corresponde. Un soplo de la personalidad puede hacerle olvidar al Yo superior, de quien, a partir de entonces, no será capaz de recibir la ayuda, ni de percibir las advertencias; de ese modo, el discípulo puede perder durante algún tiempo el contacto con el ego y encontrarse privado de su preciosa ayuda. La in fluencia del Yo superior, a menos de tratarse de un ego desarrollado, puede impedirle indicar tal o cual trabajo en particular, pero cuando la personalidad,

más presta, ha escogido un trabajo, el ego puede asociarse a él y tomar parte activa, y permitir a la personalidad que lo cumpla mucho mejor y con sentimientos mucho más elevados de lo que lo hubiera hecho por sí sola.

> *"Pero si no le buscas, si pasas a su lado sin percibirlo, entonces no hay protección para ti. Tu cerebro se aturdirá, tu corazón se volverá indeciso, y en medio del polvo del campo de batalla, tu visión y tus sentidos se oscurecerán; y no distinguirás tus amigos de tus enemigos."*— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Todo lo que se describe aquí llega cuando la personalidad no apela a su guía superior. El discípulo no distingue sus amigos de sus enemigos; se deja llevar por el torbellino de la pasión y bajo esta influencia, dará fe a las palabras de una persona que no siente por él ninguna amistad. Eso se observa a menudo en la vida cotidiana: un hombre excitado, irritado o celoso, presta oído a los comentarios ridículos de aquellos que se llaman sus amigos, pero que no lo son en absoluto.

Una persona murmuradora, sembradora de discordias, no es amiga de nadie, sino el peor enemigo de sus interlocutores. Nada más triste que el relacionarse con una persona así y creer en sus palabras. Si empieza a criticar en nuestra presencia, haremos bien alejándonos de ella lo más rápidamente posible, y esto por dos razones: primero, podemos tener la seguridad de que no aprenderemos nada de bueno; por otro lado, una persona que habla así de otra, hablará de la misma manera sobre nosotros en la primera ocasión. Vale más, pues, no tener ninguna relación con esos murmuradores y no dejarse influir en absoluto por lo que ellos digan. Escuchándoles, a menudo uno se dice: "No creo nada de eso; no le prestaré atención"; sin embargo, lo que se ha escuchado no deja indiferente; volverá a la memoria, de cuando en cuando; uno se pregunta si realmente tienen algún fundamento, en lugar de despreciarlos de inmediato, única actitud racional.

Desde el momento en que se conoce bien a una persona, la opinión así formada tiene que ser suficiente y hay que obviar el alcance de lo que dicen de ella otros que no la conocen tanto. Las disposiciones

individuales difieren mucho, pero, generalmente hablando, es imposible para nosotros seguir una falsa ruta si nos atenemos a nuestra propia opinión respecto al carácter, las ideas y los actos de esta persona, después de haberla tratado durante largo tiempo en el cual no hemos constatado, por nosotros mismos y sin duda posible, que se haya operado ningún cambio en ella. Ni siquiera un solo ejemplo tiene que bastarnos; hay que esperar y observar porque, a menudo, una persona, bajo la influencia de una indisposición o del insomnio, dice o hace lo que no diría ni haría en otras circunstancias; dar por sentado que ha cambiado porque otros lo digan, sería absolutamente injusto. Si tenéis un amigo, permaneced a su lado y esperad el momento en que una palabra o un acto suyo confirmen los pensamientos, los actos o las palabras que se le atribuyen. No aceptéis el testimonio de otras personas tal vez mal informadas, atolondradas o mal dispuestas hacia él.

Si un hombre que se deja influenciar de esa manera llega a no poder distinguir un amigo de un enemigo y a desconocer absolutamente los hechos, las consecuencias son idénticas para el que se deja dominar por su personalidad. Si los celos se apoderan de él, se ciega absolutamente; sus sentidos normales le resultan inútiles; deja de remitirse a ellos; sobre toda cuestión, su opinión está formada de antemano; es inútil intentar modificarla. Es muy curioso pero muy triste también, ver cómo las personas están dispuestas a creer en el mal de los demás. Rechazad la afrenta; demostrad que no está fundamentada; sin embargo, alguna sospecha, quedará.

Esto no debería ser así, pero en parte es el resultado de un desarrollo excesivo de esta fracción de nosotros mismos cuya evolución prosigue actualmente en la humanidad. La mente inferior se alecciona por el discernimiento, por la facultad de constatar las diferencias entre esto y aquello; he aquí el por qué se lanza invariablemente y rápidamente sobre las diferencias. Si un hombre se encuentra en presencia de una persona para él desconocida, con unas ideas que no le son familiares, con un libro que él no ha leído, su tendencia general es la de prescindir primero de las cosas que no le gustan, las que difieren de las que son habituales para él, y luego deformarlas exageradamente. La razón es

que hemos desarrollado un poco demasiado la facultad de analizar, o mejor dicho, que como contrapeso no le proporcionamos una facultad búddhica suficientemente confirmada. El poder del discernimiento es una necesidad; pero también hemos de tener el espíritu de síntesis que permite ver tanto los parecidos como las diferencias.

La enseñanza contenida en este aforismo se encuentra también en términos patentes en el Bhagavad Gitâ:

> *"El hombre. complaciéndose en el objeto de los sentidos, concibe el apego a los mismos; del apego nace el deseo; del deseo nace la ira; de la ira procede la decepción, la confusión de la memoria, la destrucción de lo búddhico; con la destrucción de lo búddhico, él perece."*– (Bhagavad Gitâ 2:62-63)

Se muy bien que nos resulta difícil comprender cómo la Mónada puede ser divina y, a la vez, no estar desarrollada; cómo puede, al término de su encarnación en la individualidad, ser diferente de lo que era al principio. Por otra parte, hagamos una analogía imperfecta. El cuerpo humano se compone de millones de células; células humanas porque forman parte del hombre, pero si existe una evolución cualquiera -esto no es imposible- que permita al alma de la célula convertirse un día en el alma de un ser humano, ¿cómo sostener que, a fin de cuentas, la evolución ha sido nula, que la célula ha sido humana desde el principio? Esta comparación puede darnos alguna idea de la manera cómo la Mónada es una parte del Logos, pero una parte no desarrollada. Reconozco que sería imprudente, proceder así, por la vía de la analogía, de lo inferior a lo superior; y después adaptarlas a cada detalle porque, en general, ellas no se prestan a ello. La gran sentencia oculta nos dice: *"Como es arriba es abajo"*, pero lo contrario: "Como es abajo es arriba" no es cierto más que en límites muy reducidos. Yo creo que podemos razonar sin peligro como los hindúes, discutiendo de lo que, se les ha dicho que existe arriba, a lo que, por consiguiente, tiene que encontrarse a cierto nivel inferior. Proceder en sentido inverso es imprudente, porque en los planos superiores las disposiciones, evidentemente, y aunque ignoremos hasta qué punto, están muy ampliadas. A menudo nos equivocaríamos si dijésemos: "Esto que tiene lugar aquí abajo, tiene que ser lo mismo arriba". La

misma ley tiene que expresarse arriba, pero bajo una forma que no podríamos reconocer.

La analogía de las células en el cuerpo humano no podría servirnos de guía mucho tiempo, pero en el curso de nuestros estudios, encontramos diversos puntos que nos hacen pensar que muy bien puede suceder algo parecido. Sabemos que la vida que anima todos los reinos inferiores sirve a su vez de vehículo a una vida superior, cuando el hombre llega a la individualidad. El cuerpo causal que utilizamos actualmente ha sido el alma de un animal, en sí, el punto de partida de nuestra individualidad; lo que, en un momento dado, ha sido la vida que anima, más tarde se convierte pues en un vehículo. Sin embargo, explicado de esta manera, esta verdad no es absoluta. En efecto, lo que en el hombre recibe el nombre de cuerpo causal, era la única manifestación del alma en el animal y en la planta, pero correspondía a la materia de un plano determinado, y esta materia en sí ha tenido que ser una vía de descenso animando y vivificando invisiblemente esta materia. No lo olvidemos nunca -la energía, el espíritu, siempre es invisible para nosotros; sólo podemos percibir su manifestación en una forma material. Tomemos como ejemplo el cuerpo físico. ¿Por qué está animado? Por el hombre en su cuerpo astral. El cuerpo astral es invisible para nosotros; en esta etapa es, pues, nuestra alma. El desarrollo de la visión astral nos permite constatar que este cuerpo, a su vez, está animado por el ego -y así sucesivamente, siempre hacia arriba. Lo que pensamos que es el origen de la vida del ser, jamás es el espíritu verdadero, sino una de sus manifestaciones. Cuando alcanzamos el punto más elevado accesible para nosotros, las burbujas del Koïlon o verdadero éter del espacio, aparecen vacías a nuestra visión actual. Desde luego, no es así, porque estas burbujas contienen un principio desconocido capaz de mantener a distancia la prodigiosa energía del éter. Este espacio, vacío en apariencia, contiene pues realmente algo; no lo vemos por el momento; llegaremos a verlo tal vez algún día. Lo que veremos entonces no será el espíritu animador, sino una materia de un orden superior que permite a este espíritu animador manifestarse. La fuerza superior siempre escapará a nuestra mirada.

"3. Recibe sus órdenes para la batalla, y obedécelas."– (Aforismo del antiguo manuscrito)

"4. Obedécele, no como si fuera un general, sino como si fueras tú mismo y como si sus palabras fuesen la expresión de tus secretos deseos; pues él es tú mismo, aunque infinitamente más sabio y fuerte que tú."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Es necesario aprender que en todo conflicto entre lo superior y lo inferior, nosotros somos lo superior. En principio, no estamos muy seguros de nuestra identidad con ello; lo creemos, instruidos por nuestra doctrina; actuamos como si tuviéramos la certeza y muy pronto constataremos que esta identidad es real. El peligro que nos amenaza es el de identificarnos con lo inferior y abandonar lo superior.

Reglas de La 5 a La 8

C.W.L. —Las reglas 5, 6, 7 y 8 forman uno de los grupos que ya conocemos. Dividiré la Regla 8 (comentarios del Chohan) en tres partes relacionadas cada una con una de las tres reglas breves, y la estudiaremos al mismo tiempo que estas reglas, tal como hicimos en el capítulo precedente.

> *"5. Escucha el canto de la vida."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"La misma vida tiene su lenguaje y nunca calla. Y ese lenguaje no es un grito como podrías suponer, tú que eres sordo; es un canto. Aprende de él que tú eres una parte de la armonía; aprende de él a obedecer las leyes de la armonía."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

El aforismo 5 está compuesto también de una larga nota del Maestro Hilarión; empieza así:

> *"Búscalo y escúchalo primeramente en tu propio corazón. Al principio puede que digas: 'No está allí; cuando busco sólo encuentro discordancia'. Búscalo más profundamente. Si vuelves a sentirte decepcionado, párate y mira de nuevo en lo hondo. En todo corazón humano existe una melodía natural, una fuente desconocida. Puede estar escondida y totalmente oculta y silenciosa -pero está ahí. En la misma base de tu naturaleza encontrarás la fe, la esperanza y el amor."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

En otras palabras: toda existencia recupera una gran fuerza más o menos latente según el estado de desarrollo de cada vida; esta fuerza mueve todas las cosas. El cristianismo nos enseña a apelar a la voluntad de Dios o al amor de Dios, pero como sea que estos términos a menudo son utilizados de una manera superficial, pierden mucho de su realidad y de su fuerza. En la religión popular, encontramos varias de estas expresiones que representan un determinado carácter histórico o tradicional pero que, para las personas que las utilizan no significan gran cosa. Por ejemplo, se habla mucho de la gracia de Dios, pero muy a menudo, creo yo, sin sospechar lo que significa esta

expresión. Incluso en las iglesias, cuando se recita la Letanía, los fieles dicen: “Líbranos buen Señor” -sorprendente frase, absolutamente ilógica e imposible- sin que nunca nadie parezca darse cuenta de ello; las palabras “líbranos” están asociadas a las palabras “Buen Señor” -términos contradictorios. No debería ser necesario pedir al “Buen Señor” que nos librara de lo que sea; pedírselo es más que una equivocación, porque esta plegaria supone que el mal existe en Dios; es una blasfemia más grave que la de profanar el nombre divino con juramentos, tal como se oye por las calles, lo que ya resulta suficientemente denigrante; los fieles atribuyen así a Dios las pasiones y la malignidad humanas y le piden que se las evite.

Se habla también de la misericordia de Dios. Aquí volvemos a encontrarnos con la misma idea: Dios podría infligirnos cosas terribles, pero no hace nada y juzga que está bien librarnos. Ciertamente, todas estas expresiones revelan una ignorancia total de lo que significa la palabra Dios; es la palabra más grandiosa, la más hermosa de todas; significa la Bondad; ahora bien, Aquel que es bueno no tiene necesidad de rogativas para mostrarse clemente en éste o en otro caso, porque Su amor es tan superabundante que nos resulta imposible adjudicarle otro sentimiento que no sea la piedad. Dios, verdaderamente, manifiesta Su amor a todos los hombres, hagan lo que hagan. ¿Qué sentimientos dedicaríamos a un tierno padre que escuchara a sus hijos postrados a sus pies pedirle clemencia?

Cuando en Teosofía tratamos de fuerzas superiores, tenemos que luchar contra esta dificultad. Aquellos de entre nosotros que han pasado por diferentes iglesias o capillas donde, desgraciadamente, hablando a menudo de los temas en cuestión, han cogido la costumbre de considerarlos, de por sí, como extremadamente confusos, sin representar ningún sentido muy exacto. Uno acude a los oficios; implora la bendición divina con la idea general de obtener así la protección de Dios o una merced parecida. Me temo que este concepto es muy poco científico. Tendríamos que comprender que un servicio religioso es una manera de transmitir cierto tipo de fuerza perfectamente definido -la bendición de Dios energía tan incontestable como la electricidad, tan real como el vapor que mueve nuestras

locomotoras; esta fuerza sigue los canales que el sacerdote o el obispo le han preparado. Cuando uno de estos ministros extiende la mano, proyecta sobre los fieles una energía especial. Se produce una irradiación de fuerza que llena la iglesia, y esta fuerza es recibida y asimilada por las personas que se han preparado para recibirla; si entre los asistentes los hay que escapan a su influencia es únicamente porque no se han sometido a ninguna preparación.

Así pues, cuando las personas hablan del amor y de la gracia de Dios, para ellos, tanto uno como otra siguen siendo conceptos vagos, cuando en el fondo se trata de energías muy reales. No siempre es fácil librarse de esta impresión mental; no sólo pasan por ello las personas que han frecuentado diferentes iglesias; las otras también se extravían. Aquellas que han seguido la línea religiosa y han adquirido con ello algunas aptitudes, algunas facultades de comprensión de las que no disponían tan fácilmente los antiguos librepensadores. Resumiendo, la disciplina religiosa ortodoxa es saludable, salvo en lo que ella representa de gazmoñería y de estrechez, y el modo en que a menudo presenta a los fieles la idea de Dios. Respecto al resto, servir a Dios alabándolo y con acciones de gracia, reunirse para adorarle, rodear este culto de todas las bellezas posibles -todo eso es magnífico; yo creo que todo eso puede coexistir con la doctrina más amplia y más liberal. Desgraciadamente hace muchos siglos que esta coexistencia ha dejado de existir, excepto aquí y allí, por parte de muy escasas personas. Durante largo tiempo he pensado que, más pronto o más tarde, nacería una iglesia que combinaría estos diversos principios; ahora bien, actualmente ya existe: es la Iglesia Católica Liberal. Las personas adheridas a la antigua iglesia, a sus métodos, a su ritual, a sus cánticos, a su belleza, a su dulzura y su santidad, encuentran ahora todo eso y, al mismo tiempo, una doctrina que es pura Teosofía.

Así pues, cuando hablando de Teosofía utilizamos términos que corresponden a aquellos de los que normalmente se sirve uno con tanta imprecisión, hay que entender que no tienen nada de vagos ni de confusos. Si se trata de dar a alguien la bendición del Maestro, yo entiendo por esas palabras un esparcimiento positivo de influencia espiritual, tomada en préstamo lo más a menudo, de la materia de un

plano superior al plano físico para construirse un vehículo; pero es por medio de una materia dada que actúa sobre la del cuerpo causal, o mental, o astral, según el caso. Tenemos, pues, que prescindir absolutamente de la menor idea, no importa cual, de una influencia vagamente bienhechora y sin mayor alcance.

Esta importante energía que mueve todas las cosas, presenta otro aspecto: la ley del sacrificio. Sacrificio es una palabra admirable, pero, en general, mal utilizada. Hacer un sacrificio significa normalmente renunciar a una cosa cuya pérdida desgarra el corazón; si los hombres quieren saber el verdadero sentido religioso de la palabra sacrificio, he aquí una idea que tienen que abandonar; tienen que aceptar una interpretación completamente nueva de una palabra que han conocido durante toda su vida. A veces están persuadidos de haber aceptado la nueva y rechazado la vieja, aunque ésta todavía les cobije con su sombra; entonces, y sin saberlo, una nube invade su mente y no se disipará completamente más que de un modo gradual.

La palabra "sacrificio" viene del latín sacrifica -"yo santifico". Sacrificar un objeto es ofrecerlo a Dios y así, se santifica. La idea de que ofreciéndoselo, vosotros os priváis de él es un sentido secundario y añadido. Si, como se dice a menudo en las Escrituras, vosotros tenéis la voluntad de entregaros a Dios en un sacrificio perfecto, hay que descartar que se mezcle a ello la menor idea de renunciación. En el fondo, y aunque parezca paradójico, mientras seguís experimentando el sentimiento de sacrificar un objeto determinado, no hay sacrificio; el objeto no se ha santificado; vosotros dais con pesar. Cuando sentís que es imposible no postraros por entero, por así decirlo, a los pies de Dios o del Cristo en un impulso de devoción perfecta, cuando la idea de la privación ni siquiera se os acude, y vuestros sentimientos os impiden absolutamente actuar de otra manera, cuando poseéis la profunda convicción de que sólo es posible un abandono absoluto, -entonces, tal vez vuestro sacrificio sea perfecto. Para ofrecer un verdadero sacrificio hay que haber olvidado por completo las ideas que normalmente se le achacan a esta expresión. Sacrificio es una palabra espléndida, pero no significa renunciar a un objeto; significa santificar.

El mismo Logos lleva a cabo el más grande de todos los sacrificios, porque Se derrama. Desciende a la materia. Pone límites a Su poder y Se desnuda de Su gloria; en verdad: *"por nosotros los hombres y para nuestra salvación, Él ha descendido del cielo"*. Esta es una hermosa frase, pero el sentido que se le da en nuestros días es mucho menos bello y menoscaba la verdadera idea. Si comprendemos bien estas ideas, su extremada belleza nos sorprende; reconocemos que merecen nuestra aprobación y nuestra admiración sin reservas -pero primero hay que comprenderlas. El mayor de todos los sacrificios es, pues, el del Cristo; y nosotros, en la medida en que nos consagramos a Su servicio, participamos, nos unimos a ese sacrificio. No hay ninguna otra elección cuando la profunda realidad se ha percibido; en cuanto al mundo, éste no vería ningún sacrificio, porque parecemos tomar nuestra voluntad como guía. El hombre continúa entonces secundando la fuerza de la evolución, pero sin ofrenda -ha perdido el recuerdo de ella. Ya no se trata de cualquier renuncia, sino de haber llegado a la verdadera realización de sí mismo, de saber el porqué de la existencia. Ese es el pensamiento del Logos y hemos de parecernos a Él si realmente nos queremos sacrificar.

Como ha dicho la Dra. Besant, el mismo hecho de que no exista una sola religión en el mundo donde no esté representada de maneras diversas, la idea del sacrificio indica la presencia de una grande y profunda verdad esotérica. La ley del sacrificio todavía no ha sido objeto de un estudio completo; sin embargo, un Maestro dijo un día que esta idea era tan importante como las leyes de la reencarnación y del Karma.

Percibir la realidad detrás de todas las cosas, es escuchar el canto de la vida. El canto de la vida es la incesante energía motriz. En la naturaleza, los diferentes movimientos se expresan por los sonidos y los colores que los acompañan; otras expresiones son desconocidas para nosotros; por lo menos, el sonido y el color forman parte de nuestra experiencia. Hasta un punto determinado, es posible aprender a escuchar la armonía de la naturaleza; y vislumbrar su belleza, su gloria y su orden; es la manera más segura de llegar a la certeza de que todas las cosas contribuyen al bien y que el orden profundo, velado por

este desorden aparente, es incomparablemente y a todos los efectos, más importante, más efectivo. El desorden es, a lo más, como una ligera perturbación, una espuma superficial; más allá reinan las verdaderas profundidades de la mar, y la obediencia de éstas a la ley divina es perfecta, aun cuando superficialmente la ley pueda parecer violada.

Para nosotros es importante llegar, si podemos, a la realidad subyacente y percibir lo que nada podría turbar ni desviar. Alcanzar este contacto, estar absolutamente seguros de que todas las cosas prosiguen sin descanso su marcha hacia adelante; que, por consiguiente, poco importa lo que pase en la superficie, simple desajuste pasajero, débil agitación -todo eso es un gran alivio, un gran consuelo, una gran seguridad. No dejamos de acercarnos a la unión con el Uno, pero ya formamos parte de Él; un día lo realizaremos. A través nuestro, el Uno se manifiesta cada vez más.

Un canto, un inmenso acorde -podría decirse- resuena más allá de los mundos. En la época clásica, se hablaba de la música de las esferas; se creía que el sol, los planetas y las estrellas, en su movimiento en el espacio, creaban una poderosa armonía. En el Antiguo Testamento también leemos:

> *"Las estrellas de la mañana incitaban juntas gritos de gozo, y los hijos de Dios cantaban triunfantes"*– (Job 38:7)

Para mucha gente, se trata de una hermosa expresión, de un simbolismo poético y nada más. Según un antiguo adagio, algunas cosas son "demasiado buenas para ser verdad"; pero todo lo que es bueno y bello tiene que ser verdadero, por el mismo hecho de su bondad y de su belleza. No hay idea buena que no tenga su razón de ser; ninguna de ellas llegará a nadie si no ha habido una correspondencia en los niveles superiores. Las cosas más elevadas, las más nobles y las más grandes, son los pensamientos divinos; cuanto más nuestros propios pensamientos se acerquen a ellos, más elevados son, más puros, más verdaderos y más nobles. Tenemos que convencernos de esto viendo en ello no una fantasía poética y divertida, sino un hecho real y capital de la idea de que, por encima de todos, en todos, en el mismo corazón de todos, reina lo bello y lo

verdadero. Las ideas que normalmente se nos ofrecen son los juicios aportados por el hombre sobre las cosas; las realidades de las que éstas cosas son el velo son los juicios aportados por Dios. Los pensamientos de Dios superan los nuestros en la medida en que Dios es superior al hombre. Más elevado no significa más austero, menos práctico o más extraño a la vida ordinaria, sino más grande, más bello, más glorioso.

Escuchamos el canto de la vida todas las veces que tratamos de descubrir en tal o cual cosa, lo que ella encierra de mejor y más bello. Los estudiantes de ocultismo son necesariamente optimistas, porque saben que los hechos justifican -y con mucho nuestro optimismo más extremo. La verdad subyacente siempre es grandiosa. Si no sabemos comprenderla ni alcanzarla, el fallo no es de la verdad, sino de nuestra falta de entendimiento. Así pues, la vida cotidiana nos permite, mediante muchas facetas no siempre extraordinarias, escuchar este canto de la vida; cuando lo habremos oído por primera vez, nunca más dejaremos de percibirlo por completo. Resuena en todos los planos. Suponiendo que pudiéramos escucharlo integralmente en uno de ellos, sólo percibiríamos una mínima parte, una única nota. Cada plano nos revelará sucesivamente más belleza, más gloria. Cuanto mejor se percibe el canto, más perfecta es la armonía. Haced sonar simultáneamente las ocho notas de una octava y no obtendréis armonía, sino una disonancia; en los planos superiores, por el contrario, existe lo que no puedo describir más que de manera paradójica -la posibilidad de lograr una armonía tanto más perfecta cuanto más notas tocáis; porque allí todas las cosas se ensamblan y se armonizan de una manera absolutamente imposible de hacer comprender aquí abajo.

Si parte de una melodía está escrita en una clave y parte en otra, el efecto que se produce es la ausencia de armonía. Si pudiéramos imaginar, en el espacio primero, una proyección de estas diversas partes, en la que cada una por sí misma se tradujera en un todo armónico, a continuación, y en otra dirección una combinación que reuniera estas partes y consiguiera la fusión, de tal manera que cada parte fuera una nota -tal vez la idea nos resultaría accesible; el

lenguaje es insuficiente. Siempre pensando que fuera posible proyectar diversas claves, que no produjeran aquí abajo más que disonancia, de manera que crearan en los mundos superiores una armonía perfecta.

La música moderna presenta a menudo menos armonía que la antigua; multiplica las disonancias más locas, de las cuales busca sacar una armonía más bella; no lo consigue, pero yo creo que estos compositores vislumbran esto que acabo de describir y se esfuerzan por expresarlo. Buscan la manera de sacar de esas disonancias la armonía. Yo creo que esto es imposible en el plano físico, pero confieso que no me gustan estas curiosas manifestaciones musicales de nuestra época y, por esta razón sin duda, soy incapaz de comprenderlas. Los autores de toda esta música extraña, probablemente buscan efectos cuyas contrapartidas astrales y mentales no serán disonancias sino armonías; aquí abajo, sólo consiguen una falta de armonía. Las personas que han llegado a disfrutar de estas composiciones han aprendido, imagino, a realizar en sus cuerpos superiores, los efectos deseados; también disfrutan con esos sonidos extravagantes y trepidantes.

Muchas curiosas manifestaciones del arte moderno, no solamente musical sino también en pintura, apuntan seguramente al futuro y producen efectos que ni nuestros ojos ni nuestros oídos pueden percibir. Lo que es posible ver y oír a menudo es muy feo, pero me siento bastante predispuesto a creer que el objetivo al que apuntan los artistas presentará grandes miras cuando sus intenciones se hayan realizado. Uno quisiera que una armonía suficiente se plasmara en cada plano, y que la obra en sí fuera hermosa, incluso aquí abajo, para los hombres que no comprenden el aspecto superior de la cosa.

Muchas personas me han asegurado que, para ellas, los fragmentos de música diversa les producen idéntica impresión; entre nosotros hay muchos que experimentan cierto placer indefinido cuando oyen música, pero sin comprender nada en absoluto. Para otros, ese fragmento no sólo es agradable de escuchar; además, es un lenguaje tan preciso como el de un conferenciante, una manera clara y susceptible de ser vista y apreciada. He oído a grandes músicos

intercambiando impresiones; también me doy cuenta de que la forma de pensamiento de la que se sirve un compositor para escribir tal o cual página musical, muy bien puede ser transmitida a otra persona. He podido observar un ejemplo en Italia, donde yo me encontraba hace algunos años. Un compositor había escrito un fragmento musical destinado a representar una determinada fuente situada en un jardín que ofrecía tres estanques superpuestos; esta forma de pensamiento se le presentó mentalmente durante su trabajo. He sabido que la misma forma de pensamiento había sido transmitida a otro músico quien jamás había visto ni la fuente ni el jardín, y que no sospechó lo que la música tenía que representar; mientras interpretaba el fragmento, se le apareció la imagen exacta, tan bien, que pudo reconocer los fragmentos que se relacionaban con los diversos estanques de la fuente y el fragmento describiendo el jardín. Yo había tenido la clarísima sensación de algunas correspondencias, pero hizo falta que se me diera la explicación para que se me apareciera la imagen.

Este es un desarrollo superior del sentido musical. Cuando lleguemos al punto en que podamos captar una intención musical semejante, la música tendrá más valor del que tiene ahora para la mayoría de nosotros. Es lo mismo para una pintura. Lo que ve en ella una persona no es lo que ve otra. Hay personas que se parecen al hombre del poema de Wordsworth:

"Una primavera a la orilla del río -era para él una primavera amarilla- y nada más."

Sin embargo, al poeta, la primavera le inspiraba una cantidad de ideas admirables. La adquisición definitiva de esta facultad nos permitirá pensar en símbolos. Esto es lo que hace el ego en el cuerpo causal: piensa en símbolos, no en cosas concretas. Sin duda alguna, esta es una de las maneras cómo se opera el desarrollo psíquico, aunque difiera mucho de las maneras más ordinarias.

Muchas de las recientes manifestaciones artísticas, como los cuadros de los futuristas y los cubistas -jamás se ha visto algo parecido ni en el cielo ni en la tierra- todavía se encuentran en estado de transición; es un trabajo hecho a medias. Siempre se dice que no debería permitirse a los niños que vieran un trabajo sin terminar. Como sea que, a este

respecto, algunos de entre nosotros siguen siendo niños, no apreciamos estas obras incompletas, pero tal vez su éxito será grande cuando estén terminadas. El canto de la vida no constituye una sola parte, es toda una orquesta; es una inmensa conjunción de melodías y puede que los celadores del nuevo arte se eleven hasta una manifestación que todavía es invisible para nosotros.

Cuando llegue el Instructor del Mundo, podrán producirse grandes cambios en las artes plásticas, así como en la religión, en las reformas sociales y en política. En general, nos lo imaginamos simplemente como un líder religioso. Yo no creo que tengamos que limitar por eso nuestras ideas porque, dejando aparte la doctrina religiosa propiamente dicha, la evolución humana sigue su curso de muchas maneras. No quiero decir que la enseñanza religiosa no tenga que ocupar parte de nuestra vida; seguramente tendría que ser así, pero esta misma religión puede manifestarse bajo aspectos muy diversos. Es muy posible, pues, que el Instructor nos enseñe a hacer estas cosas y que inspire no solamente al sacerdote, sino también al poeta, al artista, al escultor, al músico y al sabio. Cuando la religión habrá sido expuesta de una manera más moderna, más adaptada a la etapa particular de evolución alcanzada actualmente por la humanidad, muy bien puede suceder que esta nueva exposición les comunique a todos un impulso extraordinario. El mensaje del Instructor nos hará comprender, de todas las maneras, y cada vez mejor, el canto de la vida; nos revelará cada vez más la gloria, la belleza, la armonía y el orden subyacentes.

Es importante comprender bien el orden. Actualmente atravesamos una fase democrática; en estas condiciones el desorden, inevitablemente, parece tener que manifestarse en el punto más álgido; algunas personas además, están orgullosas de contribuir al desorden; afirman que cada uno tiene que seguir su propio camino; poco importa la suerte de sus semejantes. Si en realidad es necesario que el hombre aprenda a dirigirse solo, es igualmente indispensable que, después de haberlo hecho, aprenda a subordinar su voluntad a la Voluntad Divina. Al haber adquirido, junto con la facultad de mantenerse firme, la de actuar y pensar, tiene que aprender a hacer de

ello sólo un legítimo uso. Hay que poseer una voluntad para subordinarla a la Voluntad Divina. El hombre sin voluntad tiene una vida muy fácil, porque no se preocupa de nada y se remite a la "Providencia". Las personas que han desarrollado la voluntad a veces la contraponen a la Voluntad Divina, y realmente parece más ventajoso para su evolución que hayan tenido la fuerza de actuar mal a fin de que entren pronto en la regla, porque aquellos que no son ni buenos ni malos no parecen ser muy útiles ni llegar muy lejos.

Seguir la Voluntad Divina es escuchar el canto de la vida; cuanto más atentos estemos a él, más lo percibiremos; sucesivamente, en cada nivel será para nosotros más amplio, más grandioso. Desde ahora, dice el texto, podemos formarnos una vaga idea; podemos vislumbrar como un pálido reflejo del esplendor total, porque este canto de la vida está en nosotros y si buscamos en lo más profundo lo descubriremos. Llevamos en nosotros mismos el espíritu divino, el soplo divino. Como sea que está recubierto por lo que llamamos nuestra naturaleza humana, la melodía no se abre paso fácilmente; la chispa apenas brilla. Pero la melodía resuena mucho allí; siempre forma parte de la llama divina integral, y nuestro deber es el de transformar el yo inferior en una lámpara que derrame su luminosidad.

Siempre existe en nosotros una determinada manifestación de lo divino que su asociación con la materia no puede mancillar ni ocultar; si podemos identificarnos con ella, la materia perderá todo su poder sobre nosotros; pero, para conseguirlo plenamente, es necesario un elevado desarrollo -tal vez superior al del Adepto. Esta manifestación siempre está presente, absolutamente pura, sin nubes, intacta; si llegamos a identificarnos con ella, aunque sea un poco, y a sentir que nuestro "Yo" es ella misma, siempre oiremos el canto de la vida. Sean los que sean los tumultos y los combates de los que estamos rodeados en los mundos inferiores, este canto resonará siempre en nosotros; llevaremos a cabo nuestra tarea en el mundo exterior con una calma inalterable y sin desear nada mejor, sabiendo que la sola realidad digna de este nombre está en nosotros y que todo el resto es simplemente una manifestación temporal. A menudo, cuando rozamos nuestra propia conciencia superior o la del Maestro, es cuando

empezamos a oír esta melodía; junto con el sentimiento de esta vida interior; ella nos proporciona el gozo, la felicidad, el sentimiento de conquista, la sensación de haber salido vencedor de la gran contienda.

La nota del Maestro continúa así:

> *"Aquel que escoge el mal, rechaza mirar dentro de sí mismo, cierra sus oídos a la melodía de su corazón, igual que cierra sus ojos a la luz de su alma. Actúa así porque encuentra más fácil vivir anegado en los deseos. Pero debajo de toda vida existe una corriente impetuosa que no puede ser frenada; las grandes aguas, en verdad, están allí. Descúbrelas y percibirás que nadie, ni siquiera la más miserable de las criaturas, deja de ser parte de ello, por más que niegue la realidad y construya para sí misma una forma externa fantasmagórica de horror."* — (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Si un hombre escoge el mal, es porque se niega a mirar en el fondo de sí mismo; no es que escoja intencionadamente el mal, sino que, al no retirarse nunca al fondo de sí mismo, cree ser su vehículo astral, pone su vida en sus deseos y para satisfacerlos sigue el sendero inferior. No quiere mirar cara a cara la realidad de la existencia; he aquí el motivo de ser un obstáculo en la corriente de la evolución. En general, sigue negándose en volver la cabeza durante mucho tiempo después del momento en que hubiera podido pasar a la vida superior; encuentra muy desagradable reconocer que tendrá que volver sobre sus pasos y encontrarse con mucho trabajo, sufrimiento y aflicción debidos al hecho de que él es el autor de un impulso dirigido en el sentido equivocado.

El que mucha gente se encuentre en este estado puede no parecer muy grave, pero si un hombre que presenta estas características se encuentra situado en una posición que le permite hacer mucho bien o mucho mal, desde el punto de vista del progreso oculto corre el mayor de los peligros.

Pasajes como éste generalmente evocan la idea de una persona que se entrega a la magia negra a gran escala, pero el texto sigue siendo verdad por lo que respecta a cosas mucho menores. El hombre que no

quiere reconocer los hechos se arriesga mucho a ser arrastrado hacia el sendero más fácil pero más peligroso: preferirá lo que es cómodo a lo que está bien. Tenemos que vernos tal como somos en realidad; el hombre que está decidido a no hacer nada, evidentemente le sobran razones para temer que, si se enfrentará consigo mismo, esto no le procuraría ningún placer. También puede cometerse el error a la inversa. Caer en un estado mórbido de introspección tiene realmente las más serias consecuencias; lo hemos señalado estudiando A los Pies del Maestro. Las personas que se desarraigan sin cesar para ver si adelantan mucho, no progresan. La gran cuestión es asegurarse de que estáis en la buena dirección y que tratáis de hacerlo bien; después, avanzad con calma y con perseverancia y hacedlo lo mejor que podáis. No os inquietéis por vuestros progresos. Sin pararos, es necesario que los hagáis, pero los mejores progresos se hacen cuando no pensáis en ello y cuando haciendo un trabajo bueno y útil para los demás, os olvidáis completamente de vosotros mismos. Los progresos que haya podido hacer después de cuarenta y cinco años se deben absoluta y únicamente a que he aceptado todas las tareas que se presentaban sin preocuparme para nada de mi progreso personal.

Otra verdad: el hombre que se niega a reconocer en sí mismo la esencia divina se prepara una forma horrible. Si nos es difícil ayudarle, es porque aquí, abajo, encontramos la forma horrible pero no el alma que está en ella. Por lo tanto, es necesario tratar de comprender que esta alma está bien presente. Creo haberos dicho ya, que en otro tiempo yo había adquirido en la iglesia cierta experiencia como joven ayudante laico. Era en uno de los peores barrios de Londres. En el curso de mis experiencias encontré allí personas abyectas cuya degradación casi no podría ser superada; no soñaban en ganarse honradamente la vida; para ellos, vivir era robar o cometer diversos delitos; sus ideas no iban más allá. Las personas cuya existencia es fácil ni siquiera sospechan cual es la de los verdaderos indigentes de Londres. He conocido cinco familias amontonadas en una sola habitación; una en cada esquina y otra en medio; se entendían bastante bien -un poco como en una pocilga- hasta el día en que la familia del medio tomó un huésped; entonces se pelearon.

En los países más jóvenes, nada que se parezca a los tugurios de la Gran Bretaña. Toda raza está compuesta de personas más o menos avanzadas, pero aquí las condiciones extremas se reúnen porque no siempre hemos actuado como nuestro poder y nuestras responsabilidades nos exigían. En algunos casos, hemos masacrado a los salvajes, les hemos destruido como fieras, hemos lanzado contra ellos expediciones parecidas a las partidas de caza. Como consecuencia, muy a menudo, los hombres así tratados, han vuelto a nacer en nuestra propia raza; ellos son los habitantes de nuestros tugurios. Físicamente cuentan con la ventaja de pertenecer a una raza superior, pero generalmente no lo aprovechan mucho, sobre todo, dado el largo tiempo que su entorno seguirá siendo deplorable.

Cuando los hombres viven en condiciones semejantes, ¿cómo pedirles un elevado grado de moralidad o de humanidad? Esos desgraciados con antecedentes criminales, sometidos a una herencia criminal y que viven en las atroces condiciones que he descrito, poseen absolutamente en ellos una débil chispa de algo mejor -un poco de afecto que se le demuestra a un vecino enfermo, a un niño o a un perro. Recuerdo a un hombre, y de los peores; en el que yo no hubiera creído que existiera el menor atisbo de bondad, si no fuera el gran afecto por su perro; compartía con el animal hasta su último bocado. En todas estas personas, la chispa divina existe y se manifiesta cuando uno menos se lo espera. Vosotros sabéis que la chispa siempre está presente; sobre ella puede ejercerse vuestra acción. Aunque os resulte imposible encontrar el menor rastro de ella, estad seguros de que está allí.

Si es necesario que nos esforcemos para no olvidar jamás la gloria que oculta una forma humana -la gloria que se manifestará en una vida futura- es necesario reconocer también que la apariencia externa es por el momento muy defectuosa. Hay que ayudar a la chispa divina a manifestarse si bien, en algunos casos, apenas podamos vislumbrarla. No a todo el mundo le es dado saber cómo. Encontramos personas difíciles de ayudar; lo intentamos; hacemos todo lo que podemos; tal vez su Karma nos lo impide; tal vez el nuestro quiere que nuestra fuerza sea insuficiente para encontrar la manera de ayudar en

ese caso en particular. En estas cuestiones, recordemos siempre la importancia del sentido común y no nos sintamos impotentes ni nos entreguemos ni a la desesperación ni a ningún tipo de sentimentalismo que nos impediría reconocer los hechos, no obstante evidentes. A menudo se ha dicho: sólo hay un paso de lo sublime a lo vulgar. Algunas veces, presionar demasiado, exagerando lo que es noble y bello, puede convertirse en totalmente ridículo. La enseñanza y las actividades teosóficas proporcionan muchos ejemplos y muchas ocasiones.

La vida divina está en cada uno de nosotros, pero muy a menudo puede suceder que su manifestación sea débil o esté empañada; de modo que hay que tenerlo en cuenta. En el plano físico, para nuestra vida social, son necesarias algunas leyes; a los hombres que los han violado y que se han convertido en lo que llamamos criminales habituales, tiene que aplicarse un tratamiento positivo, para ellos y para la sociedad. Sé que algunas personas llevan tan lejos la idea de la luz inmanente, que condenan toda restricción impuesta al criminal. Según mi parecer, esto es una tontería: sería como entregarse en manos de los criminales; existencia, orden, progreso resultarían imposibles para millones de personas que son merecedoras de circunstancias más favorables e importantes, mucho más que el criminal, para el progreso de la humanidad.

No tenemos que perjudicar a nuestro criminal; habría que tratarlo como un caso médico, ver en él un enfermo más que una persona perversa, porque el criminal corriente se caracteriza por insuficiencia mental; muy avispado en ciertos aspectos, en otros es realmente muy inferior; es incapaz de comprender la necesidad de ser altruista, de la unión solidaria, porque de otro modo no sería un criminal. Los lectores de las obras del profesor Lombroso recordarán que, después de una larga serie de experiencias, llegó a la conclusión de que, en los criminales habituales el cerebro está insuficientemente desarrollado; invariablemente, y a pesar de su habilidad, este órgano es menos pesado en ellos que en un individuo normal, y algunas de sus partes todavía no están en actividad.

Querer castigar al criminal por un espíritu de venganza, con toda

seguridad no es la verdadera manera de tratar la cuestión; me parece que eso no es digno de un pueblo civilizado. Hay que impedir los ataques de las clases criminales, pero, como que ellas están igualmente formadas por hombres y hermanos -hermanos, es verdad, mucho más jóvenes que nosotros- mientras aseguramos nuestra protección, hay que tratar de ayudarles y de proporcionarles educación en lugar de vengarnos de ellos. Se dice que un ejemplo terrible, en un caso individual, puede impedir otros crímenes. Esto sería pecar con miras al bien. La historia demuestra que el bien no se alcanza siguiendo este principio.

Todos estos tipos de horror son fantasmagóricos; en la realidad divina, no tienen ninguna existencia. El mal, dicen los chinos, sólo es una sombra densa del bien. En este mundo, nosotros somos los autores de la mayoría de nuestros males, porque no hemos actuado en armonía con las leyes divinas, sea en la vida presente, sea en las anteriores. Si fuera posible que todos actuáramos armónicamente con ellas, el mal quedaría eliminado. Era necesario que llegáramos a un determinado grado de libre albedrío a fin de aprender a servirnos de él, pero -naturalmente, y sin censurar a nadie- hemos utilizado nuestro libre albedrío muy a menudo, lo mismo mal que bien; de aquí la introducción aquí abajo de lo que llamamos el mal. Pero esto es sólo un contratiempo superficial; por debajo, en las profundidades, pasan las grandes corrientes de la vida divina y prosigue la evolución preparada por el Logos a nuestra intención. He aquí las realidades permanentes de la existencia. En cuanto a las manifestaciones del mal, son puramente superficiales si bien, a menudo, a nosotros nos parecen de suma importancia y de un gran poder, comparadas con el resto; en definitiva, no representan nada válido. Nada de lo que vemos puede afectar las aguas profundas. Misteriosamente, el verso de Southey dice la verdad: *"Los malvados cumplen ciegamente la justa voluntad del Cielo"*.

> *"Es en este sentido que te digo: todos esos seres entre los que luchas son fragmentos de lo Divino. Y la ilusión en la que vives es tan engañosa que es difícil adivinar cuándo percibirás la dulce voz en el corazón de los demás. Pero tienes*

que saber que esto es una verdad dentro de ti. Búscala ahí, y una vez la hayas oído, la distinguirás más prontamente a tu alrededor."– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Si podemos mirar las cosas desde el punto de vista del ego en el cuerpo causal y, aún más, si podemos penetrar en el plano búddhico siguiente, se nos aparecerá el verdadero significado de todo eso. Lo que entonces percibiremos no será sólo una única y mínima parte del aspecto inferior, sino el conjunto; las proporciones se revelarán, y nosotros constataremos de qué modo el mal es en realidad poca cosa. *"El mal es nulo, el mal no es nada; es el silencio que implica el sonido"*. Al escribir este verso, Browning seguramente ni siquiera sospechó hasta qué punto esto es verdad. Detrás, más allá, debajo de todo el mal, la gran corriente -tengamos la plena seguridad- prosigue su marcha; el canto de la vida es perceptible si lo buscamos con la suficiente profundidad, porque el alma de la naturaleza es dulce y el corazón del ser es descanso eterno, como ya lo dijo Nuestro Señor el Buddha.

Para descubrir el camino que conduce a Dios, hemos de alimentar la chispa hasta que ésta se convierta en llama; entonces quemará los muros levantados por la individualidad, pero los destruirá sin perder la energía y la precisión adquiridas al construirlos y al utilizarlos. Un día, gracias a su poder así acrecentado, ella actuará, no como una chispa, sino como un sol irradiando la vida y la luz a través de la inmensidad del sistema solar; entonces, realmente, el hombre se habrá convertido en semejante a Dios.

Pasemos ahora al comentario añadido por el Chohan a la Regla número 5.

"La misma vida tiene su lenguaje y nunca calla. Y este lenguaje no es un grito, como podrías suponer, tú que eres sordo: es un canto. Aprende de él que tú eres una parte de la armonía; aprende de él a obedecer las leyes de la armonía."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Aquí abajo, es decir en la superficie, cuánta confusión, cuántas lágrimas, pesadumbres, miseria, codicia, engaño, hostilidad, y podría pensarse que, si se penetrara hasta el corazón de todas las cosas, se

escucharía un grito de angustia, un grito de dolor; nada de eso: se escucharía no un grito, sino un canto. A pesar de la espuma de la superficie, a pesar de todas las corrientes y de todos los remolinos percibidos en este mundo por nuestros ojos externos, la poderosa corriente avanza siempre; ahora bien, esto es lo que cuenta y lo que importa.

Un grito pidiendo paz y descanso, he aquí a menudo todo lo que podemos oír en el plano físico. Al alcanzar los planos superiores, descubrimos que la corriente de vida cuya superficie está en nosotros, lejos de pedir la paz, entona un glorioso canto triunfante, mientras avanza constantemente en la dirección que Dios le ha trazado. Este canto puede aleccionaros, como se dice aquí; formáis parte de la armonía y podéis aprender de él a obedecer las leyes de la armonía. Todo este maravilloso y glorioso universo es la expresión de la voluntad divina; se mueve sin tregua como Dios lo ha querido; para comprenderlo basta que asumamos de este movimiento una parte de inteligencia, que busquemos qué tarea nos ha asignado Dios y que la cumplamos.

No hay, y no ha habido jamás ninguna dificultad para conocer esta tarea porque, desde los tiempos más remotos de los que tengamos memoria, esto es precisamente lo que la religión ha enseñado siempre respecto a las acciones de los hombres. Tantas religiones, tantos nombres diferentes dados a las mismas cosas, pero todas están de acuerdo en lo que se refiere a los deberes del hombre. He aquí lo que importa, y resulta extraño que las personas no puedan llegar a convencerse de ello y a tenerlo en cuenta; todos reconocen que el hombre virtuoso es un hombre generoso, desinteresado, benévolo y que, en lugar de oprimir a los demás se esfuerza por ayudarlos en todo lo que cabe -el hombre caritativo con los pobres, que alimenta a los hambrientos, da de beber al sediento, viste al desnudo, visita a los enfermos y a los presos. Esos son los actos de los que, según el Cristo, depende el destino de los hombres.– (Mateo 15:35-40)

En el Buddhismo, última religión fundada por Su gran predecesor, Nuestro Señor Gautama el Buddha, encontráis prescritas exactamente las mismas virtudes. Cuando el Instructor mundial actual vino a

nosotros, en Su encarnación de Shri Krishna, predicó la misma doctrina. Las variaciones que se observan en algunas formas externas y en algunos nombres carecen de importancia; la enseñanza en sí jamás ha variado. Sin embargo, aunque los hombres hayan oído proclamar siempre y hayan conocido siempre la voluntad divina, ¡cuán difícil es hacérsela observar!

Literariamente, se habla mucho de la vida sencilla. Yo creo que ninguna existencia lo ha sido más que la de los antiguos eremitas: en la India todavía se sigue practicando por personas que se retiran a la selva, sin posesión alguna, y consagrándose enteramente a la vida superior. A menudo, lo sé, no se encuentran bien allí; los que se supone comprometidos con la vida superior, no siempre son capaces de estarlo completamente, al no estar todavía lo suficientemente preparados para pasar toda la vida meditando. Así, ha habido yoguis que han sido motivo de crítica del yoga, y eremitas que han deshonrado la religión a la que pertenecían; sin embargo, sigue siendo cierto que la vida más elevada y la más sencilla, en el fondo, es la mejor cumplimentada; es la vida que se lleva enteramente en los planos superiores.

Esta vida no se adapta a todos; la mayoría de nosotros siguen la línea del Karma yoga o servicio activo; nuestra tarea es la de trabajar para la humanidad en el plano físico. El hombre que se retira del mundo tiene que trabajar también para ella, con mucha más decisión y energía, pero en el plano superior; si se retira a una selva o a una cueva para meditar, no es solamente porque quiere huir del mundo y así salvar más fácilmente su alma; se retira porque, siendo ya un alma liberada, radiante, feliz, fuerte, una energía espiritual, siente que puede trabajar mejor en los planos superiores que en una ciudad, sometido a las in fluencias del plano físico.

Algunas veces hay personas que se han retirado a la selva con el único deseo de evitar las responsabilidades y las dificultades de sus deberes sociales; pero el hombre que ha superado la etapa de estas obligaciones comprobará que se va liberando gradualmente de ellas; al encontrar así despejado el camino, puede permitirse intentar la existencia superior, la del Sannyasi o la del monje. En el actual período

de la historia de la tierra, la vida monástica no parece, sin embargo, ser la más indicada. Hay tanto por hacer en el mundo que, por lo menos, hemos de cumplir todos nuestros deberes antes de considerarnos libres para retirarnos dejando la tarea a los demás. Tal vez cuando venga el Instructor del Mundo, escogerá las personas que tienen que trabajar de tal o cual manera; quizás, entre los jóvenes, algunos serán escogidos para la vida monástica. Lo ignoramos, pero con toda seguridad tendrá necesidad en el plano físico de amantes ayudas, activas y entregadas. Mientras tanto, hagamos este trabajo puesto que se nos presenta. Si, cuando esto suceda a Él le place poner aparte algunos de entre nosotros para confiarles un trabajo superior, hará que seamos capaces de realizarlo. Mientras, cumplamos nuestro deber inmediato, y esto con todas nuestras fuerzas, como un servicio ofrecido al Señor y no a los hombres.

> *"6. Conserva en tu memoria la melodía que oigas."* – (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Sólo fragmentos del gran canto llegarán a tus oídos mientras seas todavía sólo un hombre. Pero si lo escuchas, recuérdalo fielmente, para que nada de lo que te ha alcanzado se pierda, y esfuérzate en aprender de ello el significado del misterio que te rodea. Con el tiempo no necesitarás ningún maestro. Porque así como el individuo posee una voz, también la posee aquello en lo cual el individuo existe."* – (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Prestando oído, oiréis algunas veces el canto inmenso; entonces, mantened el recuerdo; no olvidéis nunca lo que habéis oído; que nada de lo que habéis percibido se borre jamás; de modo que, ensamblando los fragmentos del gran canto, gradualmente, podréis descubrir los sentidos del misterio que os rodea.

La vida es un misterio para aquellos que no la ven como un conjunto único, y nadie de nosotros puede verla completamente antes de unirse al Logos de nuestro sistema, al Logos de la que toda esta vida no es sino una expresión. Sólo Él es capaz de verla por entero. Nosotros, fragmentos ínfimos (sé que no me expreso en términos filosóficos, pero, a mi entender, esta expresión se adapta mejor que cualquier otra

con los hechos), partes diminutas de Su conciencia, podemos identificarnos más o menos con esta gran conciencia; cuanto más nos aproximemos a ella, mejor veremos, percibiremos, conoceremos el canto de la vida; cada uno de nosotros que trata de oírlo, trata de ensamblar las piezas que, aquí y allá ha observado.

El conjunto de la naturaleza es probablemente simple; fuerzas simples y muy poco numerosas, en condiciones variables son suficientes para explicar todo lo que nos rodea, pero todavía no hemos llegado al punto en que pudiéramos constatar con precisión el carácter de estas fuerzas y la in fluencia de las condiciones. De entrada, parece extraño que cuanto más estudiamos la naturaleza científicamente más compleja nos parece ésta. Por ejemplo, aumentando la potencia del microscopio un punto se revela como un organismo de una maravillosa complejidad.

No hace todavía mucho tiempo, los químicos llamaban a un elemento como el oro o el hierro un cuerpo simple, pero pasados los años y gracias a la visión clarividente que supera infinitamente el poder del microscopio, hemos constatado la extrema complejidad de estos cuerpos. Así pues, el átomo químico del oro -este es su nombre común- contiene tres mil quinientos cuarenta y seis átomos físicos ultérrimos, y éstos se mueven por grupos alrededor de su propio centro de gravedad, imitando de cerca en eso al sistema solar.

Al parecer, cuanto más allá llevamos nuestras investigaciones, todo nos parece más complejo. Sin embargo, en definitiva, esto es falso porque a fuerza de adelantar en nuestras investigaciones, llegamos a descubrir que todas las cosas están formadas por burbujas de koïlon - es decir, de nada y que el universo material integral es, en cierta medida, una ilusión. A decir verdad -los textos indios nos lo afirman desde hace muchísimo tiempo en el fondo de toda esta complejidad radica una simplicidad definitiva; no podemos asegurarlo absolutamente al no haberlo comprobado todavía, pero eso parece tan probable, que nos sentimos tentados a considerar como casi una certeza el carácter invariable de esta regla; si las complejidades son infinitamente más grandes de lo que suponíamos, tienen como base la simplicidad absoluta.

"7. Aprende de ella la lección de armonía."– (Aforismo del antiguo manuscrito)

"8. Ahora tú puedes mantenerte erguido, firme como una roca en medio de la confusión, obedeciendo al Guerrero que es tú mismo y tu rey. Indiferente al combate, salvo para cumplir sus mandatos, y sin preocuparte ya del resultado de la batalla, porque sólo una cosa importa: que el Guerrero venza, y tú sabes que no puede ser derrotado; permanece pues, sereno y vigilante, y utiliza la facultad de oír que has adquirido por medio del sufrimiento y por la destrucción del sufrimiento."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

El gran Maestro Veneciano describe aquí el estado al que el hombre debería haber llegado cuando el Yo superior es el guerrero, el combatiente. Cuando el hombre ha reconocido su identidad con el guerrero, ha comprobado que él es ese Yo superior, que es divino, y que está comprendido en el Logos, entonces la batalla de la vida deja de preocuparle; sólo hay un pensamiento, el de obedecer al Yo superior.

Para empezar, luchando aquí abajo, esforzándonos por hacer nuestro trabajo y cumplir nuestros deberes, nos preocupamos mucho del resultado; tenemos la sensación de que si no podemos trabajar para el bien, el bien no triunfará. Pero el bien siempre terminará por ser el más fuerte. Sería muy lamentable que uno de nosotros se abstuviera de contribuir a este fin, pero podemos estar seguros de que el bien, pase lo que pase, tiene que triunfar algún día; en tanto que obedezcamos las órdenes del Yo superior y pongamos en juego todos nuestros medios de acción, no tenemos que experimentar, si nuestros esfuerzos parecen vanos, ni preocupación, ni inquietud. Sólo hemos de estar muy seguros de que hacemos todo lo posible y que, con la certeza de que el bien vencerá, no busquemos una excusa para nuestra inercia.

Miles de personas han dicho sobre la cuestión de la Gran Guerra: "La buena causa vencerá, ¿por qué deberíamos hacer nada?" Sí, la buena causa ha triunfado, pero es lamentable que las personas a las cuales se ofreció la ocasión de contribuir se hayan zafado de ello a propósito. Sobre ellos pesa el Karma de una gran ocasión perdida, y

también el Karma de todo el mal añadido a causa del tiempo perdido. Si más hombres, decididos a sacrificarse, se hubieran presentado valientemente para servir, la buena causa hubiera triunfado mucho antes, y se hubieran salvado muchas vidas. Los dubitativos son responsables de los muertos que hubo de más. Imagino, aunque cueste creerlo, que muchas personas prefieren mandar a otras a morir en su lugar. Esta es una etapa de evolución muy baja, pero parece que es verdad la existencia de gente parecida.

Es absolutamente cierto que en el gran combate de la vida el bien triunfará, y también que todos llegaremos un día a la perfección, de una manera o de otra, si no en la cadena de mundos actual, por lo menos en otra; sin embargo, aquellos que ven en esta certeza una excusa para no hacer nada y dicen: "Todo terminará bien; no tengo necesidad de preocuparme; el ego luchará en un plano superior, el que sea; lo que yo haga como personalidad carece de importancia", se preparan un Karma muy aciago, porque retrasan la victoria final del bien en el presente ciclo de la evolución.

Existe una gran diferencia entre saber que el guerrero en vosotros esté seguro de vencer y la inseguridad que experimentasteis a este respecto en la etapa precedente. En este último caso, tenéis como mínimo la vaga sensación de que el guerrero vencerá y os preocupáis mucho del papel que os corresponde en el combate; es un error, pero es una etapa necesaria. Por el contrario, aquel que actúa con conocimiento de causa, consigue mantenerse perfectamente en calma, incluso en caso de no tener éxito; no se trata de la calma de la inacción, sino de la voluntad divina actuando en el Yo superior. Desde el punto de vista del gran final, no es insignificante el trabajo de nadie. Reunidos, todos los pequeños esfuerzos constituyen el formidable conjunto; sin embargo, la parte de cada hombre es tan pequeña que uno se equivocaría si se sintiera muy orgulloso de ello. El bien tiene que vencer; se trata de saber si desde hoy vamos a afiliarnos al ejército conquistador o si preferimos quedarnos atrás. Hay que estar con aquellos que ayudan a la humanidad, o con los que son ayudados; cada uno tiene que ser de los que trabajan para el mundo, o bien de aquellos en favor de los cuales se lleva a cabo el trabajo.

El Yo verdadero triunfará; la derrota es imposible para él. Cuando la personalidad se deja de lado y el guerrero que hay en el hombre lucha, la victoria es segura; al identificaros con el guerrero, con calma y atentamente, seguís la lucha en la que participáis como si fuera ajena a vosotros; todo eso no os impide buscar los acentos del canto de la vida; os servís del sentido del oído que debéis al sufrimiento y a la destrucción del sufrimiento. Mientras experimentáis sufrimiento como a tal, todavía lucháis, todavía estáis en ruta; pero, una vez destruido el sufrimiento, llegáis a un estado en que, por así decirlo, adquirís un nuevo sentido, y esto os permite entonces oír y ver constantemente más allá del campo de batalla. En el fragor del combate, distinguís el canto de la vida y en la tormenta que se desencadena percibís la inmensa comente. Habéis llegado a saber que este sufrimiento sólo durará un tiempo; lo superáis; deja de haceros desgraciados; ya no hay sufrimiento; conocéis el sentido y ya no tiene ascendente sobre vosotros.

Reglas de La 9 a La 12

C.W.L. —He aquí un grupo de Reglas de la 9 a la 12. Una vez más, reunamos cada una de las reglas breves con la parte correspondiente del comentario hecho por el Chohan.

> *"9. Observa atentamente toda la vida que te rodea."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Observa la vida que te rodea en constante cambio y movimiento, porque está formada por los corazones de los hombres; y a medida que vayas aprendiendo a conocer su constitución y su significado, gradualmente podrás leer el mensaje más importante de la vida."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

La mayoría de las personas pasan su tiempo considerando, no la vida, sino la forma que la rodea; su pensamiento no se adapta mucho a la vida profunda. Por eso se muestran brutales e indiferentes hacia la vegetación, abaten hermosos árboles y transforman un paisaje delicioso en un espantoso centro industrial o en una ciudad horrorosa, sin tener la idea de conservar al mismo tiempo el mayor número posible de bellezas naturales; también está su total ausencia de piedad, no solamente por lo que se refiere a nuestros hermanos más jóvenes del reino animal, sino también entre ellos mismos.

La misma razón nos hace comprender por qué el mal, aquí abajo, pesa tanto en el alma de los hombres superiores. Si, mirando por debajo de la superficie, y viendo lo que llega a la vida profunda, ellos constatan que incluso los acontecimientos más horrorosos sirven para encaminar la vida hacia la ruta que conduce a la felicidad divina, su inquietud será menor. El discípulo tiene que ver la vida en todas las cosas. Lo primero a tener en cuenta en cada vida es que es una expresión del Logos en Sí. En la vida que nos rodea, es verdad que encontramos muchas cosas repugnantes y de las que tenemos en cuenta su carácter malvado; estas cosas no dejan de desempeñar su papel en la marcha del mundo; también podemos descubrir por todas partes una manifestación de la Divinidad en Sí.

En toda persona hay algo bueno, excepto tal vez en los casos en que la personalidad se ha desprendido definitivamente del Yo superior; caso extremadamente raro, pero que se presenta algunas veces. Esta separación nos parece horrorosa, y en realidad lo es, pero se ha exagerado mucho. Al principio, las obras teosóficas se extendían mucho sobre lo que llamaban las almas perdidas; algunas veces se encuentran asociadas en ellas dos o tres citas referentes a condiciones muy diferentes; muchos lectores confundidos por eso, se imaginan entonces que las almas perdidas son muchas.

Aquí abajo, un determinado tipo de personas se sienten poderosamente atraídas por lo terrible; tienen interés en ver en todo y en cada uno lo peor; esta es una característica de las clases inferiores en Inglaterra; a juzgar por el contenido de los periódicos, esta característica también existe en otras partes. Si estas personas tienen una mala noticia que anunciar, parecen complacerse exagerándola añadiéndole numerosos y espantosos detalles. Me siento inclinado a pensar que muchas personas poseen más o menos este temperamento y que, si bien está extremadamente marcado en las clases inferiores, también se encuentra en los demás.

Estoy convencido de que en la Sociedad Teosófica hemos tenido miembros con esa disposición; anotando con cuidado todos los pasajes que se refieren a los temas en cuestión, la octava esfera y la posible pérdida del alma y de todo eso componen un relato terrible; después, asocian estas ideas a una frase de Madame Blavatsky diciendo que cada día, en la calle, nos codeamos con innumerables almas perdidas. He aquí una expresión que exigiría por lo menos ser tamizada. Sería muy difícil codearse en un solo día con miles de personas. Esta frase no tiene que tomarse al pie de la letra; es una manera figurada de hablar de las dos quintas partes de la humanidad que abandonan nuestra evolución en medio de la quinta ronda; a estas almas no puede llamárselas almas perdidas más que para diferenciarlas de las demás que, con toda seguridad, continuarán su marcha hacia adelante.

Estarán perdidas para la actual cadena de mundos, pero, como ya hemos explicado, no se les impone ningún castigo eterno; descansarán soñolientas y satisfechas, en realidad felices puesto que no conocen

nada mejor; no merecen la menor conmiseración si no es la de que en otra cadena de mundos tendrán que recorrer otro largo ciclo de existencias y, como todos sabemos, esto es muy fastidioso. Nada mejor para los hombres obligados a someterse a ello; es infinitamente más ventajoso y más fácil para ellos que retrasarse en nuestra evolución -que supera sus aptitudes- y de verse de ese modo impulsados hacia adelante, a costa de esfuerzos muy violentos que, indudablemente, no podrían aguantar. No han perdido su tiempo; todo lo que han aprendido y adquirido en la presente cadena de mundos se les tendrá en cuenta, y durante su devachán entre las dos cadenas, podrán realizar algunos progresos. Además, en la siguiente cadena ocuparán un rango elevado, porque allí se encontrarán por delante de los nuevos egos de la cadena.

Esos son los miles de seres humanos con los que nos codeamos; nada de común con los casos aislados en que la personalidad se separa de la individualidad. Esto es espantoso, pero más vale no ver en ello una inmensa catástrofe, sino únicamente un caso extremo de lo que llega constantemente, porque -ya lo he explicado- se produce ordinariamente una pérdida al final de cada encarnación, por mucho que las ganancias realizadas también puedan ser muchas. La pérdida de la personalidad tendría como consecuencia una vida de perversidad tremenda. Esto no significa siquiera que el ego peque voluntariamente, sino que la personalidad escapa alguna vez a su control; él es el responsable; no debería haberlo permitido; pero la falta que se le imputa es una debilidad más que un mal directo. No obstante, el ego continúa adelantando; ha retrocedido terriblemente, pero retorna su marcha, si bien no en seguida, porque al principio está como aturdido. Después de semejante experiencia, un ego siempre conserva un carácter especial; siempre descontento, le llegan reminiscencias de una meta más elevada, más importante, que ahora no está a su alcance. Es una terrible condición, sin embargo, el hombre culpable de una tan grave debilidad tiene que aceptar el Karma y comprender algún día que él es el autor de sus propios males.

No conozco exactamente qué otras posibilidades de pérdida han podido existir en una época más remota de la historia de nuestro

mundo. En las condiciones actuales, parece muy seguro que lo peor que le puede alcanzar a un ego cualquiera es perder totalmente una personalidad. Para él, esto es en extremo grave; se arriesga a verse postergado, desde una civilización bastante adelantada, a una condición cercana a la del salvaje, aunque no hasta la animalidad. Si hubo alguna vez un tiempo en que esta regresión ha sido posible, por lo que podemos juzgar, ahora es imposible.

No hace tanto tiempo -computo la duración como ocultista- que muchos hombres pertenecientes a la humanidad actual dejaron la condición animal. Cuando se acerca el momento de cerrar el acceso de los animales al reino humano, hace falta realizar un gran esfuerzo para hacer que pasen el mayor número posible de ellos, a fin de facilitar a cada uno una ocasión suprema. Los Señores de la llama descendieron de Venus expresamente para ejercer una acción estimulante en esa época precisa, o un poco antes, y todos los esfuerzos tendieron entonces principalmente a permitir que el mayor número de entidades posible pasaran del reino animal al reino humano antes de que la puerta se cerrara definitivamente. En circunstancias infinitamente de menor envergadura, las personas realizan un esfuerzo especial cuando se trata de una estupenda ocasión, trátese de una venta en condiciones ventajosas o de un examen que hay que aprobar; parece como si hubiera sucedido algo por el estilo, pero a una escala infinitamente más vasta, en el momento en que se presentó la última ocasión de dejar el reino animal y entrar en el reino humano en la presente encarnación de nuestra cadena de mundos.

Debió haber muchos seres todavía muy próximos al reino animal y que pasaron muy justo. Estas personas han debido encarnar varios centenares de veces en las condiciones de vida salvaje más inferior de la humanidad y casi sin intervalo; resumiendo, estando siempre comprometidos con la vida física, el mundo astral no se abrió para ellos más que gradualmente. Entre ellos, tal vez los haya que no han conseguido mucho al pasar; estos -es casi seguro- abandonarán la corriente de la evolución a la mitad de la quinta ronda. A pesar de todo, habrán adquirido una determinada experiencia de la vida humana -entre la mitad de la cuarta y la mitad de la quinta rondas-

además, en la siguiente cadena de mundos no llegarán desde el principio; al haber pasado ya por las clases primitivas, podrán volver a empezar por delante en calidad de salvajes bastante bien calificados; demasiado ignorantes para retrasar mucho su evolución, no pueden progresar demasiado; ésta se hará necesariamente con lentitud; por otro lado, sus facultades mentales son tan débiles que no podrían volver muy atrás.

Algunos textos antiguos hablan a menudo de hombres vueltos a caer en el reino animal. Por nuestra parte nunca hemos observado un solo caso. Para el hombre hay otras maneras de entrar en contacto con la conciencia animal y experimentar así horribles sufrimientos, tal como ya he explicado en "La Vida Interna", pero la reencarnación bajo una forma animal ya no es posible; hemos superado desde hace muchísimo tiempo la línea de separación para ser capaces de franquearla de nuevo, admitiendo que nada parecido haya sido posible otras veces. Los mismos magos negros más tenaces son incapaces de ello; durante la Gran Guerra tuvimos la ocasión de ver la actuación de algunos de los "Señores de la faz oscura" reencarnados. Esto puede explicar los horrores cometidos. El Karma personal generado por estas personas es incontestablemente terrible. He podido entrever el Karma futuro de personas mucho menos culpables: un espectáculo imposible de olvidar, una pesadilla horrible. Algunos hombres que están muy lejos de igualar estos grandes meteoritos del crimen se preparan sin embargo un horrible futuro maltratando a los niños y sometiendo a los animales a la vivisección; este futuro causa escalofríos; ahora bien, los magos negros de los que he hablado son infinitamente peores; han cometido los mismos crímenes a una escala colosal y han sacrificado a su egoísmo un hemisferio; sin embargo, no vuelven como animales.

En los rarísimos casos en que una personalidad va a la deriva, lleva una existencia parecida a la de Margrave en Una extraña historia, de Bulwer Lytton. Margrave, el ser absolutamente egoísta, sin conciencia, sin alma que pueda guiarle. Se trata pues de un hombre de extrema perversidad, y esta puede reaparecer además en una segunda encarnación. Madame Blavatsky ha declarado que una personalidad así puede reencarnar en algunos casos apoderándose del cuerpo de un

niño pequeño; como que no hay ningún cuerpo preparado para él, esta personalidad puede apoderarse de un niño que acaba de morir, reanimarlo, servirse de él, y asegurarse así una nueva existencia. Madame Blavatsky tocaba poco estos temas, pero, cuando aludía a los hechos en cuestión, expresaba su horror en términos sobrecogedores. Nosotros, sus oyentes, teníamos la clara sensación de que ella había visto de cerca casos parecidos, porque no hablaba de ello más que a su pesar.

Sus indicaciones nos han hecho comprender que, si una segunda reencarnación humana era pues imposible, podía suceder que esta personalidad en vías de descomposición, habiendo guardado un fragmento desprendido del ego y atrayendo su vitalidad, descendía al reino animal. Un día nos pintó un cuadro realmente horripilante de la manera en que un ser como éste, consciente, podía retrasarse siguiendo lo que ella llamaba la corriente de la retro-evolución. Nos dijo -lo recuerdo muy bien- que entidades semejantes habitaban a veces en el cuerpo de una serpiente y que algunas recordaban su antigua condición humana. Es espantoso y tal parece una pesadilla; consolémonos, por lo menos, diciendo que éste es un caso excepcionalmente raro, y que un estado parecido sólo puede ser el resultado de una obstinada perversidad, alimentada durante varias vidas sucesivas.

Los verdaderos malvados no son muchos aquí abajo; y siempre buscan justificarse. El ladrón que asalta vuestro hogar y roba vuestras joyas, opina generalmente que, después de todo, al estar mal repartida la propiedad, él no hace más que tomar la parte que hubiera debido corresponderle por parte del gobierno o de otros; la quita al poseedor ilegítimo de los bienes que, en realidad, deberían estar distribuidos entre todos. Los malhechores muy raramente se aperciben de que su acción es punible; siempre encuentran medios para justificarse. Más tarde, puede que se den cuenta de que la excusa no era válida, pero a mi entender, en el momento de cometer el acto reprensible, siempre imaginan cualquier excusa. Estos crímenes están lejos de los horrores del alma perdida; para llegar hasta ahí, es necesario que un hombre cometa el mal con plena voluntad, con toda reflexión posible y que se

oponga a la corriente de la evolución.

Estas terribles posibilidades son cada vez más raras; la humanidad progresa y aprende; el bando de la sombra encuentra cada vez menos reclutas y actualmente representa un simple vestigio del pasado. Se ha hablado mucho de los vampiros y de los hombres lobo; han existido; todavía pueden encontrarse. Yo he visto ejemplos, pero no espero ver más. Cada vez es más imposible que los hombres desciendan hasta ese punto. En lugar de convertirse en vampiro, se pasa al mundo "gris"; tal parece que esta última condición ocupa ahora el lugar de la otra; evidentemente, es preferible, aunque sin embargo muy molesta.

La vida póstuma pasada en el mundo gris se debe al enmarañamiento del cuerpo astral y del doble etérico. Algunas personas que no creen claramente en una existencia de ultratumba, aspiran sin embargo a seguir viviendo; en términos imprecisos, dicen que creen en la súper-vivencia, pero en realidad dudan mucho de ella; como sea que la existencia física es para ellas la única que tiene realidad, se agarran desesperadamente al cuerpo físico, tanto, que después de su muerte la materia etérica no puede retirarse completamente del cuerpo denso como ocurre en los casos normales. Por consiguiente, el difunto queda retenido, mucho tiempo después de la muerte, en una condición que no es ni la del mundo físico ni la del otro; como conserva una cantidad de materia etérica que le impide utilizar plenamente sus sentidos astrales, no puede, como debiera, pasar al mundo astral; por otra parte, no puede retener el mundo físico al no tener ascendente sobre él, a pesar del resto de materia etérica de la que dispone; se halla pues suspendido en lo que algunas veces se llama el mundo gris. En estas condiciones, no hace sino entrever a intervalos uno u otro de esos mundos, pero experimenta una gran desazón y no deja de luchar para conseguir en alguna parte una existencia completa. Le bastaría un solo instante para liberarse si tuviera la voluntad de hacerlo, pero a menudo, necesita mucho tiempo.

El Chohan dice que la vida cambiante que nos rodea está constituida por los corazones de los hombres. Nuestras condiciones externas son el resultado de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos

internos, esto es cierto. Algunas veces uno se lamenta de las condiciones sociales, de los gobiernos, de la política, de la religión, del comercio y de la educación, pero todo eso expresa muy bien el estado de los habitantes que ocupan nuestras ciudades; todo eso está constituido por los corazones de los hombres. Los sufrimientos y las alegrías cuya causa es menos inmediata, tales como los cambios geológicos y climatológicos, constituyen en sí nuestro ambiente, a causa del Karma merecido, por nuestros propios sentimientos y nuestros propios pensamientos. Así, nosotros decidimos nuestro lugar en la naturaleza. Siguiendo nuestra naturaleza interna, siguiendo nuestros corazones; después estamos dispuestos a no comprender, porque en lugar de tener en cuenta la vida, tenemos en cuenta las formas.

Muchas cosas que generalmente se consideran como azotes pueden tener su lado positivo. En el plano físico, por ejemplo, esto sería, un violento terremoto, como el que en 1908 trastornó una gran parte de Sicilia y Calabria y costó la vida a más de ciento cincuenta mil personas que perecieron, unas súbitamente, otras, me temo, después de mucho sufrimiento. ¡Cuánta gente vería en ello tan sólo una catástrofe! Ahora bien, para nuestro globo terráqueo esto no es un mal: el seísmo eleva y traslada una gran cantidad de la corteza terrestre renovando así el suelo; para el planeta es una mejora positiva. Mirad la montaña del Vesubio en Italia: al cabo de cierto tiempo, toda la materia volcánica expulsada por el volcán se convirtió en el mejor y más fértil de los suelos; en el paréntesis, destruyó vidas humanas. Una tempestad, un terremoto, una gran inundación no son enteramente un mal: puede que liberen a algunos hombres de sus cuerpos físicos, pero en cualquier caso, esto no es para perjudicarles. Todo lo que llega con las catástrofes de este tipo son de orden kármico y, a la larga, contribuye al bien de las víctimas.

El teósofo tiene que tener muy en cuenta que, en sí, la muerte no es un mal, sino que muy a menudo se otorga como una recompensa. Sobre esta cuestión, nuestra actitud habitual es debida a una enseñanza religiosa inexacta. El instinto de conservación está implantado en cada uno de nosotros; nos impulsa a preservar nuestro

cuerpo físico, sea de un atentado cualquiera, sea de la destrucción. Instinto muy sabio y necesario. Tenemos que proteger nuestros cuerpos físicos y hacer que duren tanto tiempo como sea posible. Si yo, respetuosamente, me expreso de este modo, el Logos se ha tomado la molestia de obsequiarnos con nuestra presente encarnación; nuestro deber evidente es sacar el mejor partido posible de ello.

Sin embargo, puede presentarse una ocasión en que el mejor uso que podamos hacer de nuestra encarnación sea el de arriesgarla e incluso el de sacrificarla. Así pues, el soldado que se adelanta, casi sin esperanza, sabiendo que van a matarlo, pero que su muerte forma parte de un gran plan estratégico en que la victoria será la consecuencia, este hombre hace de su encarnación el más generoso de los usos cuando renuncia a ella voluntariamente, cuando hace entrega de la misma. Para la mayoría de nosotros y en condiciones normales, nuestro deber es el de tomar todas las precauciones razonables y hacer que nuestro cuerpo dure tanto como sea posible; de otro modo, abreviando nuestra existencia, somos motivo de un serio contratiempo.

Algunas personas cuentan, muy a la ligera, con la protección que los Maestros les dispensen. "Trabajo tanto para el Maestro, dicen, que cuando estoy al lado de un enfermo no tengo ninguna necesidad de tomar precauciones para no contagiarme; estoy seguro de que Él cuidará de mí; si no supiera nadar me tiraría al agua; estoy seguro de que Él me sostendría". Es posible, si es que Él lo juzga necesario; pero ¿con qué derecho imponerle a Él lo que con un poco de sentido común hubiera podido hacer él mismo? Si nos corresponde la tarea de visitar a enfermos infecciosos yo creo que, en lugar de contar ciegamente con la protección del Maestro, tomando las precauciones necesarias, deberíamos evitarle a Él toda pena. Es necesario que por nuestra parte hagamos todo lo posible; si el Maestro quiere cooperar a ello, es libre de hacerlo, pero cometeríamos la mayor de las equivocaciones si contáramos con Su intervención; algunas veces ésta llega, pero no tenemos derecho a esperarla. En este orden de cosas, he visto acontecimientos muy extraños, pero jamás impondré al Maestro la molestia de protegerme de un modo especial contra lo que sea cuando

yo muy bien puedo protegerme a mí mismo.

El instinto de conservación es un privilegio de la raza humana; es normal, pero el hombre valiente siempre está dispuesto a aceptar el sufrimiento, el peligro, incluso a arriesgar la vida por razones superiores. El hombre para quien la muerte no es el mayor de los males, la afrontará valerosamente para impedir un mal mayor. Esto es lo que centenares de miles de nuestros semejantes han hecho durante la guerra. La muerte -lo sabemos- no es el fin de todo, como a menudo se cree. Para nosotros, una catástrofe como la de Mesina no es terrible por el solo hecho de que numerosas personas fueron repentinamente desposeídas de sus cuerpos y proyectadas al plano astral. Yo me encontraba en América cuando hubo un gran incendio en un teatro de Chicago; muchas mujeres y muchos niños perdieron la vida allí. Algunos de nuestros miembros vinieron a preguntarme: "¿Cómo la Providencia, si realmente gobierna este mundo, permitió la muerte de todas estas mujeres y de todos estos niños inocentes?" Yo les contesté: "¿Creéis que los hombres son los únicos que merecen siempre la recompensa de ser liberados rápidamente de la existencia terrestre?" Mis interlocutores jamás hubieran imaginado que la muerte pudiera ser una merced, liberando de condiciones penosas y permitiendo así reemprender la marcha hacia adelante con más libertad.

De modo que no consideremos ese gran temblor de tierra como un mal, pensando en todos los seres humanos bruscamente proyectados al plano astral. El número de éstos que encerrados sufrieron una muerte lenta es comparativamente poco elevado. Algunos se quemaron vivos, otros murieron enterrados entre los escombros; sus sufrimientos, pensamos, debieron ser horrorosos, pero hemos de aplicar nuestros conocimientos teosóficos, tanto a los casos excepcionales como a los casos ordinarios y decirnos que los crueles sufrimientos de éste o aquel individuo han anulado probablemente una deuda de su cuenta kármica, cuya extinción hubiera exigido veinte existencias normales. Sintamos una profunda piedad por todos los hombres que mueren de esta manera; ayudémosles en todo lo que esté a nuestro alcance, pero no lloremos por ellos como si todo eso fuera inútil. Esta es una manera drástica pero rápida de librarnos de las

consecuencias derivadas de graves errores; la experiencia es terrible, es cierto, pero cuando todo ha terminado ¡qué ganancia no se habrá obtenido!

A grosso modo, porque no hay que llevar más allá la analogía, hemos comparado las dificultades sufridas, primero en la curación lenta y natural de una enfermedad grave y, a continuación, la curación obtenida por una operación quirúrgica. La curación lenta puede implicar en total más sufrimientos repartidos en muchísimos años. Nuestra simpatía por los muertos no es la que despiertan generalmente, porque nosotros sabemos que su actual condición es muy preferible a la antigua. Para los familiares que les lloran nuestra simpatía es profunda. Sin embargo, insistimos en el error que se comete pensando en estas cosas con horror y suponiendo que Dios, al haberlas permitido, no puede ser bueno. Sí, estas experiencias son terribles, pero su resultado definitivo es invariablemente un bien.

Hay que controlar absolutamente el punto de vista personal para constatar que todo contribuye a nuestro bien, y que, en nuestros semejantes, la vida a través del laberinto kármico transcurre sin descanso hacia los pies de lo Eterno. El Chohan nos dice que consideremos la vida al por mayor; no clasificaremos nunca, pues, a nuestros semejantes de una manera mezquina. Por ejemplo, dejaremos de ver a los hombres religiosos como anglicanos o disidentes, y los veremos cómo hombres con temperamento devoto; ni tampoco veremos en los hombres de Estado a conservadores o radicales. Nuestro punto de vista será más elevado que eso; clasificaremos a nuestros semejantes como hombres que piensan, que son caritativos o que tienen voluntad, según la clase de actividad humana consciente que controle sus vidas. Los señalaremos con el nombre de su rayo. Adoptando esta clasificación más profunda, nos acercaremos a la realidad y la vida se hará para nosotros más inteligible.

Es muy difícil comprender por entero todos los diferentes tipos; sin embargo, es necesario que nos apliquemos a ello. El adepto comprende los tipos más divinos y le dedica a cada uno su comprensión, pero para eso hay que ser un Adepto. Nuestro deber es

intentarlo. El punto de vista de nuestro prójimo puede parecernos imposible pero, por lo menos, hay que intentar comprenderlo. Esto no os obliga en absoluto a adoptarlo; tenemos derecho a nuestro punto de vista personal como los demás tienen derecho al suyo, porque la reciprocidad también es cierta. El hombre capaz de demostrar comprensión por aquellos que difieren de él de un modo total y radical, no tardará en comprender por lo menos una parte del mundo en que vive.

No hay ninguna duda de que lo que el Maestro dice aquí significa una orden para el discípulo. Hemos de llegar a comprender todos los tipos humanos hasta donde podamos, y todas las veces que nuestra influencia pueda ayudar a la gente a salir de sus baches, es bueno que lo intentemos pero siempre juiciosamente, sin lo cual pudiéramos no conseguir atraerles hacia nosotros; incluso, con nuestras lecciones, podríamos contribuir a que su condición empeorase. He conocido varios casos.

Los lectores que tengan memoria de la literatura teosófica de los primeros años pueden recordar que en ella no se plasmaba mucha simpatía por la Iglesia. La misma Madame Blavatsky demostraba poca paciencia cuando se trataba de la ortodoxia religiosa; evidentemente, al haber constatado a menudo la manera en que una creencia religiosa poco iluminada paraliza las inteligencias y las almas, se alzaba algunas veces en contra de las doctrinas religiosas de miras estrechas, sin detenerse nunca una para recordar la existencia de un punto de vista diferente y superior. Era una encarnizada enemiga de la superstición bajo todas sus formas y se dedicó muchísimo más a liberar a las personas de sus supersticiones que a proporcionarles otra cosa en su lugar. Es probable que la gente necesitara una sacudida y sufrir este trato enérgico; también es probable que se hubieran negado a compartir inmediatamente nuestro modo de considerar la vida.

Conocí a la Dra. Besant en una época en que sus ataques contra el cristianismo la llevaban a coincidir enormemente con los de Madame Blavatsky. Tuvo que tomar la palabra ante numerosos librepensadores reunidos en el Hall of Science de Londres. Un cristiano laico o un clérigo defendían la ortodoxia, escuchando con interés los argumentos

de la Dra. Besant, porque ella era, sin duda alguna, el primer polemista de su época. Yo he escuchado sus debates, antes y después de su ingreso en la Sociedad Teosófica. Su debate teosófico era mucho más caritativo que el de antes, pero mucho menos interesante. Señalaba con mucha pena y mucha benevolencia los puntos débiles de los argumentos contrarios evitando, en todo lo posible, presentar cuestiones molestas, para evitar herir los sentimientos de la parte adversa. La primera vez que la escuché, llegó ventajosamente hasta el final, lo cual fue mucho más interesante, pero menos placentero para su adversario.

Su talante oratorio sigue siendo muy grande todavía hoy, pero ella lo utiliza con tanta consideración que, en un debate uno apenas se da cuenta. Ahora posee lo que tal vez en su época de librepensadora le faltaba, quiero decir la capacidad de comprender a todo el mundo; esta cualidad maravillosa la debe a un trabajo continuado; ha podido adquirirla a fuerza de intentar comprender a los demás y de ponerse en su lugar. En la época del librepensamiento, cuando yo la oí hablar, ciertamente, no se ponía en el lugar de su adversario al que algunas veces reducía a un estado de balbuceo y estupor ante su impecable lógica y por la violencia de sus ataques.

El hombre que desea comprender a todos sus semejantes y que quiere aprender seriamente a mirar la vida desde más arriba, tiene que identificarse igualmente con los reinos inferiores y, en todo lo posible, tiene que considerar la naturaleza como un todo; tiene que adoptar una actitud comprensiva en relación con los grandes Devas de los espíritus de la naturaleza, de los árboles y de la tierra. Nuestras modernas civilizaciones parecen haber perdido esta perspectiva, por más que, de cuando en cuando, las volvamos a encontrar en las obras de un escritor o de un artista. Si hombres como Ruskin y Turner han escrito y han pintado como lo han hecho, es porque ellos mantenían esta perspectiva.

En la Grecia antigua, considerábamos las cosas de una manera completamente distinta a hoy. En la naturaleza, no había nada que ante nuestros ojos no tuviera una importancia mucho mayor de la que tiene para nuestros contemporáneos, si exceptuamos unas cuantas

personas con temperamento artístico. Pensábamos menos en el dinero y en los negocios, y disfrutábamos más de la naturaleza. Es bueno imaginar este punto de vista. Desarrollando la mente inferior, agudizándola por lo que respecta a los negocios y al lado práctico de la vida, nuestras razas modernas han perdido mucho, si bien por otra parte también han ganado mucho; estoy hablando de la facultad de hacer cien cosas a la vez, y de concentrar la atención en condiciones extremadamente difíciles, en medio del barullo, del ruido, de la espantosa agitación de nuestra civilización. Nada parecido a la Grecia antigua; nuestros viajes eran menos rápidos, pero cuando viajábamos, nos instruíamos mucho más.

Me parece que deberíamos intentar recuperar en cierta medida este estado de espíritu. En nuestros días, el hombre embellece raramente su entorno, pero en las épocas en que él comprendía mejor la naturaleza, no la deformaba tanto. Los griegos sabían elevar templos que se asentaban en los lugares más maravillosos. Tal vez nosotros, como ellos, aprenderemos a combinar la estética con la utilidad. Por ejemplo, podemos utilizar como oficina una construcción parecida a una catedral, pero, mientras tanto, y este es uno de los puntos débiles de la civilización actual, ésta no tiene comprensión para todos los aspectos profundos de la naturaleza, porque nos falta cultura para adquirir lo que, para los griegos era un don innato: la facultad de comprender la naturaleza. Leyendo "Queen of the Air", de Ruskin, uno empieza a vislumbrar este concepto.

Aprovechemos al mismo tiempo todos los progresos. Hemos vivido otras veces en las razas que hicieron de la belleza su culto, disfrutando del ocio y de larga vida; nuestro ego conserva todavía la idea. Nuestra existencia actual tiende a sofocarla, pero basta con apelar a nuestros recuerdos para que los obstáculos caigan. Esto no es imposible y el esfuerzo merece la pena, aunque sólo sea desde el punto de vista personal, porque disfrutaremos infinitamente más de la vida.

Hay personas que se sienten ajenas a la naturaleza; dicen que están rodeadas de "malas influencias" y no ven en ese mundo más que escorpiones, serpientes y tigres. Ni una serpiente, ni un escorpión, ni un abejorro son en absoluto nocivos, pero sí son excesivamente

irritables y -si fueran de la raza humana- diríamos faltos de todo escrúpulo por lo que se refiere a su manera de actuar. Si se les molesta, simplemente se enfurecen, pican y muerden a los que se acercan a ellos, pero no podéis decir que son malos porque no actúan por malicia; como su vitalidad es grande, la ejercen y se lanzan contra toda persona que se cruce en su camino.

Ocurre lo mismo en la región astral y en la etérica. Una gran cantidad de espíritus de la naturaleza pertenecientes a las categorías inferiores, sin ser malvados ni proponerse hacer daño, son muy desagradables cuando los encontramos; en resumen, hay que evitarlos. Felizmente, es más fácil evitar estas cosas en el plano astral que en el mundo físico, porque una voluntad fuerte basta para alejarlos de uno. Si os sometéis a su influencia, los seres de esta clase se imponen a vosotros. Muchos de ellos, como ya he explicado, están encantados de encontrarse con un hombre encolerizado; el motivo de su furor no les importa en absoluto, para ellos es indiferente (¿saben siquiera que se trata de un hombre? No estoy seguro de ello), pero cuando encuentran una turbulencia originada por la violencia y las vibraciones de brutalidad que les resultan agradables, se mezclan con ellas disfrutando, las fortalecen y aprovechan todas las facetas posibles.

Las vibraciones crueles son la alegría de algunos de ellos; no hay duda de que estos seres no se apoderan voluntariamente de una persona que tenga esta mala costumbre y la impulsan a actos en los cuales el hombre, por sí solo, jamás hubiera pensado. Dejad que la cólera se apodere de vosotros y os arriesgáis a hablar y actuar de una manera muy en contra de vuestras intenciones. Esto pasa con la crueldad, y en realidad también con los celos, con la envidia y con el odio. Cuando un hombre se entrega a una de estas pasiones el cuerpo astral, de golpe, parece animado de una excitación vindicativa, porque una multitud de estos seres se apodera de él. Nos resulta muy difícil experimentar la menor benevolencia hacia ellos; naturalmente, pensamos en la mala influencia que ejercen en nosotros y, sin embargo, estos pobres seres no hacen otra cosa que buscar satisfacciones que les son propias. Por lo demás, ésta no es una razón para dejarnos dominar por ellos; en cuanto a esto, no deberíamos

temer nada de ellos, pero recordemos que ocurren todo tipo de intensificaciones parecidas y que al estudiar a nuestros semejantes hay que tenerlo siempre en cuenta.

A nuestro alrededor se mueven fuerzas inmensas de las que la mayoría de la gente no tiene ni idea. Nosotros lo conocemos como de una manera general; sabemos que fuerzas, como las de la opinión popular, actúan sobre nosotros sin que seamos conscientes de ello, pero sin apercibirnos del formidable poder de la ley de la evolución y de las numerosas facetas divinas en que se manifiesta en todo lo que nos rodea. Dios está velado por la materia, pero, aunque esté así oculto para nosotros, no está muerto. Sus actividades, Sus energías no dejan de influenciar a todas Sus criaturas; cuando éstas actúan con fuerza sobre un hombre, le remueven, al igual que se agita la superficie de un agua estancada. Toda el agua se pone en movimiento y todo lo que ésta contiene sube a la superficie; se enturbia muchísimo, pero así llegamos a saberlo que había en el fondo; más vale agitar el agua, aunque el fondo sea fangoso, que no dejarla estancada; se corrompería sin esperanza. De modo que lo que pasa es que toda esta agitación forma parte de la vida divina que un día educe en el hombre cualidades indeseables.

Podría objetarse que sería más ventajoso para el hombre no haber sido removido de esa manera, pero no es así. La vida del hombre, por el momento, se ha intensificado... desagradablemente, pero es mejor que las cualidades desagradables salgan a la superficie; el hombre aprende entonces a conocerlas y sus amigos que se dan cuenta de ellas también pueden ayudarle; de otro modo, podrían permanecer ignoradas y producir efectos lamentables si una circunstancia cualquiera las pusiera más tarde en evidencia. A veces es, pues, a la misma fuerza divina que se debe el nacimiento de actividades aparentemente indeseables. No lo dudemos: Aquél que hace todas las cosas actúa para lo mejor; Él sabe lo que hace y, cuando remueve ésta o aquella materia corrompida, es con el fin de provocar la expulsión, aunque, en aquel momento, la agitación no parezca favorecer mucho la evolución. Recordemos constantemente que todos los hombres están situados en diferentes escalones; lo que es bueno para uno es

precisamente lo que sería malo para otro. Hemos de observar, tenemos que adquirir una imparcialidad total y no juzgar demasiado aprisa, sea lo que sea lo que pase. Todas las trayectorias están contenidas en el Logos y forman absolutamente parte de la Suya; es por eso que todas estas cosas, en el fondo, son aspectos y expresiones Suyas. Todas estas manifestaciones, al no ser ajenas a nosotros, tenemos deberes a cumplir respecto a ellas. Tal vez tengamos la ocasión de ayudar a una persona, pero no a otra. Sepamos aceptar todas las tareas que se presenten ante nosotros.

> *"10. Aprende a sondear inteligentemente el corazón de los hombres."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"Estudia el corazón de los hombres para que puedas conocer qué es ese mundo en el que vives y del cual quieres ser parte."* — (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

En esta regla, la palabra corazón se emplea simbólicamente; hay que profundizar todo lo que podamos en la naturaleza entera del hombre, no solamente en sus sentimientos normalmente llamados su corazón, sino también en sus actividades mentales. Hemos de plantearnos el tratar de comprender a fondo, y para eso hemos de buscar en él la manifestación del ego.

Cuando vemos a nuestro alrededor a personas que actúan de un modo distinto a como lo haríamos nosotros, a menudo nos decimos: "¿Qué es lo que ha podido llevarle a hacer algo así?" No pudiendo concebir en ningún caso la posibilidad de hacer nosotros lo mismo, no comprendemos por qué lo habrá hecho nuestro congénere. En la mayoría de los casos, ya hace mucho tiempo que hemos renunciado a resolver enigmas parecidos, porque resultan casi incomprensibles. Por eso no puedo comprender que una muchedumbre se apresure a asistir a un combate de boxeo; no comprendo el interés porque a mí me parece que es una muestra de brutalidad. Si se tratara de pagar, yo preferiría pagar el derecho a no ir, para no asistir al mismo. Reflexionando concienzudamente y tratando de explicarme la atracción que ejerce un combate de boxeo, me pregunto si esto no será una exhibición de destreza, destreza bastante brutal y bastante grosera, pero destreza al fin y al cabo; la idea del valor y de la

resistencia puede que también tengan algo que ver.

También observamos grupos de personas apostadas en las esquinas de las calles, riendo estentóreamente con ordinariez y hablando con voz enronquecida. Es imposible comprender su gozo; sin embargo, estos hombres representan una numerosa categoría de seres humanos que hemos de tratar de comprender en lo que corresponda.

Las personas llevan a cabo toda una serie de extravagancias: tan pronto les veis furiosamente celosos sin motivo alguno, como vivamente afectados por las conversaciones de las que son objeto. Razonáis con ellos y les decís que la opinión de los demás carece de importancia, al no poder perjudicarles, pero no por eso dejan de sentirse muy seriamente impresionados. Hasta cierto punto, hemos de tratar de descubrir la razón. Muy a menudo, lo admito, no cabe preguntárselo, pero nuestro papel es sin duda el de buscar comprender a nuestros semejantes.

Algunas personas podrían pensar que este estudio carece de interés desde un punto de vista más elevado. Desde el momento en que nos juzgamos un poco más evolucionados que las personas de las que estamos hablando, nuestro deber evidente es ayudarles, porque, si no los comprendemos, nuestra ayuda es una frivolidad; si sus intereses, en general, nos resultan extraños, es que, simplemente, en la vida del alma nosotros somos un poco más viejos. El alma crece y el hombre, al ir avanzando, se vuelve más razonable.

Vemos que los niños hacen toda suerte de cosas incomprensibles; los de trece o catorce años, chicos y chicas, se mueven por motivos que se aproximan a los nuestros, pero ignoramos la razón de sus actos. Nos vemos obligados a recordar nuestra propia juventud para comprender un poco lo que ellos hacen y su manera de interpretar las cosas. Siempre es difícil; lo sé muy bien, porque en una época determinada me estuve ocupando de jóvenes muchachos y adolescentes. Si les presentáis una idea con la esperanza de que quizás la interpretarán como lo hacéis vosotros, alguna vez sí lo hacen, pero a menudo consideran la idea desde un punto de vista completamente diferente, y la juzgan según razones que nunca se os hubieran ocurrido. Algunas veces es imposible descubrir su propósito, pero a menudo ni siquiera

se consigue. Los profesores y otras personas que tratan de cerca a los niños de ambos sexos, deberían dedicarse a comprender sus sorprendentes pensamientos y sus sentimientos; se verían menos expuestos a ofender a sus jóvenes discípulos.

He aquí un caso excepcional, pero hay que proceder lo mismo respecto a los adultos de vuestro entorno. Si queréis ayudarles, hay que intentar ponerse en su lugar; esto es lo que significa *"Aprender a mirar con inteligencia en el corazón de los hombres"*. Tienen sus prejuicios como vosotros tenéis los vuestros -probablemente no los mismos- y tenéis, pues, que descubrir el punto de vista de vuestro interlocutor y tenerlo en cuenta. Intentad averiguar cómo ha llegado a formar su opinión actual y la razón de su prejuicio particular, tal vez entonces podréis ayudarlo a que lo arroje de sí.

Nada más sutil que los prejuicios; generalmente son tan fuertes y están tan arraigados que el hombre ignora su existencia; no cree necesitar ayuda; también nos arriesgamos mucho a disgustarle si le ofrecemos la nuestra. Para triunfar en vuestro propósito y llevarlo a cabo con diligencia, tenéis que descubrir por qué el hombre piensa de ésta o de aquella manera y cómo ha nacido su prejuicio; de otro modo, os arriesgáis a arrastrar a este hombre desde un punto de vista falso a otro igualmente falso.

Los extraños intereses de muchas personas tienen su origen en el cuerpo astral. El cuerpo mental está simplemente en curso de desarrollo, tal como se observa en todos los fenómenos que nos rodean en el plano mental después de la muerte. Cuando el hombre medio de la clase superior pasa al mundo astral, es muy capaz de participar inteligentemente en la existencia de este plano, aunque no todos lo hagan y aunque, como consecuencia del rápido reagrupamiento de la materia que constituye su cuerpo, la actividad de algunos se encuentre muy disminuida. Las facultades del cuerpo astral están muy desarrolladas y dispuestas para servir, aunque muchas personas, al no saber lo que tienen que hacer, ignoran la manera de ejercerlas. Al pasar al plano astral, los difuntos que ya están al corriente de estos temas, se encuentran en un vehículo que les permite expresarse de una manera más completa que antes en el cuerpo físico; pero generalmente

no es lo mismo al alcanzar el mundo celeste.

Allí, lo más corriente es que los encontremos en actividad dentro del cuerpo mental, donde se instalan tan bien encerrados que, para ellos, constituye una concha más que una expresión de su vida. Ese es el sentido de los textos antiguos cuando afirman tan enérgicamente que en el mundo celeste los hombres se encuentran aparte de todo lo demás. Se habla a menudo de este mundo como si se tratara de una región reservada del plano mental. No es así, pero cada hombre que se ha encerrado en su propia concha, no participa para nada de la vida del plano mental; no circula libremente ni se comunica con los demás, como lo hacía en el plano astral. En su concha, las únicas aberturas que permiten que se filtre la vida exterior, son las ventanas que él mismo se ha preparado al desarrollar de una o de otra manera su cuerpo mental. Todo uso que el hombre hace de su cuerpo mental le permite la facultad de responder a las influencias mentales; según sea este uso, el hombre recogerá los frutos del mismo durante su vida celeste; esto le permitirá comunicarse en cierta medida con el mundo exterior; sólo que su actuación sobre los habitantes de este plano será mucho más reducida que la acción ejercida por ellos sobre sí mismo, porque a menudo él no puede expresarse en este plano más que por canales muy estrechos.

Este hecho que, en los primeros tiempos de nuestros estudios teosóficos nos resultaba incomprensible, demuestra que el cuerpo mental del hombre medio sólo está desarrollado parcialmente. Examinemos sus manifestaciones aquí abajo, en el cuerpo físico, y llegamos a la misma conclusión. Yo creo que todo el mundo ha comprobado estos límites en los demás; si lo deseamos, también podemos comprobarlos en nosotros mismos, pero es menos fácil que en los otros. Por ejemplo, hablad de Teosofía a los extraños; unos manifestarán un vivo interés; otros no sabrán de qué se trata; os escuchan y dicen: “sí, sí”, pero el interés que demuestran, evidentemente, es nulo. La razón más frecuente de esta disposición en contra es que los unos, en sus vidas pasadas, ya han conocido ideas parecidas, mientras que los otros no las conocían. No creo equivocarme si pienso que todos los seres civilizados, después de

transcurridos varios miles de años, han conocido realmente estas ideas en sus vidas precedentes. Todos aquellos que nacieron, aunque fuera una sola vez, en la India o en el antiguo Egipto, o que fueron juzgados dignos de conocer los Misterios de Grecia o de Roma, han debido de tener algún conocimiento de estas ideas. Algunos, al haberlas estudiado en profundidad, han desarrollado así en su cuerpo mental las partes correspondientes. Otros, no comprenden nada y no les preocupa en absoluto; según dicen, sólo les interesa procurarse una existencia agradable; aparte de estos deseos simples e inferiores, el cerebro les resulta inútil; si conseguís hacerles leer una página de Teosofía no recuerdan nada.

El cerebro tiene que recibir una educación que corresponde al género de actividad que nosotros pretendemos imponerle, y esto es precisamente lo que hacemos en Teosofía. Las personas que la adoptan sin dificultad y con interés lo hacen, en parte, porque responde a muchas preguntas que ellas se plantean; en parte, porque en otras vidas se han familiarizado más o menos con estas ideas; sus cerebros ya se decantan hacia ella por lo que respecta a esta parte de sí mismos. Una persona cuyo cerebro todavía no se adapta al punto de vista filosófico tiene mucha dificultad para comprender la Teosofía. Le dais una explicación muy simple de la cual, sin duda, sólo asimilará en parte las ideas más generales. En realidad, es necesaria mucha preparación. El hombre medio no encuentra nada en la Teosofía; no estoy hablando ahora de su inteligencia o de su estupidez, sino solamente del hecho de que no está familiarizado con este tipo de ideas; el hombre tiene necesidad de prepararse para ello; al hacerlo sobre todo a través de la religión y desde el punto de vista religioso tendrá que someterse a un entrenamiento gradual. Una religión perfectamente desarrollada tiene que adaptarse a todas las categorías de fieles. Al principio, todas las religiones lo consiguen, pero el tiempo pasa y algunas de ellas pierden ésta o aquella parte de su doctrina y algunas veces se cristalizan de una manera fastidiosa.

Si queremos comprender a los hombres, recordemos hasta qué punto están o no desarrollados, o qué retraso llevan; recordemos que, al no estar completamente desarrollado el cuerpo mental, el cuerpo

causal -el cuerpo superior lo está todavía menos, aunque en las clases populares el trabajo teosófico es prácticamente inútil. Las personas que, por haber estudiado Teosofía, comprenden mucho mejor la existencia y, a este respecto, están mentalmente desarrolladas, a veces tienen la costumbre de dormirse en los laureles y a pensar que, por lo que se refiere a la mente, ya no les queda nada por hacer; a menudo se equivocan y, más pronto o más tarde, tendrán que volver al trabajo intelectual o mental.

La actividad del alma, he aquí lo que quisiéramos estudiar en cada uno, pero no todo el mundo se presta a ello de la misma manera; no olvidemos esto cuando tratemos de comprender a nuestro prójimo. Por un lado, siempre hay que tener en cuenta, en cada uno, los mejores componentes, y esperar a que sus actos concuerden con lo que nosotros quisiéramos ver; les ayudaremos mucho adoptando esta actitud mental. Muy a menudo se constata que si una persona, mezclada por ejemplo en transacciones sospechosas, recibe señales de atención demostrándole que se cuenta con su honradez, se mostrará digno de ello. Por otra parte, si nos inspira sospechas, no tardará sin duda a merecerlas. Sin embargo, no hay que esperar demasiado de las personas; imaginemos que actúan de la mejor manera posible; tratemos, mentalmente, de facilitarles la tarea, pero, cuando fracasan, no nos impacientemos ni nos enojemos por ello. La marcha de la evolución es muy lenta y un hombre sólo puede manifestar lo que en sí ya tiene desarrollado.

Siempre es inútil sentirse contrariado cuando una persona no se acomoda a nuestros principios. No censuremos a un hombre por ser lo que es, y por encontrarse en la etapa evolutiva que le corresponde. Si se trata de una persona que moralmente ha llegado muy alto podemos decirnos: “Es una lástima; vale mucho más que eso”, pero no hay ninguna razón para enfadarse ni tampoco es útil. Hemos de tener la más elevada opinión posible de nuestro prójimo, y hemos de ayudarle a tomar como guías sus mejores cualidades; pero si no lo consigue, tomemos este contratiempo con filosofía. Ni malhumor ni impaciencia; contentémonos con ayudar a cada uno en el nivel en que se encuentra. Yo creo que esta es la lección que se desprende de la

frase: *"Aprende a mirar con inteligencia en el corazón de los hombres"*.

Aquí viene una larga nota del Maestro Hilarión; haremos bien examinándola en detalle; está concebida de este modo:

> *"Desde un punto de vista absolutamente impersonal, de otro modo tu visión estaría empañada. Por lo tanto, primeramente, tiene que comprenderse la impersonalidad."*–
> (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Para nosotros, ser impersonal significa normalmente ser justo o mesurado, tomar una decisión sin que intervengan nuestras simpatías o nuestras antipatías, igual como lo hace un juez en su tribunal. Pero el Maestro quiere decir algo más que eso; para Él, la impersonalidad es una condición en la cual nos elevamos por entero por encima de la personalidad, en la que miramos todas las cosas no solamente con una imparcialidad absoluta, sino también desde el punto de vista del ego. Esto es mucho más difícil; para conseguirlo con toda perfección, haría falta que nuestro cuerpo causal hubiera alcanzado todo su desarrollo. La mayoría de los hombres todavía tiene que desarrollar el cuerpo mental inferior. Los estudiantes de ocultismo tratan de ir un poco más lejos, pero, hasta ahora, aquellos que pueden utilizar el cuerpo causal con cierta facilidad son relativamente pocos. Para empezar, el estudiante, mediante el razonamiento, tiene que hacerse una idea de lo que sería el punto de vista del alma y después aferrarse a él eliminando todo el resto.

Es difícil ser impersonal. Si dos hombres se enzarzan en una disputa y uno de ellos es un amigo personal al que conocéis a fondo, y el otro es un extraño, nos resulta casi imposible no ponernos del lado del amigo; y esto no carece de razón, porque conocéis a vuestro amigo mejor que al otro; cuanto más informado está uno sobre una persona, mejor la comprende y más indulgente es respecto a ella.

Para nosotros es casi imposible no sentirse ligeramente inclinados a favor de un amigo. Yo no creo que siempre nos demos perfecta cuenta de hasta qué punto dependemos de las circunstancias que nos rodean. Nacidos en un barrio determinado de una gran ciudad, al crecer llegamos a conocer un círculo restringido y en este círculo elegimos

algunos amigos; cambiamos de residencia y en las nuevas localidades hacemos otros amigos, pero, en principio, nuestras amistades dependen generalmente del lugar que habitamos. Si hubiéramos nacido en otro barrio, probablemente hubiéramos tenido amigos totalmente diferentes.

Sucede que personas así reunidas se enamoran unas de otras y se casan; no pueden comprender que, si hubieran nacido en otro lugar, sin duda hubieran experimentado los mismos sentimientos hacia otros. La proximidad juega un gran papel. El Karma, es cierto, interviene también en muchos casos, pero estas uniones a menudo están determinadas por la proximidad. Nuestros vecinos, como nuestro entorno en general, nos influencia enormemente. Todo eso hace difícil mirar en el corazón de los demás y, en definitiva, en el nuestro.

Nos sentimos inclinados a juzgar todas las cosas según el modo en que nos afectan; muchas personas son incapaces de situarse en un punto de vista menos rígido y de juzgarlas según el modo en que afectan a toda la nación. En nuestra época de sufragio casi universal, los ejemplos abundan. Mucha gente sólo considera las elecciones como la manera en que probablemente les afectarán; parecen incapaces de comprender que tenemos deberes hacia la comunidad. No subordinan intencionadamente el pensamiento de ésta al pensamiento de su yo personal, pero la existencia de un punto de vista superior se les escapa por completo.

Ya he explicado que hay tres maneras en que el alma puede desarrollarse y ser conducida a influir en nuestras vidas; primero la de los grandes sabios y filósofos de aquí abajo que han desarrollado no sólo la mente inferior sino también mucha parte de la mente superior, aunque una buena parte de su pensamiento más abstracto y maravillosamente comprensivo desciende a sus pensamientos ordinarios sin que no siempre puedan expresarlo en sus obras. Los hombres predispuestos a este método tienen que pasar por la etapa del gran sabio o filósofo; el desarrollo búddhico llegará mucho más tarde.

En segundo lugar, mediante emociones superiores como el vivo afecto, la devoción o la comprensión, es posible despertar

considerablemente el principio búddhico sin desarrollar especialmente el cuerpo causal intermedio; sin embargo, éste se encuentra influenciado porque todo desarrollo búddhico reacciona muy poderosamente sobre él. La mayor parte de nuestros estudiantes se aplican a utilizar las emociones superiores para influenciar la envoltura búddhica. No quiero decir que desarrollen aún un vehículo búddhico, en el cual puedan vivir de un modo permanente. Esto sería francamente deseable, pero para la mayoría de nosotros sigue siendo todavía difícil de realizar. No es menos cierto que el empleo de las emociones superiores despierta vibraciones en la materia búddhica, su acción revitaliza la materia búddhica todavía en estado amorfo, de suerte que muchas de sus vibraciones descienden y actúan en el cuerpo astral. Es posible, pues, pedir prestada al plano búddhico una influencia bastante grande antes incluso de que el vehículo se encuentre totalmente desarrollado.

Queda un tercer método, más ambiguo; éste permite activar la voluntad. Igual que el cuerpo astral reacciona en el cuerpo búddhico, y el vehículo mental inferior reacciona sobre el vehículo mental superior, también el cuerpo físico reacciona sobre el nivel nirvánico. Sobre este punto, lo desconozco casi todo. La mayor parte de los estudiantes progresan por la devoción a los Maestros y por una viva comprensión hacia el prójimo.

> *"La inteligencia es imparcial; ningún hombre es tu enemigo, ningún hombre es tu amigo: todos son igualmente tus instructores. Tu enemigo se convierte en un misterio que hay que resolver, aun cuando se necesiten siglos para ello; porque el hombre debe ser comprendido."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Si tenéis amigos, realmente podéis sentiros satisfechos, porque en este caso en particular, al considerarlos impersonalmente y como desde arriba, decís: "son mis amigos. ¿Por qué nosotros, como almas, nos hemos reunido?" Entonces, probablemente, comprobaréis que, o bien entre vosotros existen grandes puntos de coincidencia, o bien mutuamente os complementáis; vuestras vibraciones armonizan y constituyen un conjunto satisfactorio.

Desde este punto de vista impersonal, tampoco nadie es vuestro enemigo. Si alguien comete la tontería de querer representar ese papel, os decís: "¿Por qué hará eso? Él no demostraría hacia mí estos sentimientos si yo mismo no le hubiera facilitado la ocasión otras veces. Averigüemos en qué circunstancias y veamos si es posible hacer que cambie de actitud".

> *"Tu amigo se convierte en una parte de ti mismo, una extensión de ti mismo, un enigma difícil de descifrar. Sólo hay una cosa que sea más difícil de conocer: tu propio corazón. Antes de que se hayan aflojado los lazos de la personalidad, no puede empezar a verse ese profundo misterio del Ser."*–
> (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Es bonito conocer muy bien a una persona; a veces sucede que en alguna ocasión se atisba en su conciencia una región extraña. Se ha dicho, y yo creo que esta es una gran verdad, que es imposible conocer jamás perfectamente a ningún ser humano, ni siquiera después de haber pasado juntos una larga existencia. Para el Adepto, es otra cosa. Esta es una de las grandes seguridades que nos da nuestra asociación con los Maestros. ¡Estamos tan absolutamente seguros de que ellos nos conocen mucho mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos y que no se les escapa nada de nosotros! Constatamos nuestras debilidades y nuestros fallos y buscamos corregirlos lo mejor que podemos, pero es posible que tengamos otras debilidades y otros fallos, invisibles para nosotros, que se manifestarán en los momentos de crisis o de tensión. Además, nos gusta pensar que, si el Maestro los conoce, tarde o temprano hará que salgan a la superficie los defectos que nosotros ignoramos todavía, y de ese modo nos ayudará a suprimirlos. Las personas a las que permite que se le acerquen tomándoles como discípulos tienen al menos el consuelo de decirse que no pueden ser irremediablemente perversas, aunque una modestia muy justificada les incite a tener una pobre opinión de sí mismos.

En cada fase del progreso interno, nos corresponde hacer el esfuerzo necesario determinado por nuestra propia voluntad. El mismo Maestro no puede hacerlo por nosotros, aunque pueda ayudarnos y, en

efecto, nos ayuda con Su magnetismo, Su afecto y Su comprensión, así como por la influencia indirecta que ejerce a través de la segura mediación de Sus discípulos. Sólo puede ayudarnos si el Karma generado por nosotros Le permite hacerlo. Hemos de prepararnos para la siguiente ocasión y, cuando ésta se nos presente, asirla sin dudar; y estaremos mejor preparados para la siguiente.

Por otra parte, el Maestro no tiene el derecho de ayudarnos, porque Él también está sujeto a la gran ley del Karma y, a pesar de todos Sus deseos de elevarnos de golpe hasta el nivel del Adepto, no puede hacerlo. Lo que sí es verdad, es que, en el curso del camino, recibiremos su ayuda desde el momento en que la hayamos merecido, porque Él es en Sí un amigo, en toda la acepción de esta palabra. No puede concedernos lo que no nos hemos ganado; realmente sólo puede ayudarnos cuando nos hemos unido a Él.

> *"Hasta que no te hayas separado de la personalidad, no se revelará en absoluto a tu comprensión. Entonces, y sólo entonces, puedes captarlo y guiarlo. Entonces, y sólo entonces, puedes utilizar todos sus poderes y dedicarlos a un servicio digno."*– (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El Maestro, evidentemente, aquí piensa en el Yo superior, en el ego en el cuerpo causal, que toma a su cargo y guía al yo inferior. Como ya hemos visto, todo esto puede interpretarse desde diferentes niveles, según se trate de discípulos o del mismo Adepto. Para algunos hombres la tarea consiste, en que el ego en su cuerpo causal, domine y dirija aquí abajo la personalidad; para otros, consiste en que la Mónada se haga cargo y guíe al ego. Cumplida esta tarea -y esta es la conducta del Adepto- Él mismo deberá apuntar a una meta inmediatamente superior a la Mónada e inducirla a que se adapte allí perfectamente.

> *"11. Considera con la máxima seriedad tu propio corazón."*– (Aforismo del antiguo manuscrito)
>
> *"12. Porque a través de tu propio corazón llega la única luz que puede iluminar la vida y hacerla diáfana ante tus ojos."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Jamás encontraréis a Dios en lo externo antes de haber reconocido

Su poder en vosotros mismos. Por vuestro propio corazón pasa la única luz capaz de iluminar la vida y de hacer que la comprendáis; una ayuda externa puede favorecer mucho la evocación. Vuestro mismo Maestro no puede daros esta luz, aunque pueda ayudar a hacerla nacer en vosotros; esta luz tiene que proceder de lo interno; tanto si lo sabéis como no, ella reside allí.

Deberíamos encontrar una bendición y un estímulo extremos en el hecho expresado con tanta insistencia en la doctrina teosófica -es decir, que lo Divino está en nosotros y que, en esencia, nosotros formamos parte de ello. Como sea que a menudo lo olvidamos y perdemos la noción de esto, pasa que, de cuando en cuando, nuestras débil visión es incapaz de captar la amplitud, la profundidad, la magnificencia del plan divino. Las personas olvidan, si es que alguna vez lo han sabido, que somos uno con lo Divino y que para llegar a un grado de desarrollo o a una verdadera felicidad o incluso a toda verdad susceptible de establecer la armonía entre ellos y el resto del mundo, sólo existe un medio: acercarse cada vez más a la expresión de la Divinidad. Todos los místicos lo han afirmado: únicamente por el Dios interno es cómo podemos alcanzar realmente a Dios fuera de nosotros. El Maestro también ha dicho: *"Si eres incapaz de percibir la luz en ti mismo, es inútil que la busques fuera"*.

Regla 13

C.W.L. —En este punto de la segunda parte de Luz en el Sendero, la numeración de las reglas se encuentra modificada. Ya no encontramos los aforismos del antiguo manuscrito agrupados de tres en tres y seguidos de un comentario redactado por el Chohan. La regla 13 a la que llegamos ahora está dada por el Chohan.

> *"13. La palabra sólo llega con el conocimiento. Alcanza el conocimiento y alcanzarás la palabra."*— (Aforismo del antiguo manuscrito)

La nota del Maestro Hilarión añade:

> *"Es imposible ayudar a los demás, hasta que no hayas adquirido alguna seguridad en ti mismo."*— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Puede estudiarse a fondo el sistema teosófico, considerarlo desde todos los puntos de vista, compararlo con otras teorías que tratan de explicar las condiciones de aquí abajo, llegar a la conclusión de que constituye la mejor hipótesis presentada hasta ahora al hombre, en definitiva, puede aceptarse como verdad. Yo creo que todo eso no puede llamarse exactamente sabiduría, pero por lo menos constituye una plena y razonable convicción que nos permite actuar con conocimiento de causa.

Volviendo al dogma cristiano ortodoxo, constatamos de inmediato que está falto de estabilidad y de consistencia, aunque pretenda explicarlo todo. Apenas si podemos descubrir en él una teoría satisfactoria. He aquí por qué muchos cristianos tienen miedo de reflexionar. Desde el momento en que llegamos a la explicación teosófica de la vida, el terreno se afirmó bajo nuestros pies. Si una persona de fuera viene a solicitarnos explicaciones, tal vez pueda encontrar nuestras afirmaciones demasiado fuertes, demasiado directas, demasiado absolutas y puede que nos pregunte: "¿Qué pruebas tenéis?" Esta persona puede poner en duda la exactitud de esta o de aquella prueba dadas, pero, considerándola en general, nadie puede negar que nuestra filosofía presenta por lo menos una teoría coherente y que, si eso es verdad, nada escapa a sus explicaciones. En

muchos casos las teorías científicas no piden más. Cierto número de hechos están colocados ante nuestros ojos; la hipótesis tiene que facilitar una explicación; he aquí una que, evidentemente, es superior a las demás, y que explica mejor todas las observaciones recogidas; provisionalmente, también nosotros la aceptamos como verdadera.

Cuando empecé a conocer la Teosofía, yo era ya un sacerdote de la Iglesia anglicana; sin embargo, ponía en duda muchos de sus dogmas; evitando por otra parte predicar ningún dogma, enseñaba y demostraba la moral. Al encontrar en la Teosofía una teoría plausible, me sentí muy predispuesto a adoptarla. Apenas si poseía la menor prueba, pero en definitiva, e incluso en esa época, poseía la suficiente para explicar las realidades de la astronomía o incluso para apuntalar numerosas teorías universalmente aceptadas en química o en física. Algunas experiencias se encuentran dilucidadas por estas teorías, pero muchas otras cosas quedan por explicar.

Poco después, me encontré con Madame Blavatsky, con la cual examiné algunos hechos que parecían corroborar algunas de sus afirmaciones. Con el bien entendido de que esto no demostraba en nada todo el resto, pero muy pronto, y tres años antes de ingresar en la Sociedad, pude convencerme personalmente de la existencia de los Grandes Instructores de los que ella me había hablado. Esta verificación pleiteó en favor del resto, tanto, que todas las afirmaciones de Madame Blavatsky encajaban admirablemente y formaban un conjunto perfecto.

Más tarde, he podido realizar algunas investigaciones directas y, hasta ahora, no he hallado ninguna inexactitud en ninguna de las grandes verdades que ella nos expuso. En sus obras, nos ha dejado una cantidad muy grande de enseñanzas que mis conocimientos directos no me permiten todavía comprenderlas todas. El sentido de algunas afirmaciones se me ha escapado hasta ahora, pero cuanto más me iba instruyendo más iba constatando la amplitud de sus conocimientos; además, si bien ella ha reconocido la existencia de muchos errores en sus escritos, por mi parte he renunciado a buscarlos. En primer lugar, cuando volvíamos a encontrarnos con un pasaje que no podíamos comprender, dábamos por sentado que se trataba de uno de sus

errores; posteriormente, descubríamos que el error era nuestro -no lo habíamos entendido bien. Seguramente existen errores y, cuando nuestra instrucción habrá hecho grandes progresos, sin duda los descubriremos. Estaría tentado de alinear en esta categoría algunas afirmaciones, pero me guardaré muy bien de hacerlo antes de saber que son erróneas; es preferible recibirlas muy respetuosamente.

Es verdad que un conocimiento preciso permite hablar con una convicción acrecentada; se ha dicho de mí mismo. Algunos han encontrado mi conversación convincente. Otros, sin haber obtenido el conocimiento directo, pero cuya elocuencia es muy superior a la mía, han presentado estas ideas situándose en su punto de vista personal. Sin embargo, gente que me escucha me han dicho: "Sí, pero ¿sabe eso por usted mismo?" A lo que yo he respondido: "Sí, lo sé, pero a pesar de mi afirmación ¿cómo sabéis que digo la verdad?" "No lo sabemos, pero experimentamos una impresión diferente según que una persona hable de lo que ha comprobado personalmente, o bien si nos expone simplemente el resultado de sus lecturas y de sus estudios". Se podrían encontrar toda clase de analogías mostrando la imposibilidad de ayudar a los demás antes de haber llegado por uno mismo a cierto grado de certidumbre. Para levantar a una persona por encima de las olas, es necesario sentir la roca bajo vuestros pies.

Cuando un alma sabe, comunica su certeza a otras, y éstas, a su vez, se declaran convencidas; incapaces sin duda, en el plano físico y por medio del cerebro físico, de dar sus razones, sienten instintivamente el conocimiento verdadero. Es imposible ayudar a otras personas en su desarrollo superior o de acercar a los discípulos a sus Maestros, sin poseer conocimientos adquiridos directamente.

Esta diferencia aparece claramente en los manuales teosóficos en que la mayoría tienen como autora a la Dra. Besant. Los tres primeros -Los Siete Principios del Hombre, La Reencarnación y La Muerte y el Más Allá- fueron escritos antes de que ella pudiera constatar todo eso por sí misma. Muy pronto se dio cuenta de que "La Doctrina Secreta", trabajo sin duda maravilloso, presentaba las mayores dificultades para el estudiante medio que, sin un estudio preliminar, no llegaría a captar ni la décima parte de su contenido. Con su energía habitual se puso

pues al trabajo y redactó para sus amigos algunos resúmenes, simplemente según sus propias lecturas, y de acuerdo con las respuestas de Madame Blavatsky a algunas preguntas. Me pregunto si ninguna otra persona, entregándose por entero a La Doctrina Secreta, hubiera conseguido sacar de ella semejante partido; tiene un don extraordinario para facilitar los datos y elucidarlos. Sin embargo, en el momento de emprender el cuarto manual -es decir, Karma- empezó a ver por sí misma el mecanismo de estas leyes. Yo escribí entonces "El Plano Astral y el Devachán"; por su parte, la Dra. Besant escribió el séptimo manual -El Hombre y sus Cuerpos. En el momento en que ella publicó este último, ya había adquirido definitivamente la facultad de la visión directa. "Karma" por un lado, y "El Hombre y sus Cuerpos" por el otro, presentaban una diferencia de etapa muy marcada. Uno y otros manuales muestran que ella tenía un conocimiento directo del tema. En los otros, procedió por citas y aunque supo fundirlas en el texto con un talento admirable, los tres primeros manuales contienen numerosos pasajes faltos de claridad y difíciles de comprender. A menudo ella ha dicho que quería volverlos a escribir, pero al publicar constantemente nuevas obras, jamás tuvo tiempo para hacerlo. Por otra parte, los consideraba como documentos históricos mostrando lo que nosotros sabíamos y lo que ignorábamos todavía en aquella época.

En los primeros tiempos, nuestras ideas eran muy incompletas y nuestras teorías presentaban muchas lagunas. El Buddhismo Esotérico de A.P Sinnett, representa un primer esfuerzo de síntesis más o menos completo y ordenado. Esta obra está basada exclusivamente en las muy numerosas cartas dirigidas al señor Sinnett por el intermedio de discípulos del Maestro Koothoomí. En principio, nosotros habíamos atribuido al Maestro mismo todas las respuestas recibidas; más tarde, supinos que llegaban, si podemos decirlo así, de Su despacho y de Su entorno. Estas cartas contenían numerosos informes respondiendo la mayoría a las preguntas hechas por el señor Sinnett. Esta fue la fuente de las primeras obras del señor Sinnett.

Debemos principalmente a la Dra. Besant la puesta en orden para nosotros, de los datos teosóficos, y una presentación de los hechos permitiendo a cada lector que pueda conocerlos. En esos lejanos días

la comprensión de las verdades teosóficas era mucho más laboriosa, pero la diferencia es visible entre el muy notable trabajo llevado a cabo por la Dra. Besant en la época en que los libros eran sus únicos guías y, más adelante, cuando le fue posible el estudio directo. Madame Blavatsky percibía muchas cosas directamente, pero su mente -en todo lo que podemos comprender, porque era una mente gigantesca- no procedía en absoluto como la nuestra. Si puede expresarse así, con respeto y veneración, ofrecía un tipo atlante, por lo que respecta a acumular innumerables hechos, sin preocuparse demasiado por ordenarlos. El Swami T. Subba Rao decía que "La Doctrina Secreta" era un montón de piedras preciosas. Es verdad, pero hay que clasificarlas por sí mismo; la autora no ha tratado de hacerlo por nosotros; no vio en modo alguno la necesidad.

En el curso de mis propios estudios, al haberme encontrado varias veces con ideas completamente nuevas para mí, he tomado nota, viendo en ello no exactamente descubrimientos, sino ideas que jamás había encontrado antes. Releyendo algunos meses después o tal vez uno o dos años más tarde, tanto "El Buddhismo Esotérico" como "La Doctrina Secreta", me apercibí de que la idea aparentemente nueva estaba allí implícitamente contenida, sin estar sin embargo expresada en términos concisos. Es bien cierto que por deducción debiéramos haber encontrado muchas ideas que recientemente se consideraron como nuevas. Viendo la manera en que estas verdades destilan ideas anteriores, lamento no haberme dado cuenta hasta ahora de mi incapacidad para deducirlas por mí mismo. En cada Iniciación esta experiencia se renueva de una manera sorprendente; la "clave de la sabiduría" comunicada nos parece absolutamente evidente y nos decimos: "¿Cómo no he visto esto por mí mismo?" Pero nunca lo vemos; nadie lo ve antes de ser informado. No es necesaria ninguna prueba para nosotros; la verdad nos habla por sí misma; no tiene necesidad de ninguna demostración. El hecho existía; toda nuestra vida estuvo bajo nuestros ojos, pero nunca lo habíamos visto. Admitiendo que nuestro desarrollo intelectual nos inspire alguna vanidad, este género de experiencia es perfecto para llevarnos hasta la modestia.

Los Maestros son los únicos capaces de prestar una ayuda completa al hombre; Su sabiduría es universal y se extiende incluso a todos los mundos superiores. Sin tener necesidad de recurrir, como nosotros, a todos los conocimientos acumulados en su cerebro, Ellos parece que pueden dirigir alguna facultad hacia el punto del que necesitan conocer instantáneamente todo lo que les interesa. El Maestro, si tiene necesidad de cualquier información, no la buscará en ningún documento, sino que dirigirá Su mirada que todo lo penetra sobre esta cuestión y, no sé cómo, se imbuirá de ella hasta el fondo. Esto es, pienso yo, lo que significa librarse de la ignorancia. Es evidente que nadie llegará jamás al conocimiento completo por los medios que utilizamos para instruirnos. Se dice, en términos adecuados, que el último obstáculo a eludir por parte del Arhat es avidya, la ignorancia. Nosotros nos preguntamos: "¿Cómo interpretar estas palabras: qué hemos de saber?" -"Todo lo que pertenece al sistema solar", se nos respondió. Terrible perspectiva para el que ya conoce un poco los planos inferiores de nuestro mundo y se encuentra con que ya ha desarrollado su conciencia a diferentes niveles superiores. Particularmente, puedo afirmarlo: aunque nuestro Sendero conduce a la sabiduría universal, la sensación de ignorancia universal, a medida que se va avanzando, se vuelve cada vez más abrumadora. Todas las veces que se aborda un nivel superior comprendemos muy bien las cosas de las que deseamos explicación, pero, al mismo tiempo, vemos aparecer y extenderse hasta el infinito regiones de las que no sabemos nada. Cuanto más se instruye un estudiante, más cuenta se da de todo lo que le queda por aprender y cuán poco representa lo que él cree haber aprendido. Esto no es más que la mitad de la dificultad, porque cada sucesiva elevación proporciona un nuevo aspecto a todo lo que uno ya sabía y le obliga a volver a empezar el estudio. Las pautas que hemos aprendido a seguir ya no nos proporcionan una gran esperanza. Si estamos llamados a poseer la sabiduría universal y divina, para adquirirla tiene que existir un método completamente distinto; lo descubriremos cuando estaremos más adelantados. Por ahora, yo me tomo todo eso filosóficamente, es lo único que se puede hacer. Por nuestros medios actuales consigo tanto conocimiento como puedo; descubriendo nuevos métodos los aplico, pero veo que estos métodos

no me conducirán nunca a la meta final. Para instruirse tiene que existir un método absolutamente nuevo a este respecto; yo creo que en la conciencia búddhica de la que ya he hablado, encontramos una ligera indicación. Esta conciencia dispensa de reunir los hechos obtenidos fuera; permite sumergirse en la conciencia de todas estas cosas, tanto si se trata de minerales, de plantas o de devas, y de comprenderlos desde el punto de vista interno. Entonces se constata que todo, sea lo que sea, forma parte de nuestra propia conciencia. Siguiendo esta vía es posible que nos conduzca hasta el final.

> *"Cuando hayas aprendido las primeras 21 reglas y hayas entrado en el Vestíbulo de la Sabiduría con tus poderes desarrollados y liberado de los sentidos, entonces descubrirás que dentro de ti existe un manantial del cual brota la palabra."* — (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

El templo de la sabiduría significa desde luego el mundo astral; más adelante, el Maestro llama sin duda así a algo muy superior. En primer lugar, cuando la experiencia astral es la única al alcance del aspirante, éste puede aprender en el mundo astral una gran cantidad de cosas absolutamente nuevas para él; adquiere facultades desconocidas; se abren perspectivas ante sus ojos en distintas direcciones que le permiten considerarlo todo desde un nuevo punto de vista. Para empezar, el nivel astral implica una dimensión más. Mencionemos a continuación la facultad de ver a través de todo objeto material. Finalmente, el observador lo traduce todo en términos del vehículo emocional, lo que difiere absolutamente de la percepción alcanzada por medio del cuerpo físico. En este mundo más elevado hay, pues, mucho que aprender y mucho por hacer, porque es ahí donde los hombres tienen más necesidad de ayuda; es ahí donde se encuentran todas las personas recientemente fallecidas, en sus diversas condiciones, en sus numerosas etapas de desarrollo; es, pues, ahí donde, dejando de lado nuestro cuerpo físico, ayudamos principalmente a las almas angustiadas.

En una etapa más avanzada, el hombre se encuentra libre en el plano mental, al igual que la mayoría de nosotros somos libres en el plano astral cuando nos evadimos del cuerpo físico. Los discípulos de

los Maestros aprenden de una manera especial a desarrollar el cuerpo mental hasta el punto de servirse de él tan fácilmente como del cuerpo astral; aprenden en seguida a constituir el mayavi-rupa, es decir, un cuerpo astral temporal, no el cuerpo astral naturalmente ligado al hombre, sino una materialización temporal en el plano astral que sólo pueden conseguir aquellos que han aprendido a moverse en sus vehículos mentales.

En la siguiente etapa, el hombre aprende a utilizar con facilidad el cuerpo causal. A partir de ahí, independientemente de cuales sean los vehículos inferiores que utilice, conserva hasta cierto punto esta nueva conciencia; sin poder hacer pleno uso de la facultad propia del cuerpo causal al servirse del cuerpo astral o del cuerpo mental, porque los dos primeros constituyen un velo o limitación, conserva al menos el recuerdo de su experiencia causal. Si, además, llega a traspasar el velo que separa el cuerpo físico del cuerpo astral, recuerda físicamente todo lo que hace en los mundos superiores; así pues, su existencia es continua. En el cuerpo causal mismo, su conciencia no se verá interrumpida por el sueño o por el despertar, ni por la vida o por la muerte, porque esta conciencia es permanente. Entrando en el templo de la sabiduría al nivel inmediatamente superior o plano búddhico, alcanzará el conocimiento directo de todo lo que se presente ante él; capaz de penetrar las otras almas, así como de atraerlas hacia él, las comprenderá perfectamente.

En estos niveles superiores, el desarrollo de las facultades y la liberación de los sentidos permitirán proporcionar al hombre muchas experiencias; al mismo tiempo, se encuentra siempre paralizado por la dificultad de expresarse; ve y sabe y puede entonces decir mucho más de las cosas, y de una manera mucho más convincente que el hombre que no posee todavía el conocimiento directo y, sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, a pesar del éxito que obtiene con algunas personas, siempre está obsesionado por la sensación de no expresar más que la mitad de lo que ha visto. No hay palabras para comunicar a los demás la experiencia adquirida en un mundo donde las palabras no existen.

Las personas de tipo devocional de cuando en cuando se elevan a

una condición de éxtasis en la cual vislumbran los planos superiores. Es suficiente haberlo conseguido una sola vez para reconocer de inmediato las tentativas de descripción que nos han dado los santos cristianos y también los yoguis hindúes. Santa Teresa habla de experiencias parecidas; San Juan de la Cruz, San Francisco de Asís y otros, las mencionan una o dos veces. En sus descripciones, estos cristianos han utilizado términos cristianos; un teósofo se hubiera servido de términos más teosóficos; relacionaría su experiencia con los Maestros, mientras que los santos la relacionan con el Cristo.

Es muy importante entrar así en contacto con la realidad más allá de los fenómenos, o mejor dicho, acercarse a la realidad más allá de las formas, porque una experiencia personal, aunque sea incompleta, vale mucho más que una gran cantidad de información de segunda mano. Un poco de experiencia personal es suficiente para hacer surgir de nosotros las palabras. Sentimos que hemos de decir algo diferente; nos sentimos obligados a ello. Transmitirlas al mundo es una carga que nos incumbe; hemos de dar testimonio de estas admirables realidades. El Maestro dice que, en el momento en que llegaréis a conocerlas directamente, descubriréis en vosotros esta fuente de la que brotará la palabra. Sentiréis la necesidad, la obligación de repetir las grandes cosas con las que el Señor -para expresarnos en términos cristianos- os ha favorecido.

Sin querer imponer indistintamente a cada uno el relato de todas nuestras experiencias, uno tiene la sensación de que las personas que poseen algún conocimiento directo, siempre están dispuestas a dar fe de ellos. Aquellos que han visto personalmente y se han encontrado con algunos de nuestros grandes Maestros y han conservado el recuerdo, me parece que deberían dar fe de ello siempre, porque las personas de fuera dicen constantemente, cuando oyen mencionar acontecimientos semejantes: “Muy bien, ¿alguien se ha encontrado con estos grandes Seres?” No deseo en modo alguno profanar la idea que nosotros tenemos de los Maestros presentándola a las personas incapaces de comprenderla, pero, si entre estos últimos, incluso en una reunión pública, hay alguien que pregunta: “¿Habéis encontrado alguno de estos grandes Maestros?”, yo responderé: “Sí, pero me

guardaré mucho de hacer de ello un tema de debate". En una reunión de esta clase probablemente habría oyentes que bromearían sobre ello, o bien, aunque callaran, podrían persistir en su incredulidad. Todo esto no alcanza para nada a los Maestros. pero -es justo que no se olvide- tiene una gran influencia sobre el blasfemo. El hombre que se burla de grandes personajes como Ellos, genera para sí un tipo de Karma especialmente grave; lo he comprobado muy a menudo. Si algunas veces parecemos reacios a hablar, debe entenderse nuestro verdadero motivo, no solamente por nuestra repugnancia natural a someter a nombres considerados por nosotros como sagrados a los sarcasmos de los ignorantes y de los insensatos, sino también por nuestro interés por esos ignorantes y esos insensatos, que se arriesgarían a atraerse un porvenir de experiencias muy penosas. Respecto a esto, no puedo dar explicaciones completas, pero sé que es así; lo he comprobado muchas veces, demasiadas para que se tratase de una simple coincidencia o de un accidente fortuito.

Nadie tiene el derecho de ridiculizar a un instructor religioso, sea quien sea; puede no creerse en él o puede que uno no se sienta obligado a seguirle, pero nadie dotado de sentimientos delicados sueña en mofarse de las convicciones religiosas de los demás. El que se hace acreedor a ello, peca contra unos principios generales, sea cual sea la naturaleza de las enseñanzas que se den. Puede ser muy positivo dar a todos el mismo consejo -el de no menospreciar nada, porque incluso en ideas aparentemente increíbles siempre puede existir un fragmento de verdad. Todo efecto -incluso una superstición- tiene una causa y, a pesar del aspecto ridículo que pueda presentar en nuestros días, si nos remontamos a su origen, descubrimos que esta causa tiene una base.

Después de la regla número trece, no puedo añadir nada a lo que ya se ha escrito. El Maestro Hilarión quiere decir que las notas del Chohan Veneciano comprenden todo lo que, según él, puede ser, dado sin inconveniente. Termina entonces sus notas con las palabras:

> *"Mi paz te doy. Δ*
>
> *Estas notas han sido escritas únicamente para aquellos a quienes yo doy mi paz; para aquellos que pueden leer lo que*

he escrito con su sentido interno lo mismo que con el externo."
— (Notas del Maestro Hilarión del antiguo manuscrito)

Tal como hemos visto en la primera parte, *"Mi paz te doy"* no puede ser dicho por el Maestro más que a aquellos de Sus discípulos que son como Él mismo, o a otros que han llegado al nivel búddhico y que, poseyendo la conciencia correspondiente, son uno con Él.

Supongamos que dos personas intercambian un saludo como: *"la paz sea contigo"*, y la respuesta: *"y que contigo sea la paz"*. ¿Qué es lo que se dan mutuamente? Podemos imaginar que están al mismo nivel; del uno pasa al otro un vivo deseo de paz. He aquí una verdadera dádiva perfectamente percibible. Pero ocurre lo mismo cada vez que un pensamiento afectuoso se dirige hacia un ser querido. Transferimos absolutamente una pequeña parte de nuestro cuerpo astral utilizado como vehículo de nuestra forma de pensamiento. Igualmente es posible transferir de la materia más elevada, incluso de la del plano búddhico, si uno ha llegado tan arriba.

Es bueno darse cuenta de que, en casos semejantes, hay material transferido. A menudo uno se imagina que el deseo no es nada; ahora bien, un deseo de benevolencia es una dádiva tan material como lo sería un libro o una joya, aunque esté constituido de materia astral y mental. Es una dádiva que está al alcance del más pobre y del más rico.

Uno de nosotros recibe la bendición de un sacerdote: "Que la paz de Dios que traspasa toda inteligencia descanse en ti"; entonces se produce un fenómeno determinado. El deseo benevolente que el sacerdote podría añadir no sería más que una parte infinitesimal de lo que procede de él. Cuando él otorga en nombre de Dios una solemne bendición, actúa como sacerdote; toma prestada la energía espiritual de la reserva especialmente constituida a este efecto por el Cristo. La energía se toma de la misma fuente en la celebración de la Eucaristía, aunque, en este caso, procede de una profundidad diferente y se manifiesta de otra manera. Algunos Grandes Seres han juzgado bueno constituir una sección especial de la mencionada reserva, sección alimentada en primer lugar por Ellos mismos, después siempre conservada entera por Sus servidores particulares. Esto es lo que hace

el mismo Cristo desde Su advenimiento en Palestina. Por la voluntad del sacerdote, los fieles reciben, pues, una paz y una bendición muy superiores a las que puedan otorgar a otro una persona corriente; esta paz y esta bendición no son las de un sacerdote, sino que llegan de más arriba.

La bendición de un obispo representa el mismo fenómeno a un grado superior; la energía expandida es más abundante. El obispo, al dar su bendición episcopal, hace tres signos de la cruz, mientras que el sacerdote no hace más que uno; expresa así la triple fuerza emanada de él. No quiero decir que, por ser un obispo, no pudiera otorgar la misma fuerza haciendo un solo signo de la cruz, pero, si hace tres, es que dispone de esta energía de tres maneras diferentes a un nivel más elevado que aquel del que procede la bendición del sacerdote. Al decir a alguien: "la paz sea contigo", uno de nuestros grandes Maestros le otorgaría una paz más profunda y de un orden más elevado.

La bendición del Cristo es la bendición más elevada que pudiéramos recibir aquí abajo. En realidad, el Señor de la Tierra es superior al Cristo, pero Su papel es menos el de bendecir que el de otorgar la fuerza. Podemos decir, creo, que la bendición del Bodhisattva, en el orden religioso, es la más elevada que el hombre pueda recibir en este mundo. ¿A qué grado cada uno puede recibir esta paz y esta bendición? Eso no depende para nada del Bodhisattva, sino totalmente del individuo. La fuerza del Señor irradia, como el sol en medio de las nubes; si las brumas terrestres la ocultan y se oponen a la acción de esta fuerza divina, no por eso deja de estar menos presente, espléndida y maravillosa.

Las personas, habitualmente, son demasiado materialistas respecto a ciertas cosas y mucho menos respecto a otras. Nuestro materialismo es tan inveterado que, si una cosa no es visible o por lo menos no se siente, apenas si admitimos su existencia. Por otro lado, nuestras ideas pecan por defecto de materialismo. Hay que comprender muy bien que, hablando de la bendición expandida por los Grandes Seres y por el Cristo mismo, nos referimos de ese modo a una energía tan clara como la electricidad o como un chorro de agua. Es por medio de la materia que la fuerza espiritual se manifiesta a nosotros; una

bendición recibida por nosotros es, pues, una fuerza real, determinada, capaz de acercarnos a la Divinidad.

Reglas de La 14 a La 21

C.W.L. —La regla 14 sigue siendo un comentario del Chohan; tiene menos que ver con la que la ha precedido, que no en preparar otro grupo de tres aforismos numerados 15, 16 y 17.

> *"14. Habiendo adquirido el uso de los sentidos internos, habiendo dominado los deseos de los sentidos externos, habiendo subyugado los deseos del alma individual, y habiendo obtenido el conocimiento, prepárate ahora, ¡oh discípulo!, a entrar realmente en el camino. El Sendero se ha encontrado; prepárate presto para hollarlo."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Como sea que ya hemos traspasado la mitad de la segunda parte, parece extraño enterarnos de que sólo ahora nos hemos situado en el camino que conduce a la realidad. Se trata naturalmente de una etapa más avanzada. Igual que en un principio hablamos del Sendero de probación, después del Sendero propiamente dicho abriéndose después de la primera Iniciación, lo mismo el Chohan habla aquí de la entrada en el camino que conduce a lo real. La misma idea se encuentra en diferentes niveles. El Arhat se sitúa en una nueva trayectoria, la del plano nirvánico, donde la realidad supera a la del plano búddhico. A su vez, el Asekha o Adepto perfecto, entra en una vía más sublime todavía, aborda una realidad más completa.

Esta Vía parece interminable. No nos parece posible ningún final. La escala -podemos decirnos- se levanta ante nosotros y su final se pierde en una gloria que somos incapaces de comprender. Por otra parte, sabemos, sin ninguna clase de duda, que nuestra evolución todavía tiene que proseguir durante millones de años. ¿Dónde terminará definitivamente? Nadie sabe nada. Alcanzaremos la conciencia de nuestro Logos solar -eso lo sabemos. ¿No será eso un final para nosotros? y sin embargo, no dudo de que más allá se revelan otras glorias. En cuanto a la finalidad, imposible decir nada. Admitiendo incluso que en nuestro grado actual de desarrollo se nos presentaran cuestiones parecidas, con toda seguridad que no las

comprenderíamos.

Para el Chohan, la conquista de los deseos del alma individual es la conquista de los deseos que el mismo ego puede experimentar y que no se parecen a lo que nosotros llamamos aquí abajo con ese nombre. En una etapa avanzada, hay que desprenderse de dos obstáculos llamados ruparâga y aruparâga; estas palabras significan "deseo de la vida con forma" y "deseo de la vida sin forma". Al alcanzar la conciencia del ego, el hombre se da cuenta de que tiene ante sí dos clases de existencia -primero la vida en el cuerpo causal, es decir, la vida en una forma, y después la vida búddhica que, en el sentido ordinario del término, es la vida sin forma.

El ego disfruta pues de la conciencia en una forma, y de otra conciencia sin forma, doble e indescriptible maravilla, porque la vida del ego en una forma pasa entre sus iguales, entre otros egos y, cuando es consciente a este nivel, está rodeado de las inteligencias más brillantes que el mundo haya producido jamás, lo mismo las del remo angélico que las del reino humano. En su propio plano, la vida del ego es de un esplendor que la personalidad es absolutamente incapaz de imaginar. Para empezar a vislumbrar lo que es la vida del ego, sería necesario poder imaginar una existencia pasada en compañía de los Grandes Personajes de este mundo -y añadir a todo eso la facultad de comprenderlos, facultad de la que estamos privados aquí abajo.

Llegados tan arriba en nuestro desarrollo, uno se da cuenta que es una vida de una tremenda seducción; si un hombre que tuviera ante sí la perspectiva de esta vida la rechazara, y dijera: "No tengo el menor deseo de ella", llevaría a cabo un acto de sacrificio inaudito.

Su sacrificio sería todavía mayor si, más allá y por encima de esta existencia, estuviera a su disposición la vida sin forma, la del plano búddhico, la vida que implica no sólo la asociación de la que he hablado, sino también la unidad de cada uno con todos y muchas ventajas más. El hombre diría entonces: "Ya no deseo nada, ni siquiera esta vida de ahora; estoy absolutamente libre de todo deseo. Si, por nuestros Maestros, el Logos me destina para llevar una de estas vidas -con forma o más allá de toda forma- aceptaré la tarea con una gran alegría y un gran reconocimiento, y me esforzaré en cumplirla, pero no

deseo ni la una ni la otra y acepto igualmente recibir una tarea en el plano físico". Pienso que pocas personas tienen la menor idea de la terrible caída que representa la vida del plano físico después de una experiencia parecida; volver a nuestro nivel actual, incluso en las circunstancias más favorables y en el medio más admirable, equivale a abandonar una luz maravillosa y entrar en las tinieblas -en estar aprisionado, atado, desvalido, porque es tal la sutilidad de las facultades propias de los mundos superiores que no pueden ejercerse aquí abajo.

Como dice una de las primeras cartas recibidas de los Maestros, los hombres que han llegado a rozar el plano nirvánico, a su regreso y durante muchas semanas, sufren una depresión extrema. Eso es verdad sin duda de algunos de nuestros hermanos hindúes que, después de haber experimentado este elevado éxtasis o samadhi, al reintegrarse aquí abajo a la existencia física, la encuentran profundamente deprimente. Las personas instruidas por los Maestros que han realizado la experiencia de estos niveles superiores, han aprendido a no experimentar depresión cuando vuelven a encontrar aquí abajo incluso la existencia menos fácil.

El hombre que se consagra al servicio tiene que estar dispuesto a sacrificarlo todo en caso de necesidad; tiene que estar dispuesto a dejar que le envíen a un ambiente cualquiera y, por el momento, a renunciar absolutamente a la vida en las formas superiores igual que a la vida sin formas que reina todavía más arriba. Esta es la única manera de zafarse de los dos obstáculos, y esta es la tarea del Arhat. Como sea que es posible recibir la Cuarta Iniciación, aunque experimentemos algunas veces un deseo fugitivo de estos niveles superiores, no cabe perder la esperanza. El total desapego respecto a una beatitud semejante no ocurre sin un desarrollo considerable y sin una máxima convicción de la necesidad de servir. Hay en eso una tentación de la que es imposible hacerse la menor idea.

> *"15. Pide a la tierra, al aire y al agua, los secretos que guardan para ti. El desarrollo de tus sentidos internos te capacitará para hacer esto."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

En la primera frase, esta regla nos da el aforismo original, y en la

segunda el comentario del Chohan. Ya he mencionado lo que se indica aquí -la necesidad de entrar en una comunión más estrecha con la naturaleza, si realmente queremos comprenderla. No creo que exista una religión, teniendo en cuenta incluso los ritos observados por las tribus salvajes que apenas merecen el nombre de religión, que no posea nociones de Cosmogonía, un modo de explicar la manera en que el mundo o el sistema solar han tenido nacimiento. Esto no carece de razón; el Instructor del Mundo, cada vez que apareció en las diversas sub-razas, les imprimió la fuerte convicción de que tenían que aplicarse a comprender el universo del que formaban parte.

Cuanto más abarcamos del plan total de la evolución, más nos adaptamos a él en nuestra vida y más capaces somos de conformar a él nuestras actividades, incluso en los menores detalles. Para las personas que no han realizado plenamente la experiencia, me temo que es imposible que comprendan todo lo se dice aquí sobre la necesidad de relacionarse más estrechamente con la naturaleza. El autor habla no de una manera vaga, sino con perfecto conocimiento de causa, cuando dice: *"Pregunta a la tierra, al aire y al agua los secretos que guardan para ti"*. Estos secretos permiten comprender esta inmensa y maravillosa evolución. Por lo menos, bastará un principio de instrucción para preservar al hombre del peligro de hacer de sí mismo el centro de la existencia. Una multitud de gente lo han hecho, al hablar de esta absurda idea de que todos estos reinos han sido creados especialmente para la humanidad: los vegetales -la Biblia declara que Dios los ha dado como alimento para el hombre; los animales -(yo no pienso que en este punto el texto bíblico sea tan preciso) según la voluntad divina, tienen que ser los servidores del hombre, y muchos de ellos, al parecer, tienen que servirle de alimento. La Biblia no se expresa de ese modo; los vegetales y las frutas de los árboles -he aquí, dice, lo que le ha sido dado al hombre para alimentarse. La gente está persuadida de que todo existe para el hombre -el aire para que respire, el agua para que beba o para que se lave- en definitiva, que todo gira alrededor del centro humano. Todo esto es un error.

Las mismas personas encuentran que la luna es una inutilidad,

excepto para iluminarles en la noche; si ese fuera su papel, este astro lo haría bastante mal, porque la mitad del tiempo no hace nada; sin embargo, estas mismas personas insisten en decir que el sol existe para iluminarles el día y la luna para iluminarles la noche. Esta opinión nunca ha variado, y esto resulta sorprendente cuando conocemos los hechos. Nosotros vamos a la cabeza de la evolución animal. Creemos formar un reino diferente del reino animal, pero la verdad es que somos los más elevados entre estos seres poseedores de cuerpos físicos densos. Por encima de nosotros viven un número infinito de seres con vehículos mentales y astrales; otros también que emplean cuerpos físicos compuestos de materia etérica, aunque sólo materializados temporalmente.

Si queremos poner aparte una de las evoluciones y decir que es para ella que el sistema solar o incluso nuestra tierra existen, habría que escoger la gran evolución dévica más bien que la evolución humana porque, con toda seguridad, es más elevada y trasciende la nuestra en esplendor. Hay muchísimos otros seres en vías de evolución cuyas experiencias de orden físico han terminado en otras cadenas de mundos y que ahora utilizan los planos superiores de la nuestra. De modo que las evoluciones que prosiguen, por ejemplo, en la etapa del plano búddhico, no tienen nada de común con los tres mundos inferiores en los cuales nosotros mismos evolucionamos; al encontrarse ya en una elevación tal que su nivel inferior es nuestro plano mental -y éste nos parece muy elevado- muy bien puede deducirse que son infinitamente más importantes que la nuestra.

Todo lo que hemos verificado o constatado nos obliga a pensar que no hay espacio perdido o desocupado. Recuerdo lo que oí una vez en una reunión espiritista, en tiempos en que yo aún no conocía la existencia de la Teosofía. Según la entidad que se comunicaba con los asistentes, la sala estaba llena de “espíritus”; además, fuera de esta sala y hasta el cielo se concentraba una multitud de entidades superiores o “ángeles” de diversas órdenes, descendiendo como un río y después remontándose hacia el cielo. “En toda la atmósfera”, decía la médium, “tan allá como puedo distinguir, se aprietan en apretadas filas estos seres superiores”. Para todos, parece que nuestro círculo

particular constituía un centro de atracción. Sin duda, algunas de estas entidades se ocupaban de ello, pero todo el espacio exterior está íntegramente ocupado por evoluciones que no tienen nada que ver con nosotros, ni con nuestra serie de evoluciones paralelas.

Todo el espacio está absolutamente abarrotado de vidas. Más de las tres cuartas partes de la superficie terrestre están cubiertas de agua; los hombres no pueden vivir en ella; sin embargo, allí la vida es superabundante.

La masa terrestre en sí está llena de una clase de vida que se mueve en ella como nosotros nos movemos en el aire, sin tener conciencia de ningún obstáculo. Este nivel es inferior al nivel humano; en ciertos aspectos, la inteligencia es allí más viva que la nuestra, pero en definitiva menos elevada; estos seres difieren absolutamente de nosotros, si bien su evolución normal sería para nosotros todo lo contrario.

Esta existencia no difícilmente puede describirse en lenguaje ordinario, pero puede llegar a conocerse dejando nuestro cuerpo físico, mezclándonos con ella y observándola. Por otra parte, no aconsejo tratar de hacer esto antes de poseer las facultades superiores y las demás aptitudes mencionadas; sería exponerse a serios peligros, sobre todo entre estas energías inferiores cuyo poder es formidable, pero que no están animadas por ningún sentimiento que nosotros pudiéramos comprender. En algunas de estas evoluciones, lo que nosotros llamamos consideraciones morales no existen. Todo eso difiere completamente de lo que nosotros hayamos conocido jamás; sin embargo, es necesario conocerlo antes de que nosotros mismos podamos alcanzar el nivel divino y sumergirnos en él, porque todas estas vidas, lo mismo que nuestras propias vidas, son la vida del Logos y para comprender al Logos es necesario comprenderlo todo.

> *"16. Pide a los Santos Seres de la tierra los secretos que guardan para ti. El dominio de los deseos de los sentidos externos te dará el derecho para esto."* – (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Entre los Santos de la tierra, están seguramente nuestros Maestros. Yo creo que aquí el Chohan quiere hablar también de los grandes

Ángeles. Podemos entrar en relación con ellos y por ellos podemos aprender muchas cosas, pero por nuestros propios Maestros podemos adquirir igualmente, y de hecho ya hemos adquirido, muchos conocimientos; ellos han encargado a Sus discípulos que nos enseñaran lo que nosotros hubiéramos tardado mucho tiempo en descubrir por nosotros mismos. Al principio, nos dijeron que verificáramos personalmente sus lecciones. Esto es lo que hemos hecho, y es por eso que muchas obras teosóficas más recientes son mucho más detalladas que las antiguas, en las que las enseñanzas recibidas constituían la parte principal.

Consultar a un Maestro no siempre significa preguntarle algo; hay otras maneras. En algunos casos, sin embargo, lo hemos hecho; después de haber formulado con claridad algunas preguntas y cuando se ha presentado la ocasión, las hemos hecho, oralmente, diríamos, si la palabra, en el sentido ordinario del término, se empleara en los planos superiores. Incluso hemos llegado a someter preguntas al Maestro en un momento en que a Él le era factible escucharnos y nos ha dado las respuestas precisas. En nuestro trabajo cotidiano, muy a menudo quisiéramos aprovecharnos de Sus conocimientos superiores, pero ni por un sólo instante pensamos en imponerle la molestia de respondernos. Tal como ya hemos explicado, un discípulo tiene la posibilidad de yuxtaponer su pensamiento al de su Maestro y de constatar de ese modo, sin acudir a Su conciencia, la manera en que Él considera un tema cualquiera. No se trata de que nos impongamos a Su atención; nos limitamos a servirnos de la línea de comunicación interior y a yuxtaponer nuestro pensamiento al Suyo. Me explico: el discípulo empieza por estudiar la pregunta; llega a una conclusión, la que le parece mejor, luego compara esta conclusión con la opinión del Maestro a fin de ver si difieren; en este caso, el discípulo modifica sin tardar su propio pensamiento, conociendo toda la sabiduría del Maestro y la justicia de Su pensamiento.

Es posible, pues, consultar siempre a un Maestro sin molestarlo. Sin embargo, en algunos casos esta manera de comunicarse no está indicada; entonces estamos obligados a esperar el momento propicio antes de exponer la pregunta y de recibir una respuesta. La condición

previa, con toda seguridad, es la de adquirir un desarrollo suficiente para permitirnos un acercamiento a los Maestros sin importunarlos.

Algunos de entre nosotros tienen el deber, cada noche y a partir del momento en que se duermen, de dirigirse a donde viven sus Maestros respectivos a fin de recibir sus órdenes y algunas veces sus instrucciones especiales. Ahora bien, puede suceder que nos encontremos con que el Maestro está sumamente ocupado; sin tratar de llamar su atención, regresamos entonces sin decir nada y proseguimos nuestra labor habitual. Con el bien entendido de que, todo discípulo actuará de la misma manera; atento ante todo a la comodidad del Maestro, es en Él y no en sí mismo en quien pensará, en el caso en que tuviera algo importante que comunicarle. Sólo los novatos, imbuidos algunas veces de la importancia, bien de lo que han hecho, bien de cuestiones que quisieran exponer, se quedan en las cercanías y llaman la atención del Maestro, tan bien que Él interrumpe Sus ocupaciones.

El discípulo más antiguo siempre vigila con extremo cuidado la naturaleza de los pensamientos o de los sentimientos que dirige al Maestro, para evitar la menor vibración discordante. Eso exige por su parte una decidida atención, porque a veces se producen vibraciones de este tipo de las que él no es responsable. En una gran ciudad, por ejemplo, el ambiente es a menudo muy desagradable; entre la multitud, durante las horas de gran actividad, cuando reina un alboroto realmente infernal, nos alcanzan toda serie de vibraciones contrarias y violentas. Hasta cierto punto, uno puede evadirse de esto y hay que tener mucho cuidado de que ninguna de estas vibraciones soportadas por nosotros se transmita al Maestro. Para desecharlas, tan solo bastaría un pensamiento del Maestro, pero tenemos que evitárselo; su tiempo es tan precioso, la energía que Él expande, es tan valiosa, que el discípulo no quisiera ver que se desperdicia la más mínima parte; su vida, como la del Maestro, está consagrada al servicio; entre otros deberes, tiene, pues, el de asegurarse de que el inmenso privilegio concedido por su Gurú al hacer de él, su discípulo, una especie de correo avanzado de Sí mismo, no causa el menor contratiempo. Es fácil impedir que estas perturbaciones Le alcancen,

desde el momento en que se ha llegado a la etapa en que se nos enseña el método; mientras tanto, matando los deseos de los sentidos externos es como se consigue el derecho de acercarse a los Maestros lo bastante para poderles consultar.

> *"17. Pide a lo íntimo, al Uno, su secreto final que reserva para ti a través de las edades."*– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Lo más íntimo, lo único, es sin duda para la personalidad el ego, pero para el ego, es la Mónada; lo que es para la Mónada, no lo sé con certeza, porque no puedo ver todavía a la Mónada. Podemos ver el triple atma o la triple manifestación de una Mónada, lo que posibilita numerosas deducciones; pero yo no he contemplado cara a cara la Mónada. Nuestros Maestros lo han hecho, pero no pueden decirnos todo lo que han visto, ni todo lo que saben; de eso no cabe la menor duda. La Mónada se nos describe como una chispa de la llama Divina. Por otra parte, nosotros pensamos que cuando hubo la primera manifestación de nuestro sistema, el Logos transmitió Su vida a Sus siete Ministros "los siete espíritus ante el trono de Dios". Yo no sé nada, pero creo que, para la Mónada, nacida del Fuego divino por una de esas vías de espléndidos colores, el gran Ministro o Espíritu Planetario que le dio el ser, podría ser considerado muy bien como "lo más íntimo". Y lo mismo cada vez más y más elevado. Estas cuestiones son incomprensibles para nosotros; no hay palabras para abordarlas. Parece -aquí abajo no lo comprendemos demasiado, pero durante la meditación esta idea puede tomar un valor mucho más grande- que Dios haga descender y comprometa en la materia una parte de Sí mismo, dividiendo esta parte que se convierte entonces en espíritu y materia, dos manifestaciones de un mismo principio; después de lo cual, Dios mora detrás de todo eso, ilimitado, omnipresente, inmutable. "Lo más íntimo... lo Único" ha conservado secretos para nosotros a través de las edades porque desde el origen, el Ser interno, la Mónada siempre ha poseído ciertos conocimientos. Ignoramos lo que son. La Mónada es una chispa del Fuego divino, y el Logos, que es el Fuego divino, lo sabe todo.

El comentario de la regla número diecisiete nos dice:

> *"La importante y difícil victoria, la conquista de los deseos del*

alma individual, es obra de siglos; por tanto, no esperes recibir la recompensa hasta que se hayan acumulado siglos y siglos de experiencia. Cuando llega el momento de aprender esta regla 17, el hombre está en los lindes de llegar a ser más que un hombre."– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Esta afirmación puede parecer exagerada, pero hay que decir que el autor habla de lo que Él sabe. Recordemos que todo eso tiene que aplicarse a dos niveles distintos. Si se trata de los deseos de la personalidad y de anteponer a ellos las aspiraciones del alma, la dificultad no es insuperable. Subordinar los deseos del alma individual a los de la Mónada es una tarea infinitamente superior y, cuando se nos dice que para eso pueden requerirse edades, lo creemos sin dudar. Sin embargo, empezar de nuevo en una etapa nueva y superior, lo cual ya habéis hecho en una etapa inferior, no debería presentar dificultades insuperables, porque se trata del mismo acto renovado, si bien desde un punto de vista totalmente distinto. Sin duda que se requieren edades para aquellos que siguen a paso lento la larga ruta del progreso humano, pero, en general, como hemos visto, sólo se requiere algunas vidas para aquellos que se comprometen hoy en el Sendero y empiezan la ascensión directa de la montaña.

Cuando, detrás del velo, vislumbramos los planes de la Jerarquía, constatamos que las cantidades empleadas son inmensas. La Jerarquía establece sus proyectos con una seguridad maravillosa y casi absoluta; nada parece poder impedir la realización. Divide Su futuro en períodos contando cada uno alrededor de diez mil años, y dice: "En diez mil años haremos tal o tal trabajo", y lo hace. Sin embargo, no está necesariamente y regularmente repartido en el conjunto de este período. Mis observaciones me hacen suponer la existencia de un plan según el cual tiene que llevarse a cabo una determinada cantidad de trabajo en los doscientos primeros años, otra cantidad en los siguientes y así a continuación, de manera que al final de los mil años se haya alcanzado el objetivo fijado. Parece que, en los pequeños períodos de doscientos años, la cantidad de trabajo prescrita no siempre se termina. Por el contrario, lo que la Jerarquía se ha propuesto cumplir durante el período largo, el de los mil años, se

cumple siempre. Si el trabajo es lento al principio, al final se acelera.

El pueblo o las naciones a las cuales se les ofrece primero la ocasión de hacer el trabajo, no siempre la aprovechan, pero siempre hay en preparación un sub-proyecto. Si esa persona o esa nación se encallan, la reserva entra en acción y el trabajo se cumple al precio de un ligero retraso. El Imperio Británico estuvo sometido cuando la gran guerra a una prueba de este tipo; en resumidas cuentas, estuvo a la altura de las circunstancias y se mostró digno de la tarea. En el caso de que no hubiera sido así, otra gran nación estaba en reserva, presta para reemplazarlo. Sólo que ésta no hubiera terminado el trabajo deseado más que un siglo o dos más tarde, porque todavía está lejos de poder actuar. Ahora bien, tal como hemos sabido hasta ahora, al aprovechar la ocasión ofrecida (espero que haremos lo mismo hasta el final), esta otra nación tendrá más tiempo para desarrollarse; sus progresos serán más firmes y más fáciles, y su desarrollo menos duro de lo que lo hubiera sido si nosotros hubiéramos fallado.

La Sociedad Teosófica, como cada uno de sus miembros, se encuentra en una posición análoga. Cada miembro que ha demostrado su capacidad para el trabajo general, se da por supuesto que muy pronto se hará útil, será puesto a prueba y se le asociará a uno de los esfuerzos programados en vistas a la fundación de la sexta sub-raza de nuestra raza aria. Se sobre entiende que, en todo esto, no entra ni el alistamiento ni la obligación. Más pronto o más tarde, al evolucionar, todos alcanzaremos la perfección; a nosotros nos corresponde decidir el momento que queremos emplear en ello. La mejor decisión consiste en llevar a cabo sin descanso nuestro mejor trabajo, sin imponernos esfuerzos que no podamos sostener de una manera continua.

Independientemente de cual sea nuestro trabajo, es una ventaja saber el rayo al que pertenecemos. La mayoría de miembros de la Sociedad Teosófica formamos parte de uno de los cinco rayos designados por los números del 3 al 7, pero hay muchos que prefieren pasar al primero y al segundo, a fin de trabajar bajo las órdenes de los dos grandes Maestros fundadores de la Sociedad, el futuro Manú y el futuro Bodhisattva de la sexta raza raíz que quedará establecida dentro de unos setecientos años. Muchos de nosotros se encamarán en esa

raza; otros preferirán la quinta y contribuirán a que alcance la perfección que le está destinada. Otros, finalmente, preferirán más bien seguir a los grandes genios cuyo nacimiento está asegurado en la quinta raza raíz llegada a su apogeo, en lugar de seguir a los dos Maestros, como pioneros de la nueva raza.

En Australia y en América, además de otros lugares, se presenta una ocasión especial para los hombres que quieren colaborar en el desarrollo de la sexta sub-raza, porque allí está apareciendo rápidamente, mientras que en los países más antiguos sólo se encuentran miembros aislados. Muchos de éstos que murieron en la Gran Guerra ya han vuelto a nacer; es verdad que, hasta ahora, nada indica que ellos abandonen sus antiguas patrias a fin de pasar a estas nuevas regiones. Los hombres que presentan el tipo de la nueva raza y que quedan en los países de los antiguos mundos tendrán que vencer sin duda más dificultades que los otros a causa de la presión de las viejas ideas y de las costumbres conservadoras.

En todas estas empresas, nunca hay nadie indispensable. Por lo que se refiere a nuestro mismo movimiento teosófico, podemos estar seguros de que los Grandes Seres que lo sostienen velarán de una manera general sobre él. Últimamente, al haber tenido que reemprender mis deberes eclesiásticos, he comprobado con qué cuidado la Iglesia estaba dirigida y cuán íntima puede ser la relación entre aquellos que la dirigen aquí abajo y su verdadero Jefe si los colaboradores terrestres se aplican a convertirse en los canales que hacen falta. Que en muchos casos no lo hayan hecho así, soñando sólo en su fuerza y en sus intereses personales, es una triste verdad; por consiguiente, ellos mismos se cierran una vasta región en la que hubieran podido ejercer sus facultades espirituales, su capacidad, su actividad. Hace muy poco tiempo he descubierto hasta qué punto nuestras posibilidades son formidables y cuán poco se sospecha esto en general y, basándome en lo que ya he visto, estoy absolutamente seguro de que ocurre también lo mismo en muchas otras direcciones insospechadas.

Nunca más me sorprenderé de encontrar por todas partes la mano de la Gran Logia Blanca, en toda buena obra, importante o no, porque

Ella no pierde nunca la ocasión incluso la más pequeña. Si un movimiento cualquiera presenta elementos buenos, es utilizado en razón directa de su bondad. Este movimiento también puede presentar muchos elementos negativos; son deplorables y tienen que dejarse de lado, pero ello no parece que impida la utilización absolutamente completa de todo el bien que está asociado con él. En ese movimiento o en esa persona, puede observarse el espíritu de gazmoñería, de persecución, de orgullo, de egoísmo y de muchas otras cualidades indeseables. Hace treinta años yo hubiera creído que éstas impedirían que su poseedor fuera utilizado en manera alguna; ahora bien, si ellas representan para él serios obstáculos y le impiden realizar verdaderos progresos, la existencia en él de una sola buena cualidad le permite ser utilizado.

Este método seguido por la Fraternidad es de lo más alentador. Muy conscientes de nuestras propias imperfecciones, podríamos preguntarnos: "¿Cómo es que un Maestro encontraría en mí algo utilizable, cuando cometo tantos errores?" Sin embargo, nuestro deber es hacer todo lo que podamos; el Maestro se servirá de lo que Él vea de bueno en nosotros. Al mismo tiempo, nos incumbe un deber todavía mayor: el de deshacernos de lo que Le impide utilizamos con facilidad. Él se servirá de nosotros tanto como pueda; facilitemos Su acción convirtiéndonos en canales perfectos.

Los seres humanos pueden desarrollarse de muchas maneras y cada una exige muchas vidas para desarrollar sus propias características. Yo he pasado la mayor parte de esta existencia desarrollando el lado psíquico de mi naturaleza, aprendiendo a utilizar la clarividencia, y estudiándola en mis libros. Cuando conocí en nuestra Sociedad al señor William Crookes, me convertí en su colaborador; él había consagrado su vida a la química y la conocía perfectamente. Muy a menudo yo me decía: "Tan sólo con que yo poseyera su conocimiento, o si él poseyera mi clarividencia, ¡qué trabajo haríamos!" En el curso de una misma existencia no podemos tener estas dos clases de desarrollo, y es una lástima; cada uno de ellos exige toda una vida. El señor William Crookes ha dedicado toda la suya a los trabajos químicos; volverá aquí abajo sin sus conocimientos detallados

actuales, pero con la facultad de volver a recuperar todo eso casi automáticamente. Por mi parte, he pasado mi vida desarrollando el lado psíquico. Ignoro lo que podré transmitir a mi próximo cuerpo, pero transmitiré lo máximo posible. A continuación, me dedicaré a una de esas otras alternativas, si mi tarea me lo permite. Mientras tanto, las personas que quieren compartir nuestro especial trabajo están asociadas a él; no nos quedan demasiados huecos para otras ocupaciones.

Todos los objetivos tienen que irse alcanzando uno tras otro; llegaremos a ellos porque no perdemos un determinado conocimiento ya adquirido cuando, dejando de ir tras él, dirigimos nuestras investigaciones hacia otra parte. Así pues, si desde el punto de vista teosófico, en la vida presente nos desarrollamos, puede suceder que en la próxima, la adquisición de las facultades intelectuales y la devoción profunda nos sean facilitadas gracias a nuestro actual entrenamiento; sin olvidar otra gran ventaja: tendremos la seguridad de no abusar de ellas cuando las consigamos.

Hay que avanzar con rapidez. Podemos estar mucho más cerca del desarrollo superior de lo que pensamos. Si nos hace falta una vida o dos para adquirir estas capacidades, ¿qué representa eso? Disponemos de todo el tiempo necesario; además, miremos hacia lo alto y tratemos de adquirir en espiritualidad, en inteligencia y en conocimientos profundos, todo el desarrollo posible. Buscamos traspasar un muro de ignorancia y de prejuicios que nos ha estado rodeando durante el curso de numerosas vidas; nos parecemos al prisionero que quiere evadirse; va horadando sin descanso; ignora el momento en que su pie cruzará el muro; el momento de la recompensa llegará de súbito. Si todavía nos quedan muchos conocimientos por adquirir, es posible que los obtengamos pronto; para eso, sigamos Sus pasos y sepamos aprender las lecciones que Ellos juzguen apropiadas a nuestras necesidades.

La regla 18, también es un comentario del Chohan.

> *"18. El conocimiento que ahora posees, sólo es tuyo porque tu alma se ha convertido en una con todas las almas puras y con lo profundo. Es una responsabilidad que te ha conferido el*

Altísimo. Abusa de él, emplea mal tu conocimiento o descuídalo, y aún es posible ahora que caigas del estado elevado que has alcanzado. Almas grandes hay que retroceden incluso desde el umbral, no pudiendo soportar el peso de su responsabilidad, incapaces de seguir adelante. Por lo tanto, mira siempre hacia adelante con reverencia y temeroso respeto, y prepárate para la batalla."— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

Parece imposible que grandes seres que han llegado hasta el umbral, puedan volver a caer; cuanto más os eleváis hacia ellos, más imposible os parece esto, porque no se concibe que en el hombre que ha llegado tan alto subsista todavía el menor rasgo de egoísmo; sin embargo, debe ser así, porque Aquel que nos asegura eso habla con conocimiento de causa. El pensamiento del yo es muy sutil y renace de manera inesperada a niveles donde no debería existir nada de eso. Entonces, haremos bien en tener en cuenta esta advertencia y en no imaginar demasiado aprisa que no nos dejaremos arrebatar por el egoísmo. Es el último obstáculo que puede impedirnos avanzar, pues sus formas son numerosas y su sutilidad extrema.

Los tres últimos aforismos constituyen en sí una serie: el número 19 implica un comentario preparatorio del Chohan:

"19. Está escrito que para aquel que se halla en el umbral de la divinidad no puede idearse ley alguna, no puede existir ninguna guía."— (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

En este punto, la necesidad de una enseñanza externa deja de existir absolutamente para el discípulo; ha leído en el libro de la naturaleza, en los cinco planos de la evolución humana; ha llegado el momento de desprenderse del último grillete: avidya; a partir de ahí, la ley que gobierna su vida se expresa absolutamente en el fondo de sí mismo. Todo comentario resulta entonces inútil. El Chohan añade:

Sin embargo, a fin de iluminar al discípulo, la lucha final puede expresarse así:

Después vienen las tres reglas:

"Aférrate a lo que no tiene ni substancia ni existencia."— (Fin de la Nota 19 del Chohan)

“20. Escucha únicamente la voz sin sonido.

21. Contempla solamente lo que es invisible, lo mismo en el sentido interno que en el externo.”– (Notas del Chohan del antiguo manuscrito)

LA PAZ SEA CONTIGO Δ